Erwin Lutzer

DOCTRINAS QUE DIVIDEN

Un estudio de las doctrinas que separan a los cristianos

DOCTRINAS QUE DIVIDEN

La doctrina es una parte vital de la fe cristiana, pero ciertas creencias doctrinales han dividido a la Iglesia durante siglos. El conocido pastor y escritor Erwin Lutzer examina diversos desacuerdos teológicos que existen dentro del amplio espectro doctrinal del cristianismo, presentando el contexto histórico de cada asunto y la manera bíblica de entender cada doctrina.

Hoy día, cuando muchos hacen llamados a la unidad pasando por alto grandes diferencias teológicas, Lutzer visita de nuevo esas diferencias y muestra no solo el proceso en que se dieron las divisiones, sino también las razones por las que tales divisiones fueron necesarias. *Doctrinas que dividen* suministra un enfoque cortés de asuntos "candentes" en la Iglesia como:

- el bautismo de infantes
- la deidad y humanidad de Cristo
- los sacramentos
- el culto a María
- predestinación o libre albedrío
- justificación por fe o por obras
- el canon de las Escrituras
- la seguridad eterna
- la soberanía de Dios

"Este libro cuenta con mi mejor recomendación. El escritor es un pastor paciente y persuasivo, quien jamás recurre a los epítetos ni a la condenación... ¡Adquiera este libro!"

—Harold Lindsell

ERWIN W. LUTZER (licenciado en artes del *Winnipeg Bible College;* obtuvo su maestría en teología del Seminario Teológico de Dallas; una maestría en artes de la Universidad Loyola; y un doctorado en leyes de la *Simon Greenleaf School of Law*) es pastor principal de la histórica Iglesia Moody en Chicago, y reconocido conferenciante y locutor radial. Ha escrito muchos libros entre los que se encuentran publicados por Editorial Portavoz: *Cómo puede estar seguro de que pasará la eternidad con Dios*, *Tu primer minuto después de morir* y *Tu eterno galardón*.

Teología / Historia de la Iglesia



PORTAVOZ

La editorial de su confianza

ISBN 978-0-8254-1406-0



DOCTRINAS QUE DIVIDEN

Erwin Lutzer

DOCTRINAS QUE DIVIDEN

Un estudio de las doctrinas que separan a los cristianos



PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Doctrines That Divide: A Fresh Look at the historic Doctrines That Separate Christians,* segunda edición, © 1998 por Erwin Lutzer y publicado por Kregel Publications, Grand Rapids, MI 49501.

Traducción: John Alfredo Bernal López

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, MI 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1406-0

4 5 6 7 edición / año 13 12

Impreso en los Estados Unidos
Printed in the United States

Dedicado a Elmer Towns,
quien me enseñó teología con entusiasmo,
quien me aconsejó con sabiduría en un
punto crucial de mi vida, y quien me animó
como escritor.

INDICE

Prólogo *9*
Introducción: ¿Por qué todas estas controversias? 13
1. ¿Es Cristo verdadero Dios? 25
2. ¿Es Cristo verdadero hombre? 43
3. ¿Fue María la madre de Dios? 57
4. ¿Fue Pedro el primer Papa? 73
5. Justificación: ¿por fe, por sacramentos, o ambos? 89
6. ¿Por qué no estamos de acuerdo sobre la Cena del Señor? 109
7. ¿Por qué no estamos de acuerdo sobre el bautismo? 127
8. ¿Cuántos libros hay en la Biblia? 153
9. Predestinación o libre albedrío: Agustín contra Pelagio 165
10. Predestinación o libre albedrío: Lutero contra Erasmo 177
11. Predestinación o libre albedrío: Calvino contra Arminio 193
12. Predestinación o libre albedrío: Whitefield contra Wesley 219
13. ¿Puede condenarse una persona salva? 245
Conclusión 261
Bibliografía seleccionada 265

PRÓLOGO

Erwin W. Lutzer, pastor de la afamada iglesia Moody Memorial en Chicago, ha continuado en los pasos de sus predecesores con la publicación de este libro excelente. De una manera agraciada, artística y apaciguadora trata algunos de los temas más importantes del cristianismo. Lo hace sin titubeos para señalar la manera como el error se ha infiltrado en la iglesia de Jesucristo. Muchos de los temas que trata son centrales en discusiones teológicas contemporáneas.

La cristología en la actualidad está en el foco de profundos distanciamientos de la ortodoxia histórica. Lutzer discute la deidad de Cristo y sus naturalezas humana y divina. Hace frente a la mariología de la iglesia católica romana y encara asuntos como la cuestión de si Pedro fue el primer Papa y el tema de la justificación por fe.

Se zambulle en la historia de la iglesia primitiva, la Reforma y las discusiones actuales acerca de libre albedrío, predestinación y la soberanía de Dios en que se enfrascan los defensores de los puntos de vista arminiano y calvinista, y termina preguntando si una persona salva puede en algún momento perder su salvación. Todo esto es suficiente para abrir el apetito de cualquier cristiano y de aquellos que defienden su posición a

uno u otro lado de estas cuestiones, o de quienes conocen muy poco o nada al respecto. Además, los que no estén de acuerdo con sus conclusiones encontrarán sólidos argumentos propuestos que deben considerar con seriedad.

Lutzer señala que el mundo evangélico es una casa dividida y que muchos de los que militan en ella han renunciado a toda esperanza de coherencia porque sostienen puntos de vista que no pueden ser verdaderos conforme a criterios lógicos y bíblicos. El autor se adentra en el matorral problemático del dilema entre "libre albedrío u omnisciencia" y contiende sin vacilar con eruditos como Clark Pinnock, quien sostiene un respaldo tan fuerte a la noción de libre albedrío que termina poniendo límites a la omnisciencia de Dios.

El autor niega que el bautismo en agua sea esencial para la salvación; sin embargo, tiene una mente abierta en cuanto al modo del bautismo. Al tratar el tema de la Cena del Señor y la delicada cuestión acerca de la presencia de Cristo en los elementos, toma en consideración la doctrina católica de la transubstanciación, la postura luterana de consubstanciación, la perspectiva calvinista de una presencia espiritual, y la visión zwingliana de una presencia simbólica. Las implicaciones inherentes a estas posturas son muy importantes, y el lector puede estar seguro de que muchos no estarán dispuestos a cambiar sus opiniones, sin importar cuán convincentes sean los argumentos aducidos. En medio de todo esto se mantiene a través del libro de Lutzer el punto no declarado pero bastante evidente de que la función más importante de la mente de aquellos que se llaman cristianos consiste en pensar de una manera cristiana. El hecho es que el cumplimiento cabal de esa función es una rareza entre los evangélicos. Con mucha claridad el autor insiste en que debemos ser bíblicos, y para ser bíblicos debemos pensar cristianamente.

Lutzer mismo resulta siendo un defensor robusto de la tradición reformista que tiene antecedentes no solo en las Escrituras mismas sino también en las luchas relacionadas con

los puntos de vista de Agustín y Pelagio, los cuales, hablando en términos amplios, representan un hilo común de opciones opuestas que se entremeten prácticamente en todos los puntos planteados en este libro. Esto tiene que ver con la naturaleza del hombre después de la caída de Adán, y con la definición de si la enseñanza bíblica es la intervención exclusiva de la obra divina, la sinergia humana-divina, o la capacidad intrínseca del hombre para salir adelante por sí mismo.

Este libro cuenta con mi mayor recomendación. El escritor es un pastor paciente y persuasivo que jamás recurre a los epítetos ni a la condenación de quienes sostienen puntos de vista discrepantes. Insiste sin equívocos en que algunas doctrinas son ajenas a la Biblia, pero expresa interés y preocupación amorosos por aquellos que se aferran a lo que él considera enseñanzas no bíblicas. ¿Qué más podemos pedir? ¡Venda su cama y compre este libro!

Harold Lindsell

INTRODUCCIÓN

¿Por qué todas estas controversias?

Este es un libro acerca de controversias doctrinales importantes que existen dentro del amplio espectro de la cristiandad. No se trata de cuestiones triviales que puedan dejarse a un lado en nombre de la unidad. La mayoría de los asuntos discutidos en este libro están en el meollo del mensaje del evangelio. Entender por qué y cómo se dieron estas diferencias debería tener una elevada prioridad para todos los cristianos pensantes.

En tiempos pasados, muchos creyentes eran torturados, devorados por bestias salvajes o quemados en la hoguera a causa de sus convicciones doctrinales. La teología tenía el apropiado nombre de “la reina de las ciencias” porque los hombres creían que la relación de una persona con Dios hacía insignificante cualquier otra consideración. Después de todo, no hay cosa alguna que pueda competir con preguntas últimas como: ¿Está Cristo calificado para ser Salvador? ¿El bautismo borra los pecados? ¿Cómo podemos estar seguros de la vida eterna? ¿Cómo es recibida la gracia de Dios por los pecadores? ¿Cuántos libros forman parte de la Biblia? ¿Dios elige quién se va a salvar? Una vez salvos, ¿podemos ser condenados?

Las encuestas actuales de opinión sugieren que la reina de las ciencias necesita un vestido nuevo; incluso que quizás ha

perdido su corona. Solo un pequeño porcentaje de aquellos que afirman ser nacidos de nuevo saben quién predicó el Sermón del Monte o pueden recitar al menos tres de los Diez Mandamientos. Es triste admitirlo, pero el bromista que dijo que la mayoría de los norteamericanos piensan que las epístolas son las esposas de los apóstoles no estaba muy lejos de la realidad.

Un amigo mío dice que algunas de las ovejas de Dios no pueden captar la diferencia entre el pasto natural y el césped sintético. En medio de este vacío doctrinal escuchamos rogativas por la unidad. En una reunión ecuménica se escuchó una supuesta profecía de Dios el Padre en la que decía: “Hagan lloro y lamentación porque el cuerpo de mi Hijo está partido. Preséntense delante de mí porque el cuerpo de mi Hijo ha sido quebrantado... Yo di todo lo que tenía en el cuerpo y la sangre de mi Hijo. Fueron derramados sobre la tierra. El cuerpo de mi Hijo está partido”.

Para dramatizar un espíritu ecuménico, los participantes en la conferencia tuvieron un servicio especial para lavar los pies. Líderes protestantes lavaron los pies de sacerdotes católicos como una señal de que se habían arrepentido de enseñar que los católicos no eran cristianos, que el Papa era el anticristo, y que la piedad católica no era más que superstición inculta. Los católicos lavaron los pies de los protestantes, pidiendo perdón por hacer chistes sobre Martín Lutero y otros reformadores conocidos, y por su desprecio veleidoso de la adoración pentecostal.

El ecumenismo está recibiendo mucho respaldo en nuestro tiempo, aun de los medios de comunicación. Todos hemos leído crónicas según las cuales la manera católica de entender la justificación está en realidad mucho más cerca del luteranismo de lo que se cree por lo general. Los optimistas están prediciendo una coalición de por lo menos algunas denominaciones protestantes con la iglesia de Roma. A continuación cito a George Cary en su libro ***Relato de dos iglesias***: “Tengo grandes

esperanzas, no solo de un aumento en el entendimiento mutuo sino también de la reunión final de las dos corrientes de la cristiandad occidental”. Él cree que esto es necesario para cumplir la oración de Cristo por la unidad de los creyentes (Jn. 17).

Durante los primeros siglos del cristianismo, la iglesia fue percibida como una entidad unificada, en particular a medida que Roma se fue convirtiendo en el centro del liderazgo cristiano. Mediante el desarrollo del papado con su amplia red de obispos y sacerdotes, se mantuvo la unidad organizacional. La primera segmentación importante se dio en el año 1054 d.C. cuando el obispo de Roma exigió que el obispo de Constantinopla se sometiera a su autoridad, pero la petición fue denegada. La división que se había gestado durante siglos ahora se convertía en una ruptura irreversible y la iglesia griega ortodoxa se separó de Roma.

Cuando la Reforma empezó en el siglo dieciséis, la jerarquía católica romana predijo que una vez el cristianismo se empezara a dividir, el proceso de fragmentación sería de nunca acabar. Una mirada a la lista oficial de todas las denominaciones en los Estados Unidos demuestra hoy día que esta profecía se cumplió. Tan solo el número de diferentes denominaciones bautistas comprueba la realidad de esta fragmentación organizacional.

Como es comprensible, a algunos les gustaría devolver el reloj de la historia a los días previos a la Reforma, cuando la iglesia occidental era una sola estructura monolítica en su organización. La iglesia católica ha experimentado muchos cambios en los últimos veinticinco años; la rigidez del pasado ha dado paso a una nueva era de tolerancia. El mejor ejemplo de esta tendencia es el Concilio Vaticano Segundo, en el que se llegó a la conclusión de que los protestantes ya no eran apóstatas sino “hermanos separados”. Algunos creen que si los protestantes pudieran ser un poco más flexibles y ambos lados hicieran concesiones aquí y allá, esta visión de unidad puede materializarse. Según afirma la profecía mencionada el cuerpo

de Cristo está partido, y se supone que nosotros tenemos la responsabilidad de juntar todos los pedazos. Sin duda sería trágico, siguiendo este argumento, que la oración de Cristo por la unidad quedara sin cumplirse.

No obstante, hablar de unidad y minimizar diferencias doctrinales equivale a sacrificar la verdad sobre el altar de los antojos y las ilusiones. La unidad, a no ser que esté basada sobre un acuerdo genuino con respecto al contenido real del evangelio, no vale el precio que le han puesto los ecuménicos. Hasta el día de hoy existen diferencias irreconciliables dentro del cristianismo sobre la enseñanza más fundamental del evangelio. Como lo mostrarán los capítulos de este libro, se siguen dando dos respuestas divergentes a la pregunta: ¿Qué debo hacer para ser salvo?

No hay necesidad de arrepentirse a causa de diferencias doctrinales si la verdad del evangelio está en juego. En cierta ocasión Pedro empezó a hacer una representación equívoca del evangelio al repudiar a los gentiles y aliarse con los judíos que creían que la circuncisión era necesaria para la salvación; por ese motivo Pablo amonestó a Pedro en público: "Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?" (Gá. 2:14).

El simple hecho de dar una impresión errónea acerca del contenido del evangelio dio a Pablo todo el derecho para reprender en público al apóstol más prominente. No existe tal cosa como una añadidura inofensiva al evangelio. Es indudable, Pablo estaba tan interesado en la pureza del mensaje que escribió: "Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema" (Gá. 1:9). Si se carece de un acuerdo sobre este punto central, todos los intentos de unidad van en la dirección errada.

También me permito decir de manera enfática que el cuerpo de Cristo no está partido. La unidad por la cual Cristo oró ya ha

sido concedida por el Padre. Todos los creyentes verdaderos son miembros del cuerpo de Cristo, el cual es indivisible. Es cierto que Pablo nos urgió a "guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Ef. 4:3), pero no tenía en mente una unidad a nivel organizativo. La unidad del Espíritu existe entre los creyentes a pesar de sus diferencias doctrinales. La interpelación de Pablo es a que la mantengamos, no a que la creemos como si no existiese.

¿Por qué no podemos estar de acuerdo?

Se plantea entonces la pregunta: ¿Por qué no puede toda la cristiandad ponerse de acuerdo, por lo menos en lo esencial? Después de todo, tenemos la misma Biblia y creemos en el mismo Cristo. ¿Acaso esto es prueba, como algunos sugieren, de que la Biblia se puede interpretar de tantas maneras diferentes que carece de un mensaje claro? Muchos se dan por rendidos creyendo que no existe un modo justo de arbitrio entre perspectivas conflictivas. Lo que es peor, llegan a pensar que no existe una verdad objetiva en absoluto: "Su creencia puede ser cierta para usted; la mía es verdad para mí. ¿Por qué deberíamos discutir sobre eso?"

La pregunta tiene su razón de ser. ¿Por qué no podemos estar de acuerdo sobre el bautismo, la Cena del Señor, la libertad de la voluntad o aun sobre la pregunta más básica en cuanto a lo que se debe hacer para obtener la salvación? ¿Acaso es cierto que la Biblia es como arcilla en la mano de un hombre, y que este la puede moldear en cualquier forma que desee? ¿No será cierto entonces que es imposible afirmar que una forma sea mejor que otra?

Lo cierto es que la Biblia no es la razón del problema. La mayor parte de su contenido es claro, directo y práctico. Casi todos los desacuerdos en interpretación son inventados por nosotros mismos. Es comprensible que se den algunos desacuerdos. Imaginemos a una persona que lee toda la Biblia por primera vez, tratando de captar lo que enseña acerca

de Cristo, Dios, el hombre, los ángeles la salvación y la profecía. Ningún libro o sección en particular es un tratado completo sobre un tema específico. Puesto que trata una gran cantidad de temas y todos tienen consecuencias últimas, podemos entender por qué tendrían lugar las interpretaciones diferentes. Sin embargo, desdeñar las controversias doctrinales como cuestiones indescifrables porque "todo el mundo tiene derecho a su propia interpretación privada", es ignorar el hecho de que el mensaje básico de la Biblia es de una claridad incuestionable. Nosotros, no el texto, somos la causa de los problemas. Se puede presentar una serie de razones para las diferencias de opinión.

En primer lugar están las limitaciones de los hombres. Por ejemplo, varios capítulos de este libro están dedicados al problema de libre albedrío frente a la predestinación. Por razones que se verán con claridad en esos capítulos, es comprensible que la gente se coloque en lados divergentes del asunto. Sin duda alguna, parte de nuestro problema es que no tenemos todas las piezas del rompecabezas. La relación de Dios con la voluntad humana involucra algo de misterio. En algunos casos Dios puede dirigir al hombre a actuar de cierta manera, en otra situación su intervención puede ser mínima. Nadie puede decir que ha visto o que ve todos los aspectos de esa realidad. Es inevitable que existan diferencias de opinión.

También debemos admitir que algunos pasajes son difíciles. Añadamos a esto el hecho de que estamos limitados en nuestro entendimiento de los idiomas y la cultura de la Biblia. El estudio de hebreo, griego e incluso arqueología bíblica puede arrojar luz sobre un pasaje particular cuyo significado de otra forma permanece en la oscuridad.

Un principio fundamental es que ningún versículo individual debería tomarse como base para interpretar otros pasajes claros. Por ejemplo, si Hechos 2:38 fuera el único versículo en la Biblia sobre la doctrina de la salvación, podríamos concluir que el bautismo es necesario para la salvación. Pedro dice: "Arrepentios, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de

Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo". No obstante, si Pedro quiso decir que debemos bautizamos para ser salvos, estaría contradiciendo docenas de otros pasajes en el Nuevo Testamento donde no se dice que el bautismo sea un requisito para la salvación. Esto nos indica que Pedro puede haber tenido otras razones en mente para hablar de arrepentimiento y bautismo en el mismo lugar. El capítulo sobre bautismo discute esto con mayor profundidad.

Las limitaciones humanas explican muchas diferencias de opinión, pero este factor no debería recalcarse demasiado. Las principales doctrinas de las Escrituras son bastante claras para quienes tienen sed de aprender. He conocido a muchos recién convertidos que no sabían nada de la Biblia y que obtuvieron un entendimiento bueno y razonable de la doctrina cristiana al leerla por su cuenta sin contar con el beneficio adicional de maestros y comentarios.

En segundo lugar está la perversión del hombre. Aquí se tienen en cuenta las diferencias de opinión que se dan a causa de nuestro sesgo individual; hacemos que la Biblia diga lo que queremos que diga por un sinnúmero de razones.

Por ejemplo, conforme a su carácter, la naturaleza humana resiste de suyo la noción de que no podemos contribuir en absoluto a nuestra salvación sino que debemos recibirla gratuitamente por fe. Parece más razonable decir que nos debemos ganar la vida eterna y obtener el favor de Dios mediante nuestros esfuerzos. Como es de esperarse, tales enseñanzas han existido desde comienzos de la historia de la iglesia. Se han incorporado rituales que según se cree, hacen a los pecadores dignos de bendición y ventura eternas. Con el paso del tiempo, la enseñanza del Nuevo Testamento se perdió en un laberinto de buenas obras, sacramentos, intriga política y hasta extorsión. La gracia ya no era gratuita sino dispensada por la iglesia a cambio de ciertos favores.

El prejuicio no muere fácil. Todos hemos conocido a personas que jamás estarían dispuestas a abandonar doctrinas

idolatradas aun si llegaran a convencerse de que tales enseñanzas no son bíblicas. “Nací y fui criado [católico, anglicano, presbiteriano, bautista, calvinista, o lo que sea], ¡y como tal moriré!”

La suposición que se esconde tras esta actitud es: “No estoy abierto a la posibilidad de examinar lo que creo. Que mis creencias sean verdaderas o no carece de importancia. Me gusta aquello con lo cual estoy familiarizado; no quiero negar la crianza que recibí, me siento cómodo donde estoy así que déjeme en paz”. La verdad es que muy pocas personas tienen una mente abierta, sobre todo en cuestiones de religión. Todavía menos están dispuestos a cambiar de iglesia aun si llegaran a convencerse de que la suya carece de fundamento bíblico. De esa manera se perpetúan con facilidad doctrinas y prejuicios perversos de una generación a la siguiente.

En tercer lugar está la incredulidad del hombre. Aquí estoy pensando en aquellos intérpretes de la Biblia que niegan los milagros de las Escrituras debido a la presuposición moderna de que los milagros no ocurren. Ellos dedican sus vidas a reinterpretar ambos Testamentos para acomodarlos a la mentalidad naturalista. Al teólogo alemán Rudolf Bultmann le pareció necesario “desmitificar” el Nuevo Testamento para que pudiera ser saboreado por los paladares teológicos del siglo veinte.

Estos eruditos hablan mucho más acerca de ellos mismos que de la Biblia. Han establecido sus propios criterios para determinar la verdad y juzgar las Escrituras. En efecto, tales intérpretes están escribiendo sus propias autobiografías. Se levantan para juzgar la Biblia y al hacerlo exponen a la vista de todos sus propios prejuicios. El humanista Alberto Schweitzer, al hablar acerca de los múltiples eruditos que escribían sus propias versiones de la vida de Cristo, dijo: “Cada individuo le trató [a Cristo] de conformidad con su propio carácter. No existe un producto de la labor histórica que revele tanto la verdadera identidad de un hombre como lo que escribe acerca de la vida

de Jesús". Schweitzer se dispuso más adelante a escribir su propia versión de la vida de Cristo, ¡y presentó a Jesús como un hombre con inestabilidad mental!

El liberalismo teológico ha dividido al cristianismo durante siglos. Para la muestra, el ascenso de los unitarios y otras denomina-ciones que han negado los fundamentos básicos de la fe. En grados diversos, el liberalismo se ha introducido en las denominaciones propias de luteranos, anglicanos, presbiterianos, metodistas y bautistas. Estas divisiones no son el simple resultado de interpretaciones diferentes. El asunto crítico no es tanto la ***interpretación*** de la Biblia como la sumisión a la autoridad de la Biblia misma.

En cuarto lugar está la ***tradición.*** En lugar de permitir que la Biblia se sostenga como una revelación completa de Dios, la tendencia de la naturaleza humana es llenar los espacios disponibles rindiendo reverencia a las enseñanzas y adiciones de generaciones anteriores. El motivo para aceptar la tradición es noble en casi todos los casos, y consiste en tratar de traer claridad sobre asuntos que la Biblia no trata de forma directa. Por ejemplo, a todos nos gustaría que la Biblia diera una enseñanza específica sobre la salvación de los niños. No solo nos gustaría que ella nos asegurara que los infantes se salvan, sino también entender cómo pueden salvarse puesto que nacen bajo la condenación del pecado de Adán. Sobre estas cuestiones la Biblia guarda silencio y solo nos da indicios vagos con respecto a lo que deberíamos creer. Sin embargo, de manera consecuente con el deseo que el hombre tiene de llenar los silencios, surgió la enseñanza de que cuando un infante es bautizado se borra la culpa del pecado original. Esta tradición llegó a convertirse en dogma y le fue atribuida la misma autoridad de las doctrinas bíblicas.

Una vez que el ***principio*** de la tradición fue admitido como una fuente legítima de doctrina, quedó abierto el camino para que todo tipo de enseñanzas ajenas a la Biblia fuesen aceptadas por la iglesia. La exaltación de María, las oraciones a los santos,

la perpetuación de la autoridad de Pedro y un sinnúmero de otras doctrinas que no se encuentran de manera explícita en el Nuevo Testamento fueron consideradas como recipientes de la misma autoridad de la Biblia.

Católicos y protestantes disienten acerca del valor de la tradición. El principio fundamental de la Reforma fue ***Sola Scriptura,*** es decir, las Escrituras son la única regla de fe y práctica. Por otra parte, el catolicismo atribuye a la tradición el mismo nivel de autoridad de la Biblia. Citando las palabras del Papa Juan Pablo: "Tanto la Escritura como la tradición deben ser aceptadas y honradas con iguales sentimientos de devoción y reverencia". No obstante, rara vez la tradición es neutral. Casi siempre es una detracción de la verdad y distorsiona la claridad del mensaje. Jesús reprendió a los fariseos por anular la Palabra de Dios con sus tradiciones.

En los capítulos que siguen, presentaré una historia breve de algunas doctrinas principales que han sido un punto focal de controversia. Una y otra vez tendremos que enfrentar la pregunta de por qué surgieron los desacuerdos y por qué siguen existiendo.

Ningún cristiano con preocupación genuina por estos asuntos puede correr a esconderse. La tendencia moderna de hablar sobre la relevancia del cristianismo sin tomarse la molestia de examinar sus doctrinas básicas es un descarrío. Solo si estamos bien parados sobre el fundamento estamos calificados para edificar la superestructura. Este libro se ha escrito con la esperanza de que los cristianos sabrán qué creen y por qué lo creen.

Algunos estarán en desacuerdo con mis conclusiones, pero todos deben coincidir en que estos asuntos no son triviales ni irrelevantes. La doctrina es el intento de aclarar lo que Dios ha dicho acerca de las últimas cosas: Cristo, el cielo, el infierno, la salvación.

Los capítulos siguientes discuten algunas controversias famosas que todo cristiano maduro debe resolver en su propia mente. El espíritu con el cual debe empezar nuestra búsqueda de la verdad tiene mucho que ver con el antiguo adagio atribuido

a Richard Baxter: "En cuestiones necesarias, unidad; en cuestiones dudosas, libertad; en todas las cosas, caridad".

No es necesario leer los capítulos de este libro en el orden de presentación. Es posible que usted tenga interés en un tópico particular: bautismo, comunión o predestinación frente al libre albedrío. Sin importar dónde empiece su lectura, mi oración es que usted acepte el reto de pensar acerca de los asuntos básicos que deben resolverse en las mentes de todos los cristianos en su proceso de crecimiento y maduración.

UNO

¿Es Cristo verdadero Dios?

Es posible que usted recuerde el anuncio que apareció en muchos diarios del mundo en 1982 y que proclamaba: "CRISTO ESTÁ AQUÍ AHORA". Había hecho aparición nuestro señor Maitreya, el gobernador mundial que se había esperado por tanto tiempo.

En letra menuda se encontraba la declaración de que este hombre era conocido por los cristianos como Cristo; los judíos le llamaban el Mesías; los budistas le llamaban el quinto Buda; los musulmanes le llamaban Imam Mahdí; y los hindúes le llamaban Krisna. A continuación la conclusión: ***Todos estos son nombres que se utilizan para aludir a la misma persona.***

Nunca esperé encontrar esta clase de herejía en la iglesia, pero cierta noche en una reunión religiosa terminé sentado al lado de una popular mujer pastora que mezcla de manera habilidosa el cristianismo con el movimiento de la Nueva Era, en el cual se enseña que Dios existe dentro de cada persona y tan solo aguarda el momento de ser descubierto. "¿Cree usted que Cristo es el único camino a Dios?", le pregunté, bastante seguro de que ella negaría una afirmación tan exclusivista. "Por supuesto creo que Cristo es el único camino a Dios", fue la respuesta directa. "¿Qué la hace pensar que yo no lo creería?"

Le insistí: "¿Cree usted que todas las religiones del mundo son igualmente válidas?"; con esta pregunta quise forzarla a definir su doctrina con mayor precisión. "Sí lo creo", fue su respuesta cándida.

“En ese caso, ¿cómo encaja esto con la afirmación de que Cristo es el único camino a Dios”, pregunté perplejo ante lo que parecía una contradicción. ***"Cuando yo hablo de Cristo, no me estoy refiriendo a Jesús de Nazaret ",*** fue su respuesta honesta.

Para ella, el nombre Cristo era un concepto genérico que se utilizaba para aludir a cualquier dios en un momento determinado. Según ella este Cristo es el valor universal que existe en cada persona, y como admitió con franqueza, no se trata del Jesús de la Biblia.

La teología siempre ha sido importante, pero nunca más que hoy día. La iglesia en su ingenuidad está ingiriendo viejas herejías sin siquiera darse cuenta de ello. Por eso es que debemos volver a considerar los primeros concilios de la iglesia. Estos se convocaban para aclarar doctrinas, identificar herejías y hacer una explicación y presentación lógica de las creencias cristianas. A causa de la difusión de tantos conceptos falsos de cristianismo, es tiempo de regresar a las bases y los fundamentos. Si no lo hacemos, miles de personas que creen ser cristianas descubrirán en el día del juicio que fueron engañadas.

El concilio de Nicea que se reunió en el año 325 d.C., definió la doctrina más importante del cristianismo. A partir de esa reunión surgieron dos maneras de ver a Cristo. Aunque divergían en sentido gramatical por una sola letra del alfabeto griego (una jota o una tilde, por así decirlo), los obispos abrieron una grieta teológica que está con nosotros hasta el día de hoy. A un lado están los que hablan bien de Cristo pero creen que es algo menos que Dios; al otro lado están quienes creen que Cristo es Dios de Dios. Este concilio mostró por qué es posible creer en Cristo y a pesar de ello ser condenado para siempre. Miles de seres humanos que se llaman a sí mismos creyentes descubrirán un día horrorizados que creyeron en el Cristo equivocado. Más sobre esto en seguida.

Supongamos que usted está leyendo el Nuevo Testamento por primera vez. ¿Cómo interpretaría las oraciones de Cristo al Padre? ¿Llegaría a la conclusión de que Él fue alguien menor a

Dios? Si Él es Dios, ¿entonces solo estaba hablando consigo mismo?

La iglesia primitiva confrontó una paradoja desconcertante. Por un lado, Cristo fue presentado como un ser distinto de Dios el Padre. El Padre le habló a Cristo en su bautismo y Cristo también le hablaba al Padre muchas veces en oración. Por otro lado, Cristo fue presentado con claridad como Dios; como Isaías predijo, el Mesías sería "Dios fuerte" (Is. 9:6).

Los primeros padres de la iglesia en su gran mayoría no tenían un concepto claro de la Trinidad. Estaban al tanto de que el Nuevo Testamento presenta a Cristo como Dios pero no enfrentaron de inmediato la cuestión acerca de cómo podría reconciliarse tal doctrina con el hecho de que solo hay un Dios. Si Cristo es Dios y al mismo tiempo se distingue de Dios el Padre, ¿no existen entonces dos Dioses? Si el Espíritu Santo también es Dios, ¿entonces no son tres?

Un Dios o tres Dioses

Vamos a considerar esta porción de historia teológica. Para evitar la creencia en tres dioses se divulgó una enseñanza llamada "monarquismo" en toda la iglesia en el siglo tercero. Esta enseñanza (cuyo nombre significa "un solo soberano") sostenía que las llamadas tres personas eran en realidad modos en los que una sola persona se manifestaba. Tanto Cristo como el Espíritu Santo son Dios el Padre, pero bajo un atavío diferente. Así como el mismo hombre puede ser un padre, un hijo y un hermano, así la persona única de Dios el Padre ejercía diferentes funciones o papeles.

Esta forma de monarquismo afirmó la deidad verdadera de Cristo, pero se vio forzado a concluir que el Padre mismo se había encarnado. Noetus, uno de sus líderes, escribió: "Cuando el Padre aún no había nacido, se convirtió en el Hijo, él mismo de suyo y no de otro".

Aunque el monarquismo afirmó la unidad de Dios y la deidad de Cristo, fue juzgado como herejía. No explicaba de manera

satisfactoria las veces en que Cristo habló a su Padre, pues según su principio la conclusión era que Cristo estaba hablando consigo mismo. De otra forma, ¿en qué sentido podría el Padre abandonar al Hijo en la cruz si el Hijo era el Padre solo que en un papel diferente? ¿Acaso el Padre se abandonó a sí mismo?

Tertuliano del norte de África (aprox. 160-215), uno de los primeros teólogos que afirmó la personalidad tripartita de Dios, acusó a los monarquianos de negar el Espíritu Santo y creer que Dios el Padre fue crucificado. Esta doctrina nunca fue una amenaza seria a la cristiandad como un todo. Aunque sobrevive en la actualidad entre algunos que pertenecen a la secta de los "Solo Jesús", en gran medida está fuera de escena.

Por supuesto, podemos caer en esta antigua herejía cuando agradecemos a Dios el Padre por morir en la cruz por nosotros La precisión doctrinal exige que las personas de la Trinidad se mantengan distintas entre sí.

El problema es que ya nos adelantamos a la historia.

Puesta en escena

Después que el emperador Constantino se convirtió al cristianismo en 312 d.C., promulgó un edicto que otorgaba tolerancia de la religión cristiana y en esencia proclamaba el cristianismo como la religión del imperio. Este hombre estaba tratando con una iglesia que hervía en discusiones sobre la persona de Cristo. Para nosotros en los tiempos modernos la teología está confinada al salón de clases, pero en aquellos días todos estaban involucrados en el debate. Un obispo describió a Constantinopla como una ciudad enfrascada en estas discusiones. Dijo que si se pedía cambio de monedas a alguien en el mercado era casi seguro que se pusiera a discutir con esa persona si Cristo fue engendrado o no; si se preguntaba acerca de la calidad del pan, la respuesta que se recibía era que "Dios el Padre es mayor, el Hijo es menor"; si uno sugería que tomar un baño era algo deseable, le dirían "no había nada antes que Dios el Hijo fuese creado".[1]

Confundido por esos debates teológicos, Constantino fue persuadido a convocar un concilio general en Nicea para resolver las amargas disputas. El emperador tenía la esperanza de que se llegara a un consenso y hubiese reconciliación entre las partes. Si no se lograba, la iglesia no podría unir al imperio. En esos días la unidad religiosa era el fundamento de la unidad política.

Descripción de los asuntos a debatir

Vamos a considerar las opiniones que se debatieron en diversos lugares del imperio.

En el siglo anterior, cerca de 250 d.C., Orígenes, un teólogo de Alejandría en Egipto, afirmó que el Hijo estaba supeditado al Padre. En ocasiones llegó a referirse al Hijo como el ***Theos Deuteros,*** o el segundo Dios. Lo extraño es que además de esto afirmaba creer en la deidad de Cristo. No es claro qué quiso decir con exactitud al hablar de subordinación del Hijo al Padre.

Arrio, un presbítero en Alejandría, llevó la perspectiva de Orígenes un paso más allá. Si el Hijo tiene una esencia diferente a la del Padre, es lógico suponer que se trata de un ser creado. Esto explicaría la subordinación del Hijo al Padre en pasajes tales como Juan 14:28 donde Cristo dijo: "voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo". Otros pasajes relevantes son Marcos 13:32; Juan 5:19; y 1 Corintios 15:28.

"Si el Padre engendró al Hijo, aquel que fue engendrado tuvo un comienzo de existencia", dijo Arrio. "A partir de esto es evidente, que hubo un tiempo en que el Hijo no existió".

Arrio creía que el Hijo fue creado de la nada, pero que fue el primero y el mayor de los seres originados por Dios. Por medio del Hijo fue creado el mundo. El Hijo es digno de adoración porque fue adoptado por Dios como tal.

Esta visión fue aceptable para quienes estaban influenciados por el paganismo de la época. Si alguien no cree que la teología es afectada casi siempre por la filosofía prevaleciente del

momento, solo hay que pensar en la manera tan conveniente y precisa como la idea de un Cristo creado se ajustó a la mentalidad griega.

Los gnósticos (del término griego para conocimiento), creían que la materia es maligna y por lo tanto no era posible que Dios se convirtiera en hombre. Si lo hiciera quedaría contaminado con una mancha imborrable de maldad. Afirmaban poseer un conocimiento secreto que les llevaba a la conclusión de que existía un Dios supremo que existe por sí solo, pero que hay muchos dioses menores que ejecutan la obra de Dios y que tienen tránsito libre entre el cielo y la tierra. Cristo podría ser considerado el más grande de estos dioses creados y de esa manera se ajusta muy bien dentro del contexto de la filosofía griega. Para la mente pagana esta era una teoría aceptable y más creíble que la doctrina de que Cristo, la Palabra, ha existido desde toda la eternidad y es igual en todo a Dios el Padre. Como se mencionó, si Dios se convirtiera en hombre quedaría malogrado con la corrupción terrenal. Hacer a Cristo menor a Dios le ajustaba a los parámetros de la filosofía pagana de la época.

La visión de Arrio llegó a tener influencia porque este hombre fue un comunicador de gran habilidad. Acostumbraba difundir sus ideas con frases cantadas que en poco tiempo se hicieron populares y eran entonadas por los mayores en los lugares públicos y los niños en las escuelas.

En la actualidad muchas sectas tienen por héroe al ingenioso Arrio.

Por ejemplo, los Testigos de Jehová creen que Cristo es un dios pero no Dios a plenitud. Cito a Carlos Russell, uno de sus fundadores: “Al ser la primera creación de Dios, estuvo con el Padre en el cielo desde el principio de toda la creación; Jehová Dios le usó en la creación de todas las demás cosas que han sido creadas”. Versículos tales como Colosenses 1:15 y Apocalipsis 3:14, donde Cristo es llamado “el primogénito de toda creación” y “el principio de la creación de Dios”, son

utilizados para mostrar que Cristo fue el primero de todos los seres creados.

Arrio representó esta manera de ver las cosas en el concilio de Nicea. Había ganado seguidores y un respaldo popular considerable, y ahora la iglesia tenía la oportunidad de evaluar su postura a la luz de las Escrituras.

La posición opuesta fue defendida por el gran teólogo y apologista Atanasio (aprox. 296-373). Cual adalid de la ortodoxia, insistió en que Jesucristo era pleno Dios y tenía la misma esencia del Padre. En términos específicos, argumentó a favor de la doctrina de la Trinidad, de Dios como una unidad tripartita. Afirmó que las siguientes proposiciones podían sostenerse sin contradicción: (1) Cristo y el Espíritu Santo son plenamente Dios; (2) ambos son, en cierto sentido, distintos entre sí y del Padre; y (3) Dios es uno.

Atanasio creía que las tres personas no estaban separadas, lo cual conduciría al politeísmo, sino que participaban de unidad de sustancia o esencia. Como el historiador de la iglesia Reinhold Seeberg escribió, Atanasio era consciente de que “solo si Cristo es Dios de forma incondicional e inobjetable, es cierto que Dios tuvo entrada plena a la humanidad, y solo en ese caso fue traído acceso para los seres humanos a la comunión con Dios, el perdón de los pecados y la inmortalidad”.

Parecería claro que solo puede ser cierto que Cristo es Dios o que Él fue creado. Sin embargo, en todo concilio siempre ha habido alguien que cree haber hallado un punto medio que satisface a ambas partes. El historiador Eusebio de Cesarea encabezó una facción que afirmaba tener la fórmula para cerrar la fisura generada por ambas perspectivas. Se alineó con los arrianos diciendo que Cristo era de una substancia diferente a Dios el Padre, pero coincidió con Atanasio en que Cristo era divino. Sugirió que la naturaleza de Cristo se describiera como *homoiusios* (similar) a la de Dios el Padre. Cristo sería como Dios, pero no sería Dios de una forma indeterminada.

De esta manera se preparó el escenario para uno de los concilios más importantes de la iglesia en toda su historia. ¿Cuál de estas tres perspectivas ganaría la lid?

El concilio se reúne

Constantino se dio cuenta de que estas diferencias podían desarticular su imperio en cualquier momento. Había decidido trasladar la capital del imperio de Roma a Bizancio (más tarde la ciudad sería llamada Constantinopla en su honor, su nombre moderno es Estambul). Por esa razón solicitó a los delegados que acudieran a Nicea, a tan solo cuarenta kilómetros de la nueva capital. De este modo en 325 d.C. se reunieron 318 obispos para tratar la cuestión de la deidad de Cristo y la Trinidad. ¡Pensemos por un momento en las circunstancias! Tenemos aquí a hombres que habían sido perseguidos por su fe contados años atrás. Muchos de ellos podían mostrar cicatrices de sus días de tortura. No obstante, debido ahora a la conversión de Constantino, asistieron de forma abierta al concilio, ¡con todos sus gastos pagados por el emperador!

Constantino mismo pronunció el discurso inaugural. Recordó a los obispos que tenían que resolver estos asuntos teológicos porque las divisiones en el imperio eran peores que la guerra. Sus esperanzas estaban puestas en una resolución rápida y amistosa.[2]

Arrio fue invitado a formular sus planteamientos de que Cristo era un ser creado, que era el primero y mayor de los seres creados, pero que en definitiva había sido creado. "El Hijo tuvo un principio, pero Dios carece de principio".

En breve, la asamblea denunció esto como herejía. Blasfemia. Así quedó resuelto el asunto.

Sin embargo, fue más difícil enfrentar la oposición de Eusebio de Cesarea. Este hombre era amigo personal del emperador y también un admirador de Arrio. Procedió a presentar su fórmula intermediaria. Cristo puede ser llamado Dios, pero su sustancia es diferente a la de Dios el Padre.

Por otro lado, la mayoría de los obispos presentes creían que si Cristo tenía una sustancia diferente a la del Padre, no podría ser llamado Dios en el sentido pleno del término. Solo si tenía la misma sustancia podría ser Dios.

Luego se presentó la postura de Atanasio, que como se recordará consistía en la creencia de que Cristo era "Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no creado, de una sustancia con el Padre". La palabra griega empleada era *homoousion,* "de una misma sustancia". Este credo no se podía interpretar de otro modo que con la afirmación incondicional de que Cristo era Dios.

Después de varios años de debate, el emperador vio que el punto medio de Eusebio no podía ser adoptado. Se estaba desarrollando un consenso hacia la perspectiva de que Cristo era de la misma sustancia que Dios el Padre. De este modo el emperador decidió intervenir y coligarse con Atanasio, quien había insistido en que Cristo era plenamente Dios, de una sustancia con el Padre. Así surgió el credo de Nicea:

"Yo creo en Dios el Padre todopoderoso; Creador del cielo y de la tierra... y en un solo Señor, Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, engendrado del Padre antes de todos los mundos. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no creado, de una sustancia con el Padre".

Todos los obispos firmaron el credo a excepción de dos, los cuales fueron enviados al exilio al igual que Arrio. Constantino ofreció un banquete para celebrar el resultado final, creyendo que de ahora en adelante su imperio permanecería unificado. Eusebio, quien había perdido con su postura intermedia pero después accedió a firmar el nuevo credo, escribió que todos los obispos estaban presentes en la mesa del emperador, con guardaespaldas y soldados por todos lados empuñando sus grandes espadas... y los hombres de Dios podían caminar sin temor entre ellos. "Era fácil imaginar que ya se trataba del reino de Cristo o considerar la escena como un sueño antes que la realidad".

No obstante, la victoria fue empañada. Algunos de los delegados creían que la influencia de Constantino era lo que había determinado el resultado. Después de todo, él había respaldado a Atanasio con todo su peso político. De ese modo algunos disidentes argumentaron que el resultado se había basado en consideraciones políticas antes que religiosas.

A Atanasio mismo le causaba desazón que Constantino hubiese entrado al debate a título personal. Habría preferido convencer a los delegados con sus propios argumentos que alcanzar una solución de la controversia mediante la intervención de un político.

Lo cierto es que el debate estaba muy lejos de resolverse. El arrianismo se había difundido en muchas iglesias y los emperadores subsiguientes se aliaron con la mayoría del momento. Los disconformes eran excluidos. Atanasio continuó en su oposición al arrianismo con tal tenacidad que cuando le dijeron que todos se le oponían él dijo: "¡Atanasio contra el mundo!". En cinco ocasiones fue llevado al exilio, pero nunca fluctuó en su compromiso con la deidad plena de Cristo.

Más tarde los arrianos empezaron a discrepar entre ellos mismos y su influencia se desvaneció. El concilio de Roma (341) y el concilio de Constantinopla (381) ratificaron el credo de Nicea, que es la base de la ortodoxia cristiana hasta el día de hoy.

¿Es teológicamente correcto el credo de Nicea? Algunas veces se arguye que en ninguna parte la Biblia dice que Cristo sea verdadero Dios y que tenga la misma esencia divina de Dios el Padre. No obstante, en algunos pasajes se afirma de manera directa la deidad plena de Cristo (Is. 9:6; Jn. 1:1; Ro. 1:5; He. 1:8). Además, existen muchos otros pasajes donde se declara de manera indirecta que Cristo es Dios a causa de los atributos divinos que le son asignados.

¿Qué hacer con las referencias que hablan de Cristo como "el principio de la creación de Dios" (Col. 1:15; Ap. 3:14)? En ambos versículos la palabra empleada es *protokokos,* que

significa primer portador. Cristo es el único quien tiene preeminencia sobre toda la creación. Aun si la palabra se tradujera primogénito, esto no implicaría que Cristo haya sido el primer ser creado. Aunque Jacob fue menor que su hermano Esaú, Jacob fue el primogénito y heredero. No es una cuestión de tiempo sino de posición lo que determina quién es el primogénito. Cristo tiene preeminencia en todo.

¿Por qué esto es importante para mí?

Algunas veces los críticos hacen mofa diciendo que el concilio de Nicea se dividió por una simple "jota". Recordemos que la diferencia entre las palabras similar e igual en griego solo es una letra del alfabeto, la letra "i". Algo propio de teólogos es tratar de partir un pelo por la mitad y discutir sobre detalles que no se relacionan con el mundo real. Mucho mejor sería ayudar a los pobres o involucrarse en los asuntos políticos del momento.

William E. Hordem cuenta una historia que ilustra la manera como una sola letra o coma puede cambiar el significado de un mensaje. En los días cuando se enviaban mensajes por telégrafo había un código para cada signo de puntuación. Cierta mujer que se encontraba de viaje por Europa, envió un cablegrama a su esposo para preguntarle si podía comprar una bella pulsera que costaba 75.000 dólares. El esposo contestó con este mensaje: "Ninguna pulsera, cuesta demasiado para mí". Cuando el operador del telégrafo transmitió el mensaje no incluyó la coma. La mujer recibió un mensaje que decía: "Ninguna pulsera cuesta demasiado para mí". Ella compró la pulsera; el esposo denunció a la compañía, ¡y ganó la demanda! Después de este suceso los usuarios del código morse siempre han colocado por escrito los signos de puntuación. Una coma, una tilde o una "jota" pueden hacer una gran diferencia en la transmisión de un mensaje.[3]

Aunque los obispos en Nicea se dividieron por las palabras griegas similar e igual, el asunto era de inmensa importancia. Los teólogos de siglos pasados entendían que todas las demás cuestiones sociales y morales no se pueden comparar con la

significación y trascendencia de la doctrina de la deidad de Cristo. La pregunta real es si Cristo es capaz o no de ser el Salvador de la humanidad.

Aun si Cristo fuese la criatura más sublime y noble de la creación de Dios, entonces Dios solo estaría involucrado de forma indirecta en la salvación del hombre caído. La salvación le habría costado muy poco a Dios. Una de sus criaturas habría sufrido por la humanidad, como si Dios hubiese delegado a otro ser "el trabajo sucio".

¿Acaso sería posible la salvación si Dios hubiese delegado el sufrimiento a una de sus criaturas? No. Solo Dios mismo puede reconciliar al hombre con Él. Como lo dijo el obispo Moule: "Un Salvador que no sea Dios sería como un puente al que le falta la mitad". La enseñanza constante de la Biblia es que Dios sufrió; por esa razón podemos decir que la salvación es del Señor.

Consideremos el asunto de esta forma: Dios necesitaba un rescate para que el hombre pudiese ser perdonado, pero solo Él podía satisfacer sus propias demandas. Un juez en California declaró a un hombre culpable de una infracción menor y promulgó una sentencia; el mismo juez salió del estrado y pagó la pena que había exigido. En la salvación, Dios nos declara culpables y también paga nuestra deuda. Solo Él puede satisfacer sus propios requerimientos. Un salvador menor que Dios no estaría calificado para hacerlo; Dios debe hacerlo por sí mismo.

La deidad de Cristo también debe ser afirmada para guardamos de la idolatría. Cristo aceptó aquí en la tierra la adoración y las oraciones de la gente sin muestra alguna de escrúpulo ni vergüenza. Él también perdonó el pecado. Los judíos de su tiempo entendieron con claridad las implicaciones de esto y preguntaron: "¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?"

Todos nos hemos preguntado: "¿Está bien orarle a Jesús?" Es cierto que Cristo enseñó que debemos orar al Padre en su nombre, pero la oración a Cristo también es apropiada, porque

Él es Dios sin condición alguna. En el cielo el Hijo es adorado junto a Dios el Padre.

Varios años atrás el obispo Pike, quien negaba todas las doctrinas fundamentales del cristianismo, escribió un libro titulado *El otro lado.* Es la historia acerca de cómo trató de hacer contacto con su hijo, quien había cometido suicidio. Cuando Pike por fin contacta a su hijo difunto a través de una médium, se da un diálogo entre padre e hijo. El padre pregunta a su hijo (que en realidad es un demonio personificando a su hijo), si se habla mucho acerca de Cristo en "el otro lado", a lo que responde la voz: "¡No, por aquí no hablamos mucho de él!"

Usted puede estar seguro de algo: si después de morir se encuentra en un lugar donde no se habla mucho acerca de Jesús, puede tener la seguridad de que ha terminado en el lado erróneo de la eternidad. El libro de Apocalipsis está lleno de himnos de alabanza y adoración a Cristo, el Cordero.

Cristo nos dice que Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin. La Enciclopedia Británica consta de treinta tomos pesados y atiborrados de información. Sin embargo, sus escritores nunca tuvieron que salir de las veintisiete letras del alfabeto para escribir toda esa historia, geografía y ciencia. Sucede lo mismo con Cristo. No necesitamos salir de Él para encontrar toda la verdad y sabiduría espiritual que necesitamos. En Él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad.

Si Cristo no es Dios, entonces Dios no nos ha salvado, y la adoración que Cristo aceptó y su capacidad para perdonar pecados habrían sido una blasfemia.

¿Cuál Cristo salva?

Volvamos a la conversación que tuve con aquella mujer pastor acerca de la persona de Cristo. Ella creía que Cristo era el único camino al cielo pero también afirmó que todas las religiones del mundo eran una expresión del Cristo. Recuerde,

ella dijo que el Cristo proclamado por ella no era Jesús de Nazaret.

Ahora nos encontramos en una mejor posición para entender por qué miles de personas que creen en Cristo se van a perder. Han creído en un Cristo que no está calificado para salvarles. En efecto, han creído en un anticristo, de una u otra forma. "En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo" (1 Jn. 4:2-3).

He aprendido a nunca dejar que una persona me diga que cree en Cristo sin preguntar: "¿Cuál Cristo?". Alberto Schweitzer el humanista, creía en un Cristo que en esencia era un demente; Rudolf Bultmann el teólogo alemán, creía en un Cristo mitológico; Immanuel Kant el filósofo alemán, creía en un Cristo humano; muchas sectas modernas creen en un Cristo creado.

El movimiento de la Nueva Era que está ganando amplia aceptación enseña que todas las religiones del mundo son en esencia lo mismo, y su punto de unidad radica en el poder de la mente. Según algunos, este poder debería llamarse Cristo. Aun la Madre Teresa de Calcuta, quien es elogiada en gran manera por los evangélicos, ha dicho que la conversión significa quedar cara a cara con Dios al aceptarle en nuestras vidas. "Nos convertimos en mejores hindúes, mejores musulmanes, mejores sin importar qué seamos... lo que Dios sea en tu mente es lo que debes aceptar".[4] Aparentemente, ella creía que el Cristo del cristianismo bíblico no es necesario para la conversión.

El sacerdote francés Teilhard de Chardin expuso una nueva teología en la que el alma es la fuerza motriz de la evolución. Enseñó que el hombre estaba emergiendo para convertirse en un nuevo ser ennoblecido por el espíritu universal del Cristo cósmico. Para él Cristo no es más que un peldaño en la escalera evolutiva.

Lo cierto es que hasta la fe más implícita, si se deposita en un Cristo que es incapaz de salvar, no nos llevará al cielo. La pregunta es entonces: ¿cuál Cristo salva?

Para responder esa pregunta debemos regresar al credo de Nicea. Solo un Cristo encamado quien es pleno Dios califica para ser un Salvador verdadero.

La Trinidad

Como ya se indicó, afirmar la deidad de Cristo es creer en la Trinidad. Puesto que si Cristo es Dios, pero se distingue de Dios el Padre, debe haber por lo menos dos personas en la esencia divina. Como la Biblia también afirma que el Espíritu Santo es Dios, la deidad debe existir como una unidad tripartita.

En su libro *La Trinidad,* Agustín desarrolló en profundidad la teología de Nicea. Recalcó la unidad de esencia y la Trinidad de personas en la deidad, pero fue cuidadoso en señalar que no se asemejan personas humanas que son entidades separadas; más bien, tienen una interpenetración mutua y habitan uno en otro sin limitaciones.

Agustín admitió que la palabra persona no es un buen término para usar porque implica politeísmo; de todas maneras él lo empleó "no con el fin de expresar [la relación], sino con motivo de no quedar en silencio". El teólogo era consciente de que ninguna palabra o arreglo de palabras humanas puede expresar de forma adecuada la relación trinitaria. Persona alude a un sentido de individualidad y separación; *modo* es demasiado impersonal.

Cierto académico dijo: "Si pudiéramos despojar la palabra persona de su sentido de individual o a la palabra aspecto de su cualidad impersonal, las dos servirían".

Una analogía podría ser de ayuda. Agustín dijo que debido a que el hombre fue creado a imagen de Dios, su mente era un ejemplo de la Trinidad: memoria, inteligencia y voluntad son elementos que participan por igual de la misma sustancia, y no obstante son distintos en función. Lo cierto es que la ilustración

de Agustín falla porque estas funciones son demasiado impersonales. Debemos afirmar a tres personas que participan de una sola sustancia.

Algunas veces se acusa a los cristianos de creer en una contradicción, que uno equivale a tres. Esto es falso, por supuesto. No estamos diciendo que un Dios equivale a tres Dioses, sino que un Dios se revela en tres "personas", entendiendo que la palabra persona no se puede interpretar en un sentido individualista.

Sobre esta roca

La deidad de Cristo es por lo tanto el fundamento de la doctrina cristiana. No es suficiente creer en Cristo, sino creer en un Cristo que es capaz de salvar. La cantidad de fe no es tan importante como el objeto de la fe. Uno puede creer que el hielo de un lago congelado es lo bastante sólido para aguantar su peso, pero si apenas tiene tres centímetros de grosor se va a romper si uno camina sobre él. De la misma manera, es posible que usted tenga dudas mientras camina sobre una capa de hielo de treinta centímetros de grosor, pero le va a sostener a pesar de sus temores y reservas.

La fe sola no salva; solo la fe en una persona calificada para salvar trae salvación al corazón humano. No todos los que dicen "Señor, Señor" entrarán en el reino de los cielos. El Cristo de las sectas es incapaz de pagar el castigo por el pecado. Creer en un Cristo que es menor a Dios es tener una fe en el lugar equivocado.

El concilio de Nicea dividió a la cristiandad para siempre. Por un lado están quienes hablan bien de Cristo pero afirman que es un ser menor que Dios; por otra parte están quienes creen que Él es "Dios de verdadero Dios". Estas dos corrientes de pensamiento fluyen en direcciones diferentes y jamás se entrecruzan.

Debemos agradecer que aquellos que nos han precedido en la historia de la iglesia insistieron en que creyésemos en el Cristo

que es Dios. En su propia persona Él une a Dios con el hombre. En su muerte reconcilia al hombre con Dios. Salvación o condenación; cielo o infierno. Esa fue la cuestión que se tuvo que decidir en Nicea.



1 **Bruce L. Shelley,** *Church History in Plain Language* **[Historia de la iglesia en lenguaje sencillo] (Waco Word Books, 1982), p. 113.**

2 **Shelley, p. 115.**

3 **William E Hordern,** *A Layman s Guide to Protestant Theology* **[Guía del laico sobre teología protestante] (Nueva York: Macmillan, 1955), p 15-16.**

4 **Desmond Doig, Mother Theresa:** *Her People and Her Work* **[La Madre Teresa, su gente y su obra] (Nueva York: Harper and Row, 1976), p. 156.**

DOS

¿Es Cristo verdadero hombre?

En la década de los sesenta, cuando la teología de "la muerte de Dios" era popular, un amigo mío se la pasaba visitando gente de puerta en puerta en un vecindario de Dallas, testificando para Cristo. Después de una breve introducción la conversación seguía más o menos así:

"¿Usted cree que Jesucristo era Dios?", preguntaba el posible converso.

"Sí, seguro lo creo".

"¿También cree que Jesucristo murió en la cruz?"

"Si, por supuesto".

"¡Entonces salga de aquí!", respondía airado el dueño de casa. "¡No quiero nada que ver con esta teoría de que Dios murió hace tanto tiempo!"

¿Cómo habría respondido usted? Suena lógico, ¿cierto? Si Cristo es Dios y Él murió, ¡entonces Dios ha muerto! La respuesta fácil es decir que su humanidad murió pero no murió en su deidad.

El problema es que si es así, entonces un hombre murió por nuestros pecados, y Dios solo tuvo una participación indirecta en la cruz. La conclusión sería que la humanidad, y no la divinidad, pagó el precio de la redención.

Ningún misterio ha agobiado las mentes de los teólogos como el de la encamación. Cierta Navidad muchos años atrás, una de

mis hijas, quien entonces tenía seis años preguntó: "¿Quién estuvo encargado del mundo mientras Dios fue un bebé?". Una buena pregunta, pero difícil de contestar.

Tales preguntas irritaban las mentes de los teólogos durante el siglo quinto, cuando las discusiones teológicas anegaban el continente europeo. Se propusieron diversas teorías sobre la manera correcta de entender la encamación. Algunas recalcaban la humanidad de Cristo, otras su deidad. Algunas consideraban que sus dos naturalezas estaban mezcladas, otras creían que estaban separadas. Para nosotros sería más fácil entender a Cristo si fuese plenamente hombre o plenamente Dios, pero debido a que es ambas cosas, siempre existe la tendencia a resaltar una naturaleza a expensas de la otra.

Recordemos que Cristo entró a una cultura en la que se creía que la materia tenía una maldad inherente. A fin de reinterpretar el cristianismo para que se ajustara a las ideas prevalecientes de la época, se plantearon dos perspectivas. Una consistía en negar la deidad de Cristo (ya consideramos esto en el capítulo anterior), la otra era negar su humanidad. En la práctica, los gnósticos hicieron las dos cosas.

La influencia de Platón

Todos hemos oído decir que los filósofos son la gente que se sienta en torres de marfil para buscar respuestas a preguntas que las personas comunes y corrientes nunca se hacen. Este es un estereotipo falso, es cierto que los filósofos son especulativos en sus ideas, pero el otro lado de la historia es que tienen influencia en las ideas que controlan continentes enteros.

El famoso filósofo griego Platón (428-348 a.C.) fue tanto una bendición como una maldición para el cristianismo; una bendición porque su filosofía condicionó a la gente común a pensar acerca de ideas abstractas y cuestiones últimas. A algunos les parecía que su enseñanza era compatible con el cristianismo porque él creía en la inmortalidad del alma, pero en últimas fue una maldición para el cristianismo porque su filosofía se oponía

a la doctrina de la encamación. Este antagonismo fue tan dañino como la persecución física que los creyentes recibieron a manos del Imperio Romano. Las ideas de un hombre brillante tenían amenazada la existencia de la fe cristiana.

Platón, como se recordará, estableció una distinción tajante entre el mundo material y los conceptos de la mente a los cuales llamaba formas. La materia siempre estaba sujeta a cambio y corrupción, mientras que las ideas poseían permanencia y perfección. Por ejemplo, yo podría juzgar que afuera hace frío y usted podría pensar que hace calor. Nuestros cuerpos están sujetos a la relatividad de nuestros sentimientos y el entorno. En cambio, la idea de que 2+2=4 es constante. Es algo que sigue siendo verdadero sin importar que tengamos fiebre y creamos que la luna es de queso.

¿Qué tiene que ver esto con la herejía que fue una amenaza para la iglesia? Al afirmar que la materia era inferior (maligna), una generación futura de platónicos concluyeron que no era posible para Dios asumir la naturaleza propia de la humanidad. Como ya aprendimos en el capítulo previo, que Dios se convierta en hombre significa que ha dejado de ser perfecto.

El *gnosticismo*, como quedó señalado, fue un movimiento poderoso que se opuso al cristianismo en los siglos segundo y tercero. Al igual que Platón, los gnósticos estaban convencidos de que Dios no podía tener contacto alguno con la materia porque es maligna en si. A pesar de esto, insistían en que podían combinar sus teorías con el cristianismo. Para hacerlo, tuvieron que explicar cómo Dios pudo haber creado el mundo con toda su maldad y quedar libre de culpa y mancha. Era impensable para ellos que Dios se convirtiera realmente en hombre.

La solución que propusieron tenía dos partes. En primer lugar, Dios creó (o emanó) un dios que a su vez creó a otro que creó a otro y así sucesivamente, ¡un mínimo de treinta veces! Según ellos esto explicaba la manera como Dios había podido crear el mundo sin acercarse demasiado a la materia, la cual si se recuerda, posee una maldad inherente. Cristo fue en efecto uno

de estos múltiples dioses creados, y fue enviado para libertamos de las cadenas malignas de la materia en las que estábamos atrapados. De esta forma ellos negaron la deidad de Cristo.

Otros decían que Cristo de hecho nunca se convirtió en hombre en absoluto, sino que solo mantenía la apariencia de poseer un cuerpo físico. Aun si Él fuese uno de los seres creados y subordinados a Dios, si se convertía en hombre de todas maneras se habría contaminado. Aunque fue nacido de una virgen, no habría podido escapar de la corrupción de la carne. Para preservarle de toda mancha de maldad, esta forma de gnosticismo negaba que Cristo tuviese un cuerpo físico y afirmaba que solo parecía tener uno. De esta manera negaron tanto la deidad como la humanidad de Cristo.

Estas teorías ya estaban circulando durante el primer siglo. Por esa razón Juan escribió en sus epístolas: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida..." (1 Jn. 1:1). Juan está diciendo que los discípulos tocaron físicamente a Cristo. Él nunca había sido una alucinación. De hecho, la prueba real de la sana doctrina es creer que Cristo vino en carne.

Aunque nosotros en tiempos modernos debatimos la deidad de Cristo, la iglesia cristiana en aquellos días tuvo que defender su humanidad con el mismo vigor. Si la materia es mala en sí, Dios no podría haber tenido contacto con el mundo como lo enseña el cristianismo.

Cuando Juan escribió: "Y aquel Verbo fue hecho carne", esa declaración tuvo implicaciones explosivas. Por un lado significaba que la noción platónica de que la carne tiene una maldad intrínseca era falsa. Por otro lado significaba que Dios había dado un paso radical en su identificación absoluta con el hombre y sus necesidades. De este modo la iglesia se vio en la obligación de afirmar no solo la deidad de Cristo, como lo había hecho en el concilio de Nicea, sino también de afirmar su humanidad con la misma claridad.

Esto explica por qué el credo de los apóstoles, que surgió durante este tiempo (aprox. 350), insistió con tanto énfasis en la deidad y humanidad de Cristo. Primero afirmó que "Dios es el creador del cielo y de la tierra". Luego especificó que Cristo fue "nacido de la virgen María, padeció bajo Pilato". Por encima de todo, el credo es una afirmación explícita de la humanidad de Cristo. Sin lugar a dudas se estableció con la intención de contrarrestar la influencia griega prevaleciente.

Durante más de un siglo (350-450 d.C.), tuvieron lugar fuertes debates acerca de la persona de Cristo. Lo bueno es que por lo menos hubo unos cuantos hombres brillantes que vieron el hecho de que el cristianismo jamás podría mezclarse con las filosofías de este mundo sin que su mensaje quedara diluido. La ciudad de Alejandría en Egipto tenía una influencia muy particular de filósofos griegos, de ahí que muchos de los gnósticos tuviesen origen allí. Sin embargo, Tertuliano (aprox. 160-215), quien también procedía del norte de África, se mantuvo fírme en contra de esta influencia griega y expresó con brío: "¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén? ¿Qué acuerdo puede haber entre herejes y cristianos?" Este hombre se sostuvo con firmeza a favor de la completa deidad y humanidad de Cristo en medio de las arremetidas de la influencia gnóstica.

Finalmente en 451 d.C., el Papa León el Grande solicitó al emperador Marciano que convocara un concilio general de la iglesia para resolver el asunto y evitar que esta y otras herejías no fuesen tratadas de manera oficial. Los delegados se reunieron en Calcedonia para redactar un credo que definiera de la manera más clara posible la relación entre las naturalezas divina y humana de Cristo. Fue el cuarto concilio general de la iglesia cristiana.

Tiempo para un examen

Imagine que usted es uno de los casi cuatrocientos delegados que fueron invitados a asistir al concilio de Calcedonia, una ciudad a las afueras de Constantinopla. Ciento veintiséis

años atrás, en 325, el concilio de Nicea había afirmado que Cristo era Dios, de la misma sustancia que Dios el Padre.

Ahora la agenda del día incluye adelantar un paso más la discusión teológica y tratar de definir la relación entre su deidad y su humanidad. Le solicitan que considere las siguientes declaraciones y que vote por la que describa mejor la relación entre las naturalezas divina y humana de Cristo. Proceda a examinarlas y a votar según cada una de estas afirmaciones sea verdadera o falsa.

1. Cristo tuvo un cuerpo humano, pero los aspectos espirituales (o racionales) de su naturaleza eran divinos. Físicamente era un hombre pero en sentido racional y espiritual era Dios. En otras palabras, no tenía un alma y un espíritu humanos; todos los aspectos no materiales de su naturaleza eran divinos.
2. En Cristo, un hombre y Dios fueron juntados sin mezclarse, de tal modo que Cristo es en realidad dos personas diferentes. La persona humana se entregó a la persona divina para que hubiese unidad moral entre ellas, pero no existe unidad sustancial entre ellas.
3. Las naturalezas humana y divina se fusionaron de tal manera que la humanidad participa de la divinidad. En términos más precisos, Cristo tuvo una sola naturaleza. Esta naturaleza no era ni Dios ni hombre sino una mezcla de ambos. Como una gota de miel en un vaso de agua, las dos naturalezas se entremezclaron para producir una tercera sustancia nueva.
4. Ninguna de las anteriores.

Ahora vamos a considerar estas perspectivas por separado. La primera fue propuesta por Apolinario, quien creía que si Cristo había sido plenamente humano en cuerpo, alma y espíritu, habría sido manchado por el pecado. Además, la naturaleza humana misma no puede ser objeto de adoración; por lo tanto, adorar a un Cristo que fuese humano por completo sería idolatría.

Sin embargo, la iglesia presentó el argumento correcto de que si no hubiese asumido una naturaleza humana plena, no podría ser un representante satisfactorio de la humanidad y en consecuencia no podría ser nuestro Redentor. La condición humana involucra las dimensiones espirituales de la naturaleza humana al igual que las físicas. Cristo debió haber poseído un alma humana y un espíritu humano al igual que un cuerpo humano.

Para el tiempo en que los delegados se reunieron en Calcedonia en 451, el apolinarismo ya había sido rechazado en un concilio previo en Constantinopla (381 d.C.).

Muchos cristianos tienen hoy día tendencias apolinarias sin darse cuenta de ello. Incluso la conocida frase de un cántico navideño, "Velado en carne se ve Dios", si no se interpreta correctamente podría entenderse como apolinarista. He conocido a muchos creyentes que suponen que el cuerpo físico de Cristo provino de María, mientras que los aspectos inmateriales de su naturaleza (alma y espíritu) eran divinos. Lo cierto es que Él tuvo que ser plenamente humano en cuerpo, alma y espíritu, para poder ser nuestro Redentor.

La segunda opinión, que Cristo consiste en dos personas, fue popularizada por el monje Nestorio, quien se convirtió en obispo de Constantinopla en 428, una época en que estaba creciendo la devoción a la virgen María. Hizo una denuncia pública de la idea de que María era *theotokos,* la "portadora de Dios".

Nestorio temía que la gente supusiera que María, al ser llamada la "madre de Dios", era entonces la madre de la naturaleza divina de Cristo. Por eso afirmó que Cristo era en realidad dos personas, y que María solo era la madre de la persona humana que se había unido con la persona divina. En conclusión, Cristo era por un lado el Hijo del hombre y por otro lado el Hijo de Dios.

El nestorianismo pareció haber resuelto el problema de cómo pudo Jesucristo haber sufrido como hombre al mismo tiempo que no podía sufrir como Dios. En términos simples, el Hijo del

hombre había sufrido y el Hijo de Dios no. Aunque había unión entre las dos personas, en esencia permanecían separadas.

Se le debe reconocer a Nestorio su creencia de que Cristo era verdadero hombre y verdadero Dios, pero al creer que era dos personas distintas introdujo una especie de esquizofrenia en la manera como la iglesia entendía a Cristo. Los eruditos se sentían tentados a dividir todas las palabras del Señor entre las cosas que dijo como hombre ("Tengo sed") y las que dijo como Dios ("Antes que Abraham fuese, yo soy").

Lo que es más importante, esta manera de ver las cosas niega la encamación porque no sería posible en sentido alguno que el "Verbo fue hecho carne". Solo se podría concluir que el Verbo estuvo unido al lado de la carne.

Por último, esta perspectiva dificulta la adoración a Cristo porque caer de rodillas ante el Cristo que anduvo por esta tierra sería una forma de idolatría, ya que el Cristo visible no es más que una persona humana. La gente que vio a Cristo solo vio a un hombre, no a Dios. Para Nestorio, el único Cristo que podía recibir adoración era su persona invisible divina.

En el concilio de Éfeso en 431, Nestorio fue condenado y se le concedieron diez días para retractarse.

Con facilidad podemos caer en el error del nestorianismo cada vez que decimos que Cristo fue tanto Dios como hombre y con ello queremos dar a entender que Él fue Dios y también un hombre. La implicación es que Él fue dos personas separadas. Es mejor hablar de Él como el Dios-hombre para preservar la unidad de su persona.

La tercera opinión era mantenida por Cirilo, el obispo de Alejandría que había ganado fama por su condena del nestorianismo. Enseñó que las dos naturalezas de Cristo estaban fusionadas. Aunque existen dudas sobre si él fue mal interpretado con el paso de los siglos, su parecer condujo más tarde al monofisismo ("una naturaleza"). Cristo solo tuvo una naturaleza porque la deidad y la humanidad estaban

mezcladas de de forma inseparable. Para Cirilo era necesario proteger la unidad de la persona de Cristo.

Si Nestorio separó al Dios-hombre hasta llegar al punto de que el único contacto entre las dos naturalezas era un acuerdo moral, Cirilo las unió de tal modo que las naturalezas resultantes no eran ni de Dios ni de hombre, sino una mezcla de las dos. Eutico, un controvertido seguidor de Cirilo, llevó esta postura a su conclusión lógica y afirmó que el cuerpo de Cristo era en esencia diferente de otros cuerpos humanos. Mediante la unión de las dos naturalezas se había formado una tercera sustancia antes inexistente.

Es probable que se hayan discutido otras opciones en el concilio de Calcedonia, pero las tres anteriores fueron rechazadas. En su lugar, el concilio escribió un credo que apuntaba específicamente a combatir estas herejías y su influencia.

León el Grande dominó el debate en el concilio. Fue conocido como un Papa que avanzó la primacía de la iglesia romana e hizo referencia continua a las palabras de Cristo en Mateo 16:18 para defender el papado: "tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia". Fue un gran administrador y un predicador efectivo. Luchó con vigor para sostener la humanidad plena de Cristo en un tiempo cuando los gnósticos habían recalcado la deidad de Cristo a expensas de su humanidad. En 449 d.C. había escrito una carta a Flavio, el obispo de Constantinopla, en la que defendía la doctrina tradicional de la encamación. Este documento, conocido en la historia como el tomo de León, fue la fuente teológica principal que se utilizó en el concilio.

El credo

La declaración final fue en gran medida una negación de las posturas mencionadas antes, pero también se hacen algunas afirmaciones generales sobre la unión de las dos naturalezas:

> *Nosotros pues, siguiendo a los santos padres, todos unánimes en un mismo acuerdo, enseñamos a los hombres*

a confesar uno y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en divinidad y también perfecto en humanidad; verdadero Dios y también verdadero hombre, en alma y cuerpo; en todas las cosas semejante a nosotros, sin pecado; engendrado del Padre antes de todas las edades según la deidad, y en estos últimos días por nosotros y para nuestra salvación, nacido de la virgen María, la madre de Dios en cuanto a la humanidad; uno y el mismo Cristo, Hijo, Señor, unigénito, para ser reconocido en dos naturalezas de manera inconfundible, inalterable, indivisible e inseparable; la distinción de naturalezas de ningún modo es quitada por la unión, antes bien la propiedad de cada naturaleza es preservada y concurre en una persona y una subsistencia, no partida ni dividida en dos personas, sino uno y el mismo Hijo, unigénito, Dios la Palabra, el Señor Jesucristo.

Notemos que el credo afirmaba que Cristo era plenamente hombre (en oposición al apolinarismo), pero que era una sola persona (en oposición al nestorianismo) con dos naturalezas que permanecían distintas (en oposición al monofisismo). Al declarar que los atributos de ambas naturalezas pueden afirmarse con respecto a una sola persona, el credo trató de ayudamos a captar una vislumbre de lo que Juan quiso decir cuando escribió: “Y aquel Verbo fue hecho carne”.

No se intentó explicar con precisión cómo estaban unidas las dos naturalezas en esa única persona, puesto que los delegados sabían que se encontraban sobre el precipicio del misterio.

El credo también acordó que María era la madre de Dios, no por haber originado la naturaleza divina, sino porque dio a luz un hijo quien de hecho fue divino. Esta frase no se empleó tanto para exaltar a María sino para recalcar la deidad de Cristo.

Las implicaciones

¿Qué tiene que ver esto con nosotros? ¿Acaso importa en realidad si Cristo fue plenamente humano?

Si Cristo no fue en todo humano estaría descalificado para ser el Salvador de la humanidad. "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo" (He. 2:14). En el último capítulo citamos al obispo Moule quien dijo que un Salvador menor que Dios sería como un puente partido al final. Por otro lado, un Salvador que no sea un hombre en todo sentido sería como un puente partido al principio. Cristo tuvo que ser tan plenamente hombre como Dios para redimimos y compramos para Él. Para redimimos en cuerpo, alma y espíritu, Él se tuvo que convertir en uno de nosotros en cuerpo, alma y espíritu. Sin lugar a dudas, Él fue pleno hombre.

No obstante, el concilio afirmó que Cristo estaba unido en una sola persona. Para ilustrar lo que esto significó en la vida terrenal de Cristo pensemos en su tentación en el desierto durante cuarenta días. ¿Acaso podía Él haber pecado? Lo más probable es que Nestorio, quien dijo que Cristo era dos personas separadas que vivían en un solo cuerpo, diría: "Sí, Cristo el Hijo del hombre pudo haber pecado, pero Cristo el Hijo de Dios".

El problema es que decir que Cristo el hombre pudo haber pecado pero no Cristo quien es Dios, es separar a las dos personas como Nestorio lo proponía. La Biblia no dice si Cristo pudo o no haber pecado sino que no lo hizo y punto. Por otro lado, la decisión de Calcedonia conduce de manera lógica y creo yo correcta, a la conclusión de que Cristo no pudo haber pecado. Habría sido imposible que su humanidad pecara sin que su deidad se viera involucrada. De modo que la unidad de su persona hace que Cristo sea incapaz de pecar.

Como es de esperar, algunos teólogos han argüido que si Cristo no fuese siquiera capaz de pecar su tentación fue una farsa. Si Él no podía pecar, por consiguiente Satanás no solo

estaba perdiendo su tiempo, sino que Cristo en realidad no estuvo en capacidad de apreciar nuestras propias tentaciones, ya que las suyas no fueron reales.

La respuesta a este planteamiento es que la tentación fue real en el sentido de que Cristo sintió la fuerza plena de los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida. El propósito de la tentación desde el punto de vista de Dios no era ver si Cristo estaba dispuesto a pecar, sino demostrar que jamás lo estaría. Satanás tenía que saber que Cristo era y es más fuerte que él; Cristo tenía que sentir las cosas a las que somos propensos y que se oponen a nuestras almas, a fin de que pudiera ser en un Sumo sacerdote fiel y misericordioso.

También nosotros teníamos que tener un ejemplo de la manera como debemos proceder con las tentaciones siempre que se atraviesan en nuestro camino.

¿Acaso Dios murió?

¿Qué decimos a la persona que afirma que si Cristo es Dios nuestra conclusión lógica es que Dios murió? La respuesta es un sí condicionado, la deidad en efecto murió. Cristo no pudo haber muerto sin que se involucrara su naturaleza divina. Por supuesto, no debemos pensar aquí en muerte como aniquilación; en ese sentido Dios no es susceptible de muerte. Por otro lado, si pensamos en muerte como separación, ya que la muerte física es la separación del alma y el cuerpo, y la muerte espiritual es separación de Dios, en ese sentido Dios el Hijo murió. La comunión de la Trinidad experimentó una interrupción temporal cuando Cristo se convirtió en pecado por nosotros. La persona total de Dios-hombre pagó la deuda por nuestros pecados.

Por esa razón la Biblia puede enseñar que la salvación es del Señor. Dios el Hijo estaba sufriendo al pagar a Dios el Padre el castigo por el pecado. Cuando Cristo exclamó en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?", no estaba hablando solo como hombre sino como Dios. El Dios-hombre estaba cargando todo el peso del pecado del mundo. Solo la

unidad de la persona podía estar pagando el precio de la redención.

Por último, ¿cuándo terminó la unión de las dos naturalezas en una persona? ¡Nunca! Las dos naturalezas, unidas en el vientre de María, nunca se separarán. Cristo tuvo que convertirse en un hombre para ser tanto Salvador como Sacerdote. "Mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable" (He. 7:24). Le veremos en su cuerpo glorificado y las marcas de los clavos en sus manos serán visibles. Como Rey y Sumo sacerdote Él será para siempre el Dios-hombre.

Los concilios de Nicea y Calcedonia debatieron acerca de la piedra angular del cristianismo, a saber, la persona de Cristo. Estos credos definieron la persona de Cristo para las generaciones subsecuentes. Los católicos romanos y los protestantes concuerdan en que Cristo fue tanto hombre como Dios sin condiciones.

Volvamos ahora nuestra atención en los capítulos siguientes a otras controversias que nunca se han arreglado en definitiva pero cuya importancia no ha disminuido.

TRES

¿Fue María la madre de Dios?

Deténgase por un momento y piense en cómo debe haber sido para cualquier persona ser María, la joven virgen elegida por Dios para traer al mundo al Hijo de Dios. Según la tradición toda doncella judía esperaba recibir el gran honor de llevar en su vientre al Mesías prometido. Ahora, por medio de un ángel, el Señor le dice a María que ella concebirá y dará a luz un hijo que cumplirá todas las promesas del Antiguo Testamento.

La intensa emoción estaba mezclada con profunda tristeza. María sería incomprendida; algunos de sus amigos no le creerían que había concebido sin relaciones sexuales. El mismo José pensó que ella le había sido infiel hasta que tuvo un sueño que le aclaró la situación.

María fue por encima de todo, una mujer de corazón quebrantado. No solo sería incomprendida, sino que llegaría el momento en que vería a su hijo morir de la manera más cruel imaginable. Como Simeón lo predijo: “una espada traspasará tu misma alma” (Lc. 2:35). Hubo un precio que pagar por el privilegio de traer al mundo al Hijo de Dios.

Como es comprensible, la iglesia cristiana siempre ha tenido una gran fascinación con María; después de todo, ella fue quien dio a luz a un bebé que es llamado Dios. ¿Qué parte tuvo ella en este grandioso milagro? ¿Qué honor es apropiado para esta mujer sobresaliente?

El mismo nuevo testamento dice poco sobre ella. El Ángel Gabriel le dijo: "¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo" (Lc. 1:28). Elisabet exclamó: "Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre" (Lc. 1:42). En el hermoso cántico que se conoce como el Magníficat, ella reconoce que las generaciones futuras le llamarían bienaventurada, pero en ningún momento dijo que las generaciones futuras se arrodillarían delante de ella o su imagen en adoración. El Evangelio de Mateo declara de forma explícita que ella tuvo otros hijos con José después que Jesús nació. Los nombres de sus hermanos eran "Jacobo, José, Simón y Judas" (Mt. 13:55).

Sin embargo, a finales del siglo segundo salió a la superficie una leyenda según la cual ella misma había tenido un nacimiento milagroso. También surgió la idea de que ella había sido una virgen toda su vida. Tertuliano, el famoso teólogo del norte de África, se pronunció en contra de estas leyendas y mostró en las Escrituras que María y José mantuvieron una relación normal de matrimonio. Leemos que José la preservó virgen hasta que ella dio a luz a Cristo (Mt. 1:25). De allí en adelante María tuvo relaciones sexuales normales con su esposo.

Con la llegada de Constantino se empezaron a absorber ideas paganas en la iglesia. Siempre que el cristianismo fue una secta perseguida mantuvo en gran medida su pureza, pero al convertirse en la religión oficial del Imperio Romano, incorporó métodos e ideas romanas. Muchas personas que entraban a la iglesia traían su bagaje de supersticiones y devociones a dioses paganos, y gran parte de ello fue transferido a María. Como dice Boettner: "Se dedicaban estatuas a ella, así como había estatuas dedicadas a Isis, Diana y otras; la gente se arrodillaba ante ellas y les oraban como acostumbraban hacerlo ante las estatuas de las diosas paganas".[1]

Babilonia en la antigüedad tenía un culto a la madre y al hijo que había sido aceptado por Roma y que a su vez fue incorporado en la iglesia. Los títulos de honra asignados a estos dioses paganos fueron prestados sin cambio alguno y por esa razón

María llegó a ser llamada "la reina del cielo", el título con el que los paganos reconocían el culto a la madre y su hijo en Babilonia. El profeta Jeremías del Antiguo Testamento se refiere a esta abominación y recrimina al pueblo por pagar tributo a la práctica babilónica de honrar "a la reina del cielo" (Jer. 7:18; 44:17-19,25).

La mezcla de paganismo y cristiandad puede observarse en el desarrollo de la doctrina de los "santos patronos". Las religiones antiguas tenían un dios para casi todos los fenómenos: un dios del mar, de la guerra, de la caza, la buena suerte y demás. Ahora se habían asignado a los santos estas áreas especiales de responsabilidad. De este modo, los fieles oraban al santo designado cada vez que se les presentaba una necesidad especial.

Para el siglo quinto se dio un fuerte debate acerca de si era apropiado llamar a María "la madre de Dios". Como se vio en un capítulo previo, Nestorio estaba tan preocupado por el crecimiento del culto a María que insistió en que Cristo era en realidad dos personas por separado, una divina y la otra humana. Su idea era que el mito de María podía ser contrarrestado al insistir en que ella solo dio a luz a la persona humana de Cristo, pero el nestorianismo fue condenado porque separaba a la persona de Cristo y de hecho negaba la encamación. Si Cristo fue dos personas por separado, entonces el Verbo no fue hecho carne como tal.

Ya se mencionó que el credo de Calcedonia incluyó las palabras: "María la madre de Dios". ¿Cómo se deberían entender estas palabras? Es obvio que ella no originó la naturaleza divina, pero podemos decir que participó en el origen de la naturaleza humana de un ser que era divino. Por ende, sería más preciso hablar de ella como la madre del Dios-hombre, reconociendo que en su vientre se unió la deidad con la humanidad de manera milagrosa. Cuando el concilio de Calcedonia empleó la expresión "la madre de Dios" no fue tanto para honrar a María sino para acentuar la deidad de Cristo.

Que ella hubiere sido “la madre de Dios” depende de cómo se interprete la frase, que en sí no contiene error siempre y cuando se entienda bien; pero este asunto tiene más tela que cortar.

Los honores otorgados a María

Después que se asignó a María un lugar de honra especial, llegaron a aceptarse diversas tradiciones acerca de ella. A continuación se encuentra una lista de doctrinas sacadas de un libro de texto que se titula ***Fundamentos del dogma católico*** escrito por Ludwig Ott. Debido a que es utilizado para la instrucción de sacerdotes católicos, suministra un análisis útil del lugar de honra que ella recibió.

El libro de texto de Ott fue publicado en 1952. Todos sabemos que se han dado algunos cambios desde el Concilio Vaticano Segundo de 1962. Tras estudiar lo que Ott tiene que decir, podemos considerar el Vaticano II para determinar si el catolicismo ha modificado o no sus enseñanzas acerca de la virgen.

No se puede entender el catolicismo sin entender el papel de María. Ella no solo es una mujer a quien se exalta en gran medida en la enseñanza católica, sino que es un símbolo de la manera como Roma entiende la salvación, como veremos más adelante. A quienes estén familiarizados con teología católico romana, el siguiente resumen de las doctrinas sobre María les servirá de repaso.

1- La inmaculada concepción es la creencia de que María misma fue concebida sin pecado original. Un alma especial fue creada por Dios e infundida en la materia corporal preparada por sus padres. De este modo ella fue librada del defecto original del pecado por una gracia inmerecida de Dios.

Aunque nació sin pecado original, María tenía necesidad de redención. Cito a Ott: “De modo que María fue redimida ‘por la gracia de Cristo’ pero en una manera más perfecta que los demás

seres humanos. Mientras que estos son libertados del pecado original que está presente en sus almas... María la madre del Redentor fue preservada de todo contagio del pecado original”.[2]

Ott admite que esto no se revela de forma explícita en las Escrituras pero dice que está implícito en las palabras del ángel a María: “¡Salve, muy favorecida!” (Lc. 1:28). La gracia recibida por María debe ser de perfección única e irrepetible. Cuando Elisabet dijo a María que era bendita entre todas las mujeres, la inferencia según Ott es que la bendición de Dios que reposa sobre María es paralela a la bendición dada a Cristo en su humanidad. Esto sugiere que María, como Cristo, fue libre de pecado.

Ott cita a una serie de padres de la iglesia que concuerdan con esta doctrina y dice que desde el siglo diecisiete se celebraba en la iglesia de oriente una fiesta que conmemora la inmaculada concepción. Esta celebración fue aceptada después por las iglesias occidentales. Sin embargo, debido a la influencia de Bernardo de Clairvaux, quien llamó a la doctrina una innovación sin fundamento, los principales teólogos de los siglos doce y trece (incluido Tomás de Aquino), rechazaron la inmaculada concepción. Según Ott, no pudieron entender cómo podía María nacer sin pecado y a pesar de ello necesitar redención.

El famoso filósofo Juan Duns Escotus (1308) arguyó que es posible reconciliar la libertad del pecado original de María con el hecho de que también necesitaba redención. No es necesario considerar los aspectos técnicos de su argumento más que para decir que la controversia precipitó un debate acalorado entre los dominicos (que seguían a Tomás) y los franciscanos (que siguieron a Escotus). Los jesuitas también se alinearon con Escotus y promovieron la doctrina de que María carecía de pecado.

El concilio de Trento, que se reunió en respuesta a la Reforma del siglo dieciséis, afirmó la inmaculada concepción, pero el asunto no se resolvió hasta el 8 de diciembre de 1854. El Papa Pío IX dijo en una bula papal que la siguiente doctrina había

sido revelada por Dios, y por lo tanto debía ser creída por los fieles: "La santísima virgen María fue, desde el primer momento de su concepción, por don único de la gracia y privilegio de Dios todopoderoso, en vista de los méritos de Jesucristo, el Redentor de la humanidad, preservada y libre por completo de toda mancha del pecado original".[3]

1- María fue libre de pecado personal. La pregunta que enfrentó entonces la iglesia fue si María, quien había nacido sin pecado original, había cometido alguna vez un pecado personal en el transcurso de su vida. El dogma católico afirma que aunque ella estaba sujeta a defectos humanos generales como Cristo lo estuvo, en todo sentido vivió libre de pecado. Por su amor a Dios, su fe, humildad y obediencia, adquirió méritos especiales que pueden ser de beneficio para los santos. El concilio de Trento declaró: "Ninguna persona justificada puede evitar todos los pecados durante su vida entera, ni siquiera pecados veniales, excepto sobre la base de un privilegio especial de Dios como el que la iglesia sostiene, fue dado a la bendita virgen".[4]

2- Virginidad perpetua de María. Por supuesto, la Biblia enseña que María era una virgen cuando concibió a Cristo (Mt. 1:22); pero la iglesia católica fue más allá de esto y enseñó que ella fue virgen hasta la muerte. Según esto, dio a luz a Jesús sin perder su virginidad física. Aunque se casó después con José, la iglesia cree que él y María no tuvieron relaciones sexuales. ¿Cuál es la base bíblica de esto? Ott concuerda de nuevo en que esto no se enseña en la Biblia pero que se puede inferir de la pregunta que María hace al ángel: "¿Cómo será esto? pues no conozco varón" (Lc. 1:34). A partir de esto se deduce que María hizo un voto de virginidad permanente.

3- La asunción corporal de María al cielo. Como consecuencia de la elevada exaltación de María en las tradiciones del catolicismo, no debería sorprendemos que la iglesia crea que ella, al igual que Cristo, ascendió corporalmente al cielo. El primero de noviembre de 1950, el Papa Pío XII promulgó la

doctrina que según él fue revelada por Dios, diciendo que "María, la perpetua e inmaculada virgen y madre de Dios, al término de su vida terrenal, fue asumida en cuerpo y alma por la gloria del cielo".[5]

Allí no termina la veneración, porque el Papa Pío también enseñó que María "resplandece en gloria en cuerpo y alma, y así reina en el cielo junto a su hijo".

Ott, en su intento de defender esta doctrina, admite con modestia: "No se pueden tener pruebas bíblicas directas y explícitas". De todas maneras argumenta que esta doctrina sigue de manera lógica las ya listadas, a saber, que ella fue libre de pecado, virgen toda su vida, la madre de Dios, y que participó en la obra redentora de su hijo.

La obra de María

Aunque Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres, la iglesia católica enseña que María tiene un papel secundario en la reconciliación entre el hombre y Dios. Los padres llamaron a María la "Mediatrix" o intermediaria entre Dios y el hombre. De hecho, al hombre no se concede gracia alguna sin su cooperación intercesora.

Además de esto, ella es llamada corredentora, un término acuñado en el siglo quince para enseñar que ella cooperó en el acto de la redención, sufriendo con Cristo al pie de la cruz. Según el Papa Pío XII ella fue quien ofreció a Cristo en el Gólgota al Padre eterno. No obstante, no se debe pensar en María como sacerdotisa, sino como partícipe en los sufrimientos de Cristo por el pecado.

Cito a Ott:

> ***En el poder de la gracia de redención por los méritos de Cristo, María, al tener entrada espiritual en el sacrificio de su Hijo divino por los hombres, hizo expiación por los pecados de los hombres y ...tiene méritos en la aplicación de la gracia redentora de Cristo. De esta***

manera ella coopera en la redención subjetiva de la humanidad.[6]

De modo que María coopera en la aplicación de la gracia de redención a la humanidad. Aunque su intercesión es inferior a las oraciones de Cristo, es en gran medida superior a la intercesión de todos los demás santos. El Papa León XIII decretó que “nada que sea conforme a la voluntad de Dios viene a nosotros sin la intervención de María, de modo que así como nadie puede acercarse al Padre supremo si no es por medio del Hijo, nadie se puede acercar a Cristo si no es por medio de la Madre”.[7]

Comparación entre María y Cristo

En su libro ***Las glorias de María,*** el cardenal Alfonso de Ligorio, un escritor de devocionarios para la iglesia católica, asigna a María un lugar de honra que compite con Cristo por la devoción de los hombres. El editor del libro dice que se trata de un resumen de tradición católica y no la mera opinión de un individuo, sino la creencia de la iglesia misma. El autor enseña que María no puede ser exaltada en demasía porque “todo lo que decimos para alabar a la Madre sirve para alabar al Hijo de la misma manera”.[8] Note los paralelos con Cristo en las siguientes citas:

“Ella es en verdad una mediadora de paz entre los pecadores y Dios. Los pecadores reciben perdón... solo por María”.[9]

“La santa iglesia ordena un culto de adoración peculiar para María”.[10]

“María es llamada... la puerta del cielo porque nadie puede entrar ese reino bienaventurado sin pasar por ella”."

“Nuestra salvación está en las manos de María... aquel que es protegido por María se salvará, quien no lo sea se perderá”.[12]

"Todo poder es dado a ti en el cielo y en la tierra", de tal modo que "según el mandato de María todos obedecen, incluso Dios... y por consiguiente Dios ha colocado a la iglesia entera... bajo el dominio de María".[13]

María es "defensora de la raza humana entera y la única apropiada para este oficio, porque ella puede hacer lo que tenga a bien hacer con Dios; es la más sabia porque conoce todos los medios para apaciguarle".[14]

"La Trinidad entera, oh María, te dio un nombre... por encima de todo nombre, para que a la mención de tu nombre, toda rodilla se doble, de las cosas en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra".[15] Con estas y otras declaraciones similares, a María le son asignados los atributos exclusivos de la deidad. Puesto que es honrada y se le ora alrededor del mundo entero, es necesario que sea omnipresente, es decir, que esté en todas partes de manera simultánea. Si puede escuchar las oraciones de millones de personas alrededor del mundo, hechas en múltiples y diferentes idiomas, también debe ser omnisciente. Es obvio que se le trata como algo más que un ser humano especial; está haciendo lo que solo Dios puede hacer.

Durante la edad media, cuando la devoción a María llegó a la cúspide, Cristo era representado como un hombre de ira implacable, un juez estricto a la espera de sentenciar a todo el mundo al infierno. María, por otra parte, era descrita como un ser lleno de amor y misericordia. Como Ligorio dice en su libro, si Dios está enojado con un pecador y María lo recibe bajo su protección, "detiene el brazo vengador de su Hijo y le salva". En consecuencia, se da preferencia a María sobre Cristo. Después de todo, según va el razonamiento, ¿qué hijo rehusaría la solicitud de su madre?

Para evitar cualquier acusación de idolatría, la iglesia romana ha distinguido tres clases de honra y adoración. ***Latría*** es el culto supremo que solo se rinde a Dios; ***dulia*** es una especie secundaria de veneración dada a santos y ángeles; por último, ***hiperdulía*** es una clase más elevada de veneración que se rinde a la virgen

María. Sin embargo, estas distinciones no son siempre reconocidas por el adorador común. Puesto que se da alabanza a María y se piensa que tiene los atributos de la deidad, es difícil mantener estas tres formas de adoración en la perspectiva teórica correcta. Lo cierto es que en la práctica se fomenta la idolatría.

Si aún quedaran dudas sobre el hecho de que María ha sido exaltada a la misma altura de Cristo, tan solo hay que leer las palabras que el Papa Pío XII pronunció durante la coronación de la estatua de María en Fátima: "María es sin lugar a dudas merecedora de recibir honor, poder y gloria. Ella es exaltada en unión hipostática con la Bendita Trinidad... su reino es tan grande como el de su Hijo y el de Dios... el reino de María es idéntico al reino de Dios".[16]

El Papa Pío habló esas palabras en 1946. Han tenido lugar cambios de gran alcance en Roma desde entonces, así que debemos comparar el pasado con los pronunciamientos más recientes.

Creencias católicas recientes

La doctrina de María divide de manera cortante a católicos y protestantes. Puesto que los mismos teólogos católicos admiten con cierta candidez que las características y obras atribuidas a ella no se hallan en el Nuevo Testamento, no es necesario debatir esta doctrina desde un punto de vista bíblico.

Vienen a la mente otras dos preguntas: (1) Teniendo en cuenta las reformas del Vaticano II, ¿se modificó la doctrina de María lo suficiente como para que haya dejado de ser un obstáculo para la unidad cristiana? (2) ¿Son tales tradiciones una detracción real del evangelio o deberíamos pasarlas por alto como rudimentos folclóricos inofensivos?

Para responder estas dos preguntas debemos estudiar los documentos del Vaticano II. Uno de los propósitos deliberados de este concilio que se reunió en 1962 fue que las doctrinas de Roma fuesen más pasaderas para los protestantes, quienes ya

no son considerados por la iglesia católica como herejes sino “hermanos separados”. ¿Este concilio revoca o atenúa la doctrina de María para hacerla más aceptable frente a la teología neotestamentaria?

El primer día del concilio, el 11 de octubre de 1962, el Papa Juan XXIII declaró que los delegados allí convocados se habían reunido “bajo los auspicios de la virgen Madre de Dios”, y concluyó con una oración a María. Después los delegados hicieron referencias más específicas al lugar de María dentro de la iglesia.[17]

¿Qué enseña realmente el Vaticano II con respecto a María? Para empezar, el documento aprobado asegura que ella está a la par con todos los seres humanos en su necesidad de salvación. No obstante, el concilio concuerda en que ella es por entero santa y libre de toda mancha de pecado, “moldeada por el Espíritu Santo como una especie de nueva sustancia y nueva criatura”. Tras su consentimiento frente a la solicitud del Señor dada por medio del ángel, ella “sirvió al misterio de la redención. Gracias a su obediencia, llegó a ser la causante de salvación para ella misma y toda la raza humana. Ella coopera con su Hijo en la salvación de las almas”.

Nótese con cuidado que su papel en la obra de salvación no se disminuyó. Según el concilio, es apropiado llamar a la Virgen bienaventurada con títulos divinos como Defensora, Auxiliadora, Coadjutora y Mediadora. Ella está unida a su Hijo, el Redentor, y ejerce sus gracias y oficios únicos. “De ahí que siempre que ella es predicada y venerada, acerca a los fieles a su Hijo y a su sacrificio, y al amor por el Padre”. Por supuesto, se infiere que los fieles deberían orarle.

Una vez más el concilio asignó los atributos de Cristo a María. Ella es quien “dio vida al mundo”. Es el modelo para la iglesia y todos los que “se esfuerzan en crecer en santidad... alzan sus ojos a María, quien resplandece sobre toda la comunidad de los elegidos como un modelo de las virtudes”. Aunque la Biblia enseña que solo Cristo fue libre

de pecado, el concilio afirmó que María fue "por entero santa y libre de toda mancha de pecado". También corroboró la enseñanza de generaciones pasadas según la cual ella es la "Mediatrix" y que debido a su cooperación en la salvación humana siempre existe una "unión de la Madre con el Hijo en la obra de salvación".

Estas palabras son en realidad un resumen de las doctrinas ya discutidas en este capítulo. Nada se niega, nada se omite.

El concilio sí advierte que tanto predicadores como maestros deben evitar caer en la falsedad de exagerar el carácter de María por un lado y en el exceso de la intolerancia por el otro. Nos dice que la obra de María hacia los hombres no resta importancia alguna a la obra única de Cristo.

Algunos observadores del concilio han señalado que las admoniciones de ese tipo no son nuevas; se han dado muchas veces en el pasado. Como Philip Edgcumbe Hughes dice acerca de tales declaraciones: "Las protestas de ortodoxia bíblica suenan huecas siempre que se utilizan para justificar enseñanzas que son de manifiesto extrañas a las doctrinas evangélicas de las Escrituras. Además, como ya se ha demostrado, los papas modernos tienen una gran responsabilidad sobre sus hombros por alentar de muchas maneras las exageraciones en el culto a María, tan ajenas a la enseñanza bíblica".[18]

Los fieles tienen la exhortación explícita y oficial a que el "culto a la Virgen, y en especial el culto litúrgico que se rinde a María, se cultive con generosidad" y que "las prácticas y ejercicios de devoción hacia ella han de atesorarse como lo recomienda la autoridad pedagógica de la iglesia en el transcurso de los siglos, y los decretos de tiempos antiguos sobre la veneración de las imágenes de Cristo, la Virgen bendita y los santos deben observarse religiosamente".

Uno podría preguntar por qué la iglesia estaría dispuesta a ratificar esta enseñanza, la cual es una antítesis tan evidente a la Biblia y se aleja tanto de las creencias de los "hermanos separados" que supuestamente se ha comprometido alcanzar.

Encontramos una pista para responder esta pregunta al damos cuenta de que la doctrina de María encama la esencia de la enseñanza católica acerca de la salvación. Es una doctrina que no puede modificarse por medios lógicos.

Para la iglesia católica, la salvación es un esfuerzo cooperativo entre Dios y el hombre. El hombre contribuye a su propia justificación mediante una disposición adecuada, como se demuestra a través de sus buenas obras, penitencias y la asistencia fiel a la misa. De tal modo, para citar a Hughes, "este potencial humano queda simbolizado de una manera concreta en la persona de María, que es libre de la mancha de pecado, colabora en la redención porque sin su consentimiento y cooperación nuestra redención no se habrá efectuado, y quien ha sido exaltada a la altura misma de la divinidad como reina-madre del cielo, y desde allí intercede con el corazón compasivo de una madre para desviar el desagrado de un Mediador menos indulgente que ella".[19]

María como corredentora simboliza la creencia de que la salvación es un esfuerzo de cooperación entre el hombre y Dios. El famoso teólogo suizo Karl Barth está de acuerdo en que la doctrina de María es un símbolo de lo que él llama el error básico de Roma: "En la doctrina de María se pone de manifiesto la herejía singular de la iglesia católica romana que explica todas las demás... porque María es el principio, tipo y esencia de la naturaleza humana que coopera con Dios en la obra de redención".[20]

Aunque han ocurrido muchos cambios en teoría y práctica dentro de la iglesia católica, la doctrina de María parece un artículo no negociable. Ella es el prototipo de la salvación; ella representa al ser humano en sus esfuerzos para alcanzar el favor de Dios.

¿Tradición o la Biblia?

La mayoría de las iglesias tienen tradiciones; es decir, practican

su religión de acuerdo a ciertas formas. Con frecuencia estas formas han sido transmitidas por generaciones anteriores. Algunas tradiciones son bastante inofensivas porque no denigran el carácter central de Cristo y carecen de contenido doctrinal.

Sin embargo, la tradición que se acepta a la par con la revelación divina requiere de escrutinio cuidadoso. El Papa Juan Pablo afirmó que "tanto las Escrituras como la tradición deben ser aceptadas y honradas con los mismos sentimientos de devoción y reverencia". La tradición es un asunto serio.

Cuando los discipulos fueron criticados por desacatar las tradiciones judías, Cristo no tomó el encuentro a la ligera sino que lo empleó para decir algo muy importante sobre la tradición. Citó a Isaías, quien dijo: "Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres" (Mr. 7:7).

Cristo no ha terminado su pronunciamiento. Añade su propio comentario acerca de la tradición: "Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres... Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición" (vv. 8-9).

¿A qué se debe tal desazón por la tradición? A que anula los mandamientos de Dios porque enfoca la atención en la dirección equivocada y hace que los individuos depositen su fe en el lugar equivocado. No se puede argumentar, como algunos tratan de hacerlo, que la verdad puede mezclarse con éxito con la tradición sin comprometer la efectividad del mensaje. Volvamos al tema de María: si ella solo es un ser humano como cualquiera de nosotros, no está calificada ni capacitada para escuchar las oraciones de los fieles. Toda la adoración dirigida a ella ha sido fútil y lo que es más serio, ha sido una detracción contra Cristo, quien es el único presentado en el Nuevo Testamento como el Salvador del mundo. Por otro lado, si ella es una corredentora, la salvación no es del Señor por completo, y si los

creyentes deben orarle entonces la enseñanza de Cristo sobre la oración en el Nuevo Testamento debe modificarse.

En repetidas ocasiones tendremos que volver sobre la cuestión de cuál es la fuente verdadera de autoridad: ¿La Biblia o la tradición? La doctrina de María en la iglesia católica romana siempre nos recuerda que no pueden ser ambas.

• • • • • • • • • • • • • •

1 Loraine Boettner, ***Roman Catholicism [Catolicismo romano]*** (Filadelfia The Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1962), p. 136

2 Ludwig Ott, ***Fundamentals of Catholic Dogma*** [Fundamentos del dogma católico] (St. Louis. B. Herder Book Co., 1955), p. 199.

3 ***Ibid***

4 ***Ibíd***, p 203

5 ***Ibid.,*** p 208.

6 ***Ibíd*** , p 213

7 ***Ibíd,p*** 214.

8 Alfonso de Ligorio, ***The Glories of Mary*** [Las glorias de María] (Brooklyn: Redemptorist Fathers, 1931), p. 153

9 ***Ibíd***

10 ***Ibíd,*** p. 130.

11 ***Ibíd,*** p 160

12 ***Ibíd,*** p 170.

13 ***Ibid*** , p. 181

14 ***Ibíd,*** p 198.

15 ***Ibíd,*** p. 260.

16 Philip Edgcumbe Hughes, ***"The Council and Maty "*** [El concilio y María]. Christianity Today, 8 de diciembre de 1967, p 7

17 Citas de S. J Walter Abbot, ed., ***The Documents of Vatican II*** [Los documentos del Vaticano Segundo] (Nueva York. Guild Press, 1966), pp 87-96

18 Hughes, p 9.

19 ***Ibíd***

20 David Wells, ***Revolution in Rome*** [Revolución en Roma] (Downers Grove, III. Inter Varsity Press, 1972), pp 136-137

CUATRO

¿Fue Pedro el primer Papa?

Las palabras de Cristo a Pedro: "Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia", han causado una tormenta de controversia que no ha cesado con el paso de los siglos. El catolicismo romano afirma que estas palabras prueban que a Pedro le fue dada supremacía sobre los demás apóstoles y que este honor es transferido a los papas de la iglesia católica romana. Por inferencia, cuando el Papa habla desde la silla de Pedro, es decir ***ex cathedra,*** es infalible.

La autoridad del Papa no es tomada con la misma seriedad por los católicos en la actualidad como lo fue en otros tiempos. Cuando habla acerca del control natal como algo malo o del pecado del divorcio, sus palabras con bastante frecuencia son desatendidas por muchos católicos, sobre todo en los Estados Unidos. Hoy día muchos que se consideran buenos católicos disienten del Papa con respecto al papel de las mujeres en la iglesia e incluso acerca del aborto, pero todavía se mantiene la enseñanza católica romana oficial con relación a la autoridad de la iglesia en tales asuntos.

¿Cómo surgió la idea del papado y por qué razón?

Los comienzos

Un buen sitio para empezar es un evento histórico que tuvo lugar el año 452 d.C., cuando Atila el huno dirigió su caballería por el río Danubio con la intención de conquistar la mitad occidental del Imperio Romano. Una incursión repentina sobre los Alpes le llevó al norte de Italia. En su avance hacia Roma

marchó hasta que le salió al encuentro una delegación romana que le imploró su retirada. El conquistador estuvo a punto de ignorarles cuando se enteró de que León el obispo de Roma, estaba en el grupo en representación del emperador romano. Hombre a hombre se enfrentaron el uno al otro, un rey extranjero y un Papa imperante. Según algunos historiadores, Atila ya había decidido no llevar a cabo más conquistas a causa del deterioro de su ejército en las prolongadas correrías. Sin embargo, accedió a la solicitud de León de dejar intacta la capital. Esto dio al obispo de Roma una nueva estatura, no solo como líder religioso sino también político.

¿Qué tiene que ver esto con el desarrollo del papado? León, conocido en la historia como León el Grande, contribuyó en gran parte a la creencia de que las palabras de Cristo a Pedro: "Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia", se podían aplicar al obispo de Roma. Esto le dio la estatura y autoridad que necesitaba para gobernar.

¿Por qué se debería conceder al obispo de Roma este honor? Después de todo, la iglesia empezó en Jerusalén, y existían otras congregaciones importantes en lugares como Antioquía de Siria y Éfeso.

Se debe tener en cuenta que Roma era la capital del Imperio Romano. Era una ciudad de gran poder político e influencia, una ciudad donde los primeros creyentes establecieron una iglesia cristiana fuerte. Algunos calculan que el número de creyentes en Roma estaba alrededor de los treinta mil. En el occidente, tanto la iglesia como la ciudad no tenían rival.

Es más, los primeros escritores cristianos se referían a Pedro y Pablo como fundadores de la iglesia en Roma, de modo que surgió la idea de que el obispo de Roma contaba con sucesión directa de los apóstoles.

También debemos entender algo acerca de la estructura de la iglesia. Los obispos se levantaron en diferentes partes del territorio, pero en ciertas ocasiones se reunían en concilios para discutir problemas eclesiásticos. Como podría esperarse, los

obispos de las iglesias más importantes ejercieron mayor influencia en estas reuniones. De este modo, algunos obispos empezaron a ejercer autoridad sobre ciertas áreas geográficas. Las iglesias más pequeñas tenían sacerdotes que rendían cuentas al obispo de tumo, y así Roma creció en autoridad y poder.

Por último, todas las cosas empezaron a centrarse alrededor de una sola cabeza. Después que Constantino se convirtió en el emperador en 312 d.C., decidió trasladar la capital del Imperio Romano a "la nueva Roma", es decir, Constantinopla, una ciudad nombrada en su honor. De esa manera el poder político pasó del occidente al oriente. (Grecia está en el oriente y representa una línea divisoria aproximada entre este y oeste). Cuando Constantino orquestó el famoso concilio de 325 se aseguró de que tuviera lugar en Nicea, a contados kilómetros de Constantinopla (véase capítulo 1).

Se gestó una rivalidad entre las dos ciudades. Un día el emperador de Constantinopla convocó un concilio general, como Constantino lo había hecho. Sin embargo, invitó a obispos de la parte oriental del imperio e ignoró al obispo de Roma. El concilio se encargó de resolver algunas cuestiones teológicas pero también declaró que el obispo de Constantinopla estaba al lado del obispo de Roma en autoridad debido a que Constantinopla era "la nueva Roma".

Al mismo tiempo, en "la antigua Roma", esta declaración fue interpretada como una afrenta a la autoridad del obispo romano. Por eso, el año siguiente en un sínodo en Roma, los obispos occidentales declararon: "La santa iglesia romana tiene precedencia sobre las demás iglesias, no con base en decisiones de sínodos sino porque le ha sido dada la primacía absoluta por las palabras de nuestro Señor y Redentor en el evangelio cuando dijo: 'Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia'".

Ese fue el ambiente teológico que imperaba durante la regencia de León. Roma empezaba a declinar en sentido político, de tal modo que el argumento de la supremacía de la iglesia de Roma con arreglo al poder e influencia de Roma empezó a perder

peso. De cualquier modo, esto ya no importaba. Roma ahora podía alegar su superioridad con base en la primacía de Pedro, y a causa del deterioro político de la ciudad, el obispo estuvo en capacidad de ejercer un poder más grande.

León era muy consciente de la posición exaltada que había heredado de sus antecesores. Por eso el día en que fue instalado afirmó que su nuevo oficio enaltecía "la gloria del bendito apóstol Pedro... desde cuya silla perdura su poder y resplandece su autoridad". Cristo prometió edificar su iglesia sobre Pedro, y este es el cumplimiento de sus palabras.

León fue un gran predicador y organizador. Tomó muchos de los principios romanos de gobierno y los aplicó a la iglesia. Estableció los parámetros para la organización eclesiástica a lo largo y ancho del imperio.

Aunque León había tenido éxito en evitar un posible ataque de Atila el huno, no pudo detener a los vándalos que atacaron a Roma en 455 d.C. En la puerta de la ciudad León salió al encuentro de Gesarico el rey de los vándalos, quien había avanzado sus tropas al norte del río Tiber. León le rogó que tuviera misericordia, pero los vándalos saquearon la ciudad de Roma durante catorce días. Asaltaron palacios, tomaron prisioneros políticos, incluidos miembros de la aristocracia a cambio de rescates políticos. Con sus embarcaciones cargadas con los tesoros y la gente, los vándalos zarparon hacia Cartago.

El Papa León dio consuelo al pueblo y acción de gracias a Dios. Gracias a su intercesión ante el rey se evitó una masacre general y la mayoría de las iglesias fueron libradas. Este hombre invitó a la gente a reconocer que Dios había apaciguado el corazón de los bárbaros. Bruce Shelley en su estudio de historia de la iglesia dice que León no hizo referencia a sí mismo y no lo tuvo que hacer para la posteridad, aunque había salvado a Roma por segunda vez. "Había asumido el antiguo título pagano de ***Pontifex Maximus,*** como el sumo sacerdote de la religión oficial de todo el imperio, y todos lo habían entendido: León, y no el emperador, había llevado sobre sus hombros la responsabilidad

por la ciudad eterna, de tal modo que ahora Pedro mismo había subido al poder".

Si nos adelantamos varios siglos observamos de nuevo la rivalidad que se gestó entre el obispo de Roma y el obispo de Constantinopla. Los dos segmentos de la iglesia siguieron ese proceso de alejamiento definitivo. Pasaron los siglos hasta que un día en 1054, justo antes de un servicio religioso celebrado en la iglesia de la santa sabiduría en Constantinopla, aparecieron dos representantes de la iglesia de Roma y colocaron sobre el altar una bula papal (un edicto oficial del Papa). Se trataba de la excomunión oficial del obispo de Constantinopla de parte del Papa de Roma. Sin embargo, el obispo de Constantinopla optó por quedarse en su sitio. Más tarde la bula fue pisoteada en las calles cuando un diácono de la iglesia urgió a la delegación romana a retirarla. De esa manera el bloque oriental de la cristiandad se separó de Roma. Esto explica la existencia de la iglesia ortodoxa oriental, que concuerda en gran parte con el catolicismo aunque mantiene algunas diferencias importantes, pero sobre todo se niega a aceptar la autoridad del Papa.

Los papas y el poder político

Como ya hemos notado, León el Grande fue el primer pontífice romano en ejercer tanto el poder político como el espiritual; pero no fue el último. Para entender el papado debemos damos cuenta de que la religión se convirtió en una fuerza tan poderosa durante la edad media que dio a los papas la capacidad de dominar tanto la esfera política como la espiritual. Los papas tomaron la delantera en la búsqueda de la unidad.

Con el ascenso del Papa Gregorio el Grande (540—606 d.C.), el papado estableció la pauta en la estandarización del culto y la liturgia. Gregorio renunció a la riqueza personal y sirvió al pueblo con gran humildad. Se llamaba a sí mismo "el servidor de los siervos de Dios".

Bajo su liderazgo, la iglesia se expandió en poder y en territorio. Cuando los lombardos atacaron a Roma, fue Gregorio

quien reclutó un ejército para defenderla. Una vez más los poderes espiritual y político quedaron unidos en un solo hombre.

Gregorio es mejor conocido por su estilo de canto litúrgico que se impuso como forma de adoración en las iglesias. También fomentó la tendencia creciente a pensar en la misa como un sacrificio del cuerpo y la sangre de Cristo. En su tiempo fue muy estimado por sus mensajes relevantes y su comentario sobre el libro de Job. Su manual sobre teología pastoral titulado ***El libro de preceptos pastorales*** tuvo un gran efecto en todo el imperio.

Creyó en el purgatorio como un lugar donde las almas eran purificadas antes de entrar al cielo. Su teología no solo se derivó de las enseñanzas del Nuevo Testamento y los padres de la iglesia, sino también de supersticiones prevalecientes acerca de reliquias y oraciones a los santos. Creía que la misa tenía valor para los muertos tanto como para los vivos. Enseñó que la salvación se obtenía tanto por fe como por buenas obras.

Por lo general se piensa en Gregorio como el primero de los papas medievales. Su obra fijó el curso teológico, litúrgico y político de la iglesia durante los siglos venideros. Años más tarde, en 799 d.C., el Papa León III se encontraba dirigiendo una procesión por las calles de Roma cuando fue bajado de su caballo y transportado a un monasterio griego. Los que apoyaban al Papa anterior le acusaron de perjurio y adulterio, pero sus partidarios le rescataron y llevaron de vuelta a la basílica de San Pedro. Se dio cuenta entonces de que si iba a ejercer dominio real, necesitaría llenar un vacío político mediante la coronación de un emperador que pudiese darle protección. Por esa razón apeló al rey de los francos, Carlomagno.

El día de Navidad en el año 800, Carlos acudió a la basílica de San Pedro para adorar. En aquella ocasión el Papa se acercó a Carlos con una corona en su mano y la puso sobre su cabeza. Por fin volvería la unidad al Imperio Romano en medio de su desintegración. El hecho de que el emperador fuese coronado por el Papa demostró a todos la fuerza del poder papal.

Carlomagno tenía el poder militar para aplastar a sus enemigos y su deseo era ver el cristianismo como la influencia religiosa dominante dentro del imperio. Creía que las almas de los hombres correspondían a la iglesia, y sus cuerpos al estado. Por eso la iglesia gobierna sobre los espíritus de los hombres y el estado sobre sus cuerpos. El Papa y el emperador tienen que respaldarse mutuamente en los deberes específicos que Dios les ha asignado, a medida que expanden su poder para bien de la humanidad.

Carlomagno, como era llamado Carlos el Grande, en gran parte estuvo a cargo de todo. Extendió el cristianismo a lo largo y ancho del Imperio Romano y restableció la ley y el orden. Dirigió unas cincuenta campañas para poner fin a la anarquía dentro de su reino y expandir sus fronteras. También contribuyó al avance de la cultura y la educación.

Choque entre el Papa y el emperador

Hubo tiempos en que el papado fracasó en sus intentos de controlar a los líderes políticos. En el siglo once surgió una disputa acerca de si las autoridades politicas tenían o no el poder para designar a los encargados de oficios eclesiásticos. En Alemania los señores feudales y los reyes tenían el poder suficiente para controlar a la iglesia.

Cuando el Papa Gregorio VII subió al poder en 1073, insistió en que el poder espiritual era supremo sobre el poder de los gobernantes políticos. Amenazó con la excomunión a cualquiera que derivase de gobernantes civiles su autoridad para ministrar en la iglesia. Esto le ocasionó un fuerte conflicto con el emperador, Enrique IV. El Papa acusó a Enrique de simonía (comprar o vender oficios eclesiásticos). Por eso Enrique fue llamado a comparecer ante el Papa, pero en lugar de acceder Enrique convocó un sínodo para declarar que el Papa no estaba en condiciones de ejercer su cargo. En respuesta, el Papa Gregorio excomulgó a Enrique y absolvió a todos sus súbditos de lealtad al emperador.

Enrique resolvió que le convenía más arreglarse con el Papa a fin de no perder su poder, así que apareció ante él en enero de 1077 en Canosa, un castillo en las montañas de Italia. El emperador se había vestido con el atuendo propio de un penitente, pero fue forzado a quedar parado durante tres días sobre la nieve con los pies descalzos, rogando perdón. Al final de todo, en palabras de Gregorio: “Soltamos la cadena del anatema y le recibimos con brazos abiertos... sobre el regazo de la santa madre iglesia”. Una vez más quedó afirmada la supremacía papal. Más adelante Enrique consolidó su poder y regresó, en esta ocasión tomando prisionero a Gregorio.

Con el paso de los siglos, el poder papal siguió aumentando en casi todo lugar, fortalecido por el liderazgo político en Europa. La gloria antigua del emperador fue reemplazada por el liderazgo religioso de los papas. Ellos no solo fueron aceptados como líderes espirituales sino que se convirtieron en cabeza reconocida por todos sobre reyes y príncipes. La iglesia, según se creía, tenía dos espadas: la Palabra de Dios y la espada de acero. El poder político temporal debía emplearse para cumplir la voluntad de la iglesia universal. De ese modo el estado prestaba sus servicios para la salvación del hombre. La idea de que la unidad política es posible a pesar de la diversidad religiosa no había entrado a las mentes de los gobernantes medievales.

Las cruzadas

En 1095 el Papa Urbano II proclamó la primera cruzada para libertar la tierra santa del dominio de los turcos musulmanes. Urgió a los cristianos a poner la cruz en alto y así ganar para sí bendiciones espirituales además del territorio. Prometió que quienes fuesen recibirían perdón por todos sus pecados pasados. Si una persona no estaba en capacidad de ir, podía hacer una contribución financiera y enviar a un substituto, para recibir asimismo el perdón de sus pecados pasados.

Más de cinco mil realizaron la travesía y capturaron la santa ciudad de Jerusalén. Los turcos fueron atacados con flechas

innumerables y muchas de sus cabezas rodaron con violencia. Un testigo que puso toda la situación en perspectiva teológica escribió: "Sin duda fue resultado de un juicio de Dios justo y espléndido, que este lugar quedase lleno de la sangre de los incrédulos, puesto que había sufrido por tanto tiempo sus blasfemias". Es obvio que fue el Papa y no el emperador quien unió al imperio en contra de la amenaza del poder musulmán.

El Papa Inocencio III (1198-1216) fue un administrador hábil quien dijo que el Papa como vicario de Cristo era inferior a Dios pero superior al ser humano. Dijo que los príncipes de Europa que el papado era como el sol y los reyes eran como la luna, que deriva su poder y luz del sol. Bajo su liderazgo el poder del papado llegó a la cima.

El Papa se las arregló para mantener enfilados a los príncipes mediante la amenaza constante de excomunión, en cuyo caso una persona quedaba de inmediato descalificada para todos los oficios y ni siquiera podía recibir cristiana sepultura. Si el rey de un país no obedecía al Papa, todo su territorio era colocado bajo el interdicto. Todo acto público de adoración en el área se suspendía a excepción del bautismo y la extrema unción. Por esa razón las autoridades políticas solo tenían la opción de alinearse con el papado o ser expulsados del ejercicio del poder.

Trastornos del poder papal

Sin embargo, el poder del papado enfrentó una dura resistencia en el siglo catorce. El Papa Bonifacio batalló contra Eduardo I de Inglaterra y Felipe de Francia porque ellos empezaron a gravar al clero en sus dominios. Bonifacio decretó el ***unam sanctam,*** la aserción más rotunda posible del poder papal. Declaró que todo ser humano estaba sujeto al pontífice romano. Felipe respondió tratando de llevar a juicio al Papa en Francia y mandó que sus hombres capturaran al pontífice durante sus vacaciones en una casa de veraneo. Bonifacio estuvo encarcelado varios días y murió en humillación pocas semanas después.

Sin duda alguna, Felipe se había anotado una victoria, y cuando el sucesor de Bonifacio murió tras un lapso breve en el poder, los cardinales eligieron como Papa al francés Clemente V en 1305. Además, él nunca fue a Roma sino que prefirió reinar desde Aviñón en el sur de Francia. Esto inició un período de setenta y dos años en el cual seis papas sucesivos, todos de origen francés, rigieron desde Francia y no desde la ciudad eterna. Los historiadores catalogan este período como el "cautiverio babilónico" de la iglesia.

Tal situación fue motivo de amargura y resentimiento, sobre todo en Alemania e Italia. Estos países negaron su apoyo al papado, así que los papas franceses levantaron fondos mediante tarifas e impuestos sobre privilegios eclesiásticos. Siempre que se nombraba un obispo, su primer año de salario pertenecía al papado. Se vendían por todas partes indulgencias que conferían beneficios espirituales desde el perdón de pecados hasta la protección en la guerra.

Cuando por fin el papado fue trasladado otra vez a Roma en 1377, los cardinales, muchos de los cuales eran franceses, cedieron ante la presión y eligieron a un Papa italiano, Urbano VI. En menos de seis meses se lamentaron de haber tomado esa decisión en vista del desdén con que fueron tratados por el nuevo Papa. Para vengarse dijeron que habían sido forzados a elegirle a causa de la presión de Roma, y declararon inválida su propia acción. Eligieron a un nuevo Papa, Clemente VII, quien decidió trasladarse a Aviñón.

Mientras tanto el Papa depuesto, Urbano VI, respondió con el nombramiento de un nuevo colegio de cardenales y con el ejercicio de su mando desde Roma. Este fue el comienzo de lo que se conoce en historia como el "gran cisma" que duró treinta y nueve años. Dos papas reinaron de forma simultánea, cada uno alegando tener el poder para excomulgar al otro. La gente tuvo que elegir a cuál de los dos seguir. El norte de Italia, la mayor parte de Alemania, Escandinavia e Inglaterra, siguieron al Papa romano;

Francia, España, Escocia y el sur de Italia fueron leales al Papa de Aviñón.

En 1409 cardinales de los bandos rivales se reunieron para resolver el conflicto. Depusieron a los dos papas del momento y nombraron uno nuevo, Alejandro V. Ninguno de los otros dos papas aceptaron la decisión del concilio, así que la iglesia tenía ahora tres papas, y cada uno afirmaba ser el sucesor legítimo de Pedro, llamaba anticristo a los otros y vendía indulgencias para hacer el dinero suficiente que le permitiera seguir luchando contra los otros dos.

En 1414 el emperador convocó una asamblea en la ciudad de Constanza. Los delegados que asistieron representaban diversas zonas geográficas y tenían poder suficiente para convencer a uno de los tres papas a renunciar y deponer a los otros dos. Eligieron un nuevo Papa, Martín V, y más adelante los otros dos aceptaron la realidad de la situación y abdicaron de su autoridad papal.

El cisma llegó a su fin pero surgió un nuevo problema. El Papa Martín V repudió todos los actos del concilio que le eligió a excepción de uno, a saber, su decisión de elegirle como Papa. Su razón para ello fue que con la elección de un nuevo Papa y el relevo de los otros dos, el concilio de Constanza estaba afirmando que en efecto, un concilio tenía autoridad sobre el Papa. Esto era algo que el nuevo Papa no estaba dispuesto a tolerar.

De este modo el Papa fue considerado otra vez como un ser supremo. Como Shelley dice, una vez más el Papa no pudo estar seguro de si era el sucesor de Pedro o de César.

La infalibilidad del Papa

A medida que el papado creció en influencia, sucedió lo mismo con la esperada lealtad incondicional a sus enseñanzas. Así como Pedro fue el primero entre los apóstoles, también el obispo de Roma tenía primacía entre los obispos. En el año 1647 el Papa Inocencio X rechazó como herética la idea de que Pedro y Pablo fueron por igual cabezas de la iglesia. El hecho de que

Pablo resistió a Pedro “cara a cara” (Gá. 2:11) no niega la posición suprema de Pedro; por cierto, Roma acogió la opinión de que las reprimendas de Pablo sobre Pedro se debieron precisamente a que su elevada posición de autoridad hacía necesaria su corrección.

La infalibilidad del Papa fue reiterada en el Primer Concilio Vaticano en 1870. Declaraba que “si alguno niega que... el bendito apóstol Pedro tiene sucesores perpetuos en su primacía sobre la iglesia universal, sea anatema”.[2] El concilio también procedió a afirmar que el Papa posee poder de jurisdicción pleno y supremo sobre toda la iglesia, no solo en cuestiones de fe y moral sino también en la disciplina eclesiástica y en el gobierno de la iglesia.

Esto significa en términos específicos, que el Papa tiene más poder que todos los obispos juntos. De hecho, citando las palabras del teólogo católico romano Ludwig Ott, el Papa posee “poder supremo en la iglesia, esto es, no existe jurisdicción que posea un poder igual o mayor. El poder del Papa trasciende tanto el poder de cada obispo individual como el de todos los demás obispos juntos. Por lo tanto, los obispos como colectividad (aparte del Papa), no son iguales ni superiores al Papa”. Otra cita de Ott: “De este modo, el Papa puede gobernar con absoluta independencia sobre cualquier asunto que caiga bajo la esfera de la jurisdicción de la iglesia, sin la concurrencia de otros obispos o del resto de la iglesia”.[3]

Esta doctrina recibió fuerte oposición desde el interior de la iglesia misma. Un notable teólogo llamado Dollinger, quien había enseñado teología durante cuarenta y siete años, fue excomulgado en 1871 a causa de su oposición a este dogma. Advirtió correctamente que tal creencia anulaba por completo la necesidad de realizar concilios y de tener obispos, puesto que tales instancias son incapaces de rebasar una decisión papal. Escribió acerca de los obispos: “Siempre que ellos confirman una decisión papal... es como si encendieran linternas para añadir luz al sol al mediodía”. De esta manera el concilio, al conceder

al Papa jurisdicción completa y la propiedad intrínseca de infalibilidad, hizo imposible juzgar sus enseñanzas de conformidad con la Biblia. Cuando el Papa habla ***ex cathedra,*** puede pasar por encima de las Escrituras y todas las protestas son silenciadas.

Aunque no existen evidencias históricas directas de que Pedro estuvo en Roma, la iglesia cree que el murió allí y que la basílica original de San Pedro fue construida sobre su tumba.

¿Qué puede decirse sobre la primacía de Pedro, la transferencia de su autoridad al obispo de Roma y la infalibilidad del Papa? ¿Es esta la enseñanza del Nuevo Testamento o existen otras razones válidas para creer estas doctrinas?

El papado y el Nuevo Testamento

Cuando Cristo dijo a Pedro: "Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia", tenía la intención evidente de hacer un juego de palabras; la palabra Pedro significa roca. Sin embargo, no debe escapar a nuestra atención el hecho de que en el texto griego se emplean dos palabras separadas. "Tú eres Pedro [Petros], y sobre esta roca [petra] edificaré mi iglesia". Puesto que petra se refiere a una roca grande como es el caso de una peña, es posible que Cristo aludiese a sí mismo con esta palabra. En otros lugares del Nuevo Testamento se habla de él como el fundamento de la iglesia.

No obstante, para beneficio de la discusión vamos a decir que sí quiso referirse a Pedro en la segunda parte de la frase. Los teólogos católico romanos afirmarían que la iglesia está basada tanto sobre Cristo como sobre Pedro. Aun si se concede esto surgen tres preguntas. Primero, ¿existe evidencia en la Biblia de que la autoridad de Pedro sea transferible? Segundo, ¿hay algo que sugiera que este poder haya sido transferido a los obispos de Roma? Y tercero, ¿hay algo en el Nuevo Testamento que sugiera que Pedro fue infalible en sus pronunciamientos y que este don también fue conferido a los obispos romanos?

Ludwig Ott, el teólogo católico, queda de nuevo en la posición nada envidiable de tener que admitir que la primacía de Pedro no se declara de forma explícita en las palabras de Cristo, sino que fluye como una inferencia a partir de la naturaleza y propósitos intrínsecos del papado. En cuanto a la creencia en el carácter transferible del poder de Pedro o en que haya sido conferido a los obispos de Roma, no se cita la Biblia.

¿Qué hay con respecto a la infalibilidad? Ott admite que los padres de la iglesia no hablaron sobre la infalibilidad del Papa sino que la implicaron en algunas de sus demás afirmaciones. En cuanto a reseñas bíblicas, apela al hecho de que Cristo dio a Pedro la autoridad de atar y desatar (Mt. 16:18-20); debe notarse, sin embargo, que esto no solo fue dado a Pedro sino a todos los apóstoles en Mateo 18:18 y en Juan 20:23. A Pedro le fueron dadas las llaves del reino porque él fue escogido para predicar el evangelio a los judíos y gentiles (Hch. 2, 10, 15); pero el texto no menciona que este privilegio fuera transferible.

El hecho de que Pedro era falible está demostrado con claridad en la epístola a los gálatas, donde Pablo dijo que reprendió a Pedro en público por comprometer la pureza del evangelio. Bajo presión de algunos judíos, Pedro había retrocedido a las prácticas dietéticas del Antiguo Testamento. Pablo vio la incongruencia de tal actitud frente al evangelio que rechaza esa clase de distinciones y ofrece salvación a gentiles y judíos por igual. Pablo escribió: “le resistí cara a cara, porque era de condenar” (Gá. 2:11).

En el Nuevo Testamento la posición más elevada de liderazgo es la de anciano u obispo (las palabras se emplean de forma intercambiable en muchos pasajes). No obstante, en ningún lugar se ve que un obispo ejerza autoridad sobre las demás iglesias, mucho menos que uno de ellos afirme tener autoridad sobre la cristiandad como un todo. Los ancianos (obispos) de cada iglesia local solo son responsables por sus propios miembros. El peligro de investir con autoridad indebida a un solo hombre es que cuando este falla las otras iglesias caen en su mismo error.

Aunque se puede convocar un concilio, sus decisiones no son obligatorias para las demás iglesias. Por ejemplo, el primer concilio eclesiástico se reunió en Jerusalén y fue dirigido por Jacobo (no por Pedro, aunque él estuvo presente); las conclusiones del concilio se presentaron a las demás iglesias para que fueran aceptadas según les "pareciera bien", y no como imposiciones que debían seguirse sin tener en cuenta que las demás iglesias estuviesen o no de acuerdo. Lo claro en todo esto es que la conclusión de cualquier concilio debe someterse a prueba de conformidad con las Escrituras antes de tomar una decisión y seguirla en todas sus consecuencias (Hch. 15:22-29).

¿Puede mantenerse la unidad sin una cabeza terrenal? Los protestantes dicen que Cristo es la única cabeza de la iglesia y que la unidad debería estar basada única y exclusivamente en las doctrinas de las Escrituras.

Los escritos del Nuevo Testamento que hablan con mayor claridad acerca de Cristo como cabeza de la iglesia y de la autoridad igualitaria de todos los creyentes ante Dios, son los elaborados por Pedro. Él presentó a Cristo como la piedra principal del ángulo (1 P. 2:6). Con la misma claridad enseñó que todo creyente es un sacerdote ante Dios (1 P. 2:4-7). En cuanto a la posición de ancianos u obispos, su amonestación es: "Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey" (1 P. 5:2-3). Nunca previo el apóstol la posibilidad de que un obispo extendiera su autoridad sobre una iglesia de forma unilateral, mucho menos sobre todas las iglesias. Cristo es el único que posee tal autoridad. Las aserciones papales deben evaluarse a la luz de los pronunciamientos del mismo Pedro.



1 Bruce Shelley, ***Church History in Plain Language*** [Historia de la iglesia en lenguaje sencillo] (Waco, Texas Word Books, 1982), p. 158

2 Ludwig Ott, ***Fundamentals of Catholic Dogma*** [Fundamentos del dogma católico] (St. Louis: B. Herder Books Co., 1954), p. 282.

3 ***Ibíd***, p. 285.

CINCO

Justificación: ¿por fe, por sacramentos, o ambos?

La pregunta más importante de la vida se puede formular de diferentes maneras. En el Antiguo Testamento Job preguntó: “¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios?” El joven dirigente confrontado por Cristo dijo: “¿Qué bien haré para tener la vida eterna?” El carcelero de Filipos preguntó aterrado: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”

Lo triste es que a pesar de haber tenido el Nuevo Testamento con nosotros durante cerca de veinte siglos, la cristiandad en su conjunto sigue dando una respuesta imprecisa a esta pregunta, y eso que nuestro destino en el cielo o en el infierno depende de que la respuesta a esa pregunta sea correcta.

La enseñanza del Nuevo Testamento sobre este punto no es complicada en absoluto. Leemos cien veces por lo menos que la fe en Cristo es el medio por el cual un pecador es declarado perdonado y es recibido con alegría y brazos abiertos por el Todopoderoso. Cuando Cristo murió en la cruz, una de sus últimas palabras fue ***tetelestai,*** que se traduce “Consumado es” (Jn. 19:30). En griego la palabra se empleaba con referencia a transacciones comerciales, y después de realizar un pago se escribía sobre una cuenta débito y quería decir: “Cancelada por completo”. La muerte de Cristo fue totalmente suficiente para todos los que depositan su confianza en Él solamente.

De ahí siguen dos implicaciones. En primer lugar, no somos salvados por esfuerzo humano. Si Cristo pagó en definitiva el precio total de nuestra salvación, entonces no somos recibidos con base en nuestros méritos. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8-9). La salvación es por encima de todo, un don gratuito.

¿No significa esto que podemos salvamos y luego vivir en pecado como nos plazca? Esta pregunta es planteada con mucha frecuencia por los que creen que las obras deben estar involucradas en la salvación de alguna manera. Aun si Cristo pagó la cuota inicial, por así decirlo, nosotros deberiamos encargamos de seguir pagando las mensualidades. La respuesta es sí, una vez hayamos recibido el don gratuito, es nuestro para siempre aun si se abusa de él. Sin embargo, no debe perderse de vista el hecho de que el cambio operado por Dios como resultado de la fe es tan radical, que nuestros deseos mismos son cambiados. Dios entra en nuestras vidas da inicio al proceso de renovación. El crecimiento espiritual es una historia del todo aparte.

Esto me lleva a una segunda implicación. Dios obra directamente en el ser humano mediante el Espíritu Santo a través de la verdad de las Escrituras. No hay necesidad de intermediarios humanos tales como un sacerdote o de mediaciones por rituales. El milagro del nuevo nacimiento sucede directamente en el momento de ejercer la fe salvadora. Se hallan docenas de relatos que confirman esto en las páginas del Nuevo Testamento. Trátese de Lidia la vendedora de púrpura cuyo corazón el Señor abrió para escuchar la verdad, o del eunuco etíope, o del ladrón en la cruz, todos los que creyeron fueron salvados en respuesta directa al don gratuito de la fe.

Durante los primeros tres siglos de historia eclesiástica, la doctrina de salvación por gracia mediante la fe fue predicada con diversos grados de claridad. En algunos casos la fe se

presentó con certeza como el único requisito para la salvación, pero en otras instancias se vincularon las obras y el bautismo con el don de la gracia. Incluso los llamados padres apostólicos (que recibieron ese nombre porque era evidente que habían conocido a los apóstoles), en algunas ocasiones recalcaron la necesidad de las obras para la salvación, o por lo menos tan necesarias como la fe para mantener la salvación después de haberla recibido de forma gratuita.

Desde un principio se hicieron referencias a la fe sacramental, la creencia en que ordenanzas tales como el bautismo y la comunión eran necesarias para la salvación. Por ejemplo, Hermas (alrededor del año 100 d.C.), uno de los padres apostólicos, escribió: "No existe arrepentimiento más que este, que bajemos a las aguas y recibamos el perdón de nuestros pecados pasados".[1] Ignacio, obispo de Antioquía (aprox. 100), otro de los padres apostólicos, habló sobre el beneficio de la comunión. Para él la eucaristía era "la medicina de la inmortalidad, un antídoto para que no muramos sino que vivamos en Jesucristo para siempre".[2] En lo que se conoce como la carta de Clemente (el autor es desconocido), se habla de la vida eterna como algo que se otorga en el momento del bautismo; incluso después de ese evento, se necesita pureza de vida para garantizar la entrada al cielo. Bernabé (que no se debe confundir con el Bernabé del Nuevo Testamento) también escribió que el creyente entra en posesión de las bendiciones de la redención mediante el bautismo.

Con el paso del tiempo, el sacramentalismo no murió. Se creía en la eficacia del bautismo y la comunión para quitar los pecados. Tras la aceptación de esta premisa, pareció razonable que los bebés debían ser bautizados; después de todo, ¿por qué negarles los beneficios de la gracia? Siendo culpables del pecado original esto se hacía necesario, y se argumentó que también debían recibir la comunión. Como veremos en un capítulo posterior, estas opiniones surgieron en particular al norte de Africa durante los siglos segundo y tercero.

Por supuesto, estas opiniones no eran unánimes. Policarpo, amigo personal del apóstol Juan, enseñó que somos salvados por fe solamente. Las obras siguen a la salvación pero no contribuyen al don de la vida eterna. Consecuente con la enseñanza del Evangelio de Juan, Policarpo enseñó que la vida eterna era dada en respuesta directa a la fe salvadora; nada se dice acerca de la necesidad de sacramentos. Reinhold Seeberg, quien ha escrito una historia comprensiva de la doctrina cristiana, dice que los padres apostólicos no tuvieron una comprensión sistemática de la doctrina de salvación porque muestran poca evidencia de haber entendido las epístolas de Pablo. Están familiarizados con los escritos de Pedro y Santiago pero no con la profundidad doctrinal de Romanos.[3]

Hubo algunos que se opusieron al parecer de que la salvación estaba mediada por rituales externos. Por cierto, es probable que el sacramentalismo no hubiese tenido tanta fuerza durante la edad media de no ser por la llegada de Constantino y su efecto sobre la manera de entender la iglesia. En todo sentido, su liderazgo llevó a la aceptación del sacramentalismo a lo largo y ancho del imperio.

El auge del sacramentalismo

Con la llegada de Constantino, el sacramentalismo tomó preponderancia. A partir de entonces la iglesia sería utilizada con fines políticos, y los sacramentos serían los medios con los que la iglesia controlaría las vidas de quienes vivieran en el Imperio Romano. Ya no se pensaba en la salvación como una relación personal con Dios sino como la relación correcta con la iglesia.

Piense por un momento en el poder que había sido atribuido a la iglesia. Tenía en su poder las llaves del cielo y el infierno. Podía dar gracia o negarla. Decir que uno se había puesto en paz con Dios por fuera de la iglesia era una herejía. Con el aumento del sacramentalismo también aumentó la liturgia que le acompañaba. Surgieron prácticas no halladas en el Nuevo

Testamento para acompañar la visión exaltada de las cosas relacionadas con estos rituales.

A pesar de la claridad con que Agustín entendió la miseria espiritual del hombre y su necesidad de gracia, también insistió en la necesidad de los sacramentos para la salvación. Enseñó que el bautismo imprime un carácter especial sobre el hombre. También empañó más el asunto al enseñar que las obras no tienen mérito antes que se ejerza el don de la fe, pero como resultado de la renovación del corazón las obras vienen a ser meritorias. Como un escritor lo dijo hablando de Agustín: "Por lo tanto, en lo fundamental, la gracia tiene el mero propósito de hacer posible que el hombre vuelva a hacerse otra vez merecedor de la salvación".[4]

Agustín se vio involucrado en una controversia importante acerca de los sacramentos. Los donatistas, dirigidos por su líder Donato, argumentaban que los sacramentos solo tenían validez si el sacerdote que los administraba llevaba una vida recta. Agustín vio con bastante claridad que esto pondría en peligro la salvación de las masas, puesto que nadie podía estar seguro de que un determinado sacerdote viviera en realidad una vida digna. Por eso afirmó que los sacramentos eran un don de Dios y que la condición moral de su administrador no podía menoscabar su valor intrínseco. De hecho, los sacramentos tendrían valor aun si fuesen administrados por ladrones y transgresores.

Agustín quedó atrapado en un problema curioso. Tuvo que oponerse a los donatistas aunque fue forzado a concluir que sus sacramentos eran válidos; después de todo, todos los sacramentos son válidos. No obstante, se adelantó a establecer una distinción entre el sacramento mismo y los efectos del sacramento, a la espera de encontrar razones para contrarrestar a los donatistas. En cuanto al bautismo, Agustín dijo que no podía repetirse; por lo tanto, nunca perdería su fuerza y efecto. El problema es que también dijo que es solo cuando una persona recibe gracia de otras maneras que el bautismo se vuelve eficaz.

El problema del valor intrínseco de los sacramentos irrepetibles del bautismo, la confirmación y las santas órdenes ocupó más adelante gran parte de la discusión en teología sacramental. ¿Acaso estos rituales conservan su valor para quienes apostatan y dejan la iglesia? En caso de que tales personas regresen, ¿por qué no es necesario repetir ciertos sacramentos? Debemos recordar que se afirmaba que los sacramentos tenían validez intrínseca sin tener en cuenta la vida del sacerdote. Lo que es más, ni siquiera quien los recibía debía tener fe o un motivo interno bueno para recibir beneficio de estos medios de gracia.

Seeberg dice en su discusión sobre Agustín: "No se requiere un buen motivo interno en quien recibe el sacramento para que pueda merecer gracia por dignidad propia, sino que es suficiente que el receptor no interponga obstáculo alguno".[5] En principio, la iglesia afirmó que los sacramentos tenían valor para el beneficiario siempre y cuando no se hubiera cometido pecado mortal. En tal caso, primero tenía que quitarse este obstáculo mediante un acto perfecto de contrición.

Los donatistas creían que la iglesia debía ser pura; es decir, que sus únicos miembros podían ser los creyentes. No obstante, Agustín empleó la parábola de Cristo sobre el trigo y la cizaña como una referencia a la iglesia y no al mundo, para argumentar que los incrédulos deberían ser miembros de ella. Esto se basó en su concepción de la iglesia como una entidad que incluye a la sociedad entera.

Como es de entenderse, surgió la tentación de construir una compleja red de sacramentos, cada uno de los cuales dispensaba una reserva de gracia al penitente. De ese modo, durante tiempos medievales, la iglesia incrementó de manera progresiva su control sobre las almas de los hombres. Con el crecimiento de las tradiciones, estas empezaron a recibir el mismo grado de importancia de la Biblia misma. Llegó el momento en que el Papa Eugenio IV estableció siete sacramentos permanentes en el concilio florentino de 1439.

El espacio no permite aquí presentar un análisis detallado de cada uno. El presupuesto básico es que cada sacramento dispensa gracia, pero ningún sacramento individual tiene gracia suficiente para salvar a los pecadores. Por esa razón una persona debe beneficiarse de la mayor cantidad de medios de gracia que tenga a su disposición. Al final de todo la cuestión definitiva será si uno ha acumulado la gracia suficiente para salvarse.

Esto hizo imposible la seguridad de salvación personal. Era difícil calcular la cantidad de gracia acumulada en comparación a la cantidad exigida por Dios. Todo lo que quedaba era la promesa de que tarde o temprano la iglesia fuese capaz de llevar el pecador al cielo. Para aquellos que carecían de la gracia suficiente al morir estaba el purgatorio, un lugar donde los pecadores podían ser purgados de sus pecados hasta una fecha futura. El simple hecho de afirmar la seguridad personal de ir al cielo se convirtió en el pecado de presunción.

Un segundo resultado fue que los sacerdotes empezaron a blandir un poder extraordinario. La palabra técnica para este fenómeno es sacerdotalismo, la exaltación de los sacerdotes al punto de atribuirles poderes divinos. Siendo los dispensadores de gracia, tienen derecho a excluir del cielo o a incluir a quienes se sometan a su autoridad. Con el desarrollo de la misa, se llegó a creer que tenían la autoridad para convertir pan y vino corrientes en el cuerpo y la sangre de Cristo. Eran representantes literales de Dios en la tierra. En lugar de aceptar la enseñanza neotestamentaria de que todos los creyentes son sacerdotes, se regresó al modelo del sacerdocio en el Antiguo Testamento donde los levitas representaban a los hombres ante Dios y a Dios ante los hombres.

¿Cuál es el camino de salvación en la iglesia católica? Es a través de la iglesia, pero la iglesia misma tiene una variedad de requisitos. La salvación es por gracia, pero la gracia involucra muchos canales que los fieles deben procurarse. De esa manera, la búsqueda de la vida eterna está lejos de ser sencilla y muchas veces resulta oscura.

Su funcionamiento

Consideremos uno de los sacramentos como ejemplo para ver de qué forma eran aplicados. La penitencia es el cuarto sacramento y se define en el catecismo de Baltimore como "un sacramento por el cual los pecados cometidos después del bautismo son perdonados mediante la absolución de un sacerdote".[6] Puesto que el sacerdote por lo general asigna al penitente la realización de algunas obras para obtener absolución, la palabra se refiere con frecuencia a la obra misma. La creencia es que Dios no cancela el castigo temporal debido al pecado y de esa manera el pecador debe añadir a la obra de Cristo con una obra propia. El pecador queda a merced del sacerdote que le prescribe un castigo apropiado.

En términos específicos, si alguien dice una mentira y va a confesarse, examina su conciencia y cree que ha hecho una buena confesión. Sin embargo, hay una obra que debe llevar a cabo con el fin de quitar por completo la mancha residual del pecado. Por esa razón, lo más probable es que el sacerdote le exija hacer una buena obra o acto de penitencia.

La extensión del castigo depende muchas veces de la disposición del sacerdote. Hoy día, a diferencia de siglos anteriores, por lo general se asigna al penitente alguna tarea fácil como recitar cierto número de "avemarias" o hacer una obra bondadosa. No importa en realidad si la persona tiene un espíritu genuino de arrepentimiento. Lo que de verdad está en juego no es la relación personal con Dios sino la relación oficial con la iglesia.

Algo muy cercano a la penitencia es la indulgencia, que se define como "la remisión completa o parcial del castigo temporal debido al pecado... una indulgencia plenaria es la remisión completa del castigo temporal debido al pecado... una indulgencia parcial es la remisión en parte del castigo debido al pecado. Para obtener una indulgencia debemos estar en el estado de gracia (el resultado de una confesión satisfactoria a un sacerdote) y realizar las obras necesarias que sean indicadas".[7]

Una indulgencia no es un sacramento, sino la remisión de castigo temporal por pecados que ya han sido perdonados. Es una ayuda en el proceso de restauración y también puede mitigar los sufrimientos del purgatorio.

Para entender esto mejor debemos recordar que la iglesia creía que había un tesoro de mérito que se había acumulado gracias a que algunos de los santos del pasado habían poseído más rectitud de la que necesitaban para entrar al cielo. La iglesia podía sacar de este gran depósito para administrar a los necesitados espirituales. Para citar al famoso obispo Fulton Sheen, por medio de estos méritos "la iglesia concede a sus penitentes un nuevo comienzo; además, la iglesia tiene un capital espiritual tremendo que se ha venido ganando y acumulando a lo largo de muchos siglos de penitencia, persecución y martirio; muchos de sus hijos oraron, sufrieron e hicieron méritos más de lo que necesitaban para su propia salvación individual. La iglesia tomó estos méritos superabundantes y los introdujo en el tesoro espiritual del cual los pecadores arrepentidos y penitentes pueden sacar recursos en tiempos de depresión espiritual".[8]

Con la amenaza del purgatorio sobre sus cabezas, la gente del medioevo procuraba con gran ansiedad la obtención de indulgencias que tenían como resultado garantizado acortar, si acaso no cancelar del todo su llegada esperada a los fuegos del purgatorio. Pero ¿cómo podían obtener una ya que solo eran concedidas por el Papa?

En 1096 d.C. en el sínodo de Clermont, el Papa Urbano II prometió una indulgencia plenaria, es decir, una que cubría todo castigo temporal, para aquellos que participaran en las cruzadas a la tierra santa. Trescientos años después, en 1477, el Papa Sixto IV declaró que las indulgencias no solo eran válidas para los vivos sino también para los muertos. De ese modo se vendieron indulgencias al vulgo para sus parientes que estaban en el purgatorio.

Una vez que fue aceptada la premisa de que el Papa tenía autoridad para conceder indulgencias, la puerta quedó del todo

abierta para los abusos. Cuando el Papa León X requirió dinero para la construcción de la catedral de San Pedro en Roma, hizo saber a todos que podían comprarse indulgencias para perdonar los pecados de los vivos y para libertar las almas de los muertos. Fue esta oportunidad creada por la iglesia para hacer dinero lo que llevó a Tetzel hasta los confínes de los territorios sajones para especular con la venta de indulgencias.

La Reforma

El problema de Lutero consistía en llegar a saber cómo era posible que un hombre pecador estuviera en la presencia de un Dios santo. Por esa razón decidió procurar la santidad y de forma resoluta empezó a practicar los consejos para alcanzar la perfección. No solo realizó buenas obras sino que ayunó y mortificó la carne. Se impuso vigilias y oraciones por encima de los límites estipulados. El problema fue que nunca pudo estar seguro de haber logrado satisfacer a Dios en algún momento.

La confesión le proporcionó consuelo en alguna medida. Examinaba en su memoria para evaluar los motivos que tenía para cada acto que realizaba. Algunas veces confesaba durante seis horas seguidas sus pecados, al punto que su confesor quedaba extenuado. En últimas Staupitz le dijo: "Si esperas que Cristo te perdone, ven la próxima vez con algo para perdonar como homicidio, blasfemia o adulterio, y no con todos esos pecadillos de los que tanto hablas".[9] No obstante, la cuestión para Lutero no era que sus pecados fuesen pequeños o grandes, sino si de verdad habían sido confesados. Se dio cuenta de que uno puede pecar aun sin estar al tanto de ello.

Como dice el historiador Roland Bainton, Lutero llegó a un callejón sin salida. "Los pecados a perdonar debían ser confesados. Para ser confesados debían ser reconocidos y recordados. Si no son reconocidos y recordados, no pueden ser confesados. Si no son confesados, no pueden ser perdonados".[10]

Durante estas luchas, Lutero se dio cuenta de que su problema era mucho más serio de lo que pensaba. El problema no solo es

que el hombre comete pecados, sino que en su interior mismo está contaminado. Para utilizar un ilustración moderna del dilema de Lutero, la confesión era como tratar de secar el piso con el grifo abierto. No había un solo momento de seguridad absoluta de estar del todo bien con Dios. Lo que Lutero necesitaba era un acto de Dios que quitara todos sus pecados pasados, presentes y futuros.

Entonces brilló la luz de un nuevo día. Por medio de su estudio de la epístola de Pablo a los creyentes en Roma, Lutero aprendió que un hombre es justificado por fe sin las obras de la ley. Justificación significa que Dios declara justo a un pecador aunque siga siendo imperfecto. Por ejemplo, Pablo escribió: "Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia" (Ro. 4:3). Esa palabra contado es un término legal que se empleaba con frecuencia al acreditar dinero en la cuenta de alguna persona. En un sentido más específico Pablo escribió: "al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia" (Ro. 4:5).

La justificación cubre todos los pecados pasados, presentes y futuros. Una vez que el pecador es justificado, no es necesario que esté en capacidad de recordar todos los pecados que ha cometido. Es declarado santo por Dios. El pecador que es así recibido ya no debe justicia a Dios porque ha sido recibido por Él de forma completa y permanente. Gracias a que ha sido declarado santo, Dios puede hacerle un heredero de Dios y un coheredero con Cristo.

Por supuesto, es cierto que a los cristianos se les dice que deben confesar sus pecados aun después de haber sido justificados (1 Jn. 1:9); pero esto es necesario solo con el fin de restaurar la comunión con Dios; no es necesario para restablecer la relación legal con Él. Nos sostenemos delante de Dios vestidos en la justicia de Cristo a pesar de que continuamos en pecado. No es sorpresa que Pablo haya sido acusado de enseñar el antinomianismo, la creencia de que uno puede abusar de la gracia

de Dios como excusa para pecar. En un capítulo posterior consideraremos si estas críticas son justificadas o no.

Si la justificación significa que Dios quita para siempre todos los pecados pasados y futuros de una persona, esto quiere decir que es posible tener seguridad de ir al cielo. En cambio, si la salvación depende de que la gracia vaya en aumento durante toda una vida, la seguridad está fuera de alcance. Depender tan solo de los méritos de Cristo equivale a tener la seguridad plena de una base adecuada y perfecta de perdón y aceptación.

Para asombro y deleite de Lutero, por fin había encontrado la respuesta a su mayor inquietud. Podía estar ante un Dios santo gracias a los méritos completos y adecuados de Cristo. Por supuesto, aunque este descubrimiento era nuevo para Lutero, no lo fue en la historia de la iglesia. El hecho de que tuvo que volver a ser descubierto es un triste indicador de lo lejos que la iglesia se había apartado del Nuevo Testamento.

Si la justificación solo es por fe sin las obras, ¿qué lugar ocupan las obras en la vida cristiana? Ahora que la relación del creyente con Dios queda establecida para siempre, este es libre para servir al Señor con plenitud de confianza y gozo. El creyente ahora no hace buenas obras con el fin de salvarse, sino que hace el bien porque ya está salvado. Las buenas obras no son meritorias en el sentido de que puedan quitar un solo pecado, sino que ahora fluyen de la vida nueva que Dios ha implantado en el creyente.

Reacción católico romana

En el concilio de Trento en 1546, la iglesia católica romana dio su respuesta oficial a la insistencia de Martín Lutero en que un hombre puede ser justificado por Dios con base única y exclusiva en la fe. El concilio reconoció que todas las obras que un hombre pueda hacer solo son debidas a la gracia de Dios, pero estas obras son parte del proceso de salvación. Con la siguiente declaración específica se condenó como anatema "que los impíos sean justificados por fe solamente: si esto significa

que no se requiere algo más a manera de cooperación en la adquisición de la gracia de justificación, y que no es en modo alguno necesario que un hombre sea preparado y dispuesto por el uso de su propia voluntad para salvarse”." Además, el concilio afirmó que aun después de uno ser justificado, las obras eran necesarias para mantener el estado de gracia. Luego se procedió a defender todos los siete sacramentos de la iglesia.

De esta manera, la iglesia católica negó que la fe sola fuera suficiente o que una persona pudiera salvarse por fuera de los rituales de la iglesia. Aunque se hicieron algunas reformas el sistema sacramental básico quedó intacto.

¿Qué decir del catolicismo actual? Por ejemplo, ¿la iglesia sigue enseñando que cosas tales como la penitencia y las indulgencias otorguen incrementos de gracia a los fieles? Aun ahora, a los católicos romanos que se reúnen en la plaza de San Pedro cuando el Papa pronuncia sus bendiciones tradicionales de Navidad y Pascua, se les ofrece una indulgencia plenaria, es decir, que esa persona queda libre de todo castigo en el purgatorio a causa de sus pecados. Puesto que esta indulgencia solo es válida para pecados pasados, no constituye garantía para el futuro, pero por lo menos quien la recibe queda “actualizado” en su relación con Dios.

En 1939 el Papa Pío extendió este beneficio a los radioyentes. En diciembre de 1985 el Vaticano anunció que ahora la gente puede recibir esa indulgencia de su obispo por vía radial o televisiva si no están en capacidad de escucharle en persona. De ese modo, la práctica de conceder indulgencias se sigue practicando fielmente en la actualidad.

¿Sacramentos o fe?

El sacramentalismo recalca que la salvación viene por medio de los canales de gracia establecidos por la iglesia. Una palabra relacionada, sacerdotalismo, se refiere al poder exaltado del sacerdote para dispensar la gracia de Dios. Esta postura se mantiene en contraste innegable con la justificación por gracia

sola. En ambas perspectivas se dice que la salvación es por gracia, pero tienen un desacuerdo fundamental en la cuestión sobre cómo se recibe la gracia.

Las respuestas entran en conflicto. ¿Cuál de las perspectivas es bíblica?

El sacramentalismo requiere a los pecadores que acudan a la iglesia para salvarse. Es por medio de la iglesia y sus ordenanzas que la gracia de Dios es comunicada a los hombres. La iglesia toma el lugar de Dios. Como escribió Benjamín Warfield, teólogo del seminario de Princeton hace muchos años: "La pregunta que plantea el sacerdotalismo es en una palabra, si es Dios el Señor quien nos salva, o es que los hombres actúan en su nombre y se visten con el poder de Dios de tal modo que acudamos a ellos para nuestra salvación".[12] Añadió que si el sacerdotalismo es correcto, la gente no se salva ni se pierde por dictamen divino sino por el proceder natural de causas secundarias.

Warfield presentó tres objeciones a la visión sacramental o sacerdotal de la salvación. En primer lugar, esta visión separa el alma de toda actividad divina de gracia. La iglesia se coloca entre el alma y Dios. Hay muy poca comunión del alma y Dios; la iglesia se encarga por completo de la relación del pecador con Dios y le suplanta.

El Nuevo Testamento enseña que la salvación no solo involucra el perdón de los pecados sino también el milagro del nuevo nacimiento. La regeneración no es menos que la creación de un corazón nuevo en la vida de un pecador. Esta conversión cambia sus deseos y resulta en un nuevo estilo de vida. Esto muchas veces se pasa por alto cuando un pecador viene ante un sacerdote para averiguar qué obra puede hacer para expiar su pecado. En lugar de permitir que su vida sea cambiada por Dios, empieza a calcular cuánto le cuesta a él su pecado. Si el precio no es demasiado elevado y solo implica tener que ir a misa cada semana o confesarse una o dos veces al año, no hay razón para arrepentirse de manera personal y recibir el perdón y la vida de Dios. Estas cosas se resuelven por sí solas

siempre y cuando el feligrés tenga una relación correcta con la iglesia.

Los que se convierten tras salir del sacramentalismo dicen por lo general que antes no sabían que era posible tener una relación personal con Dios. Siempre habían pensado que todo andaba bien si obedecían los requisitos prescritos por la iglesia. No sabían que Dios obra directamente en el corazón humano.

En segundo lugar, Warfield dijo que al interponerse la iglesia entre el pecador y Dios, la personalidad del Espíritu Santo es disminuida. En lugar de creer que el Espíritu Santo obra de acuerdo a su propia voluntad y propósito, se piensa que trabaja de manera uniforme cada vez sus actividades son emprendidas por iniciativa de la iglesia. Puesto que la iglesia es considerada como "el depósito de la salvación", es casi como si la gracia salvadora de Dios se mantiene guardada en una botella tapada y es repartida por voluntad de la iglesia. El Espíritu se mueve de conformidad con los rituales de los hombres. Recordemos, ni siquiera es necesario que el sacerdote lleve una buena vida moral para que los sacramentos sean válidos. El ritual mismo tiene poder intrínseco para efectuar la salvación.

La tercera dificultad es que la salvación ya no está en las manos de Dios sino en las manos de los hombres. El Espíritu Santo "va donde sea enviado por ellos; obra cuando ellos le sueltan para obrar; sus operaciones aguardan el permiso de la iglesia; y aparte de su dirección y control no puede obrar salvación alguna".[13] Quienes ignoran los sacramentos se pierden; quienes los aceptan son salvados. Debido a que la salvación no está en las manos de Dios sino en las de hombres, la iglesia católica enseña que no puede haber salvación por fuera de la iglesia. Si preguntamos por qué una persona se salva y no otra, la respuesta es que algunos recibieron los sacramentos y otros no. El enfoque está en los sacramentos, no en la fe personal en Cristo. Para el sacramentalista, un bebé que muere sin ser bautizado irá al infierno o al menos su destino eterno está en duda. Por eso cuando la vida del bebé está en peligro, se llama

con prontitud a un sacerdote para ejecutar el rito. Si este se retrasa y no llega a tiempo, es concebible que la morada eterna del niño dependa de que el sacerdote quede o no atrapado en una congestión de tráfico. Como es de esperarse, la iglesia al verse enfrentada a tales problemas prácticos apeló al purgatorio y las oraciones por los muertos para hallar una solución al laberinto de complicaciones creadas por el sistema sacramental. No obstante, la salvación sigue en manos de los hombres. Si los padres no se aseguran de completar estos rituales lo más probable es que el niño se pierda.

Contrastemos esto con la enseñanza de la Biblia, en la cual se habla de la salvación como la obra directa de Dios en el corazón humano como respuesta a la fe salvadora. Puesto que el bautismo y la misa serán discutidos en detalle en capítulos siguientes, no necesitamos discutir aquí la interpretación de estos sacramentos según el Nuevo Testamento.

Se puede ilustrar el contraste entre las dos perspectivas de salvación descritas en este capítulo mediante una discusión que tuve con un protestante que se convirtió a la fe católica. Una mujer que se unió a la conversación dijo que iba a entrar al cielo porque había reportado ganancias de 1.200 dólares a favor de su iglesia con la venta de comestibles. Al preguntarle si tenía alguna otra cosa que ofrecer a Dios, ella contestó que todo dependía de la gracia de Dios. Mi amigo católico expresó su aprobación de esta respuesta con la siguiente parábola:

Cierto hombre llegó a la puerta del cielo y San Pedro le preguntó por qué debería ser admitido en el cielo. El hombre contestó:

“Mis padres me bautizaron”.
Pedro contestó: “Eso tiene un valor de cinco puntos”.
“Fui a misa una vez a la semana”.
“Por eso recibes veinte puntos”.
“Hice confesión dos veces al año”.
“Vale diez puntos”.

"Tuve negocios honestos".

"Cinco puntos por eso".

En ese momento el hombre se llenó de temor, ya que no podía pensar en otro mérito acumulado por él, y solo tenía cuarenta de los cien puntos exigidos. Afortunadamente, recordó un sermón que había escuchado sobre la gracia y se apresuró a decir:

"Por encima de todo, estoy dependiendo de la gracia de Dios".

A esto Pedro contestó: "Eres afortunado, ¡eso vale sesenta puntos!"

Por supuesto, un teólogo católico haría algunas correcciones pequeñas a la historia. Hablando en términos estrictos, los cuarenta puntos correspondientes al bautismo, la misa, la confesión y las buenas obras también fueron gracia. Dios dio al hombre la gracia para realizar las buenas obras, diría el teólogo. En efecto, conforme al argumento, las obras son una parte de la salvación pero esto no niega la gracia.

¿Cómo pueden entonces introducirse las obras en el mensaje del evangelio bajo un disfraz de gracia?

Jesús contó una parábola acerca de dos hombres que fueron al templo a orar (Lc. 18:9-14). El fariseo era un líder religioso; el publicano era considerado como lo más vil de la tierra. El fariseo daba gracias a Dios porque no era como los demás hombres y procedió a enumerar sus buenas obras: ayuno, diezmo, oración. Nótese bien que no se acreditó esos logros porque reconocía que lo había alcanzado por la gracia de Dios.

Por otro lado, el publicano sabía que era un pecador. No se esforzó en hacer mención del bien que hubiere hecho. Si decimos que es porque no había hecho buenas obras estamos perdiendo el tema de la historia. El hecho es que al estar en la presencia de Dios supo que cualquier cosa buena que mencionara sería como basura (la descripción de Pablo en Filipenses 3) en la presencia de un Dios santo. Por eso al ver su necesidad, se abandonó por completo a la misericordia de Dios. Al regresar a su casa quedó justificado, a diferencia del hombre religioso.

Las obras que el fariseo había realizado como respuesta a la gracia de Dios no le justificaron. El publicano fue justificado porque supo que ninguna cantidad de buenas obras le podía salvar.

Esta parábola confirma las palabras de Isaías: “todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia” (Is. 64:6). Ningún mérito humano es aceptado jamás por Dios para la justificación. Así como es imposible juntar un millón de bananos para obtener una naranja, toda la bondad humana añadida jamás puede transformarse en la justicia perfecta de Dios. El único mérito aceptado por Él es el de Cristo.

Esa es la razón por la que Pablo argumentó que la gracia y las obras son antítesis en el tema de la salvación: “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra” (Ro. 11:6).

La pregunta más importante de la vida debe responderse con claridad: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9).

¿Qué es fe salvadora? En primer lugar implica conocimiento, sobre el hecho de la muerte de Cristo por los pecadores. En segundo lugar significa nuestro asentimiento a las verdades de la salvación; por último involucra confianza, la transferencia de toda nuestra seguridad a Cristo solamente. No a Cristo y a la iglesia; no a Cristo y el bautismo; no a Cristo y a las buenas obras. Que nuestra fe sea pequeña o grande no es tan importante como el objeto de la fe. Nuestra fe debe estar dirigida solo a Cristo.

El obispo Munsey cuenta una parábola acerca de cierto hombre que mientras caminaba por ahí, de repente cayó por el borde de un acantilado. En su caída inesperada pudo extender los brazos y se aferró a una saliente de la roca. Permaneció allí colgado debatiéndose entre la vida y la muerte. Abajo alcanzó a ver las rocas filosas que aguardaban su caída. De súbito un ángel

se le apareció y el hombre rogó que el ángel le salvara. El ángel preguntó: "¿Crees que puedo salvarte?"

El hombre vio los brazos fornidos del ángel y dijo: "Sí, creo que eres capaz de salvarme".

El ángel preguntó: "¿Crees que voy a salvarte?"

El hombre vio la sonrisa en el rostro del ángel y contestó: "Sí, creo que me vas a salvar".

"En ese caso", dijo el ángel, "si crees que puedo salvarte y crees que voy a salvarte, ¡déjate caer!"

Ese "dejarse caer" es la fe. Cristo quiere que descansemos todo nuestro peso intelectual, emocional y espiritual sobre Él y nadie más. Eso es tener fe salvadora en Cristo, quien es el único calificado para reconciliamos con Dios. Aquellos que realizan tal transferencia de confianza dejan de deberle a Dios su propia justicia. Augusto Toplady captó la esencia de las buenas nuevas en estas palabras:

> *No es con las labores de mis manos que puedo satisfacer las demandas de la ley; así mi celo no conociese reposo y mis lágrimas corrieran por siempre, nada que yo hiciera podría hacer expiación por el pecado; tú Señor debes salvar, tú y nadie más.*



1 Reinhold Seeberg, *Text-Book of the History of Doctrine* [Libro de texto sobre historia de la doctrina], traducido por Charles Hay (Grand Rapids Baker, 1964) I, p. 61

2 *Ibíd*, p 68

3 *Ibid* , p 78

4 Louis Berkhof, *The History of Christian Doctrines* [Historia de las doctrinas cristianas] (Grand Rapids. Baker, 1937), p. 208

5 Seeberg, p. 129.

6 *The Saint Joseph Baltimore Catechism* [Catecismo de San José de Baltimore] (Nueva York Catholic Book Publishing Co , 1969), p 184

7 *Ibid*, p. 206-207.

8 Fulton J. Sheen, *Peace of Soul* [Paz del alma] (Nueva York: McGraw-Hill, 1949), p.208-209.

9 Roland H. Bainton, *Here I Stand - A Life of Martin Luther* [Aquí me sostengo. La vida de Martín Lutero] (Nueva York: The New American Library, 1950), p. 41.

10 *Ibíd*, p. 42.

11 Henry Bettenson, ed.. *Documents of the Christian Church* [Documentos de la iglesia cristiana] (Nueva York: Oxford University Press, 1963), p. 263.

12 Benjamin B. Warfield, *The Plan of Salvation* [El plan de salvación] (Grand Rapids: Eerdmans, s.f.), p. 55-56.

13 *Ibíd*, p. 68.

<u>SEIS</u>

¿Por qué no estamos de acuerdo sobre la Cena del Señor?

"¿Hay algo que sea más deplorable y digno de lágrimas que el hecho de que la Cena del Señor sea utilizada como objeto para pugnas y divisiones?", fue la pregunta hecha por Felipe Melanchthon en agosto de 1544. Este hombre tenía buenas razones para sentirse agobiado. Contados años atrás, Martín Lutero y Ulrico Zwinglio debatieron la Cena del Señor en el castillo de Marburg en Alemania. Acompañados por algunos amigos, Lutero y Zwinglio se sentaron en los extremos opuestos de una mesa larga, rodeados por espectadores.

Lutero asistió al encuentro con cierta renuencia bajo la presión creciente para unificar el movimiento reformista en Alemania y Suiza. La prudencia requería un frente unido en contra de la oposición creciente de la iglesia católica. Si Lutero y Zwinglio podían ponerse de acuerdo sobre la Cena del Señor, era posible alcanzar la unidad tanto teológica como política de ambos países.

No habría de suceder así.

Lutero se aferró con tenacidad a sus convicciones y llegó incluso a inferir que los suizos no eran hermanos en Cristo. Según el historiador eclesiástico Philip Schaff, después del debate Zwinglio se acercó a Lutero con lágrimas en sus ojos y extendió una mano en señal de afecto fraternal,

pero Lutero le rehusó. El primer concilio protestante terminó de una manera nada exitosa.

Si volvemos al principio podemos ver cómo fue el desarrollo de la observancia de la Cena del Señor en la historia del pensamiento cristiano.

Así vamos a entender con mayor claridad por qué Lutero y Zwinglio diferían de la iglesia católica y entre ellos.

La Cena del Señor en el Nuevo Testamento

Al leer la descripción de la Cena del Señor en el Nuevo Testamento de inmediato quedamos impresionados con la simplicidad de este evento tan especial:

Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados. (Mt. 26:26-28)

La ceremonia parece libre de complicaciones y es clara en su propósito, pero Cristo sí dijo: "esto es mi cuerpo" y "esto es mi sangre". Fue inevitable que surgieran preguntas acerca del significado de estas palabras.

La iglesia primitiva siguió el patrón mostrado por Cristo y celebraban un servicio muy simple. Justino Mártir (aprox. 100-165) en su libro de apologética que tenía por objeto defender el cristianismo, escribió que el obispo o el líder de la iglesia empezaba el servicio de comunión con una oración de alabanza y gratitud que se pronunciaba sobre los elementos. La congregación respondía con un "amén" seguido por un beso de amor fraternal que indicaba la reconciliación de los corazones.

Los padres apostólicos empezaron con toda razón a atribuir gran significado a este acto de nuestro Señor, y como Cristo instituyó esta observancia después de haber comido la Pascua con sus discípulos, era natural que la iglesia en sus comienzos hiciera la conmemoración de la muerte de Cristo después de

una comida comunitaria. La oración de acción de gracias ***(euchristia)*** llegó a ser anexada a la cena misma. Más adelante fue cambiada de una sencilla oración de gratitud a una oración de consagración del pan y el vino.

¿Cómo se entendían estos elementos en aquel tiempo? Algunas citas de los padres de la iglesia indican que Cristo se consideraba presente en los elementos. Ignacio de Antioquía (aprox. 115) dijo: “La eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, quien sufrió por nuestros pecados y a quien el Padre en su bondad levantó de entre los muertos”.[1] Basado en sus conclusiones sobre Juan 6:54-58, Ignacio habló de la Cena del Señor como la medicina de la inmortalidad. Al comer y beber nos hacemos partícipes de la vida eterna.

Justino Mártir dijo que los elementos no se consideran como pan y vino ordinarios, sino que “así como nuestro Redentor Jesucristo fue encamado por la Palabra de Dios,... también [los elementos] son la carne y la sangre del mismo Jesús encamado”.[2]

En el siglo tercero surgió la idea de que la mesa del Señor era una fuente de alimento espiritual para quienes participaban en ella. Tertuliano dijo: “La carne es renovada por el cuerpo y la sangre de Cristo, de tal manera que el alma también pueda ser nutrida por Dios”.[3]

¿Cómo se puede resumir la enseñanza sobre la mesa del Señor durante los siglos segundo y tercero? Jaroslav Pelikan en su libro ***La tradición cristiana,*** publicado por la universidad de Chicago, escribió que ningún padre ortodoxo de los que se tienen registros declaró que la presencia del cuerpo y la sangre de Cristo en la eucaristía fuese algo simbólico (aunque Clemente y Orígenes estuvieron cerca de afirmar esto), y no hubo alguno que dijera de forma específica que los elementos experimentaban un cambio sustancial (aunque Ignacio y Justino estuvieron a punto de afirmarlo). Luego añade: “Dentro de los límites de estos dos extremos se encontraba la doctrina de la presencia real”.[4]

La doctrina de la presencia real da a entender que el cuerpo y la sangre de Cristo se combinaban de alguna manera con los elementos. Cada vez que se hacía memoria de Cristo de esa forma, él estaba en ese lugar entre los suyos como partícipes de la redención. Algunos veían el fenómeno como la alimentación divina del cuerpo y otros creían que era simbólico.

Agustín, por ejemplo, hablaba del pan y el vino como el cuerpo y la sangre de Cristo, pero al mismo tiempo hacía una distinción clara entre la señal y el objeto indicado por la señal. En otras palabras, afirmó que las sustancias mismas permanecían sin cambio. Para él, comer la carne de Cristo era simbólico. Berkhof escribió: "Agustín recalcó el aspecto conmemorativo del rito y sostuvo que los impíos, aunque pudiesen recibir los elementos, en realidad no participaban del cuerpo. Incluso protestó contra la reverencia supersticiosa que muchos daban a la ordenanza en su tiempo".[5]

En el siglo cuarto la eucaristía llegó a ser conocida como la misa, una palabra cuya raíz se deriva del término latín ***missa,*** que significa "despedir". La palabra se refería a las palabras pronunciadas por el sacerdote al final de la comida y más adelante se aplicó a todo el ritual.

En resumen, durante los primeros ocho siglos de la iglesia el consenso general fue hacia una visión realista de los elementos: Cristo estaba espiritualmente presente en el pan y el vino. Participar equivale a comer el cuerpo y beber la sangre de Cristo, pero no en un sentido literal.

Transubstanciación

En 818 d.C. un abad del famoso monasterio de Corbie al norte de París llamado Pascasio Radberto, publicó un documento en el que afirmó que los elementos eran transformados en el cuerpo y la sangre literales de Cristo. Aunque la apariencia de los elementos no cambia, un milagro tiene lugar cuando el sacerdote pronuncia ciertas palabras: el vino y el pan se convierten en el cuerpo y la sangre reales del Cristo histórico.

Afirmó que las apariencias externas no son más que un velo para engañar a los sentidos.

Esta enseñanza no careció de contestación. Teólogos como Rabanus Maurus dijeron que tal creencia confunde la señal con lo que la señal significa. En 1050 Berenger de Tours expuso el concepto de que el cuerpo y la sangre de Cristo estaban presentes no en esencia sino en poder. La sustancia seguía sin cambiar; era necesaria la fe por parte del beneficiario para hacer efectivo el poder. El filósofo Juan Scotus coincidió con Agustín en que los elementos eran simbólicos y no experimentaban cambio alguno.

La controversia continuó durante más de cien años. En el año 1089 un obispo llamado Humberto dijo en términos bastante crudos que "el cuerpo de Cristo mismo es en realidad manipulado por el sacerdote con sus dedos y masticado con los dientes de los feligreses". De ese modo se llegaron a considerar los elementos de la cena como el cuerpo y la sangre reales del Cristo histórico. Edilberto de Tours defendió este concepto y es el primero en llamar transubstanciación al cambio operado en los elementos. El cuarto concilio laterano en 1225 ratificó esta doctrina.

El famoso teólogo Tomás de Aquino encontró en Aristóteles un concepto filosófico para explicar la manera como los elementos po-dían cambiar aunque su apariencia quedara sin ser afectada. Conocemos objetos por sus cualidades secundarias tales como peso, color y olor, pero la sustancia real de las cosas es la esencia más interna que posee y nos es desconocida. Por ejemplo, una bola de cera puede cambiar de forma, color y olor; de todas maneras sabemos que es la misma sustancia y lo mismo sucede con la misa, donde las cualidades secundarias siguen siendo las mismas, pero la sustancia invisible es cambiada. Este cambio de sustancia tiene lugar con la oración de consagración de los elementos, cuyas cualidades secundarias no son afectadas. Esto explica por qué los elementos al ser examinados en un laboratorio, no dan evidencia alguna de cambio. De hecho lo

que ha ocurrido es un milagro porque su esencia, aquello que está por fuera del alcance de nuestros sentidos, ha sido transformada.

Esta explicación tenía la ventaja de que es imposible refutarla. Después de todo, puesto que la sustancia de una cosa está siempre fuera del alcance de nuestros sentidos, nadie puede desmentir la teoría. Como es obvio, tampoco podía ponerse a prueba su veracidad. Los escépticos se preguntan cómo es posible que una sustancia pueda cambiar sin que sus cualidades visibles también lo hagan. Por supuesto, Dios es capaz de hacer un milagro, pero los demás milagros en el Nuevo Testamento fueron susceptibles de verificación por vista y tacto. ¿Por qué tendría que ser un caso excepcional la transformación de los elementos? Un historiador dijo que la fe había salido de escena para dar lugar a la magia.

Las doctrinas de Tomás fueron convertidas en dogma por la iglesia católica. De hecho, el concilio de Trento en 1546 afirmó que el cuerpo y la sangre enteros de Cristo, junto a su alma y divinidad, están presentes de verdad en la eucaristía. Incluso cuando uno de los elementos es dividido, Cristo en su plenitud está presente en cada una de las partes.

Las ideas tienen consecuencias. Una vez que fue aceptada la premisa de que los elementos eran el cuerpo y la sangre literales de Cristo, se desarrollaron otras tradiciones alrededor de la misa en diversas épocas históricas.

Por un lado, al sacerdote le fueron concedidos poderes extraordinarios. Tenía la capacidad de tomar pan y vino ordinarios y convertirlos con una simple orden suya en el cuerpo y la sangre de Cristo. Una declaración de esta enseñanza aparece en un manual titulado ***La dignidad y los deberes del sacerdote***:

> ***Con relación al poder de los sacerdotes sobre el cuerpo real de Cristo, es cuestión aceptada por fe que al pronunciar ellos las palabras de consagración, el Dios encarnado se obliga a obedecer y se coloca en manos del***

sacerdote bajo la apariencia sacramental de pan y vino... Dios mismo desciende sobre el altar... Él viene siempre que sea invocado por ellos y tantas veces como lo sea, y se pone en sus manos como se entregó una vez a sus enemigos. Después de llegar queda a órdenes y disposición entera de los sacerdotes, y ellos le trasladan como les plazca de un lugar a otro. Pueden, si así lo quieren, encerrarle en el tabernáculo, exponerle a vista de todos en el altar, o sacarle de la iglesia; pueden, si así lo deciden, comer su carne y repartirlo a otros como alimento.[6]

Una vez consagrados, los elementos son el cuerpo y la sangre literales de Cristo en toda su dimensión. El concilio de Trento dijo que la forma más suprema de culto y adoración que solo Dios merece, puede rendirse a estos elementos transformados. El fiel puede "rendirse en veneración total a este sacramento santo para adorarlo con la misma latría o culto debido al Dios verdadero".[7]

Puesto que el cuerpo terrenal de Cristo fue un sacrificio ofrecido en la cruz, surgió la idea de que Cristo ahora se sacrificaba de nuevo en la misa. Después de todo, si los elementos son literales, la encamación tiene lugar una y otra vez. Por eso pareció razonable suponer que también debería sacrificarse en reiteradas ocasiones. Para citar el catecismo de Baltimore: "La misa da continuidad al sacrificio de la cruz. Cada vez que se ofrece la misa, el sacrificio de Cristo es repetido. No se ofrece un nuevo sacrificio, sino que por el poder divino se repite uno y el mismo sacrificio vez tras vez".[8]

Las palabras "no se ofrece un nuevo sacrificio" no deberían interpretarse para significar que la misa es de alguna manera una representación simbólica del sacrificio de Cristo. El concilio de Trento declaró de forma explícita que en la misa se ofrece un sacrificio expiatorio verdadero y adecuado a Dios, válido tanto para vivos como para muertos. El sacrificio en la

misa es idéntico al sacrificio de la cruz, por cuanto Jesús es tanto sacerdote como víctima. La única diferencia radica en la manera de hacer la ofrenda, que en la cruz fue sangrienta y en el altar es sin sangre. Se ha calculado que Cristo es sacrificado así unas doscientas mil veces diarias en el mundo entero.

Como es de esperarse, se desarrolló una liturgia que correspondiera a esta visión exaltada de los elementos. La sencilla oración hecha por Cristo en la primera cena se convirtió en un ritual minucioso. En poco tiempo la misa dejó de parecerse a lo narrado en los evangelios. El acto llegó a ser tan prolijo y fastuoso que Voltaire lo denominó "el espectáculo melodramático de los pobres".

La gente común y corriente no tenía permitido participar de la copa (la sangre). Después de todo, era posible que echaran por el piso la sangre de Cristo. Luego surgió la noción de que ni siquiera se podía comer la hostia a no ser que el participante se abstuviera de alimento durante varias horas previas para que la carne de Cristo no se mezclara con otros alimentos. Por supuesto, esto es contrario al mandato de Cristo a sus discípulos: "Bebed de ella todos" (Mt. 26:27). Marcos también lo registró: "y bebieron de ella todos" (Mr. 14:23). Notemos que en el Nuevo Testamento todos los discípulos comieron el pan y bebieron de la copa por igual. Es más, lo hicieron inmediatamente después de comer la cena de Pascua.

Una tradición llevó a la siguiente. La misa empezó a ser utilizada no solo para los vivos sino también para los muertos. Puesto que el poder de la iglesia sobre el alma humana no termina con la muerte, se puede decir una misa por los difuntos. De hecho, existen diversas clases de misa: (1) la misa votiva que se celebra para ocasiones especiales de necesidad, como cuando se enfrenta una decisión o crisis; (2) la misa fúnebre o réquiem celebrada a favor de los muertos; (3) la misa nupcial para matrimonios; (5) la misa pontifical, dirigida por un obispo u otro dignatario. Todas están disponibles en formatos de misa

alta o baja (la misa alta es cantada y a veces con acompañamiento de coro).

En la actualidad se ha desvanecido la mera pretensión de que estas prácticas están basadas en las Escrituras. Lo que ha quedado es un ritual detallado en el cual se cree que los elementos comunes se convierten en el cuerpo y la sangre reales de Cristo. En la misa Cristo se ofrece de nuevo en sacrificio, se dispensa la gracia y Dios se encuentra con el hombre. Es el punto culminante de la adoración católica.

¿La misa es un sacrificio?

Bien sea que estemos o no de acuerdo con que los elementos son realmente transformados, existe una pregunta todavía más importante para discutir. ¿Debe Cristo ofrecerse como sacrificio una y otra vez? Recordemos que la misa no solo es una representación simbólica de los sufrimientos de Cristo; la postura católica oficial es que Cristo es sacrificado de manera repetida.

La iglesia católica romana basa su manera de entender el sacrificio en los rituales del Antiguo Testamento, donde se ofrecían sacrificios de manera continua. Esto explica por qué el catolicismo enseña que la salvación es un proceso que nunca termina. Aun si el pasado es perdonado, mañana es otro día. La misa, la confesión, las oraciones a María, todas estas cosas nunca establecen para siempre la relación con Dios. De acuerdo con esta mentalidad, el sacrificio de Cristo en la cruz tampoco termina jamás sino que Él es ofrecido en repetidas ocasiones.

Sin embargo, el libro de Hebreos en el Nuevo Testamento tiene la declaración explícita de que el sacrificio de Cristo fue suficiente para Dios y por eso fue ofrecido una sola vez para siempre. Se establecen cuatro contrastes entre el sacrificio de Cristo y los del Antiguo Testamento (He. 10:10-14):

1. En el Antiguo Testamento muchos sacerdotes ofrecían sacrificios; de hecho lo hacían trabajando por tumos. En cambio, ahora solo hay un solo Sumo sacerdote quien vive para siempre.

2. Se ofrecían muchos sacrificios día tras día, siempre que se cometía pecado. En cambio, Cristo ofreció “una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados”. Su obra puso fin para siempre al sistema de sacrificios.

3. Los sacrificios del Antiguo Testamento solo podían cubrir pecados pasados, y por esa razón debían ofrecerse una y otra vez. Por otro lado, leemos acerca de Cristo: “porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (v. 14).

4. Los antiguos sacerdotes tenían prohibido sentarse mientras trabajaban en su tumo, pero Cristo se sentó a la diestra de Dios Padre porque su obra quedó terminada.

Como se mencionó antes, la iglesia católica se basa en el modelo de sacrificios y rituales del Antiguo Testamento. El sacerdocio, la naturaleza perpetua del ofrecimiento de sacrificios, la noción de que la salvación no es completa, y cosas por el estilo, todas ellas hacen evidente que no se ha apreciado la diferencia radical que hizo la venida de Cristo.

La Reforma

Como cualquier católico devoto, Lutero creyó al principio en la transubstanciación, y como sacerdote consagró los elementos. Tuvo que leer todos los manuales y pasó por una preparación meticulosa para oficiar la solemne ocasión. Estaba acostumbrado a tomar su lugar frente al altar y recitar la liturgia hasta llegar a las palabras: “Ofrecemos a ti, el Dios vivo, verdadero y eterno”. En ese punto se volvía presa del terror y más adelante recordó lo que sentía: “¿Quién soy yo para levantar mis ojos o mis manos ante la majestad de Dios? Los ángeles le rodean y la tierra tiembla ante su voz. ¿Acaso puedo yo, un pigmeo miserable, decirle ‘quiero esto, pido aquello’? Es que yo no soy más que polvo y ceniza”. Como lo expresó Banton: “El terror frente a la santidad y el horror ante la infinidad caían sobre él cada vez como la descarga de un relámpago, y solo con

un gran esfuerzo temeroso era capaz de mantenerse de pie frente al altar hasta el final de la ceremonia”.[9]

La postura romana oficial era que los elementos tienen poder intrínseco sin importar el carácter del sacerdote ni tan siquiera la fe de quienes participan dé ellos.

Más adelante, con la ruptura de Lutero con Roma, él subrayó que el valor de la Cena del Señor dependía de la fe de quienes la reciben. También modificó su creencia en la transubstanciación a lo que se denomina la presencia real o consubstanciación. Cristo tenía una presencia literal en los elementos pero estos no eran cambiados, así que mantuvo la realidad literal del símbolo sin transformación.

Los reformadores rechazaron la teoría de la Cena del Señor como un sacrificio, pero al formular su propia manera de entender la celebración siempre estuvieron en desacuerdo. Debido a que la Cena del Señor ocupaba un lugar central en su adoración y culto, sus convicciones eran profundas.

Por esa razón, cuando Lutero y Zwinglio se encontraron en Marburg les resultó inevitable caer en una discusión agitada. Zwinglio había escrito antes que no era posible que Cristo estuviese físicamente presente en la Cena del Señor porque su cuerpo solo podía existir en uno de tres estados: natural, resucitado o místico. Cristo no puede tener una presencia natural en los elementos porque “la carne para nada aprovecha” (Jn. 6:63). Tampoco podía estar presente el cuerpo resucitado de Cristo porque sus palabras “esto es mi cuerpo” fueron habladas a los discípulos antes de la resurrección. Por último, Cristo no podía mantener una presencia mística en los elementos puesto que su cuerpo místico es la iglesia, de la cual no se puede afirmar que ha sido entregada a muerte. Por el proceso lógico de eliminación, Zwinglio concluyó que los elementos solo tenían valor simbólico.

Como respuesta, Lutero había escrito un panfleto en el que expuso su visión de la presencia real de Cristo en el sacramento. Sostuvo que “cada una de las naturalezas de Cristo satura a la

otra y su humanidad participa en los atributos de su divinidad". Si Dios es omnipresente, argumentó Lutero, el cuerpo y la sangre de Cristo también lo son y es posible que estén presentes en el sacramento. Su intención era que las palabras de Cristo fuesen aceptadas en sentido literal, así él negase que ocurriera cambio en las sustancias mismas.

Durante el debate no se propusieron nuevos argumentos, pero el intercambio de opiniones logró el objetivo de aclarar los puntos del litigio.

Lutero fue enérgico: "Su argumento básico es el siguiente: en el último análisis usted desea probar que un cuerpo no puede estar en dos lugares al mismo tiempo... Yo no pongo en duda que Cristo pueda ser Dios y hombre ni el hecho de que ambas naturalezas estén unidas, porque Dios es más poderoso que todas nuestras ideas, y nos debemos someter a su Palabra. Pruebe usted que el cuerpo de Cristo no está donde la Biblia dice que está cuando Cristo dice 'esto es mi cuerpo'.

"No estoy dispuesto a prestar atención a pruebas racionales. Trato con repudio absoluto cualquier clase de pruebas corpóreas y argumentos basados en principios geométricos. Dios está por encima de toda matemática y las palabras de Dios deben tratarse con reverencia y cumplirse con temor. Es Dios quien ordena: 'tomad, comed, esto es mi cuerpo'. Por lo tanto, exijo pruebas válidas en las Escrituras para afirmar lo contrario".

Al llegar a este punto Lutero escribió con tiza sobre la mesa las palabras "esto es mi cuerpo", y luego puso encima un pedazo de terciopelo.

Zwinglio contestó: "Es un prejuicio y una noción preconcebida lo que impide ceder al doctor Lutero, quien se niega a considerar este punto hasta que le sea citado un pasaje como prueba de que la Cena del Señor es figurativa.

Siempre es necesaria la comparación de pasajes de las Escrituras. Aunque no tenemos un pasaje bíblico que diga ésta es la señal del cuerpo', aún contamos con prueba de que Cristo descartó la idea de una [comida] física. En Juan 6 Cristo se aparta

de la noción de una [comida] física. A partir de esto se puede concluir que Cristo no se repartió a sí mismo en la Cena del Señor en un sentido físico.

"Usted mismo ha reconocido que es la [comida] espiritual lo que suministra consuelo y sustento. Puesto que nos hemos puesto de acuerdo sobre esta cuestión fundamental, le ruego por el amor de Cristo que no haga caer a la gente en el crimen de la herejía a causa de estas diferencias".

Zwinglio pasó luego a demostrar con base en las Escrituras que algunas declaraciones son simbólicas. Arguyó que Lutero simplemente se negaba a reconocer una figura del lenguaje, pero al final del debate Lutero mantuvo con pertinacia su creencia en la presencia real o consubstanciación. Según él negar esta doctrina conducía a aceptar otras herejías.

Zwinglio permaneció invariable en su visión conmemorativa, al comparar el sacramento con un anillo de bodas que sella la unión matrimonial entre Cristo y el creyente. A causa del empecinamiento de ambas partes la división se mantuvo, como lo evidencia en la actualidad la existencia paralela de iglesias luteranas y reformistas.[10]

Hasta ahora hemos considerado tres posturas frente a la Cena del Señor: transubstanciación, consubstanciación y la visión conmemorativa. Sin embargo, existe una cuarta postura. Calvino ofreció una mediación negociada entre las últimas dos. Se aferró a lo que se denomina la presencia espiritual de Cristo en el sacramento. En este sentido su función consiste en sellar y confirmar la promesa de Cristo. El Espíritu Santo hace que el pan y el vino se conviertan en nuestro alimento espiritual. Para Calvino, Cristo no está presente en sentido literal pero los elementos son más que símbolos, ya que se convierten en agentes transmisores de la realidad espiritual.

¿Sentido literal o figurado?

La cuestión definitiva en esta discusión gira alrededor de la interpretación que se haga de las palabras de Cristo: "Esto es mi

cuerpo. Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre". ¿Deben interpretarse en sentido literal o en sentido figurado?

Existen varios indicios en el pasaje mismo de que las palabras son figurativas. Por ejemplo, Jesús dijo: "Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre". Todos los eruditos, tanto protestantes como católicos, admiten que Cristo no quiso decir que la copa que sostenía en su mano era en sí el nuevo pacto. La palabra copa se empleaba en referencia directa a su contenido. Es obvio que no bebió la copa sino su contenido. Esa clase de simbolismo se utiliza en todos los idiomas.

Lo que es más importante, Cristo llamó al pan pan y al vino vino, incluso después de haberlos consagrado. Tras exhortar a sus discípulos a comer y beber, dijo que él mismo no bebería del fruto de la vid hasta la venida del reino de Dios (Lc. 22:18). Estaba llamando lo que acababa de bendecir "el fruto de la vid". De manera que Cristo no llamó a los elementos consagrados carne y sangre, sino pan y vino. De la misma manera, Pablo habla en términos todavía más explícitos acerca de comer el pan y beber de la copa en forma indigna. Después de la oración de consagración, siguió llamando a los elementos el pan y la copa. Cuando Cristo pronunció estas palabras estaba sentado junto a sus discípulos en un cuerpo humano que aún no había sido glorificado y por cuyas venas seguía fluyendo la sangre. Por lo tanto, ¿en qué sentido era posible que el pan y el vino que estaban sobre la mesa fueran su cuerpo y su sangre?

Nosotros podemos muchas veces mostrar a un amigo una fotografía y decirle: "Esta es mi hija". Cristo mismo empleó el lenguaje figurado en múltiples ocasiones. Dijo: "Yo soy la vid verdadera" y "Yo soy la puerta". Aquí también sería apropiado y natural el simbolismo.

Si la cena se interpreta como algo simbólico, ¿acaso se traiciona el carácter sagrado del evento? Creo que no. Una bandera es tratada con respeto así no sea un país sino la mera representación del mismo. Así también los elementos deben

tratarse con reverencia a causa de la profundidad de su valor simbólico.

Sin embargo, la iglesia católica a apelado con frecuencia a las palabras de Cristo en las que afirmó ser el pan de la vida:

> ***"De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él" (Jn. 6:53-56)***

Puesto que el canibalismo carece de toda relación con la enseñanza general de las Escrituras, es improbable que Cristo haya atribuido un sentido literal a estas palabras. Es más, el Antiguo Testamento contiene la prohibición explícita de la ingestión de sangre (Lv. 17:10). El primer concilio eclesiástico en Jerusalén ratificó esta prohibición (Hch. 15:29).

La clave para entender lo dicho por Cristo se encuentra en la Pascua del Antiguo Testamento, cuando los judíos comían el cordero y bebían el vino de Pascua. Pablo dice que Cristo es ahora nuestra Pascua. Él es el cumplimiento de esta celebración y por esa razón es la relación de una persona con Él lo que da vida. ¿Acaso debemos comer su carne y beber su sangre en sentido literal? En ese caso, los judíos a quienes Cristo habló no habrían tenido la oportunidad de recibir vida eterna porque no habían podido cumplir ese requisito. Cristo explicó lo que quiso dar a entender:

> ***"Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente" (Jn. 6:57-58)***

¿Cómo es posible comer a Cristo? Tal como Él vivió en su relación con su Padre, nosotros debemos vivir por Él. Cristo es alimento para el alma; Él es pan y agua para los hambrientos y sedientos espirituales. A fin de no dar lugar a malentendidos, Jesús dijo un párrafo más adelante: "El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha" (v. 63).

La Cena del Señor debería ser ante todo un tiempo de reflexión y adoración. Aunque debemos rechazar con firmeza todas las tradiciones que lleven al error, debemos recordar la muerte de nuestro Señor en la forma designada por Él. En muchas de nuestras iglesias protestantes la Cena del Señor debe restablecerse en su lugar de prominencia. Nunca debemos perder el asombro ante el misterio de esta celebración en una época de sermones abreviados y religión popular.

El privilegio de participar en ella nunca debe darse por sentado ni tomarse a la ligera. Podemos imaginar el alborozo que tuvo lugar en Wittenberg el día de Navidad de 1521, cuando dos mil personas se reunieron en la iglesia del castillo y Carlstadt, un asociado de Lutero, distribuyó pan y vino a la congregación. Se estaba restaurando a los creyentes un privilegio que les había sido negado durante cientos de años. Los reformadores denominaron esto el sacerdocio del creyente.

Si Melanchton estuviera hoy entre nosotros, lo más seguro es que no lloraría a causa de las controversias que se generan alrededor de la Cena del Señor, sino más bien a causa de nuestra indiferencia frente a su significado e importancia, algo que también merece que lágrimas sean derramadas.

• • • • • • • • • • • • • •

1 Reinhold Seeberg, *Text-Book of the History of Doctrine* [Libro de texto sobre historia de la doctrina], traducido por Charles E. Hay (Grand Rapids: Baker, 1964), 1:68.

2 Ludwig Ott, *Fundamentals of Catholic Dogma* [Fundamentos del dogma católico], traducido por Patrick Lynch (St. Louis: B. Herder Book Co., 1957), p. 376.

4 Jaroslav Pelikan, *The Christian Tradition* [La tradición cristiana] (Chicago: University of Chicago Press), p 167
5 Louis Berkhof, *The History of Christian Doctrines* [Historia de las doctrinas cristianas] (Grand Rapids. Baker, 1937), p. 252.
6 Alfonso de Ligorio, *The Dignity and Duty of the Priest* [La dignidad y el deber del sacerdote] (Milwaukee, Wis.: Our Blessed Lady of Victory Mission, 1927).
7 Philip Schaff, *The Creeds of Christendom* [Los credos de la cristiandad] (Grand Rapids Baker, 1983), 2 131.
8 *The New Saint Joseph Baltimore Catechism* [Nuevo catecismo de San José de Baltimore] (Nueva York: Catholic Publishing House, 1962), p 171.
9 Roland H. Bainton, *Here I Stand - A Life of Martin Luther* [Aquí me sostengo. La vida de Martín Lutero] (Nueva York: The New American Library, 1950), p. 30
10 Donald J Ziegler, ed *Great Debates of the Reformation* [Grandes debates de la Reforma] (Nueva York. Random House, 1969), p. 71-107.

SIETE

¿Por qué no estamos de acuerdo sobre el bautismo?

Es probable que usted haya escuchado la historia acerca del bautista y el presbiteriano que sostenían una discusión acerca de la forma correcta de bautismo.

"Si una persona es bautizada hasta el cuello, ¿queda de verdad bautizada?", preguntó el presbiteriano.

"Por supuesto que no", contestó el bautista.

"Si es bautizada hasta la frente, ¿eso es bautismo?"

"No", dijo enfático el bautista.

"Pues bien", dijo el presbiteriano; "¡eso demuestra que el agua sobre la cabeza es lo que importa!"

El bautismo en agua ha sido una fuente de controversia en el cristianismo desde los comienzos de la iglesia. En el libro de Hechos se asocia de manera muy estrecha con la experiencia de conversión. "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch. 2:38). Textos como este han sido ocasión de desacuerdos y debates que siguen hasta el día de hoy.

Casi siempre se plantean tres preguntas: (1) ¿Debería limitarse el bautismo en agua a adultos que han creído de manera personal en Cristo, o también deberían incluirse infantes? (2) ¿El bautismo es un medio de gracia por el cual es regenerada una

persona? (3) Menos importante, ¿cuál es el modo del bautismo? Es decir, ¿debe ser por inmersión completa, por aspersión o rociadura en la cabeza?

Auge del bautismo de infantes

Quizá la mejor defensa del bautismo infantil que se haya escrito es el libro de Geoffrey Bromiley titulado ***Hijos de promisión.*** Empieza con la declaración: "La mayor dificultad en relación con el Nuevo Testamento es que no nos da la evidencia clara y directa a favor o en contra del bautismo de infantes, la cual desean la mayoría de las personas y muchos piensan hallar en sus páginas".[1]

Bromiley admitió lo que han reconocido todos los paidobautistas (aquellos que creen en el bautismo de infantes), a saber, que no existe evidencia de que hayan sido bautizados infantes en las iglesias del Nuevo Testamento. Algunos han sugerido que en los bautismos familiares descritos en el libro de Hechos, es posible que se hayan incluido a los niños, pero esto es conjetura. De hecho, la evidencia apunta en dirección opuesta, puesto que el texto afirma algunas veces de forma explícita que el bautismo era dado a quienes respondían al mensaje. Por ejemplo, en el caso del carcelero de Filipos leemos: "Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa" (Hch. 16:32). Esto explica por qué los de su casa pudieron haber sido bautizados, ya que todos tenían la edad suficiente para oír y entender la Palabra. Como veremos, el bautismo infantil descansa sobre otras premisas teológicas.

En el Nuevo Testamento, el bautismo venía inmediatamente después que una persona ejercía fe personal en Cristo. Por lo que sabemos, no hubo creyentes sin bautizar en la iglesia primitiva. Todos los creyentes fueron bautizados como testimonio de su fe.

¿De dónde salió el bautismo de infantes? Se podría esperar que encontráramos referencias a la práctica en los escritos de los padres de la iglesia, es decir, aquellos que habían conocido a

los apóstoles. No es así. Por ejemplo Ireneo, quien conoció a Policarpo el discípulo del apóstol Juan, escribió un tratado sobre teologia en cinco volúmenes y no hizo referencia alguna al bautismo infantil.

En la epístola a Bernabé (aprox. 120-130) se dedica un capítulo breve al bautismo, pero solo al bautismo de creyentes: "Descendemos al agua llenos de pecados y vileza, y salimos llevando fruto en nuestros corazones, temor y esperanza en Jesús en el Espíritu".[2] Más revelador todavía es el hecho de que en la ***Didaqué,*** un manual antiguo para el ejercicio del ministerio cristiano (aprox. 100-110), se da instrucción detallada sobre la conducta moral de la persona que es bautizada. Explica que debe emplearse agua de una corriente; si no hay acceso a ella, agua en un estanque. Si no hay agua suficiente para la inmersión, debe derramarse agua sobre la cabeza tres veces, en el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sin embargo, no se hace mención alguna al bautismo de infantes.

¿Dónde encontramos las primeras referencias al bautismo de infantes? Con el auge del sacramentalismo (discutido en un capítulo anterior), se llegó a creer que el bautismo y la comunión eran medios de gracia dados a la iglesia. En ese caso, pareció lógico administrarlos a infantes y adultos por igual. Nuestra primera referencia explícita al bautismo infantil viene de Tertuliano, un líder en la iglesia al norte de África (aprox. 200). Tertuliano se pronunció en contra de la práctica, insistiendo en que los niños debían acudir para ser bautizados después de haber crecido lo suficiente para entender lo que estaban haciendo. "Por lo tanto, según la condición y disposición de cada uno y también conforme a su edad, es más provechoso postergar el bautismo, sobre todo en el caso de niños pequeños".[1] Su objeción muestra que para el año 200 ya se practicaba en algunas iglesias.

La segunda referencia al bautismo infantil proviene de los escritos de Orígenes, quien nació en una familia cristiana en Alejandría, Egipto. Este teólogo disfrutó fama como maestro, aunque más adelante fue forzado a trasladarse a Palestina a causa

del antagonismo del obispo de Alejandría. En un comentario sobre el libro de Lucas, escribió que los infantes son bautizados "para que sea quitada la polución de nuestro nacimiento". Repitió en esencia la misma declaración en un comentario sobre Romanos.

Los eruditos difieren en cuanto a la magnitud y relevancia que debe darse a estos pasajes. Aunque Orígenes escribió en griego, estos textos solo existen en una traducción latina hecha por un hombre llamado Rufino, quien vivió en un período posterior y fue objeto de notoriedad por la costumbre que tenía de añadir sus propias opiniones a las traducciones que hacía. Algunos piensan que añadió estas referencias al bautismo de infantes para armonizar la enseñanza de Orígenes con las creencias de la iglesia latina de su tiempo. No obstante, si las declaraciones de Orígenes son auténticas, constituyen por cierto un testimonio importante de la práctica del bautismo infantil y su justificación racional en la iglesia alrededor del año 240.

La tercera referencia se encuentra en los escritos de Cipriano, también del norte de África. Cerca de 251 d.C., preguntó a los delegados en un concilio eclesiástico si les parecía que el bautismo debía postergarse hasta el octavo día después del nacimiento. Registra que el concilio, compuesto de sesenta y seis obispos, dijo que el bautismo no debía retrasarse "no sea que al hacerlo expongamos el alma del niño al riesgo de perdición eterna". Aquí tenemos una referencia explícita que vincula el bautismo de infantes con la regeneración espiritual. En un documento posterior, Cipriano también mencionó que los infantes además debían recibir la comunión. Si la gracia es comunicada a través de los sacramentos, no debería negarse esta bendición a los niños.

Agustín es nuestro cuarto testigo del norte de África quien defendía el bautismo de infantes. Como hemos aprendido, él tuvo un gran efecto en la manera de pensar de la iglesia cristiana. Enseñó que el bautismo infantil se remontaba a tiempos apostólicos, aunque no cita por nombre a alguno que lo enseñase

antes de Cipriano. De manera consecuente a la teología del área, también atribuye autoridad apostólica a la práctica de la comunión para infantes. Ambos sacramentos son necesarios para la salvación; por lo tanto, ambos deben ser administrados a los recién nacidos. "Si pues, como concuerdan tantos testimonios divinos, ni la salvación, ni la vida eterna debe ser esperada por alguno sin bautismo y sin el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, son cosas prometidas en vano a los infantes sin estos sacramentos".[4]

Las iglesias que creían en el sacramentalismo administraban ambas ordenanzas a los infantes. Jewett comentó al respecto: "Tampoco se le ocurrió a nadie en la iglesia antigua cuestionar el derecho de los infantes a la eucaristía una vez que quedó establecido el derecho de acogerlos en el seno de la iglesia". La teoría de que los infantes deben ser bautizados pero no se les puede dar comunión, dice Jewett, "se basa en desarrollos dogmáticos medievales en la iglesia occidental que no tuvieron que ver con una visión evangélica de los sacramentos".[5]

Con el desarrollo del bautismo de infantes, surgió la idea de apadrinar a los niños. Tertuliano, quien habló en contra del bautismo de infantes, dijo que estos patrocinadores corrían el peligro de hacer promesas apresuradas al decir que el niño sería un buen cristiano el resto de su vida. "¿Quién puede estar seguro de que así será?", preguntó.

La práctica del bautismo infantil surgió por ende al norte de África en algún momento de la segunda mitad del siglo segundo, debido en gran parte a la creencia de que el perdón de los pecados venia a través de los sacramentos. De conformidad con este sacramentalismo, también se empezó a administrar la comunión a los niños.

Significado del bautismo infantil en tiempos medievales

Cualquier persona que esté familiarizada con la historia del cristianismo sabe que la iglesia primitiva experimentó una

amarga oposición por parte del Imperio Romano. Ola tras ola de persecución sacudió a los creyentes en todas partes. No es que los romanos fuesen intolerantes frente a otras religiones, puesto que era indudable que se podía rendir culto a cualquier dios preferido. Lo que irritaba a los emperadores romanos era el carácter exclusivo del cristianismo. Los cristianos eran tan porfiados que jamás estuvieron dispuestos a decir: "¡César es señor!"

El emperador Diocleciano gobernó durante veinte años. Antes de morir emprendió una cruenta persecución contra los cristianos y eliminó a muchos del imperio. En 305 d.C. abdicó al trono y lo pasó a Galerio, quien fue todavía más virulento en contra de los cristianos. En su lecho de muerte en 311, Galerio se dio cuenta de que hasta los paganos estaban hastiados por la sangrienta persecución. Sabiendo que la gente común se estaba poniendo en su contra, promulgó un edicto de tolerancia que dio a la mayoría de los cristianos un alivio temporal. Tras su muerte se desató una lucha de poder y Constantino avanzó a través de los Alpes para desalojar al gobernador romano Magentius (quien esperaba reemplazar a Galerio) y capturó la ciudad de Roma. Cuando Constantino se enfrentó a su rival en el puente milvio a las afueras de Roma, acudió al Dios de los cristianos para obtener ayuda. En un sueño vio una cruz en el cielo y las palabras "por esta señal conquistarás". Al lograr el triunfo militar el 28 de octubre de 312, consideró su victoria como una prueba de que la religión cristiana era verdadera. Aparte de que su conversión haya sido genuina, el hecho fue que dio libertad a los cristianos y el cristianismo llegó a convertirse en la religión oficial del imperio.

¿Qué tiene que ver todo esto con el bautismo? Con Constantino en el poder, el cristianismo dejó de ser una secta dentro del imperio para convertirse en sinónimo del imperio mismo. Cada persona era un cristiano por el simple hecho de nacer dentro del imperio, no era necesario que se tuviera una fe

personal en Cristo. El bautismo de infantes llegó a ser el vínculo mediante el cual la iglesia y el estado quedaron unificados.

Aunque el bautismo infantil empezó por razones teológicas, a saber, la creencia de que el ritual quitaba la polución de los pecados, ahora se había convertido en una herramienta del poder político. Cada niño bautizado era un cristiano y al mismo tiempo un miembro del Imperio Romano. Puesto que los infantes podían volverse ciudadanos del imperio sin una decisión consciente por su parte, de igual forma se convertían en cristianos. El bautismo de infantes se volvió por ende una práctica casi universal a la vuelta de unos años.

Agustín dio crédito a la creencia de que la iglesia y el estado debían unirse al afirmar (1) el derecho de la iglesia para utilizar el estado en la imposición del cristianismo; los "herejes" podían ser eliminados y los opositores masacrados; y (2) el bautismo de infantes se convirtió en requisito de cumplimiento obligatorio.

El bautismo infantil jugó un papel definitivo en el matrimonio de iglesia y estado. Por esa razón los anabaptistas (aquellos que se bautizaban por segunda vez siendo adultos), fueron perseguidos con mucha severidad. La disputa no solo era teológica sino política. Durante los días de Carlomagno (coronado en el año 800), aquellos que se bautizaron de nuevo tras creer de manera personal en Cristo, fueron sometidos a muerte. El temor era que si la iglesia llegaba a considerarse tan solo como un grupo dentro de la sociedad y no como una entidad con el mismo alcance de la sociedad, la unidad entre iglesia y estado quedaría fragmentada. El bautismo de niños era el "pegamento" que mantenía unidos a la iglesia y el estado.

El famoso teólogo suizo Karl Barth admitió que la motivación real detrás del bautismo infantil fue el constantinismo, es decir, la unidad de iglesia y estado. Comentó acerca de los reformadores que defendieron el bautismo de infantes: "Los hombres de aquel tiempo no estaban dispuestos a renunciar, por amor o dinero, a la existencia de la iglesia evangélica en la forma del *corpus christianum* impuesto por Constantino. Cuando la

iglesia suprime el bautismo de infantes, deja de existir la iglesia del pueblo en el sentido de una iglesia estatal o una iglesia de masas". Prosiguió diciendo que el mismo Lutero confesó que no habría muchas personas bautizadas si un hombre, en lugar de ser llevado al bautismo, hubiese acudido al mismo. Barth señaló que la Biblia enseña que la iglesia cristiana es una minoría; cuando todos son incluidos en ella, el resultado es enfermedad y no salud. Concluye diciendo que "ya es hora de anunciar que hace mucho tiempo se necesita con urgencia encontrar una mejor forma de practicar nuestro bautismo".[6]

Los reformadores: Zwinglio

Zwinglio, el famoso predicador de Zurich, tuvo al principio dudas serias acerca del bautismo de infantes. Confesó: "Nada me entristece más que en el presente me toca bautizar a recién nacidos, porque sé que eso no se debería hacer".[7] Zwinglio se dio cuenta de que una renovación integral de la iglesia también significaría la interrupción total de esa práctica. Dijo también: "Dejo quieto el bautismo; no lo llamo correcto ni erróneo; si bautizáramos como Cristo lo instituyó, no aplicaríamos el bautismo a cualquier persona sino hasta después de haber llegado a sus años de discreción; en ningún lugar hallo escrito que se deba practicar el bautismo de infantes".[8]

No obstante, Zwinglio cambió de parecer más adelante. Para entender la razón de este cambio debemos refrescar nuestra memoria con relación al movimiento anabaptista que se divulgó en toda Europa durante el movimiento de la Reforma.

La palabra anabaptista se aplica a aquellos que habían sido bautizados como infantes pero que se bautizaron de nuevo al llegar por decisión personal a la fe en Cristo. Los primeros anabaptistas fueron los donatistas del siglo cuarto que rehusaron creer que un bautismo acogido por todos pudiera ser válido por la simple razón accidental del nacimiento. Creían que la iglesia debía distinguirse de la sociedad y no tener su misma extensión, peor como hemos aprendido, cuando el estado quedó unido a la

iglesia, la iglesia utilizó el poder del estado para imponer la religión. Muchos donatistas fueron muertos por la simple razón de que creían en un bautismo exclusivo para creyentes.

Aunque el donatismo (llamado así en honor de su líder Donato) fue suprimido, su visión de una iglesia compuesta por creyentes bautizados jamás pereció. Cuando estas creencias emergieron siglos después, se emprendieron acciones en contra de los "herejes" que querían abolir la práctica del bautismo de infantes. Existen numerosos registros acerca de quienes protestaron contra la iglesia oficial que acogía a todos en su seno sin importar lo que creyeran. Estos disconformes querían regresar al modelo del Nuevo Testamento donde la iglesia estaba compuesta por creyentes bautizados. Ellos creyeron que la iglesia debe mantenerse pura mediante una devoción completa a Cristo y el ejercicio de la disciplina eclesiástica. Su conducta fue tan ejemplar que Zwinglio dijo acerca de ellos: "Desde el primer contacto con ellos, su conducta parece irreprensible, pía, atractiva y sin pretensiones. Hasta los críticos se sienten inclinados a decir que sus vidas son excelentes".[9]

Estos cristianos no podían aceptar la noción de que un infante pudiera ser "cristianizado" por la simple participación inconsciente en un ritual. Decían que el bautismo infantil no era más que un "remojo en baño romano". Para ellos la vida en santidad era prueba verdadera de regeneración. Un católico observó en ellos "ninguna evidencia de mentira, engaño, maledicencia, rencillas, detracción, glotonería, borrachera, vanidad personal; por el contrario, humildad, paciencia, rectitud, mansedumbre, honestidad, moderación y sinceridad en tal medida que se puede suponer que tienen el Espíritu Santo de Dios".[10]

Por otra parte, la iglesia oficial que operaba según el modelo de Constantino, utilizó el poder del estado para matar a los "herejes". Los reformadores mismos se volvieron fanáticos en su oposición a los anabaptistas cuando estos disconformes insistieron en romper del todo con la iglesia del imperio. Sobre

el punto del bautismo de infantes, Lutero y Zwinglio se alinearon con la iglesia romana. Zwinglio, por ejemplo, vio que si se ponía al lado de los anabaptistas incurriría el desagrado del estado y por eso dijo: “No obstante, si yo fuese a poner fin a la práctica, me temo que perdería mis prebendas”[11] (los estipendios que recibía por predicar). Lo más importante es que en su opinión los anabaptistas estaban generando trastornos en el orden social.

Por esa razón se volvió en contra de ellos y dijo que aunque era necesario condenar el bautismo de infantes al principio, los tiempos habían cambiado; confesó que se había dejado desviar al respecto y también realizó un estudio de las Escrituras para llegar a la conclusión de que el bautismo de niños se podía justificar con argumentos teológicos (los cuales se van a considerar más adelante en este capítulo).

La asamblea de la ciudad de Zurich le comunicó que con su predicación en contra del bautismo de infantes “la santa iglesia, los padres antiguos, los concilios, el Papa, los cardenales y obispos, etc., serán vistos como ridículos y en últimas serán desdeñados y eliminados”.[12] Lo que es más, las autoridades del ayuntamiento dijeron que si el bautismo estuviera limitado a los creyentes, el resultado sería “desobediencia civil e infracción de la ley, falta de unidad, herejía, y debilitamiento y disminución de la fe cristiana”.

Como se dieron las cosas, el 17 de enero de 1525 el ayuntamiento de Zurich notificó al público que todos los padres tenían que hacer bautizar a sus hijos o de lo contrario serían proscritos. Cuatro años después el edicto de Speier decretó: “Todo anabaptista o persona bautizada por segunda vez, de cualquier sexo, ha de ser sometida a muerte por fuego, por espada o por algún otro medio”.[13] Los niños eran bautizados contra el deseo de los padres y los que se mantuvieron firmes en sus convicciones y rehusaron someterse a las autoridades municipales fueron ahogados o ejecutados. Zwinglio hizo la siguiente observación sarcástica acerca del

anabaptista Felix Manz: “Si tanto desea descender a las aguas, ayúdenle a quedarse allá abajo”. Manz fue llevado a la fuerza a las aguas frías y profundas del río Limat y murió ahogado a unos cien metros de la iglesia de Zwinglio. Muchos murieron diciendo que Zwinglio les había traicionado. Lo cierto es que había vendido su alma a un cristianismo falso que se negaba a distinguir entre la iglesia verdadera y la sociedad humana en general.

Es fácil mirar a Zwinglio con ojos críticos, puesto que para nosotros la separación entre iglesia y estado es algo que damos por sentado; pero él vivió en un tiempo cuando uno de los fines del estado era asegurar que la voluntad de Dios se hiciera en la vidas de quienes vivían dentro de sus fronteras. Lo triste es que la persecución ocasionó que algunos de los anabaptistas se volvieran fanáticos. Esos radicales dañaron la buena reputación del movimiento anabaptista y dieron motivos para más persecución. A pesar de ello, la masacre de los anabaptistas es sin lugar a dudas una de las páginas más oscuras en la historia de la iglesia.

Los reformadores: Lutero

¿Qué tuvo que decir Lutero acerca del bautismo de niños? Fue irresoluto sobre el tema y dijo: “No existe evidencia suficiente en las

Escrituras para justificar la introducción del bautismo de infantes durante la época inicial del cristianismo después del período apostólico... pero es tan evidente en la actualidad que nadie se puede aventurar en buena conciencia a rechazar o abandonar el bautismo de infantes que ha sido practicado durante tanto tiempo”.[14]

Lutero también dio su aprobación al exterminio de los anabaptistas. Se negó a permitir que la iglesia verdadera se convirtiera en un grupo separado de la sociedad en general. Su amigo Melanchton dijo acerca de los anabaptistas: “Todos los hombres devotos tienen que darse cuenta de la clase de trastornos

que vendrían como consecuencia de aceptar entre nosotros dos categorías de personas: los bautizados y los no bautizados”.[15] Su temor era que la iglesia pudiera en efecto distinguirse del mundo. Los anabaptistas creían que el bautismo de infantes era la piedra angular del orden papal y que sin su remoción definitiva era imposible la existencia de una congregación de cristianos verdaderos.

Lutero no abandonó la práctica del bautismo infantil. Cuando los profetas de Zwickau ejercieron presión para imponer reformas más radicales incluyendo el bautismo de creyentes, Lutero se empecinó en contra de todos los anabaptistas e insistió en que eran instigados por el diablo. Reaccionó de manera enérgica en contra de radicales como Muentzer, quien creía que él y sus seguidores podían establecer la nueva Jerusalén sobre la tierra. Viéndose atrapado en medio de la controversia sobre el bautismo de infantes, Lutero habló en ambas direcciones y quiso aferrarse a dos doctrinas que estaban en conflicto: la justificación por fe y la creencia de que los infantes eran regenerados por el bautismo. En su comentario sobre Gálatas sugirió inclusive que un bebé puede escuchar y creer el evangelio; de hecho, para un niño es más fácil creer que para un adulto porque el niño es más receptivo. En un sermón sugirió que si alguien demostraba que los infantes eran incapaces de creer, debería cesarse la práctica “para que dejemos de burlamos y blasfemar contra la bendita majestad de Dios con esas tonterías y bufonadas sin fundamento”.

Debemos entender el dilema de Lutero, quien se oponía a la perspectiva católico romana de que los sacramentos tenían valor intrínseco para quitar el pecado sin importar que el beneficiado tuviera o no fe. Lutero insistió en que era la fe lo que salvaba el alma, así que la única manera en que era posible la validez del bautismo de un bebé era si el niño creía.

No obstante, en otro lugar contradijo la idea de que la fe debe estar presente para que el bautismo tenga valor. Escribió

lo siguiente en cierta ocasión que según Verdium, fue uno de los días ociosos de Lutero:

> *¡No es posible envilecer y degradar el bautismo con mayor ultraje que cuando decimos que el bautismo dado a un hombre incrédulo no es un bautismo bueno y genuino! ¿Acaso el bautismo se vuelve ineficaz por el simple hecho de que yo no crea?... ¿Qué doctrina más blasfema y ofensiva podría inventarse y predicar el diablo mismo? Ahí siguen de todas maneras los anabaptistas, repletos hasta los oídos de tal enseñanza. Pongo a su consideración lo siguiente: he aquí un judío que acepta el bautismo, como sucede con bastante frecuencia, aunque no cree; ¿dirían ustedes entonces que el suyo no fue un bautismo real porque él no cree? Esto no solo sería pensar como necios sino blasfemar y deshonrar a Dios mismo*.[16]

Hoy día las iglesias luteranas enseñan que los infantes deben bautizarse para ser regenerados. La liturgia del bautismo dice: "Nacemos como hijos de la humanidad caída; en las aguas del bautismo nacemos de nuevo como hijos de Dios y herederos de vida eterna". Algunos luteranos bautizan a infantes que no se espera que vivan, creyendo que este acto asegura su salvación eterna.

Sin embargo, aunque el infante se convierta en un hijo de Dios mediante el bautismo, los paidobautistas seguían teniendo un problema. Algunos niños no acogían la fe al crecer y se volvían réprobos. Para resolver este dilema se instituyó la confirmación con el propósito de que el hijo confirmara la decisión tomada por sus padres. Jewett señala que la necesidad de esta práctica solo puede significar una de dos cosas: o bien el milagro del nuevo nacimiento efectuado mediante el bautismo del infante se cancela cuando el niño crece, o de lo contrario la confirmación es una afirmación tácita de que para empezar el niño en realidad nunca fue regenerado.

Los reformadores: Calvino

¿Qué decir de Calvino? Al igual que Zwinglio, él encontró una relación análoga entre la señal de la circuncisión en el Antiguo Testamento y la señal del bautismo en el Nuevo Testamento. El rito de la circuncisión prueba que las bendiciones de Dios son dadas a los hijos tanto como a los padres. Puesto que el pacto en sí no cambia, ¿por qué deberían ser excluidos los infantes de esta bendición? Calvino admitió que las Escrituras no registran un solo caso de bautismo infantil, pero según él esto no era diferente del hecho de que tampoco contiene el registro de una mujer que haya participado de la comunión. Hacía mofa de quienes sugerían que en la iglesia primitiva los bebés no eran bautizados: "No puedo pensar en un solo escritor antiguo que no haya considerado el origen de esta práctica en la era apostólica como un hecho cierto".

Al igual que Lutero, Calvino luchó con el problema de cómo puede beneficiar el bautismo a un infante que no puede creer. Dijo que es posible que Dios ya hubiese regenerado de antemano a los infantes que han de ser salvos. Los críticos han señalado que si esto fuera verdad los infantes no nacerían "en Adán" sino "en Cristo". Tal conclusión no tuvo una aceptación amplia.

Calvino presentó una sugerencia más plausible. El bautismo no efectúa la regeneración de los infantes sino que solo significa que "las semillas de arrepentimiento quedan sembradas en los infantes mediante la obra secreta del Espíritu". Son bautizados para tener fe y arrepentimiento en el futuro. Esto no significa que los infantes no bautizados estén destinados a muerte eterna si fallecen en la niñez. El bautismo no efectúa la regeneración sino que solo significa que están presentes "las semillas del arrepentimiento".

Calvino también tiene un argumento para quienes dicen que si los infantes son bautizados asimismo se les debe administrar la comunión. Dijo que el agua, el símbolo del nuevo nacimiento, es apropiada para los infantes, pero no así las sustancias sólidas.

Además, el autoexamen de conciencia se requiere para la comunión pero no para el bautismo.

Una mirada más de cerca

Al comienzo de este capítulo se hizo mención de un libro escrito por Geoffrey Bromiley para defender el bautismo de infantes y titulado *Hijos de promisión.* El libro se basa en la premisa sugerida por Calvino según la cual el bautismo infantil es un símbolo del nuevo pacto así como la circuncisión fue la señal del antiguo pacto. Pablo escribió:

> *En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. (Col. 2:11-12)*

El bautismo, como escribió Bromiley, no es una señal para los que están presentes en el ritual sino que es una señal del nombre de Dios y del acto que Él realiza a favor de nosotros por la fe. Con él se declara "no lo que yo haya, sino lo que Dios ha hecho". Esto explica por qué puede ser administrado a quienes todavía no han creído. No es una señal de su fe personal sino más bien una señal de lo que Dios ha hecho o hará por el beneficiado.

Bromiley vio el bautismo como una señal de que Dios ha elegido al infante, una visión denominada "elección presumible" por los miembros de la iglesia reformada que la acogieron en Suiza. No obstante, el problema es que algunos de los que se presume han sido elegidos, no creen al llegar a su edad adulta. Lo cierto es que muchos mueren como apóstatas. Los críticos se apresuran a señalar que la "elección presumible" es una postura bastante presuntuosa. ¿Acaso no es precipitado dar la señal de elección antes de saber si el niño en realidad es un

elegido? ¿Por qué no esperar hasta que el niño tenga la edad suficiente para dar prueba de su elección mediante fe y buenas obras?

Bromiley responde a esta objeción de dos maneras: (1) Aunque toda la nación de Israel fue elegida por Dios, no todos los individuos israelitas fueron salvados. En otros términos, todos los varones fueron circuncidados pero no todos fueron salvados. De igual modo, todos los niños pueden ser bautizados aunque no todos serán salvos. (2) Aun quienes practican el bautismo de creyentes corren el riesgo de bautizar a personas que terminan como apóstatas. Por lo tanto, la señal del agua nunca puede hacerse equivalente a la elección para vida eterna.

¿Qué beneficios recibe el niño por medio del bautismo si su salvación no es garantizada por el acto? Bromiley admitió que no son salvados por el bautismo y que tampoco es una garantía de que lo serán. Se acogen por ese medio a las promesas divinas y participan en una elección como parte del cuerpo. Crecen bajo la "esfera del llamamiento divino". El bautismo es la señal externa de la gracia que un infante recibirá si cree al crecer.

Hay más todavía. Aunque Bromiley dijo que el bautismo infantil no efectúa la regeneración (aquí concuerda con Calvino en contra de Lutero), casi al final del libro dijo que existe una relación entre el bautismo de infantes y la salvación de los infantes. Puesto que todos los niños nacen bajo la condenación del pecado de Adán, Dios debe hacer provisión especial para ellos si han de ser salvos. Lo que Bromiley quiso sugerir era que el bautismo es el instrumento mediante el cual los hijos de los creyentes "tienen acceso a la reconciliación vicaria del Hijo según la elección del Padre". También estuvo de acuerdo con Lutero en que debido a que la fe es un regalo de Dios, los infantes pueden recibir fe así no tengan "conciencia normal de ello".

¿Qué decir de los infantes que no son bautizados? Bromiley no especuló sino que expresó su esperanza de que ellos también sean salvados. Aquí es donde el lector del libro de Bromiley llega a un callejón sin salida. Si todos los que mueren en la

infancia se salvan, al fin de cuentas el bautismo no es el medio de salvación. Por otra parte, si solo se salvan los infantes bautizados al morir, contrario a los asertos que Bromiley formula en los primeros capítulos de su libro, el bautismo sí es el medio de regeneración. La cuestión queda sin resolver: ¿el bautismo regenera a los infantes o no?

¿Qué conclusión se puede sacar de estos argumentos? Primero que todo, quienes enseñan el bautismo de creyentes se adelantan a señalar que el paralelo de Bromiley entre la circuncisión y el bautismo fracasa porque el Nuevo Testamento difiere en gran medida del Antiguo. Es cierto que la circuncisión se administraba de forma rutinaria en el Antiguo Testamento, sin importar que estuviera o no presente la fe. Era una señal de las bendiciones del pacto que un hijo podía recibir a plenitud una vez creciera y ejerciera una fe personal en el Dios de sus padres.

Bajo el nuevo pacto el bautismo juega un papel distinto. Solo la simiente espiritual de Abraham recibe la señal del bautismo. Es decir, la señal está limitada a aquellos que tienen fe salvadora. Un infante todavía no es miembro de este remanente espiritual. El bautismo es una señal, no de fe pronosticada, sino de fe que ya está presente. Los reformadores mismos sabían esto, y esa es la razón por la que o bien tomaban la postura de que los infantes podían creer, o defendían la visión nada plausible por igual, de que los padres o los guardianes del niño podían creer en su lugar.

La circuncisión era una señal de bendiciones terrenales y temporales que Dios dio a la descendencia de Abraham. Esta señal también apuntaba en dirección a los beneficios espirituales eternos que recibirían los creyentes. En contraste, el registro genealógico de una persona en la iglesia no garantiza que vaya a recibir bendiciones especiales. Por esa razón el bautismo está limitado a los que creen y por esa vía son herederos de la vida eterna.

En segundo lugar, cuando Bromiley dijo que la salvación de infantes y el bautismo de infantes están relacionados, pareció tener un acuerdo tácito con Lutero en el sentido de que los

infantes son regenerados por el bautismo. Esa es la razón por la que afirma que los infantes pueden creer. Esto contradice sus aseveraciones anteriores de que el bautismo no regenera a un infante. Por otra parte, arguyó que el bautismo solo es una señal de salvación futura, y por otro lado quiso afirmar que el bautismo regenera porque los infantes tienen fe.

Karl Barth dijo: “Este es un hecho que no se puede eludir y en cada intento se demuestra que el problema es inevitable. No se puede pensar en la relación entre bautismo y fe en cualquier doctrina sobre bautismo de infantes, sin llegar a un infortunado callejón sin salida donde cada duda conjura otra perplejidad y una viene tras la otra por necesidad lógica”.[17]

Controversia en Inglaterra

El famoso predicador Charles Haddon Spurgeon empezó una tormenta de controversia el 5 de junio de 1864, cuando predicó un mensaje contra el bautismo de infantes basado en Marcos 16:15-16. Como él siempre criticaba a la iglesia anglicana, creyó que esto destruiría el ministerio de sus sermones impresos, pero sucedió todo lo contrario. ¡Vendió casi medio millón de copias de su mensaje!

Spurgeon hizo citas del catecismo de la iglesia de Inglaterra, a fin de probar que en ella se enseña que es por medio del bautismo infantil que el recién nacido queda convertido en miembro de Cristo, hijo de Dios y heredero del reino de los cielos. Citó partes de la liturgia de la ceremonia misma para demostrar que la iglesia enseñaba que los niños son regenerados mediante el bautismo.

Spurgeon aclaró que ninguna ceremonia externa puede salvar a alguna persona. Esto se puede comprobar fácilmente por los hechos: miles de personas que fueron bautizadas como infantes han llevado vidas impías y descarriadas, la prueba de que nunca fueron hijos de Dios. La Biblia tampoco enseña que una persona pueda tener fe en lugar de otra; los padres no pueden creer por sus hijos. Para empeorar

las cosas, muchos padres ni siquiera son regenerados ellos mismos. Spurgeon escribió en consecuencia: “No son más que pecadores no regenerados que prometen en lugar de un pobre bebé que va a guardar todos los mandamientos santos de Dios, ¡los cuales ellos mismos quebrantan todos los días en su descarrío! ¿Cuánto más podrá Dios soportar esto en su longanimidad?”[18]

Para evitar que alguien dijese que el abuso de la práctica no es un argumento válido en su contra, Spurgeon dijo que la práctica misma es un abuso. Hace que la salvación se apoye en un fundamento falso, “porque de todas las mentiras que han arrastrado a millones al infierno, miro esta como la más atroz: que en una iglesia protestante haya quienes juren que el bautismo salva el alma”.[19] Urgió con gran celo a quienes creyeran que su salvación reposaba en este rito a “sacudirse el áspid venenosa de esa clase de fe y arrojarla al fuego como Pablo hizo con la víbora que se trepó en su mano”.

Los críticos respondieron recordando a Spurgeon que a Cristo le fueron llevados bebés para que los bendijese. A continuación Spurgeon predicó otro sermón probando que existe una gran diferencia entre llevar niños a Cristo y llevarlos a la pila del bautismo. “Asegúrense de leer la Palabra [acerca de la bendición de los niños] tal como está escrita, y no van a encontrar agua, sino a Jesús solamente. ¿Acaso Cristo y el agua son la misma cosa? No, hay una gran diferencia tan amplia como la distancia entre Roma y Jerusalén... entre la doctrina falsa y el evangelio de nuestro Señor Jesucristo”.[20]

Por lo que sabemos, Spurgeon creía que todos los infantes que mueren van al cielo, pero esto no se debe a que nazcan inocentes o a que el bautismo quite sus pecados, sino que es gracias a Dios, quien en su misericordia pone todos sus pecados sobre Cristo. Al fin de cuentas, la salvación de todos los infantes está en las manos de Dios, no en las manos de hombres que administran un ritual.

¿El bautismo salva a algunos?

¿Afirma la Biblia que el bautismo sea necesario para la salvación? Algunos dicen que los adultos que creen no se salvan hasta que también hayan sido bautizados. Profeta, la denominación iglesia de Cristo enseña que Dios obra a través de este ritual para dispensar su salvación y gracia. Se utilizan tres pasajes básicos de las Escrituras para enseñar esta doctrina. El primero está formado por las palabras de Cristo a Nicodemo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Jn. 3:5).

¿Qué quiso Jesús dar a entender? Una regla fundamental de interpretación es que nos pongamos en el lugar de la persona a quien fueron dirigidas las palabras, en este caso Nicodemo. ¿Habría él interpretado la palabra agua como una referencia al bautismo? En vista de su trasfondo judío, eso es muy poco probable. Como estudiante del Antiguo Testamento es posible que haya pensado en Ezequiel 36:25: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré". Aquí agua se refiere al Espíritu Santo como un agente purificador, como lo muestra el versículo siguiente: "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros".

Los estudiantes de griego han señalado que Cristo puede haber hecho un juego de palabras. La palabra griega *pneuma* (traducida "espíritu") es de hecho la palabra para aludir a "viento". Se puede traducir "espíritu" o "viento" dependiendo del contexto. Es posible que Cristo estuviera diciendo: "A no ser que un hombre nazca de agua y viento, no puede entrar en el reino de Dios". Unos versículos más adelante Cristo utiliza la misma palabra y dice: "El viento sopla de donde quiere". Tanto las fuerzas naturales de agua y viento son representaciones simbólicas de la obra del Espíritu Santo.

En todo caso, el agua se emplea muchas veces en la Biblia como una ilustración de la obra del Espíritu Santo (en el pasaje citado arriba, por ejemplo). Es impensable que Cristo añadiera

el requisito del bautismo para tener entrada al reino de los cielos cuando habló con Nicodemo, y que no hiciera mención del mismo en otra parte. Si el bautismo fuera necesario para la salvación, esto se habría afirmado con claridad en otros textos. En lugar de ello, la fe sola se menciona como el único requisito, y de hecho en ese mismo capítulo se menciona creer como la única base para la salvación (3:36).

El otro pasaje utilizado es Hechos 2:38, donde Pedro dijo en el día de Pentecostés: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo".

La mención de arrepentimiento y bautismo no significa que ambos sean necesarios para el perdón de pecados. Yo puedo decir: "Toma las llaves y el abrigo y enciende el automóvil". Eso no significa que sea necesario llevar el abrigo para encender el auto a pesar de que se mencione junto a las llaves en la misma frase. El arrepentimiento, y no el bautismo, es necesario para el perdón de los pecados.

La gramática griega confirma esta interpretación. La frase "y bautícese cada uno de vosotros... para perdón de pecados" en realidad está entre paréntesis. El mandato de arrepentirse está en plural: "Arrepentíos", así como la frase "para perdón de los [plural] pecados". Esto significa que el mandato de arrepentimiento concuerda por construcción gramática con el perdón de pecados, mientras que el mandato de bautizarse está en singular: "bautícese cada uno de vosotros", lo cual se encarga de separarlo del resto del enunciado. "Arrepentios... para perdón de pecados" es el punto central del mandato. Nótese que en Hechos 10:43 Pedro mencionó la fe como el único requisito para recibir el perdón de pecados.

El tercer pasaje está en 1 Pedro 3:21, donde Pedro escribió: "El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva". Esta frase debe ser interpretada a la luz del contexto. Se dice que el bautismo nos salva tal como Noé fue salvado por el agua. ¿Cómo salvó el agua a Noé? El agua no le salvó en absoluto, sino que

fue el instrumento del juicio divino. El arca fue lo que le salvó en realidad al impedirle entrar en contacto con el agua. Esta arca fue construida por fe y Noé y su familia entraron a ella por fe.

Pedro prosigue explicando que el agua del bautismo tampoco nos salva. El bautismo salva, dijo él, pero no por el acto físico de ser lavados, "no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios por la resurrección de Jesucristo". El agua no salvó a Noé, y las aguas del bautismo tampoco nos salvan. ¿Qué es lo que salva? La aspiración de una buena conciencia hacia Dios. Esa palabra aspiración se puede traducir "respuesta". La gente de aquel tiempo tenía que hacer una declaración de fe antes de bautizarse. La fe de la cual dan testimonio es lo que salva.

Pensemos en esto por un momento. Sabemos que Dios concede el regalo de la salvación a aquellos que creen. ¿Cómo puede salvar a alguien la declaración de fe que se hace en el bautismo? ¿No es ese testimonio un resultado de la fe salvadora antes que el acto de fe salvadora? Una mirada más detallada al texto sugiere que lo que Pedro tenía en mente era que la disposición voluntaria de confesar a Cristo en el bautismo salva a la persona de una conciencia de culpa. Notemos su admonición anterior: "teniendo buena conciencia" (v. 16). El contexto tiene que ver con estar dispuesto a sufrir por Cristo sin importar lo que cueste. El bautismo es una afirmación pública de identificación con Cristo; nos salva de la tentación de guardar silencio acerca de la fe que tenemos. Es, como lo dijo Pedro, "la aspiración de una buena conciencia hacia Dios".

En resumidas cuentas, el agua no salvó a Noé sino que él pasó por ella con seguridad gracias a su fe en Dios. El agua tampoco salva a la persona que se bautiza, sino que pasa por ella con seguridad, como una representación de muerte y juicio. Al ser introducido y luego sacado del agua bautismal, se simboliza la muerte de esa persona a su vida vieja y la

resurrección a la vida nueva. Así venga la persecución, tal testimonio le permite mantener una conciencia limpia ante Dios.

Si alguien llega a pensar que el bautismo es necesario para la salvación del pecado, debería considerar con seriedad las palabras de Pablo dirigidas a la iglesia en Corinto, ya que hizo una lista de todas las personas a quienes recordaba haber bautizado: tan solo a Crispo, Gayo y la familia de Estéfanas. El apóstol añadió de inmediato: “no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio” (1 Co. 1:17). Si el bautismo fuera necesario para la salvación, Pablo se habría asegurado de que todos los que creyeron fueran bautizados, pero él distinguía con claridad entre el evangelio y el acto del bautismo.

Si el bautismo fuera necesario para la salvación, el ladrón en la cruz no se habría podido salvar, ya que no fue bautizado después de haber creído en Cristo. El hecho innegable es que tuvo seguridad de salvación dada por el Señor mismo: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc. 23:43).

Las ordenanzas del Nuevo Testamento son como un anillo de bodas. Es posible estar casado y no tener puesto el anillo de bodas; también es posible llevar un anillo matrimonial y no estar casado. Aquel bautismo tiene un elevado nivel de prioridad en el Nuevo Testamento, nunca es considerado como medio de salvación.

El modo del bautismo

¿Cuál debería ser la modalidad del bautismo? Quedan pocas dudas en el sentido de que el Nuevo Testamento parece enseñar que los creyentes eran sumergidos por completo y luego sacados del agua. Trátese de Juan el Bautista bautizando en el Jordán o Felipe bautizando al eunuco etíope, el texto nos dice que las personas descendieron al agua y después salieron del agua. Este modo específico es el que mejor corresponde a la descripción del bautismo del Espíritu como muerte, sepultura y resurrección (Ro. 6:1-4).

En las catacumbas romanas se encuentran dibujos que muestran agua derramada sobre la cabeza de una persona en el acto de bautismo. Como se ha mencionado, la *Didaqué,* un manual de normas eclesiásticas que data del siglo segundo, enseñaba que si la gente no podía ser bautizada en una corriente de agua (tal como un río), debía derramarse agua sobre la cabeza. Es obvio que se requiere una cantidad considerable de agua para sumergir a un adulto, de manera que el bautismo por inmersión no siempre fue la opción más viable. Derramar agua sobre la cabeza habría sido necesario en algunas ocasiones, quizá con mayor frecuencia en tiempos de persecución. Algunos sectores de la iglesia han practicado la aspersión de agua sobre la cabeza, tal vez para evitar los inconvenientes de mojar a una persona de la cabeza hasta los pies.

Sin embargo, cualquier modalidad acordada es secundaria frente a las cuestiones tratadas antes con relación al bautismo de infantes y sobre si el bautismo es o no la comunicación de gracia divina. En estos asuntos la claridad del mensaje del evangelio se ve afectada en gran manera.

Lo triste de la situación es que no hay mucha esperanza de que la cristiandad llegue a estar unida en cuanto a esta ordenanza tan importante. La cuestión básica radica en definir si la salvación se recibe por fe solamente o si los sacramentos forman parte de la experiencia de conversión.

• • • • • • • • • • • • • •

1 Geoffrey Bromiley, *Children of Promise [Hijos de promisión]* (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), p. 1.

2 Paul K. Jewett, *Infant Baptism and the Covenant of Grace* [El bautismo de infantes y el pacto de la gracia] (Grand Rapids: Eerdmans, 1978), p. 40.

3 *Ibíd*, p. 20.

4 *Ibíd*, pp. 17-18

5 *Ibíd*, p. 42

6 *Ibíd*, p. 111.

7 Leonard Verdium, *The Reformers and Their Stepchildren* [Los reformadores y sus hijastros] (Grand Rapids: Eerdmans, 1964), p. 198.

8 *Ibíd,* p. 199
9 Roland H. Bainton, *The Reformation of the Sixteenth Century* [La Reforma del siglo dieciséis] (Boston Beacon Press, 1952), p 97.
10 *Ibíd*
11 Verdium, p. 199
12 *Ibíd,* p. 201
13 *Ibíd*
14 *Ibíd,* p 204.
15 *Ibíd* , p 209
16 *Ibíd*, p 201
17 *Ibíd,* p 185
18 Charles H Spurgeon, "Regeneración bautismal", en *Sermones* (Nueva York. Funk and Wagnalls, s. f), 8 23
19 *Ibíd*
20 Spurgeon, "Niños llevados a Cristo, no a la pila de bautismo", en *Sermones,* 8:41

OCHO

¿Cuántos libros hay en la Biblia?

Aun el estudiante más esporádico de la Biblia sabe que hay más libros en la Biblia católica que en la usada por los protestantes. ¿Dónde se originaron estas diferencias? ¿Sobre qué base fueron algunos libros seleccionados para estar en la Biblia, y por qué otros fueron rechazados?

Si pensamos en el asunto, puede esperarse que exista controversia en relación a estas cuestiones. Después de todo, la Biblia no bajó del cielo con una bella encuademación de cuero y páginas suaves adornadas con bordes dorados. Es un libro muy humano que refleja los estilos de los escritores y la situación cultural de sus diferentes épocas. Sin embargo, también se trata de un libro divino e inspirado por Dios, en vista de lo cual está libre de error en los manuscritos originales. Así como Cristo, quien fue verdadero Dios y verdadero hombre, la Biblia tiene doble naturaleza en cuanto a sus autores. Se espera que los libros de la Biblia sean examinados de conformidad con ese criterio.

La palabra *canon* viene del término griego *kanon* que significa regla o caña para medir. En un sentido metafórico llegó a hacer referencia al estándar por el cual diversos libros de la Biblia fueron juzgados como dignos de ser llamados la Palabra de Dios. Con el tiempo, la palabra *kanon* se aplicó a los libros mismos; Atanasio es el primero que se conoce por haber empleado la palabra "canon" en ese contexto.

¿Cómo se compilaron los libros?

La autoridad de algunos de los libros del Antiguo Testamento fue reconocida de inmediato. Tras terminar de escribir un libro, Moisés lo colocaba en el arca del pacto (Dt. 31:24-26). Después que el templo quedó construido, los escritos sagrados fueron guardados allí (2 R. 22:18). Desde los comienzos de la monarquía, Dios ordenó a los reyes que escribieran para ellos mismos una copia de la ley: "y lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Jehová su Dios" (Dt. 17:19). Así como los profetas siempre comunicaban las palabras de Dios diciendo "así dice el Señor", también reconocían que su mensaje debía quedar registrado para las generaciones futuras.

Los judíos supieron que la revelación especial llegó a su final con el profeta Malaquías (aprox. 400 a.C.). Leemos en el Talmud (un manual de tradiciones judías): "Hasta este punto [el tiempo de Alejandro Magno] los profetas profetizaron a través del Espíritu Santo; de ahora en adelante inclina tu oído y presta atención a los dichos de los sabios".

¿Qué era lo que determinaba que un libro fuese considerado parte del canon? Es obvio que existían muchos otros libros que no tuvieron méritos para ser clasificados junto a los escritos sagrados. Ejemplos de ello son "el libro de las batallas de Jehová" (Nm. 21:14) y "el libro de Jaser" (Jos. 10:13).

El primer criterio era que el libro armonizara con la *Toráh,* los primeros cinco libros de Moisés. Esta no era la única prueba que debía pasar. Algunos libros que estaban de acuerdo con la *Toráh* también fueron excluidos. Por ejemplo, Elías escribió un libro que con mucha probabilidad cumplió este requisito y sin embargo, no fue parte del canon. Por supuesto, debemos preguntar de qué modo llegó a aceptarse la *Toráh* misma.

El segundo y más importante criterio tenía que ver con que estos libros fueron aceptados porque se creyó que habían sido inspirados por Dios. En otras palabras, fueron seleccionados porque se reconoció que tenían autoridad divina. Esto no quiere

decir que los judíos dieron a estos libros su autoridad, puesto que se cree que estos libros tienen una autoridad inherente. Si un libro es inspirado por Dios, tiene autoridad sin importar que los hombres reconozcan esto o no. Un joyero puede reconocer un diamante auténtico, pero su reconocimiento no lo convierte en tal cosa.

Debemos cuidamos de la noción de que la iglesia tiene el derecho de hacer canónico un libro, cuando lo único que pueden hacer la nación de Israel o la iglesia como un cuerpo es reconocer la autoridad de un libro porque es inspirado por Dios.

El descubrimiento de los libros canónicos

¿Cómo se descubrió el carácter canónico de los libros bíblicos? En primer lugar, los libros poseían un tono intrínseco de autoridad que no requería defensa externa. Moisés afirmó ser el vocero de Dios y los profetas del Antiguo Testamento decian de forma reiterada: “La palabra del Señor vino a mí”. Las vidas de los profetas y la afirmación contundente de que su mensaje provenía de Dios fueron aceptadas por la nación judía como evidencias de autoridad divina.

Esto explica por qué el carácter canónico del libro de Ester estuvo por un tiempo en duda. Puesto que el nombre de Dios no aparece en el libro, algunos pensaban que carecía de esa autoridad intrínseca e independiente. No obstante, el examen cuidadoso del texto mostró que la providencia de Dios era tan evidente en la historia que su autenticidad quedó demostrada y su aceptación fue unánime.

Un segundo examen tenía que ver con el autor del libro. Tenía que haber sido escrito por un hombre de Dios. Los encargados de recopilar las Escrituras se preguntaban si el autor de cada libro era portavoz de la “revelación de Dios para redención de la humanidad”, bien fuera un profeta del Antiguo Testamento o un apóstol del Nuevo.

Por ejemplo, Pablo afirmó en el Nuevo Testamento que su mensaje tenía autoridad divina porque él era un apóstol, “no de

hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre" (Gá. 1:1). La segunda epístola universal del apóstol Pedro fue objeto de controversia en la iglesia primitiva porque algunos dudaban que hubiera sido escrita por Pedro. La duda se debió a que el estilo de escritura parecía ser diferente al de la primera epístola. Con el tiempo la iglesia llegó a convencerse de que Pedro, el apóstol, había sido el autor y por lo tanto el libro fue aceptado.

Sin embargo, en otros casos la identidad del autor no siempre era determinante. Por ejemplo, se desconoce por completo quién es el autor del libro de Hebreos, pero el libro fue aceptado sin suspicacia porque lleva el sello inconfundible del poder transformador de Dios.

Por supuesto, era necesario que el libro estuviera en armonía perfecta con toda la revelación previa. Martín Lutero pensó que Santiago había enseñado la salvación por obras y por eso cuestionó su lugar en el canon. Más adelante, cuando revisó su prefacio al libro decidió renunciar a sus críticas. Una lectura cuidadosa indica que Santiago no contradice la enseñanza de Pablo sobre la salvación por fe. La iglesia primitiva estuvo en lo correcto al recibirlo y reconocer su autoridad.

Existe evidencia de que al terminarse de escribir un libro inspirado, gozaba de aceptación inmediata. Por ejemplo, Pedro aceptó las epístolas de Pablo y las consideró dignas de reconocimiento como Escrituras inspiradas (2 P. 3:16). De este modo, el canon del Nuevo Testamento se formó de manera gradual a medida que los libros eran escritos y divulgados. Puesto que la comunicación no era algo fácil en tiempos bíblicos, es comprensible que no se llegó a un acuerdo definitivo sobre la lista completa de libros autorizados hasta haber transcurrido algunos siglos. Los libros de Apocalipsis y 3 Juan no fueron aceptados de inmediato, debido en parte a que eran desconocidos en algunos lugares del mundo en tiempos del Nuevo Testamento. A medida que aumentó su circulación, sucedió lo mismo con el recono-

cimiento de que tenían las marcas innegables de la inspiración divina.

La conclusión de todo esto es por supuesto, que los libros de la Biblia fueron reconocidos en su autoridad divina por el pueblo de Dios. Sin duda alguna, debemos ejercer la fe para creer que Dios actuó como superintendente de su Palabra a fin de que nada más que libros inspirados fueran escogidos para estar en el canon. De igual importancia es el hecho de que la lista definitiva de libros no fue elegida por un sínodo o concilio eclesiástico. Estos fueron convocados a fin de ratificar los libros que el pueblo de Dios ya había elegido.

Los apócrifos

Tanto la Biblia de los católicos como la de los protestantes tiene treinta y nueve libros en el Antiguo Testamento y veintisiete en el Nuevo. La diferencia entre ellas es que la Biblia católico romana tiene once libros adicionales que se han insertado entre los dos Testamentos. ¿De dónde provienen estos libros?

Para empezar, debemos damos cuenta de que ambas ramas de la cristiandad reconocen la existencia de libros que son escritos falsos y nunca podrían aspirar a ser canónicos. Se sabe que existieron textos como el libro de Enoc y la Asunción de Moisés, pero todos concuerdan en que les falta el sello de la inspiración divina. En tiempos del Nuevo Testamento algunos creían que la obra titulada "el pastor de Hermas" tenía autoridad divina y por eso fue considerado por algún tiempo para ser introducido en el canon, antes de ser descartado por razones de fraude literario.

También hubo otro grupo de libros que son aceptados por la iglesia católica romana y rechazados por los protestantes. Estos libros dieron origen a un canon en Alejandría en Egipto. Fue en esta ciudad, en 250 a.C. que se tradujo el Antiguo Testamento al griego en la versión llamada Septuaginta que significa "setenta", puesto que se afirma que fue realizada en setenta días por la actividad conjunta de setenta eruditos. Esto explica por qué

algunos de los manuscritos más antiguos de la Septuaginta que existen en la actualidad (lo cuales datan del siglo cuarto) contienen estos libros adicionales.

Estos libros que son llamados comúnmente los apócrifos (la palabra significa "escondidos"), están entretejidos con los libros del Antiguo Testamento. En total existen quince libros, once de los cuales son aceptados como canónicos por la iglesia católica romana. Debido a que cuatro de esos once están combinados con libros del Antiguo Testamento, la versión Douay solo contiene siete libros adicionales en su índice.

Existen varias razones por las que la iglesia católica romana considera que es canónica la lista alejandrina de libros adicionales. En breve son las siguientes: (1) la mayoría de las citas en el Nuevo Testamento provienen de la Septuaginta, que contenía los libros apócrifos; (2) algunos de los primeros padres de la iglesia aceptaron los apócrifos como canónicos. Por ejemplo Ireneo, Tertuliano y Clemente de Alejandría; además, (3) se dice que también los aceptaron Agustín y los grandes concilios de Hipona y Cartago encabezados por él; finalmente, (4) el concilio de Trento convocado para responder al avance de la Reforma los pronunció como canónicos en 1546. El concilio dijo que si alguien no recibía estos libros en toda su extensión, "sea anatema".

Razones para rechazar los apócrifos

Los protestantes presentan numerosas razones para rechazar estos libros adicionales:[1]

1. Aunque hay algunas alusiones a libros apócrifos por parte de escritores del Nuevo Testamento (Hebreos 11:35 se puede comparar con 2 Macabeos 7, 12), no se hace una cita directa de ellos. Además, ningún escritor del Nuevo Testamento se refiere una sola vez a cualquiera de estos catorce o quince libros como si tuvieran autoridad divina. Las citas sacadas de libros aceptados se introducen por lo general con la frase "como está escrito", o

se cita el pasaje para ilustrar un punto; en cambio, los escritores del Nuevo Testamento jamás citan los apócrifos de esta manera.

2. No existe evidencia de que los libros estuvieran en la Septuaginta durante el tiempo de Cristo. Se debe recordar que los manuscritos más antiguos que los contienen datan del siglo cuarto d.C. Aun si estuvieron en la Septuaginta en esa fecha tan antigua, es notable que ni Cristo ni los apóstoles los citaron una sola vez.

3. Aunque algunos de los primeros líderes de la iglesia los aceptaron, muchos otros no lo hicieron: Atanasio, Orígenes y Jerónimo para nombrar unos cuantos.

4. La evidencia de que Agustín aceptó los apócrifos es ambigua en el mejor de los casos. Por un lado, omite Baruc e incluye Esdras I, aceptando uno y rechazando el otro en oposición directa al concilio de Trento. Por otro lado, parece que cambió de opinión más tarde en cuanto a la validez de los apócrifos.

Jerónimo, mientras se encontraba realizando una traducción de la Biblia al latín, disputó con Agustín acerca del valor de estos libros adicionales. Aunque Jerónimo no quiso traducirlos al principio, terminó haciendo una traducción apresurada de ellos pero siempre los mantuvo separados de su traducción de la Biblia. Sin embargo, después de su muerte estos libros fueron incorporados a su traducción latina.

Agustín, como se mencionó, argumentó en favor de los apócrifos aunque más tarde pareció atribuirles una especie de carácter canónico secundario. Su testimonio, aunque importante, no es del todo claro.

5. Incluso la iglesia católica romana había establecido una distinción entre los apócrifos y otros libros de la Biblia antes de la Reforma. Por ejemplo, el cardenal Cayetano, quien se opuso a Lutero en Augsburgo, publicó en 1518 un comentario sobre todos los libros históricos auténticos del Antiguo Testamento. No obstante, en su comentario no estaban incluidos los apócrifos.

6. El primer concilio oficial de la iglesia católica romana que ratificó estos libros fue el de Trento en 1546, tan solo veintinueve años después de que Lutero clavó sus noventa y nueve tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg. La aceptación de estos libros en ese momento fue conveniente porque se estaban utilizando citas de ellos para contrarrestar a Lutero. Por ejemplo, el segundo libro de los Macabeos habla de oraciones hechas por los muertos (2 Mac. 12:45-46) y otro libro enseña la salvación por obras (Tobías 12:19).

Aun así, la iglesia romana solo aceptó once de los quince libros; lo que esperaban es que estos libros, al estar juntos por tantos siglos, llegaran a ser aceptados en grupo de forma natural.

1. El contenido de los apócrifos es inferior al de la Biblia en general. Es evidente que algunas de sus historias son fantasiosas. Bel y el dragón, Tobías y Judit tienen sabor de leyenda; los autores de estos libros inclusive dan sugerencias a lo largo del texto de que los relatos no deben tomarse tan en serio.

Es más, estos libros tienen errores históricos. Uno de ellos afirma que Tobías estaba con vida cuando los asirios conquistaron Israel en 722 a.C. y también cuando Jeroboam se sublevó contra Judá en 931 a.C., con lo cual habría tenido por lo menos 209 años de edad; no obstante, según el propio relato, este hombre murió a la edad de 158 años. El libro de Judit habla de Nabucodonosor como rey de Nínive en lugar de Babilonia.

Estas imprecisiones son incompatibles con la doctrina de inspiración la cual enseña que cuando Dios inspira un libro este queda libre de todo error.

2. Por último y más importante, debemos recordar que los apócrifos nunca fueron parte del canon hebreo del Antiguo Testamento. Cuando Cristo estuvo en la tierra, citó en muchas

ocasiones el Antiguo Testamento pero nunca de los libros apócrifos porque nunca fueron parte del canon hebreo.

En el tiempo de Cristo había veintidós libros en el Antiguo Testamento pero el contenido era idéntico al de los treinta y nueve libros de nuestro Antiguo Testamento actual (varios de los libros en la Biblia hebrea se combinaban en uno solo y esto explica la diferencia numérica). Génesis era el primer libro en el canon hebreo y el segundo libro de Crónicas era el último. Al menos en una ocasión, Cristo se refirió de manera específica al contenido del canon hebreo cuando dijo:

> *Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar. (Mt. 23:34-35)*

En el canon hebreo, el primer libro de la Biblia era Génesis, donde se registra la muerte de Abel, y el último libro era 2 Crónicas donde casi al final del libro se describe la muerte de Zacarías (24:21). Entre estos dos eventos se circunscribe todo el contenido del Antiguo Testamento. El Señor dio a entender que terminaba con las Escrituras hebreas y no con los apócrifos.

Los libros apócrifos fueron escritos en griego tras el cierre del canon del Antiguo Testamento. Los eruditos judíos concuerdan en que Malaquías fue el último libro del canon del Antiguo Testamento en sentido cronológico. Es evidente que los libros apócrifos fueron escritos alrededor de 200 a.C. y solo aparecen en manuscritos griegos del Antiguo Testamento. Puesto que Cristo solo aceptó los libros que tenemos en nuestro Antiguo

Testamento de la actualidad, no tenemos razón alguna para añadirlos a su nómina.

Los libros perdidos

Una que otra vez escuchamos referencias a los llamados libros perdidos de la Biblia, libros que algunas personas creen que se han mantenido escondidos de la gente común y corriente. En 1979 la compañia de publicaciones *Bell* en Nueva York lanzó un libro titulado *Los libros perdidos de la Biblia.* En la solapa dice que estos libros no estuvieron entre los elegidos para componer la Biblia, y "fueron suprimidos por la iglesia para quedar envueltos en un manto secreto durante mil quinientos años".[2]

Estos libros no son en realidad tan secretos como lo afirman los autores de ese libro. Los expertos en el Nuevo Testamento han estado siempre al tanto de su existencia durante todos estos siglos, aunque es posible que estos libros no hayan estado al alcance del hombre común. Su credibilidad es rechazada por católicos y protestantes por igual.

Estos libros incluyen historias acerca del nacimiento de María y de Cristo. También hay una docena o más de historias que tuvieron lugar durante la vida de Cristo en la tierra. Tres o cuatro de ellas afirman que están relacionadas con acontecimientos del Antiguo Testamento.

Estos libros ni siquiera fueron considerados para ocupar un lugar en el canon. A diferencia de otros libros que sí fueron disputados (el pastor de Hermas, por ejemplo), estos libros fueron reconocidos como leyendas desde el principio. Es tan obvio que estos "libros olvidados" son inferiores a los que están en nuestra Biblia, que es imposible tomarlos con alguna seriedad.

De hecho, el doctor Frank Crane admitió en el prefacio del libro mencionado que muchas leyendas e historias apócrifas rodean las vidas de todos los grandes hombres de la historia como Napoleón, Carlomagno y Julio César, así que también podríamos esperar que se tejieran relatos quiméricos alrededor

de Cristo como un personaje histórico. Además dijo que Cristo apeló a las "mentes propensas a la ficción" tan propias de su tiempo. Estos escritores, según admitió Crane, no se propusieron escribir lo que sucedió de verdad, sino que troquelan los acontecimientos con su imaginación.

Por último, Crane dijo que el hombre común ahora puede tomar su propia decisión acerca de si la iglesia hizo lo correcto

> *Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro. (Ap. 22:18-19)*

Aunque estas palabras se escribieron en referencia específica al libro de Apocalipsis y no al Nuevo Testamento como un todo (en el tiempo en que Juan escribió el Apocalipsis se seguía debatiendo cuáles libros debían ocupar su lugar merecido en el Nuevo Testamento), de todas maneras constituyen una advertencia para las incontables sectas falsas que han pretendido añadir a la Palabra de Dios.

En nuestro Nuevo Testamento actual tenemos la palabra final de parte de Dios hasta que nuestro Señor regrese y la Biblia tal como la conocemos ahora ya no sea necesaria.

• • • • • • • • • • • • • •

1 Norman Geisler y William Nix, *A GeneraI Introduction to the Bible* [Introducción general a la Biblia] (Chicago Moody Press, 1986), p 170-177

2 *The Lost Books of the Bible* [Los libros perdidos de la Biblia] (Nueva York Bell Publishing Co , 1979)

NUEVE

Predestinación o libre albedrío: Agustín contra Pelagio

Tal vez usted haya escuchado la anécdota sobre el grupo de teólogos que se encontraban discutiendo las doctrinas de predestinación y libre albedrío. Cuando se acaloró el debate, los disidentes quedaron divididos en dos grupos. Cierto hombre, incapaz de tomar una decisión firme para unirse a algún grupo, se metió en la comitiva de la predestinación. Al sentirse acorralado por los que le preguntaron por qué estaba allí, contestó: “Llegué aquí por mi propia voluntad”.

El grupo replicó: “¡Libre albedrío! ¡Usted pertenece a este grupo!”

De inmediato el hombre pasó al grupo opuesto y cuando le preguntaron por qué se había cambiado respondió: “Ustedes me mandaron a venir aquí”.

“¡Salga de aquí!”, le increparon. “No se puede unir a nosotros hasta que lo haga por una decisión propia en su libre albedrío”. Al final de todo, el confundido hombre quedó por fuera de la discusión.

Pregunte usted al cristiano promedio de este siglo si se ve a sí mismo en el grupo de predestinación frente al grupo de libre

albedrío, ¡y lo más probable es que se junte con el hombre que quedó fuera de la discusión! La gente de nuestro tiempo no se siente muy inclinada hacia la reflexión teológica. En una época de religión popular, toda especulación acerca de la libertad de la voluntad y la predestinación parece carecer de sentido. No obstante, para las mentes teológicas más grandes en la historia de la iglesia la respuesta que el individuo diera a esta pregunta determinaba si entendía o no el evangelio.

En la primera parte del siglo quince, esta cuestión y todas sus implicaciones fue el objeto de un debate acalorado. Todo empezó cuando un monje británico de nombre Pelagio expresó su distanciamiento de una afirmación hecha por Agustín, el gran teólogo de la ciudad de Hipona al norte de Africa.

El comentario que inició la controversia fue una sola frase en una oración escrita por Agustín, quien tenía una profunda conciencia de su propia pecaminosidad. Convencido de su indefensión absoluta ante los ojos de Dios, clamó: "Oh Dios, manda lo que sea tu voluntad, pero concede lo que mandas". El punto de Agustín era muy simple; si Dios esperaba algo de él, Dios tendría que conceder lo que era esperado. En sí mismo, Agustín estaba demasiado encadenado al pecado como para guardar hasta el más básico de los mandatos de Dios.

El padre de Agustín había sido un pagano y su madre, Mónica, una devota cristiana. A pesar de la pobreza en que vivieron, la familia pudo brindarle una buena educación, primero cerca de Roma y luego en Cartago, la capital del norte de África. Allí Agustín cayó en pecado moral y engendró un hijo ilegítimo, Adeodato. Luego abandonó a su amante y terminó "enmarañado en un torbellino de vicios sexuales". Debido a que era incapaz de controlar sus pasiones, vivía atormentado por la culpa y la impotencia moral.

Cierto día fue expuesto al cristianismo por medio de la predicación de Ambrosio, un obispo de la iglesia. El joven Agustín envidiaba a quienes aparentaban ser capaces de dominar sus pasiones; se despertó su interés en el cristianismo. Un día

su conversión había sido por completo un esclavo del pecado Pelagio, el monje británico, no tenía ese mismo sentido de impotencia espiritual. Era un hombre bien disciplinado y un estudiante de teología griega que creía que con un poco de ayuda de Dios el hombre podía mejorar su situación. Cerca de 409 viajó a Roma y escribió un comentario sobre las epístolas de Pablo. Convirtió a un joven teólogo llamado Celestio a su enseñanza, según la cual el hombre era capaz por su propia fuerza de guardar cualquier mandamiento que Dios le diera. Sería incongruente que Dios diera al hombre un mandato que no pudiese obedecer. Pelagio creía que como Cristo dijo: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto", era imposible que diera un mandamiento de tal dimensión si estuviera más allá del alcance humano. Habló con elocuencia acerca de las virtudes del hombre y su capacidad inherente para hacer la voluntad de Dios: "Puesto que yo hablo tantas veces acerca del mejoramiento moral y del llevar una vida santa, me he acostumbrado primero que todo a mostrar el poder y la calidad de la naturaleza humana así como los grandes logros que puede alcanzar".[1]

La piedra angular de la teoría de Pelagio era la libertad de la voluntad. Al verse enfrentado a tomar la decisión entre pecar o no pecar el hombre puede escoger cualquiera de las dos direcciones. Para citar a Pelagio, el hombre tiene "la capacidad en absoluto igual en todo momento para hacer el bien o el mal".[2] Por lo tanto, el hombre puede, si así lo desea, vivir libre de pecado. Si no pudiéramos guardar todos los mandamientos de Dios, no sería justo de su parte exigir su cumplimiento perfecto por parte de los hombres. La frase emblemática de Pelagio era: "Todo lo que debo hacer, lo puedo hacer".

Tanto Pelagio como Agustín estaban de acuerdo en que Adán fue creado con neutralidad moral y por esa razón hizo una elección libre cuando pecó. Sin embargo, Pelagio se adelantó a sostener que la caída de Adán solo le perjudicó a él y a nadie más. Los niños no tienen pecado original ni nacen bajo la

condenación del pecado de Adán. Nacen con neutralidad moral y al menos en teoría, tienen la capacidad para vivir sin pecado. Como podría esperarse, Agustín estuvo en desacuerdo con estas conclusiones.

Celestio, el pupilo de Pelagio, aseveró lo siguiente:

1. Adán fue creado mortal y habría muerto aun si no hubiese pecado.
2. La caída de Adán le ocasionó daño a él pero no a la raza humana.
3. Los niños entran al mundo en la misma condición en que Adán vivió antes de la caída.
4. La raza humana no muere a causa de la caída de Adán ni se levanta de nuevo a causa de la resurrección de Cristo.
5. Los niños bautizados, al igual que los demás, se salvan.
6. La ley, al igual que el evangelio, conduce al reino de los cielos.
7. Incluso antes de la muerte de Cristo hubo hombres sin pecado.[3]

Al ser sometido a un interrogatorio, Celestio solo dio respuestas evasivas y declaró que estas proposiciones eran especulativas, pero también se negó a admitir que estas declaraciones eran erróneas.

¿Acaso Pelagio y Celestio creían que la gracia de Dios era innecesaria? No en absoluto. Aunque ellos creían que Dios no tenía que intervenir de manera directa en el alma humana para salvar a una persona, enseñaban que la capacidad natural del hombre para guardar los mandamientos de Dios de por sí una expresión de la gracia de Dios. Pelagio atribuyó la capacidad del hombre para vivir sin pecado a la "necesidad de la naturaleza". De ese modo, la gracia divina es manifestada a todos a través de la libertad humana.

Puesto que el pecado de Adán solo lo perjudicó a él, los niños nacen hoy día con la misma neutralidad de Adán antes de la

caída. En muchos casos crecen y viven sin pecado, y en caso de transgredir la ley divina pueden volver a Dios, recibir su perdón y de allí en adelante obedecer a la perfección sus mandamientos. Algunos hombres, según enseñaba Pelagio, no tenían necesidad de repetir la petición “perdona nuestras ofensas” en el Padrenuestro. Es obvio que según él los hombres podían salvarse sin el evangelio. Como pueden obedecer a plenitud la ley de Dios por su propia cuenta, la necesidad de gracia como un don sobrenatural quedó negada.

Pelagio sí continuaba afirmando la necesidad de bautizar a los infantes, aunque en su propia opinión la práctica es innecesaria. ¿Por qué deberían bautizarse los infantes si no son pecadores? Celestio respondió que no deberían ser bautizados para el perdón de los pecados sino para que pudieran ser “santificados en Cristo”. ¿Por qué entonces tendrían que ser santificados en Cristo si no nacen bajo la condenación del pecado? Más adelante, el primero de mayo de 418 en el sínodo de Cartago, se llamó la atención sobre esta incongruencia. Este concilio afirmó en contra del pelagianismo: “Cualquiera que niegue que los niños recién nacidos han de ser bautizados para la remisión de pecados, sea anatema”.

Debe recordarse que para Pelagio la libertad de la voluntad no tenía que ver con la cuestión de si somos o no somos libres para elegir entre huevos o cereal para el desayuno. Esa cuestión puede ser interesante pero no va al punto. Pelagio quiso decir que el hombre estaba en libertad para obedecer los mandamientos de Dios. No estaba encadenado por el pecado al punto de ser impotente para actuar por voluntad propia. Sin importar qué nos mande hacer Dios, lo podemos hacer. Como veremos, el pelagianismo fue condenado de forma vigorosa por Agustín y los concilios eclesiásticos subsecuentes. No obstante, debemos dar crédito a Pelagio por haber planteado una interrogante que sería objeto de serios debates durante siglos: si el hombre no tiene libertad para obrar conforme a su voluntad (libre albedrío), ¿cómo puede Dios hacerle responsable de sus acciones?

Agustín

Después del apóstol Pablo, el hombre que ha tenido la mayor influencia en la teología de la cristiandad ha sido Agustin de Hipona. Este hombre experimentó en carne propia la agonía de la culpa y el gozo del perdón. Muchos millones de personas han leído sus *Confesiones,* los pensamientos personales de un hombre que está lidiando con su pecaminosidad en la presencia de Dios. En la primera página se encuentra la famosa declaración: “Oh Señor, nos creaste para ti y nuestros corazones no descansarán hasta hallar su todo en ti”.

Para el tiempo en que Pelagio empezó a escribir teología, Agustín ya tenía cincuenta y siete años; su doctrina ya estaba definida. Sin embargo, Agustín creía que el pelagianismo era una amenaza al corazón mismo del evangelio y por esa razón escribió bastante en contra de esta herejía.

Agustín creía que Adán fue creado con la capacidad para no pecar, pero a causa de la caída el pecado se había convertido en algo inevitable. A partir de ese momento, ningún hombre en sus propias fuerzas tiene la libertad para vivir de una manera recta delante de Dios. Lo que es todavía más obvio es que el hombre no puede cambiar su propio corazón.

Agustín creía que los infantes nacen y entran al mundo bajo la condenación del pecado de Adán. No solo nacen con este pecado original, sino que tienen una naturaleza corrupta y por lo tanto carecen de la capacidad para cumplir los mandamientos de Dios. Si los hombres se salvan, solo es gracias a la intervención directa de Dios. La regeneración del alma debe ser la obra exclusiva y sobrenatural del Espíritu Santo. La salvación solo es por gracia. Como el teólogo norteamericano William Shedd escribe: “La gracia se imparte al hombre pecador, no porque él crea, sino con el fin de que pueda creer; esto se debe a que la fe misma es un regalo de Dios”.

Aun la experiencia personal enseña que no poseemos una libertad plena de la voluntad como Pelagio creía. Nos falta la capacidad de tomar decisiones justas porque nuestras

voluntades están esclavizadas al pecado. Mientras que el grito de batalla de Pelagio era "debo luego puedo", Agustín exclamaba angustiado "debo pero no puedo".

Por lo tanto, si un hombre es tan pecaminoso que no puede cooperar en su propia salvación, surge la pregunta: ¿Por qué se salvan algunos hombres y otros no? La respuesta, según Agustín, es que Dios ha predestinado algunos hombres a la vida eterna. Dios da a estos tanto el deseo como la capacidad de creer en Cristo; lo hacen a causa de la elección de Dios y no la de ellos. En cuanto a los que no se salvan, es porque están predestinados a condenación eterna.

Esta doctrina de doble predestinación afirmaba que Dios en su justicia podía haber escogido no salvar a ningún ser humano, de modo que la salvación de un solo individuo se debe nada más que a la pura gracia de Dios. No obstante, Agustín admitía con frecuencia que la gracia soberana de Dios es un misterio que no podemos entender. Con frecuencia repetía las palabras de Pablo:

> *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!... Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén. (Ro. 11:33-36)*

No podemos discernir las razones de Dios para salvar a quienes elija a discreción de su voluntad.

Para Agustín, la voluntad del hombre no era libre como Pelagio había enseñado. Si Pelagio tenía razón, el hombre podría de alguna manera trastornar los propósitos de Dios, pero debido a que la voluntad humana está bajo la dirección de Dios, es indudable que el propósito divino se cumple a perfección. "Sin importar cuán fuertes sean las voluntades de ángeles o de hombres, bien sea que quieran hacer lo que Dios quiere o algo diferente, la voluntad del omnipotente jamás sufre derrota".

En consecuencia, Agustín creía que los no convertidos carecían de libre albedrío, en cambio los cristianos sí tenían por lo menos la capacidad para elegir hacer lo bueno. Debido a que Dios les ha dado el Espíritu Santo, poseen la capacidad para hacer lo que deben hacer. Libertad significa que les es dada la gracia para compensar el peso de su pecaminosidad. Así como la ley es establecida por fe, el libre albedrío es establecido por la gracia. La gracia cura a la voluntad de tal manera que pueda amar la justicia.

¿Por qué manda Dios a los pecadores que hagan lo que no pueden hacer? "Dios ordena algo que no podemos hacer, a fin de que podamos saber lo que debemos pedirle".[4]

Pelagio había definido el libre albedrío como la capacidad de escoger entre lo bueno y lo malo, y él creía que el hombre tenía esta capacidad desde el nacimiento. Agustín no estaba de acuerdo y creía que la voluntad del hombre está esclavizada al pecado. Para él la libertad de la voluntad significaba que un hombre salvo tenía la capacidad espiritual para hacer lo bueno.

Resumen

Es claro que las perspectivas de Pelagio y Agustín se encuentran en aguda oposición entre sí. Al resumir el progreso del debate hasta ahora vienen a la mente varias observaciones. En primer lugar, podemos ver cómo se relacionan entre sí las doctrinas. Cuando Pelagio llegó a creer en la capacidad humana, disminuyó la necesidad de la gracia de Dios. Cuando Agustín concluyó que el hombre había caído de una manera tan profunda que su voluntad estaba sometida al pecado en esclavitud, magnificó la necesidad de la gracia divina. Como veremos más adelante, una creencia, bien sea verdadera o falsa, dicta casi siempre la constitución de todo un sistema teológico.

En segundo lugar, podemos ver la profunda influencia de un hombre en la historia del pensamiento cristiano. A partir de Agustín se bifurcan dos corrientes teológicas que definen el desarrollo de la doctrina en los siglos siguientes. Los

reformadores, tales como Lutero y Calvino, le citan con aprobación a medida que desarrollan la doctrina bíblica de la salvación que se había perdido en tiempos medievales. Los católicos romanos le utilizaron para respaldar su visión de la iglesia (un asunto que ya se discutió en un capítulo anterior).

Como se podría esperar, el pelagianismo fue condenado por la iglesia pero el pensamiento de Agustín tampoco fue aceptado del todo. La naturaleza humana se resiste a la idea de que Dios toma la decisión final en cuanto a quiénes se van a salvar y quiénes se van a perder. Por esa razón se adoptó con posteridad una posición mediadora que trató de combinar estos dos sistemas teológicos divergentes.

Semipelagianismo

La visión agustiniana de predestinación doble y el carácter irresistible de la gracia no fue acogida en algunos círculos teológicos. Algunos teólogos creían que conducía al fatalismo. Acusaron a Agustín de decir: "Por predestinación de Dios los hombres están forzados a pecar y son impulsados a la muerte por alguna clase de necesidad fatal". Es más, si Agustín sigue su lógica hasta las últimas consecuencias, tendría que afirmar que el mal es voluntad de Dios.

Como resultado, algunos teólogos trataron de rescatar los mejores aspectos de los dos extremos. El hombre sin duda se había corrompido a causa de la caída, pero sus poderes racionales no habían sido tan afectados. Por lo tanto, la salvación era por gracia pero el hombre podía cooperar con Dios en su propia salvación.

Estos hombres afirmaban que la soberanía de Dios y el libre albedrío del hombre operaban juntos en forma de antinomia, es decir, que su contradicción mutua solo era aparente. Agustín había resuelto el dilema en favor de la gracia y por eso tuvo que negar la libertad humana; Pelagio lo resolvió a favor de la libertad humana y negó la gracia. El semipelagianismo prometía evitar ambos errores.

Los teólogos estaban seguros de que existía un sendero medianero con el cual se pudiera afirmar la necesidad de tanto libertad humana como gracia divina. ¿Cómo podría darse el llamado al arrepentimiento a menos que todos los hombres pudieran ser salvos? Si solo podían salvarse los elegidos, la invitación a todos los hombres sería algo superfluo. De hecho, si los elegidos van a ser salvados por la voluntad predeterminada de Dios, ¿para qué tomarse la molestia de evangelizar a los incrédulos?

Por eso el semipelagianismo enseñaba que había lugar para la gracia al lado del libre albedrío. Por un lado, Dios envió a Cristo para morir por los pecados del mundo entero; por otro lado, Él en su gracia dio al hombre libre albedrío para que pudiera aceptar o rechazar el regalo de la salvación. Esta capacidad natural del hombre también es un don de gracia. El hecho de que Dios ha plantado estas semillas de bondad en el hombre no disminuye la maravilla de la redención. Exaltar el libre albedrío del hombre es exaltar a su Creador.

Hay otro punto a favor de esta visión moderada. Agustín tuvo dificultad para explicar cómo el hombre podía ser responsable si su voluntad no era libre. Después de todo, si el hombre pecaba por naturaleza, ¿cómo podía el hombre ser juzgado por algo natural que hacía como parte de su esencia e identidad? A nadie se le ocurre culpar a un pollito de que le salgan plumas porque esa acción le es natural. Si un hombre es totalmente corrupto, ¿cómo puede ser culpable de hacer lo que es congruente con su propia naturaleza? Solo si fuera libre para hacer algo diferente podría ser llamado a rendir cuentas.

Aunque el semipelagianismo fue condenado punto por punto en el concilio de Orange en 529 d.C., llegó a convertirse en la postura oficial de la iglesia católica romana. En la actualidad también goza de amplia aceptación entre los evangélicos que enseñan que no es Dios sino cada hombre como individuo quien elige si es o no salvo. Queda la impresión de que a Dios le

gustaría salvar a muchos más de los que se salvan, pero que no lo puede hacer porque no viola el libre albedrío del hombre.

Algunos dicen que la Biblia enseña el semipelagianismo en pasajes como 1 Timoteo 2:4, donde Pablo dijo que Dios "quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad". Se interpreta esta declaración como si quisiera decir que no es posible que Dios hubiera predestinado a unos a la condenación eterna. Es más, Dios quisiera salvar a todos los seres humanos, pero su poder está limitado a causa del libre albedrío del hombre.

Para muchos el semipelagianismo es un camino intermedio y satisfactorio entre los dos extremos de Pelagio y Agustín. Sí, la salvación es por gracia, pero que sea recibida o rechazada depende de la voluntad del hombre. Cuando el ser humano recibe el don gratuito de la salvación está cooperando con Dios en la salvación.

Para otros, sin embargo, el semipelagianismo no responde algunas preguntas difíciles sobre los propósitos y el poder de Dios. El debate está lejos de haber terminado, así que avancemos a la segunda ronda del combate.

• • • • • • • • • • • • • • •

1 Citado en Philip Schaff. *History of the Christian Church* [Historia de la iglesia cristiana] (s p , s f), 3:322
2 *Ibíd*
3 *Ibid*, p 322-323
4 Roger Hazelton, editor.. *Selected Writings of Saint Augustine* [Escritos selec clonados de San Agustín] (Cleveland The World Publishing Co , 1982), p 209.

DIEZ

Predestinación o libre albedrío: Lutero contra Erasmo

Es probable que usted haya participado en una discusión sobre predestinación frente al libre albedrío, para llegar a la conclusión de que el asunto era demasiado complicado o que en últimas era algo irrelevante. Puesto que hay cristianos de gran talante en ambos lados de la controversia, uno podría sentirse tentado a concluir que en realidad no es importante resolverla.

En ese caso Martín Lutero tiene algo que decirle. Según él, las personas que no están interesadas en este asunto "no van a conocer en realidad lo que es el cristianismo y toda la gente de la tierra les llevará la delantera. Todo el que no tiene este sentir, más le valdría confesar que no es cristiano".[1]

¿Por qué creía Martín Lutero que este asunto era tan esencial? Estaba convencido de que se encuentra en el corazón del evangelio. Para él era como la "bisagra" sobre la cual giran todas las cosas. Afirmar el libre albedrío equivalía a poner la gracia en entredicho.

Tal vez usted haya tenido la experiencia de tirar del hilo suelto de una media y terminar con un montón de hilo descosido. Lo que aparentaba ser un problema menor resultó tener relaciones ocultas, de manera que la cuestión del libre albedrío ejerce una influencia directa en toda la teología.

En la era de la Reforma, la controversia entre las visiones de Pelagio y Agustín hizo erupción con un vigor renovado. El humanista holandés Erasmo de Rotterdam escribió un libro que criticaba el firme apoyo de Lutero a las opiniones de Agustín, en el sentido de que la voluntad no era libre. El libro, titulado ***Diatriba sobre el libre albedrío,*** empieza con unas palabras de Erasmo en las que reconoce que será criticado por atacar a Lutero, como una mosca que intenta atacar a un elefante. No obstante, él profesó gran respeto por Lutero y creyó que Lutero recibiría de buen ánimo este intercambio de ideas. Erasmo no pensó que el asunto fuera demasiado importante, pero sí que merecía al menos ser considerado. Por eso presentó en el libro varios argumentos que mostraban el respaldo racional y bíblico a la preponderancia del libre albedrío.

Lutero reaccionó con una denuncia estruendosa de Erasmo en su libro ***La esclavitud de la voluntad.*** Sin duda alguna fue la mejor obra de Lutero (él mismo afirmó esto) y por esa razón merece un estudio cuidadoso. Al leer a Lutero se puede apreciar el drama, la sagacidad y la pasión del debate teológico vivaz. Estas cuestiones que tienen injerencia en temas como la salvación y la condenación eterna fueron las que tocaron un nervio y dieron como resultado una defensa brillante del evangelio.

Lutero y Erasmo habían sido amigos, y por cierto Erasmo había preparado el camino para las reformas de Lutero con la publicación de una nueva edición del Nuevo Testamento griego. "Erasmo puso el huevo y Lutero lo incubó", nos cuentan los historiadores. Sin embargo, este debate puso fin a su amistad. Lutero consideraba que los argumentos de Erasmo eran débiles e inconexos. "Erasmo", escribió Lutero, "es un anguila resbaladiza. Solo Cristo lo puede atrapar".

Un escritor que utilizó lo acontecido otro día para ilustrar su conflicto. "Era un duelo en el que los dos participantes se levantaban al romper la aurora, uno armado con florete y el otro con carabina, pero la batalla campal era suplantada por

puños sacudidos en el aire y refunfuños reprimidos. Todo terminaba cuando ambos antagonistas se devolvían por sus caminos opuestos, sacudidos pero no maltrechos, y con una sensación de frustración e insatisfacción”.[2]

Es necesario considerar algunas cuestiones preliminares para dar perspectiva a la discusión. Primero que todo, la pregunta no es si los hombres tienen o no tienen libertad de elección en asuntos relativos a la vida cotidiana. A Lutero le era indiferente que un hombre tenga o no la libertad de escoger entre asolearse afuera o quedarse dentro de la casa. Esa clase de discusión así sea interesante, no tiene que ver en absoluto con el evangelio. Lo que está en juego es la pregunta de si un hombre puede, por su propia cuenta, alejarse del pecado y volverse a Dios. En segundo lugar, Lutero y Erasmo están hablando acerca del poder que tiene o no la voluntad de los no convertidos. No tratan de responder la pregunta de si un cristiano tiene libre albedrío en estas cuestiones. Puesto que los creyentes son habitados por el Espíritu Santo, es razonable suponer que están en capacidad de ejercer libertad en cuestiones espirituales, como Agustín mismo lo creía.

Por ende, el debate está centrado en la cuestión de si la persona no convertida puede contribuir de alguna manera a su salvación, bien sea debido a que tiene por naturaleza la capacidad de dar pasos en dirección a la vida de Dios por iniciativa propia, o porque Dios en su soberanía levanta a los que están muertos en delitos y pecados, y mueve sus voluntades para que reciban la verdad del evangelio.

Erasmo quería decir que el hombre, aunque está caído, puede contribuir a su salvación; Lutero argumentaba que el hombre es pasivo en la salvación porque se trata de una obra soberana de Dios. Aunque la distinción parece tenue, ejerce una gran influencia en nuestra manera de entender el mensaje del evangelio.

Erasmo define la libertad para escoger en términos que evocan a Pelagio. “Al decir elección libre en este lugar quiero dar a

entender un poder de la voluntad humana por medio del cual el hombre puede aplicarse con determinación a las cosas que conducen a la vida eterna, o por el contrario alejarse de ellas”.[3] Sí, la gracia es necesaria para la salvación, pero el hombre tiene poder para iniciar su relación con Dios. El hombre elige a Dios, no es Dios quien elige al hombre.

¿Qué efecto tuvo la caída sobre los poderes naturales del hombre? Erasmo dijo que el hombre es debilitado y sus poderes quedan bastante inhabilitados, pero que no es del todo camal. Su naturaleza posee alguna capacidad para el conocimiento y la obediencia a Dios. De modo que el hombre puede al menos decir que ha hecho alguna contribución a su salvación eterna. El hombre y Dios son socios en la redención aunque debe admitirse que la parte del hombre es algo pequeña.

Lutero veía esta postura como un abaratamiento de la gracia. El simple hecho de admitir que el hombre puede merecer la gracia divina mediante el ejercicio de su libertad de elección, disminuye el valor absoluto de la gracia de Dios. Si Erasmo tiene razón, un hombre se convierte y otro se pierde debido a que hay una diferencia entre ellos: el primero fue sensato y ejerció su libertad de elección para optar por Cristo, mientras que el último no hizo así. Lutero quería decir que un hombre se salva y otro se pierde debido a que solo Dios hizo la diferencia entre ellos. Todos los hombres están por igual esclavizados al pecado. Por eso, si uno de ellos cree es porque Dios le eligió para salvación y obró en su corazón con una gracia especial para llevar esto a cabo.

¿Acaso era mera obstinación por parte de Lutero en un punto técnico del debate? Por otro lado, ¿era cierto que el corazón del evangelio estaba en la balanza, como él afirmó? Vamos a seguir el argumento para ver cuál fue el caso.

¿Libertad o esclavitud?

Lutero impugnó a Erasmo por decir que este debate no era demasiado importante. Creyó que su antiguo amigo estaba tan

fuera de base que quiso hacer que se arrepintiera por haber publicado su ***Diatriba.*** Erasmo estaba diluyendo la enseñanza pura de las Escrituras con sus razonamientos obtusos, y era como si estuviera tratando de apagar un incendio con rastrojo.

Erasmo dijo que si la posición de Lutero según la cual los hombres están sometidos a la esclavitud fuese objeto de un conocimiento general, desencadenaría un torrente de iniquidad porque los hombres dirían que no pueden ser culpados de su maldad. Lutero respondió diciendo que si Dios había revelado esto como la verdad de la situación: ¿Quién era Erasmo para quejarse? "¿Qué pues? ¿Ahora el Creador va a venir para aprender de ti su criatura lo que es útil predicar y lo que carece de valor?" Si Dios quisiera en su voluntad que se hablase de tales cosas y que fuesen proclamadas sin importar las consecuencias, ¿quién era Erasmo para prohibirlo?

Cuando Erasmo preguntó quién estaría dispuesto a esforzarse en enmendar su vida si pensaba que todas las cosas sucedían por necesidad fatal, Lutero contestó: "¡Ningún hombre! Ni un solo hombre puede. Por supuesto, a excepción de los elegidos. ¿Quién puede creer que es amado por Dios? ¡Ningún hombre puede! No obstante, los elegidos así lo creerán".

Lutero se contentaba con saber que Dios había prometido gracia a los humildes. De hecho, no podemos ser humildes por completo hasta damos cuenta de que no podemos hacer una sola cosa para obtener nuestra propia salvación. Consideremos por un instante todo el ímpetu de sus palabras:

> ***Lo cierto es que el hombre no puede ser humilde por completo hasta que llega al conocimiento de que su salvación está del todo por fuera de sus propios poderes, prudencia, esfuerzos, voluntad y obras, y que depende en absoluto de la voluntad, discreción, agrado y obra de otro, es decir, de Dios solamente. Porque si él está persuadido en lo más mínimo de que puede hacer algo para avanzar su propia salvación, retiene una confianza en sí mismo y***

> ***no siente su miseria e indefensión absolutas, por lo cual no se humilla de verdad delante de Dios; en lugar de eso se propone invertir sus energías en algún lugar, algún tiempo y alguna obra por medio de la cual pueda alcanzar su salvación. Por otro lado, aquel que no vacila en depender por completo de la buena voluntad de Dios, abandona toda esperanza en sí mismo y no elige nada por sí mismo sino que espera a Dios para que obre en su vida; esa persona es la que se encuentra más cerca de la gracia que le puede salvar.***

Lutero se propone establecer aquí que la doctrina de la gracia soberana:

> ***Estas cosas son por ende proclamadas con apertura total a los elegidos: para que al ser humillados de esta manera y reducidos a nada en sus esfuerzos, puedan ser salvados. Los demás oponen resistencia a esta humillación y condenan la enseñanza de la miseria y el abandono total del ego; mantienen guardado algo que pueden hacer por sí mismos, por pequeño que sea. En secreto siguen siendo orgullosos y por eso se constituyen en adversarios de la gracia de Dios.***[5]

¿Qué está realmente en juego aquí? Muchos evangélicos enseñan hoy día que la salvación es por gracia de Dios, pero que Dios espera que el pecador contribuya con la fe que le permite salvarse; el hombre escoge a Dios y no es Dios quien elige al hombre. Por lo menos hay algo, así sea diminuto, que Dios busca en el hombre para poder darle salvación. Esta concepción tan popular del evangelio fue enseñada por Erasmo.

Lutero se mantuvo en enérgico desacuerdo y diría que incluso la fe por la cual un hombre cree es algo dado por Dios. Por supuesto, la voluntad del hombre está involucrada en la salvación, pero es la acción de Dios sobre la voluntad lo que

hace que el hombre busque a Dios. Por lo tanto,una persona no se salva por tener el deseo o la capacidad de creer, sino porque Dios le escogió y actuó en su voluntad para traerle a la fe. Para Lutero la salvación era por completo del Señor.

Erasmo produjo su propia serie de argumentos para contrarrestar las objeciones de Lutero.

El debate

1. Erasmo citó muchos pasajes del Antiguo Testamento en los que Dios ordenaba al pueblo que eligiera la justicia. “Volveos a mí”, declara el Señor. Erasmo supuso que todo lo que Dios ordena hacer al hombre, el hombre puede hacerlo. Si fuese de otro modo, él se imaginó que uno oraría así a Dios:

> ***¿Por qué prometes dar a cambio de condiciones cumplidas lo que ya has decidido dar por tu propia voluntad?... ¿Por qué reprochas cuando no está en mi poder el guardar lo que me has dado ni quitar la dolencia que me has enviado? ¿Por qué pides acción de mi parte cuando todo depende del puro afecto de tu voluntad? ¿Por qué bendices como si yo hubiera hecho una buena obra cuando todo lo bueno que se puede hacer es obra tuya? ¿Por qué maldices si he pecado por necesidad? ¿Qué propósito sirven los millares de mandamientos si no es posible que un hombre pueda guardar siquiera en parte lo que has mandado***?[6]

Lutero respondió diciendo que no es más que un producto de la razón humana inferir la preponderancia del libre albedrío por el simple hecho de que Dios dé mandamientos a los hombres. Dios sabía muy bien que el hombre nunca podría guardar los mandamientos. El hecho de que se nos diga que debemos amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón no significa que seamos capaces de hacerlo. Lo que Satanás hace es mantener prisioneros a los hombres para que nunca sean conscientes de

su miseria absoluta, y su deseo es que ellos presuman de que son capaces de hacer todo lo que Dios requiere. La naturaleza humana es ciega y no conoce su propia fortaleza, o más bien, su enfermedad; pero siendo orgullosa, piensa que puede hacer todas las cosas. Dios puede curar este orgullo e ignorancia mediante la promulgación de su ley. Él sabía que no podemos cumplirla a la perfección y quiere que estemos de acuerdo sobre esto.

Lutero describió en términos vívidos la condición del hombre natural: "esclavo, miserable, cautivo, enfermo y muerto, pero por la operación de su señor Satanás, añade a sus demás miserias la ceguera, de tal modo que cree ser feliz, libre, independiente, poderoso, sano y vivo". Para tales personas solo existe una esperanza, y es que pueda llegar a ver su necesidad absoluta de la gracia divina. El apóstol Pablo enseñó que la ley fue dada, no porque pudiera ser guardada por los hombres, sino para conducimos a Cristo (Gá. 3:22-27). Erasmo erró al pensar que el hombre natural puede hacer lo que Dios le manda hacer, debido a que estaba confundiendo la ley con la gracia.

¿Por qué Dios da mandamientos que le es imposible guardar al hombre? Para llevarle al abatimiento que le permita abandonarse a la misericordia de Dios. Lutero exclamó al lado de Agustín: "¡Debo pero no puedo!".

2. Erasmo citó las palabras de Cristo en Mato 23:37: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!". Erasmo preguntó:

> ***Si todo está determinado por necesidad, ¿no podría Jerusalén en todo su derecho contestar al Señor: ''¿Por qué te atormentas a causa de nosotros con lágrimas derramadas en vano? Si no querías que escucháramos a los profetas, ¿por qué los enviaste a nosotros? ¿Por qué imputarnos lo que ha sido hecho por tu voluntad y nuestra necesidad? Tu deseo era que fuésemos juntados bajo tus***

alas, pero al mismo tiempo deseaste que no fuera así, porque has obrado en nosotros lo que no quisimos por cuenta propia ”.[7]

Lutero contestó que Dios encarnado fue enviado con el propósito específico de ofrecer salvación a todos los hombres, pero él también ofende a muchos que han sido abandonados o endurecidos por la voluntad secreta de la majestad de Dios, y en consecuencia no le reciben.

En este punto Lutero hizo una distinción que era importante para entender su teología: existe por un lado la voluntad revelada de Dios, y por otro el propósito secreto y oculto de Dios. Por un lado, Dios insta al hombre a que crea, pero por otro lado tiene planeada la condenación de muchos. Esta voluntad secreta no debe ser inquirida sino reverenciada con temor. No debemos preguntar por qué es así, tan solo quedar asombrados ante la grandeza de Dios.

¿Tenía Lutero justificación bíblica para afirmar que existe una “voluntad secreta de Dios” que difiere de su voluntad revelada? Pablo incluyó en Romanos 9 una declaración en ese sentido al plantear la pregunta de cómo es posible que Dios llame a cuentas al hombre si en realidad la voluntad del hombre es endurecida por el Todopoderoso. Un oponente como Erasmo, tras escuchar que Dios tiene misericordia de algunos pero endurece a otros, podría preguntar: “¿Por qué culpa al hombre de todas maneras? ¿Acaso alguien puede resistirse a su voluntad?” Pablo tuvo aquí una oportunidad perfecta para decir que Dios atribuye culpa por la simple razón de que el hombre que se condena tiene libre albedrío y cuenta con el poder para elegir a Dios pero no lo hace. En lugar de esto contestó:

Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? (Ro. 9:20-21)

El barro no tiene derecho alguno para cuestionar al alfarero. No tenemos permiso para inmiscuimos en los consejos secretos del Todopoderoso, más bien debemos quedar con la boca cerrada. Como Lutero dijo, todo lo que nos resta por hacer es quedar maravillados ante la grandeza de Dios.

Lutero habría podido utilizar el caso de Abraham para demostrar su punto. Que Dios dijera a Abraham que matara a su hijo era una expresión de la voluntad revelada de Dios; pero al mismo tiempo, Dios tenía planeado en secreto que el niño siguiera con vida. De modo que Dios puede dar ciertos mandatos y al mismo tiempo tener planeado algo contrario a lo que ha mandado hacer. En otras palabras, no debemos pensar que podemos leer las intenciones últimas de Dios. (Más sobre esto en el capítulo siguiente).

La respuesta de Lutero fue una contestación a los proponentes del semipelagianismo, quienes utilizaban 1 Timoteo 2:4: "[Dios] quiere que todos los hombres sean salvos". En términos simples, Lutero diría que bien puede ser que Dios deseara la salvación de todos los hombres, pero que hubiera elegido renunciar a estos deseos por un propósito oculto más elevado. Si la salvación de todos los hombres fuera su prioridad máxima, podría impedir que Satanás cegara los ojos de los no convertidos para que más estuvieran dispuestos a creer. Obraría con miras a suavizar, no endurecer a todos los hombres incrédulos.

Lutero no estaba dispuesto a ir más allá de esto. Si alguien quería entremeterse con la voluntad secreta de Dios tenía que hacerlo con riesgo personal. Lutero escribió: "Vamos a dejarle salir como los gigantes a pelear contra Dios; si nos quedamos a ver qué triunfo obtendrá, estaremos persuadidos de que no hizo algo significativo, ni para perjudicar nuestra causa ni para avanzar la suya".[8]

¿Se puede reconciliar esa visión de Dios con la misericordia de Dios? Lutero escribió: "Este es el grado más elevado de fe: creer que es misericordioso aquel que salva a pocos y condena a tantos". Es bastante claro que Dios muestra

misericordia a los elegidos, pero como Pablo dijo: "De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece" (Ro. 9:18).

Aquella vez que Cristo apeló con lágrimas a los habitantes de Jerusalén, fue una muestra de la voluntad revelada de Dios. No obstante, la voluntad secreta de Dios era que la gente no creyera. Parece que Dios tenía un propósito último al mostrar misericordia a algunos y endurecer a otros.

3. Erasmo intentó analizar algunos de los pasajes que contradicen la noción del libre albedrío. Explicó el caso del endurecimiento de Faraón diciendo que sus hechos malos le hicieron obstinado y Dios aumentó su maldad para que fuera llevado al arrepentimiento. "Así como por acción del mismo sol se derrite la cera y se endurece el barro, también la paciencia de Dios que tolera al pecador trae algunos al arrepentimiento y hace que otros se empecinen más en hacer el mal".

Lutero contestó que Erasmo ponía las cosas al revés. Donde Dios dice: "voy a endurecer el corazón de Faraón", Erasmo cambia el sujeto y dice: "Faraón endureció su propio corazón". La imagen de la cera y el barro no se aplica, puesto que el punto a definir es si Dios mismo determina o no si el corazón de un hombre es de cera o de barro. Resulta claro que Dios no endureció el corazón de Faraón para llevarle al arrepentimiento, sino para que opusiera resistencia a la petición de Moisés. De hecho, Pablo enseñó con claridad que Dios no mostró misericordia a Faraón, no fuera que llegara al arrepentimiento (Ro. 9:17).

Lutero admitió, por supuesto, que no deberíamos pensar que Dios puso maldad en el corazón de Faraón de manera directa. Dios tan solo establece que la voluntad para hacer el mal haga lo que hace por naturaleza. Por ejemplo, David dijo acerca de Simei: "Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. Quién, pues, le dirá: ¿Por qué lo haces así?" (2 S. 16:10). Aunque Dios mismo no maldijo, por medio de un instrumento malvado y blasfemo

el buen Dios ordena que se digan estas palabras de maldición.

El Señor pudo haber utilizado al diablo para obrar el endurecimiento. Como en el caso de Saúl, un espíritu malo de parte del Señor le atormentaba. Sí, Dios ocasionó el mal aunque no lo hizo de forma directa sino que así lo ordenó.

En resumidas cuentas, Lutero dijo que la voluntad del no convertido está cautiva a los deseos malvados del corazón y de Satanás, porque Pablo escribió que nosotros deberíamos advertir a la gente que escape del lazo del diablo "en que están cautivos a voluntad de él" (2 Ti. 2:26). En contraste, la voluntad de los convertidos está cautiva a Dios quien obró salvación en sus corazones.

Lutero continuó diciendo que la voluntad humana es como una bestia; si Dios se sienta sobre ella va a donde Dios quiere; si Satanás se sienta encima va a donde Satanás quiera. Sin embargo, la bestia carece de la capacidad de elegir a su propio jinete. Los jinetes mismos son quienes luchan para ver quién se monta sobre la bestia.

De todas maneras, Lutero no creía que Dios obligara por la fuerza a un hombre a hacer el mal. Cuando hablaba de que un hombre hacía lo malo por necesidad, no quiso decir que Dios toma a un hombre y somete a un hombre por la fuerza como un ladrón a su víctima. Más bien, los hombres hacen el mal "de manera espontánea y con una disposición deseosa". Por eso, para endurecer el corazón de un hombre es posible que Dios no tenga que hacer más que tan solo abandonarle a sus propios deseos y lujurias. Esto no implica que tal acción de Dios convierta en necesarias e inevitables las acciones pecaminosas del hombre.

Además, cuando Dios obra en el corazón de los elegidos para llevarles a la fe, tampoco es por coerción sino que "la voluntad, siendo cambiada e inspirada con dulzura por el Espíritu de Dios, desea y actúa no conforme a compulsión, sino que responde con disposición, inclinación y acuerdo puros".[9]

Sin embargo, la conclusión es que la voluntad del hombre no es libre, sino que responde bien sea a la maldad del corazón o a la obra soberana de Dios que concede a algunos la capacidad para creer el evangelio.

¿Qué está en la balanza?

¿Cuán importante fue la disputa entre Lutero y Erasmo en la historia de la Reforma? La iglesia católica romana consideró que la libertad de la voluntad fue el asunto central en la escisión de Lutero frente a la iglesia.

En un artículo reciente, el erudito romano católico Thomas Molar dijo que las opiniones de Lutero son incompatibles con el catolicismo a causa de su visión del hombre. Citó como prueba la insistencia de Lutero en que el hombre tiene una debilidad infinita, su voluntad es cautiva del pecado y es ahogada por apetitos de maldad que le impiden intentar cualquier bien. Molar está en lo correcto al ver que para Lutero el origen de la fe es la elección divina. De modo que la gracia de elección de Dios precede a la fe del hombre y de ahí que ningún mérito, ninguna clase de buenas obras y ningún santo intercesor tiene parte en ello.

Molar rebatió las opiniones de Lutero diciendo que eran una guerra inclemente contra la humanidad, pero admitió que Lutero era totalmente congruente. A diferencia de los eclécticos, quienes intentan construir un sistema teológico basados tanto en el mérito humano como en la gracia divina, Lutero tenía una coherencia que podemos admirar. “Una vez quedaba establecido el principio de que la grandeza de Dios suponía la insignificancia del hombre, el hombre no podía elevarse de nuevo sin contar con Dios”.[10]

En contraste a Lutero, el catolicismo romano sostiene que el hombre no es miserable por completo; la caída le ocasionó una grave enfermedad moral, pero no está muerto. El hombre puede contribuir a su propia salvación mediante la preparación de su corazón para recibir la gracia, y cooperando con Dios en el

proceso de salvación. Además, como aprendimos en capítulos anteriores, debido a que el hombre puede cooperar con Dios en la salvación, las buenas obras se vuelven indispensables en la búsqueda de la vida eterna. El cardenal Bernardin de Chicago, al contrastar la visión católica de la conversión con la postura evangélica, dijo: “Vemos la conversión como una realidad continua e incesante”. La razón es que el hombre está en cooperación permanente con Dios en la obra de salvación, una obra que nunca queda terminada por completo.

Los evangélicos difieren de la iglesia católica en que afirman la salvación como un don gratuito y la experiencia de conversión como algo que sucede una sola vez en la vida de una persona. Sin embargo, existe esta similitud: muchos evangélicos creen que Dios busca en el hombre la fe necesaria para creer el evangelio, y la decisión con respecto a quién se salva o se pierde es tomada por los hombres, no por Dios. Lutero y Calvino, a quien vamos a considerar en el siguiente capítulo, estuvieron en desacuerdo con esto.

Quizás se pueden contrastar las dos visiones de la siguiente manera: hoy día el catolicismo y gran parte de la iglesia evangélica ven al hombre a punto de morir ahogado, y Dios en su gracia le lanza una cuerda salvavidas. Que el hombre se aferre a ella es algo que depende de su propia elección y disposición. Incluso después de haberse asido de la cuerda, el hombre debe por sus propios esfuerzos mantenerse aferrado a ella. Lutero vio al hombre ahogándose también pero del todo inconsciente sobre esta realidad a causa de estar muerto, hablando en sentido espiritual. Por esa razón no podía ni siquiera extenderse para alcanzar por iniciativa propia la gracia de Dios. Por su propia elección, Dios tiene que extenderse hacia abajo para salvar al hombre, y hace esto levantando su cuerpo espiritual sin vida y concediéndole la fe para creer. De este modo, la salvación es por entero de Dios.

¿Quién tiene la razón? ¿Existe todavía la posibilidad de

aceptar alguna clase de mediación negociada entre estos dos extremos?

A continuación veremos la controversia entre calvinismo y arminianismo, es decir, el contraste entre los famosos cinco puntos de Calvino y las enseñanzas de Jacobo Arminio, cuya teología fue adoptada por Carlos Wesley.

El debate continúa.

• • • • • • • • • • • • • •

1 Martín Lutero, *The Bondage of the Will* [La esclavitud de la voluntad], traducido por Henry Cole (Grand Rapids Baker, 1976), p. 36
2 Gordon E. Rupp, editor. *Luther and Erasmus Free Will and Salvation* [Lutero y Erasmo libre albedrío y salvación] (Library of Christian Classics), 8'2
3 Erasmo, *The Diatribe* [La Diatriba] (Library of Christian Classics), 8:2
4 Lutero, p 69
5 *Ibíd*, pp 69-70.
6 *Lutero y Erasmo,* p. 57
7 *Ibíd,,* p 59
8 Lutero, p 183.
9 *Ibíd,* p. 73
10 Citado en *Christian News*, 4 de noviembre de 1985, p. 19.

ONCE

Predestinación o libre albedrío: Calvino contra Arminio

En nuestra generación, los nombres que se vinculan con mayor frecuencia al debate entre libre albedrío y predestinación son los de Juan Calvino y Jacobo Arminio. A medida que la controversia continúa, va dando nuevos giros.

Juan Calvino, oriundo de territorio francés, fue educado en el humanismo pero desarrolló un gran interés en la reforma de la iglesia. Debido a que el luteranismo fue suprimido en Francia, Calvino huyó a Génova en Suiza el año de 1538 y fue persuadido a radicarse allí por Farel, un hombre que formaba parte del movimiento reformista en Suiza. Allí a la edad de veintisiete, Calvino publicó sus famosas ***Instituciones de la religión cristiana,*** **una presentación clara y coherente de teología bíblica. Durante siglos venideros sirvió como el libro de texto básico para la educación teológica en gran parte del mundo protestante. El interés predominante de Calvino era inculcar un entendimiento de la soberanía de Dios y la seguridad de que sus propósitos siempre se cumplen.**

Calvino estaba de acuerdo con Lutero en que la voluntad de los no convertidos estaba atada a servidumbre. Los hombres son rescatados de esta esclavitud por Dios, quien elige algunos a vida eterna y otros a reprobación. Estas doctrinas se definen

como "el decreto eterno de Dios por el cual determinó consigo mismo lo que quería que llegase a ser cada hombre... Vida eterna es ordenada para algunos; condenación eterna para otros". La razón para la elección divina es inescrutable, pero la elección no es arbitraria. ¿Predestinó Dios la caída? La respuesta es si; Calvino denominó esto el decreto terrible.

En el siglo diecisiete el calvinismo recibió oposición en los Países Bajos. Arminio, un discípulo de Beza (a su vez seguidor de Calvino), fue persuadido a aceptar la doctrina del libre albedrío y la gracia universal. Sus seguidores y él tomaron una postura más moderada con relación al pecado original y redactaron cinco artículos que armonizaban más con el semipelagianismo que con el calvinismo. Estos cinco artículos son en esencia las opiniones de los evangélicos en la actualidad.

Estos artículos fueron presentados en una manifestación que despertó controversia en toda Europa. En términos breves son:

1. Dios decretó salvar a todos los que creen y perseveran en la fe; todos los demás son dejados en pecado y condenación.

2. Cristo murió por todos los hombres, "de tal modo que ha obtenido para todos ellos, por su muerte en la cruz, redención y perdón de pecados; sin embargo, no todos disfrutan en realidad este perdón de pecados, nadie excepto el creyente".

3. El hombre no tiene gracia salvadora en sí mismo, ni de la energía de su libre albedrío "por cuanto él, en el estado de apostasía y pecado, no puede por sí y en sí mismo pensar, querer o hacer cualquier cosa buena en verdad... sino solo al nacer por segunda vez de Dios en Cristo".

4. Sin la operación de la gracia, el hombre no puede hacer el bien, pero la gracia no es irresistible por cuanto los hombres han resistido al Espíritu Santo.

5. Los creyentes participan de la vida eterna y tienen poder para luchar contra Satanás. Sin embargo, que puedan o no resbalar y caer al punto de perderse es una cuestión "que debe ser determinada de manera más particular sobre la base de las

Santas Escrituras antes que nosotros podamos enseñar esto con la persuasión plena de nuestras mentes".

Estas opiniones influyeron en gran manera la teología de Juan Wesley. Si Dios concede una gracia preventiva, es decir, gracia que antecede toda acción humana, a todos los hombres, cada pecador así sea un hombre caído, es capaz de creer el evangelio. La miseria espiritual del hombre no hacía necesaria una creencia en la gracia soberana como los calvinistas habían dicho. Dios daba a cada hombre gracia suficiente para contrarrestar los efectos de esa miseria. La salvación era de gracia pero también dependía del libre albedrío del hombre.

El sínodo de Dort

El sínodo de Dort fue convocado en los Países Bajos en 1618 para responder al reto de Arminio. Fue compuesto por ochenta y cuatro miembros y dieciocho delegados políticos que representaban países como Inglaterra, Escocia y Suiza. Se llevaron a cabo ciento cincuenta y cuatro sesiones con gran número de otras conferencias relacionadas. El sínodo transcurrió entre el 13 de noviembre de 1618 hasta mayo de 1619. Durante estos seis meses se examinó a profundidad el asunto del libre albedrío del hombre y todas las doctrinas relacionadas con ese tema. La amplia representación del concilio así como la minuciosidad de sus procedimientos tal vez hacen de este el concilio más peculiar en la historia de la iglesia.

El sínodo rechazó de manera enérgica los cinco artículos de los manifestantes arminianos y adoptó los ahora famosos cinco puntos del calvinismo: miseria total del hombre, elección incondicional de Dios, expiación limitada, gracia irresistible, y la perseverancia de los santos. La razón de que tan solo algunos miembros de la raza de seres humanos pecadores vinieran a la fe, según concluyó el sínodo, debe atribuirse al consejo eterno de Dios.

Contraste de los cinco puntos

A continuación se presenta una exposición breve de los cinco puntos del calvinismo contrastados con las cinco creencias básicas del arminianismo.

1. ***Miseria total del hombre.*** **Esto significa simplemente que el hombre hereda la culpa del pecado de Adán (Ro. 5:12) y es por naturaleza un hijo de ira (Ef. 2:3). La corrupción del pecado se extiende a su mente así como a su voluntad; en consecuencia, nadie busca a Dios. Debido a que el hombre está muerto en delitos y pecados, Dios debe regenerarle y hasta concederle la fe que necesita para creer.**

En contraste, el arminianismo enseña que el hombre es miserable en cierto grado, pero que recibe gracia suficiente para contrarrestar los efectos de la miseria humana. Por eso la balanza está equilibrada casi en todos los casos, de tal modo que el hombre es capaz de hacer su propia elección después de todo.

El sínodo de Dort estuvo en desacuerdo con la visión de que la gracia salvadora es dada a todos los hombres y que cada uno debe decidir por su cuenta si la va a recibir. Es cierto que la Biblia habla acerca de gracia común (luz del sol y lluvia, por ejemplo), pero en ninguna parte dice que la gracia salvadora sea dada a todos. Es indudable que los paganos que no han escuchado de Cristo no tienen tal gracia. No se puede decir que los múltiples millones de musulmanes tengan sus voluntades dispuestas de la misma manera para escoger entre seguir a Cristo o rechazarle.

El arminianismo dijo que el hombre está enfermo; el calvinismo dijo que el hombre está muerto. Si solo está enfermo, la gracia común puede ayudarle a recuperarse al capacitarle para hacer la elección correcta; pero si está muerto espiritualmente, necesita que el Dador de vida tome la decisión por él, o al menos eso es lo que concluyó el sínodo.

George Whitefield describió la condición espiritual del hombre en términos del ejemplo de Lázaro, quien estuvo muerto físicamente. Los inconversos, dijo Whitefield, están atados por

corrupciones así como Lázaro lo estaba con las mortajas. Son "tan incapaces de levantarse a sí mismos de su horrendo estado de muerte como Lázaro lo era... pero todos sus esfuerzos realizados con el máximo vigor demostrarán ser infructuosos, hasta que Jesús mismo clame a gran voz ' ¡Lázaro, ven fuera! ' y les levante". Por cierto, Cristo utilizó esta analogía exacta: "Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida" (Jn. 5:21).

En ese caso, ¿por qué una persona se salva y otra se pierde? El arminiano dice que la diferencia debe hallarse en el hombre. Sobre este punto, el arminianismo coincide con Erasmo, quien dijo que el mismo sol que endurece el barro suaviza la arcilla y derrite la cera. Si yo soy salvo y usted no lo es, se debe a que mi corazón tiene menos disposición a la maldad que el suyo.

El calvinista dice que la diferencia está en Dios, puesto que todos los hombres están sometidos por igual a la esclavitud y al pecado. Cualquier diferencia en disposición individual se debe a la obra divina en el corazón humano. Por ende, en vista de que algunos son salvados, debe ser que Dios les ha elegido. Arthur Pink, un teólogo calvinista, dijo: "Afirmar que la salvación depende de la aceptación de Cristo por parte del pecador sería como regalarle mucho dinero a un hombre ciego con la condición de que lo vea".[1]

De este modo la doctrina de la miseria total del hombre conduce directamente a la de elección incondicional de Dios: un hombre muerto no puede responder al llamamiento del evangelio.

2. ***Elección incondicional.*** **El sínodo afirmó que la razón de que algunos se salven es que Dios les eligió para vida eterna; otros son condenados a muerte eterna. Debido a que la salvación reposa por entero en Dios, nadie puede decir que eligió a Cristo porque es más sabio que otros; lo hizo porque Dios le había elegido y le levantó de los muertos para que pudiese creer.**

Los calvinistas con frecuencia han acusado a los arminianos de acreditarse la salvación así sea en lo más mínimo, pero los arminianos no negaron que los hombres necesitaban el auxilio de la gracia de Dios en la salvación. Según las palabras del manifiesto arminiano el hombre que se encuentra en el estado de apostasía y pecado "no puede por sí y en sí mismo pensar, querer o hacer cualquier cosa buena en verdad (como es el caso eminente de tener fe salvadora)... sino solo al nacer por segunda vez de Dios en Cristo". Lo que ellos negaban era que este auxilio solo fuese concedido a algunos y que era algo irresistible.

Si el hombre toma la decisión de aceptar o rechazar a Cristo, ¿qué quiso Pablo dar a entender cuando escribió que Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo? Los arminianos dicen que la elección está basada en un conocimiento previo. Puesto que Dios sabe quiénes van a creer, elige a ciertos individuos debido a que puede ver su fe por adelantado. Se encuentra evidencia de ello en pasajes tales como 1 Pedro 1:1-2, donde se dice que los creyentes son "elegidos según la presciencia de Dios Padre". Los arminianos recalcan que no es Dios quien inicia la elección, sino que los creyentes optamos por ser elegidos.

Sin embargo, los calvinistas señalan que la palabra presciencia no solo significa "conocer de antemano". Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento significa "considerar con favor". Amos citó a Dios diciendo a Israel: "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra" (3:2). De forma similar, el Nuevo Testamento emplea la palabra en el sentido de "ser amados desde siempre". Pablo escribió: "No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció" (Ro. 11:2). No puede ser que la palabra solo signifique conocer por adelantado sino que también se refiere al favor especial de Dios. Otros pasajes respaldan esta manera de entender la palabra (Mt. 7:23; 2 Ti. 2:19; 1 P. 1:20). Ser elegido según la presciencia de Dios equivale a ser elegido sobre la base del favor o la elección

preferente de Dios. Esto explica por qué la palabra presciencia nunca se utiliza con referencia a cosas o eventos sino solo en relación a personas.

Pablo escribió: "según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él" (Ef. 1:4). Otros versículos también declaran que Dios hizo la selección específica (2 Ts. 2:13; Jn. 15:16).

Los arminianos contemporáneos han sugerido que la elección puede basarse en la presciencia a causa de la perspectiva del tiempo que tiene Dios. El argumento es que Dios no existe en el tiempo; para él todas las cosas son eternas ahora mismo. Por lo tanto, la elección no tuvo lugar antes de la fundación del mundo sino que de hecho sucede en el presente.

La dificultad de esta perspectiva es que niega las dos verdades afirmadas por las Escrituras, a saber, que Dios ya había hecho la elección y que esto tuvo lugar antes de la creación. Afortunadamente, la mayoría de los arminianos admiten ahora que esa clase de explicaciones presentan más problemas de los que vale la pena tratar. Como Donald Carson dice: "En ningún sentido se trata de soluciones explicativas a la tensión entre soberanía divina y responsabilidad humana. Es como tratar de explicar lo borroso con lo oscuro".[2]

Como es obvio, estamos de regreso a la cuestión del libre albedrío. Si la voluntad del hombre es libre, a él le corresponde aceptar o rechazar a Cristo. Por otra parte, si Dios hizo la elección, Él es quien obra en los corazones de los escogidos para traerles a la fe. En ese caso, la voluntad del hombre no es libre.

La realidad de la cuestión es que no queda mucho espacio para posturas intermedias. O bien Dios nos eligió por su propia iniciativa, o nos eligió porque nosotros le escogimos. O bien estamos muertos y somos incapaces de contribuir a nuestra propia resurrección, o solo estamos enfermos en nuestra vida espiritual y estamos en capacidad de cooperar en nuestra propia recuperación.

3. ***Expiación limitada.*** **Esto significa que Cristo no murió por todos los hombres en general sino que solo se entregó por la iglesia, la comunidad de los elegidos. Esta doctrina siempre despierta objeciones en coro por parte de quienes fuimos criados en doctrinas arminianas básicas. La primera impresión que deja esta visión parece tan errónea que nos preguntamos por qué razón alguien estaría dispuesto a sostenerla. Decir "Cristo murió por todos y cada uno de lo seres humanos" es el substrato mismo de la predicación evangélica.**

Es importante tratar de entender por qué un sínodo tan destacado tendría que llegar a la conclusión de que Cristo solo murió por los elegidos.

Los calvinistas enseñan que esta doctrina es necesaria para preservar los dos atributos básicos de Dios: su justicia y la integridad de sus propósitos.

El argumento va de la siguiente manera: supongamos que yo le debo a usted un millón de pesos pero soy incapaz de pagar mi deuda. Un amigo querido interviene y le paga lo que le debo, pero usted me sigue exigiendo el pago a mí, diciendo que debo pagar hasta el último centavo. ¿Acaso esto sería justo? Pienso que no. Si mi amigo pagó mi deuda, la justicia demanda que yo quede en libertad.

La analogía es clara: si el sacrificio de Cristo fue por todos los hombres, entonces todos los hombres se van a salvar o Dios estaría exigiendo injustamente a los pecadores lo que ya ha sido pagado en su favor. Si Cristo murió por la gente que va a estar en el infierno, su justicia queda expuesta a un grave peligro. ¿Cómo podría un Dios justo exigir a algunos pago doble por la misma deuda?

A continuación viene la protesta: "Lo que pasa es que el pago no sirve sino hasta que haya sido aceptado". Los calvinistas señalan que el punto importante es que Dios ya ha aceptado el pago de Cristo en la cruz. Si este fuera un pago por los pecados del mundo entero, la incredulidad de los impíos también estaría incluida en el sacrificio. No se podría esperar

que una sola persona pagara por su pecado en el infierno. Si la traición de Judas quedó incluida en el rescate pagado por Cristo y que el Padre aceptó, ¿por qué se le debería exigir que sufriera por su pecado?

El arminianismo enseña que Cristo murió por todos los hombres y en algunas ocasiones ha llevado a la creencia de que en últimas todos los hombres se van a salvar. Esto se encuentra en parte tras la doctrina de universalismo de Karl Barth, quien enseñó que nuestra responsabilidad consiste en decir a hombres y mujeres que ya están reconciliados con Dios. Su argumento lógico era que si Cristo murió por todos, todos se van a salvar.

Whitefield llamó blasfemia a la doctrina de expiación universal como la enseñaban los arminianos, así como "el desprestigio más grande para predestinación dignidad del Hijo de Dios y los méritos de su sangre".

Spurgeon arguyó con la misma franqueza que si Cristo murió para redimir a todos los hombres y a pesar de ello solo unos cuantos se salvan, la muerte de Cristo es en gran medida un fracaso. Escribió lo siguiente:

> ***A algunas personas les encanta la doctrina de la expiación universal. ...Pero si la intención de Cristo hubiera sido salvar a todos los hombres, lo cierto es que se ha llevado una decepción deplorable, porque existe un lago de fuego y en ese abismo de duelo se han arrojado muchas de las personas que, de acuerdo a la teoría de la redención universal, fueron compradas con su sangre... No podemos predicar el evangelio a no ser que lo basemos en la redención especial y particular que Cristo obró sobre la cruz para beneficio de su pueblo elegido y escogido*** **".**[3]

El sínodo de Dort afirmó que Cristo obtuvo con exactitud aquello por lo cual había pagado. Al morir, estaba redimiendo a personas específicas, a su pueblo de sus pecados. No pagó el

rescate por todos los esclavos solo para llevarse de vuelta una pequeña fracción de ellos. Como lo dijo Michael Horton: "Aunque resulta en absoluto esencial que confiemos en Cristo y aceptemos su sacrificio por nuestros pecados, ni uno solo de aquellos por quienes Cristo murió le rechazará. ¡La misión de Cristo fue cumplida a la perfección!"[4]

La frase "expiación limitada" es desafortunada ya que da la impresión de que la muerte de Cristo no fue tan efectiva como se cree por lo general. En realidad, quienes creen en esta doctrina de "redención particular" o "expiación circunscrita" como también se denomina, afirman que son los arminianos quienes limitan el valor de la cruz.

Spurgeon dijo que los arminianos alegan que la muerte de Cristo no aseguró de manera infalible la salvación de un solo ser humano. Los arminianos dicen que era posible que Cristo hubiese muerto y a pesar de ello que nadie aceptara su sacrificio. Por ende, la muerte de Cristo no habría adquirido a uno solo. Spurgeon dice que esto es limitar el valor de la expiación.

Arthur Pink preguntó: "¿Qué exalta más a Cristo? ¿Una expiación que asegura la salvación de todos aquellos a favor de los cuales fue hecha, o una cuyo resultado final es que la vasta mayoría de sus beneficiarios son castigados en el infierno? ¿Qué confianza podemos tener en un Cristo que es incapaz de salvar de la condenación eterna a aquellos por quienes murió?"

Si es cierto que Cristo murió para redimir una cantidad específica de personas, es decir, aquellos que el Padre le había dado, se sigue que todos los creyentes fueron redimidos en la cruz hace dos mil años. Fueron librados de todas las acusaciones entonces, por cuanto Dios aceptó el pago del rescate. El certificado de nuestra deuda cancelada nos fue entregado cuando depositamos nuestra confianza en Cristo. Pablo dijo que la razón por la que nadie puede presentar una acusación contra los elegidos es que Cristo ha muerto por ellos (Ro. 8:24).

¿Enseña la Biblia en realidad que Cristo solo murió por los elegidos? Aquí tenemos algunos de los pasajes utilizados para

mostrar que Cristo vino con el propósito específico de pagar un rescate solo para aquellos a quienes Dios había escogido:

Mas él herido fue por *nuestras* rebeliones, molido por *nuestros* pecados. (Is. 53:5, cursivas añadidas)

...Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate *por muchos.* (Mt. 20:28, cursivas añadidas)

Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. (Hch. 20:28)

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo *por ella.* (Ef. 5:25, cursivas añadidas)

Los esposos deben estar dispuestos a morir por sus esposas, así como Cristo murió por la iglesia. Ninguno de ellos estaría dispuesto a morir por amantes fraudulentas. El punto de todos estos pasajes es el mismo, a saber, que Cristo no vino a pagar un rescate por todos, sino para "salvar a su pueblo de sus pecados".

Los arminianos señalan aquellos pasajes que parecen enseñar que la muerte de Cristo fue un pago por los pecados del mundo entero. Quizá el más claro de todos es 1 Juan 2:2, en el cual se habla de Cristo como "la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo".

Los calvinistas nos exhortan a examinar el empleo de la palabra todo tal como se utiliza en la Biblia para ver si siempre significa todos y cada uno de los individuos en el mundo. Por ejemplo, cuando Cristo dijo que atraería a todos los hombres a sí mismo, no puede significar cada persona en el mundo porque es un hecho que la vasta mayoría no son atraídos a él sino que

se pierden. Al decir Pablo que "así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Co. 15:22), en el segundo uso de la palabra todos no puede estar aludiendo a todas las personas del mundo, porque en comparación tan solo unos cuantos son vivificados en Cristo. Tales usos de la palabra todo y todos son muy frecuentes. Es posible que Juan haya querido decir que Cristo era la propiciación por todos los que creen en el mundo sin distinciones de rango o nacionalidad. Nótense tales usos en otros pasajes (Col. 1:6; Ro. 1:8; Lc. 2:1).

Los arminianos y los que se denominan calvinistas de cuatro puntos siguen sin convencerse. Ellos creen que Cristo sufrió por todos los hombres pero que el pago solo fue hecho en sentido potencial; que sea o no recibido por Dios depende de la decisión de cada ser humano. Lewis Sperry Chafer advirtió que muchos de los elegidos viven en rebelión abierta antes de su conversión. Esto prueba, como él dice, que los hombres no se salvan por el simple hecho de que Cristo murió por ellos, sino por la aplicación divina de la cruz cuando creen. Su punto es que nadie fue redimido realmente en el Calvario, sino solo redimido en potencia. Esto explica por qué Cristo pudo morir por todos, incluso por aquellos que no van a creer. Dios acepta el sacrificio de Cristo en porciones individuales, a medida que los hombres creen. Por eso, aunque todos estuvieron incluidos, el pago se aplica a medida que las personas responden al mensaje.

Los calvinistas de cinco puntos objetan, diciendo que Dios aceptó el sacrificio de Cristo como pago perfecto por el pecado hace dos mil años. No fue aceptado en potencia sino en ese mismo momento. "Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (He. 1:3b). Nótese que la purificación fue obrada en la cruz; Dios ya ha recibido el pago por los elegidos.

La mayoría de los calvinistas creen que la muerte de Cristo fue suficiente para todos; pero la intención de la cruz fue salvar solo a los elegidos. Si Dios se había propuesto desde toda la

eternidad salvar una porción de la raza humana y no la otra, el propósito de la cruz sería redimir para sí a estos escogidos. Nosotros podemos saber si pertenecemos o no a ese grupo.

¿Había alguien que defendiera la doctrina de expiación particular antes del sínodo de Dort? Sí, existen algunas declaraciones que implican que esta doctrina era sostenida por hombres como Justino Mártir y Cipriano. Anselmo dijo que si alguno muere en incredulidad, es porque Cristo no murió por él. Tyndale escribió que la sangre de Cristo quita nada más que los pecados de los elegidos.

Los interesados en el tema deberían consultar la bibliografía que está al final de este libro para un estudio más profundo.

De cualquier modo, los llamados calvinistas de cinco puntos y los arminianos seguirán discrepando en estas cuestiones.

4. ***Gracia irresistible.*** **En mi opinión, los calvinistas deberían abandonar esta frase y reemplazarla por "gracia válida o eficaz". Esta frase significa que cuando Dios aplica su gracia salvadora a los elegidos, siempre es efectiva. Todos los elegidos serán salvados porque la gracia de Dios llevará a buen término la obra de Dios. J. I. Packer escribió: "La gracia demuestra ser irresistible por la simple razón de que aniquila toda disposición para resistir". Como se explica más adelante, esto no significa que alguien pueda llegar a salvarse en contra de su voluntad.**

¿Cómo interpretan los calvinistas los versículos que dicen que los hombres en efecto sí han resistido al Espíritu Santo? Esteban acusó a los judíos de ser duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, de resistir siempre al Espíritu Santo (Hch. 7:51). Es cierto que los inconversos hacen esto, pero los calvinistas enseñan que por necesidad, Dios da la disposición para creer a quienes han sido escogidos para vida eterna. La gracia de Dios, tarde o temprano, siempre va a vencer la resistencia de los elegidos.

En contraste, los arminianos creen que la gracia salvadora es

dada a todos los hombres y puede ser resistida. Aquí de nuevo es clara la diferencia entre los dos sistemas teológicos.

5. ***Perseverancia de los santos.*** **Esta doctrina es el resultado lógico de los cuatro principios anteriores del calvinismo. Históricamente, significa que los santos van a perseverar en su fe. Ninguno de los elegidos se perderá. Cristo afirmó: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí... Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero" (Jn. 6:37-39).**

Lo irónico es que Arminio, el hombre que se vincula con mayor frecuencia a la opinión de que una persona salva se puede perder, no negó la perseverancia de los santos. No obstante, él consideró que el asunto estaba abierto a la discusión. No estaba tan seguro al respecto como los calvinistas.

Puesto que esta doctrina tiene muchas ramificaciones y necesita ser expuesta en mayor detalle, se dedicará más adelante un capítulo entero a ella.

En vista de que el calvinismo ha jugado un papel tan predominante en la historia de la doctrina cristiana y a pesar de ello no tiene una amplia aceptación en la actualidad, resulta apropiado aclarar sus enseñanzas. Vamos a considerar algunas de las objeciones más populares a los famosos "cinco puntos".

Aclaraciones

El calvinismo ha sido rechazado un sinnúmero de ocasiones a causa de algunos malentendidos que se han asociado con él. Las siguientes explicaciones no son dadas para persuadir al lector a convertirse en calvinista, sino para indicar la manera como un calvinista respondería a objeciones populares que con frecuencia se presentan en contra de esta doctrina.

Objeción #1. **El calvinismo hace del ser humano un títere. Dios dirige a tal punto la voluntad humana que todos quedamos reducidos a robots. En efecto, según este argumento lo único que hacemos es actuar en un simulacro.**

¿Enseña esto el calvinismo? Sobra decir que la noción de que Dios controla a los seres humanos tal como nosotros podemos controlar una computadora es contraria a la enseñanza de la Biblia. Los títeres y las computadoras no tienen voluntad; no pueden amar u odiar. Se someten ciegamente a todas las fuerzas físicas que actúan sobre ellos. En contraste, el hombre tiene emociones, una mente que puede pensar y también una voluntad que puede tomar decisiones. Reducir el hombre a un títere equivale a despojarle de su dignidad.

Ahora bien, ¿qué hace que un hombre tome las decisiones que toma? El teólogo norteamericano Jonathan Edwards dijo que siempre escogemos de conformidad con la inclinación más fuerte del momento. Puede ser que tengamos el deseo de robar, pero nuestro temor de ser atrapados (o el temor al Señor) puede hacer que resistamos la tentación. De cualquier modo, hicimos nuestra elección basado en las inclinaciones que sentimos. ¿Qué lleva a un hombre a cometer homicidio? Lo hace porque siente rabia, deseo de vengarse o un sentido de justicia, porque quiere "ajustar cuentas".

El calvinista no dice que Dios programó al hombre para hacer el mal. Sin embargo, el calvinismo enseña que a causa de la caída los deseos del hombre son depravados y por regla general son explotados por Satanás; por lo tanto, sus inclinaciones están dirigidas hacia el mal antes que hacia lo bueno. En consecuencia, comete un crimen porque quiere; obra conforme a lo que desea.

Para fines aclaratorios, prefiero decir junto a Jonathan Edwards que el hombre caído actúa voluntariamente pero no libremente. Hay una diferencia. Libertad siempre significa la capacidad de hacer todo lo opuesto; si el hombre fuera libre en realidad, podría optar por llevar una vida del todo justa por su propia cuenta, o al menos podría elegir a Cristo por cuenta propia. Pero no puede, en consecuencia no es libre. De todas maneras, actúa de forma voluntaria, es decir, actúa de acuerdo a sus deseos y hace todo lo que quiere hacer. Puede ser que un alcohólico no sea libre para abandonar la bebida, ya que carece del libre

albedrío con respecto a este hábito. Aunque no es libre, lo hace por voluntad propia; va al bar por la simple razón de que quiere ir. Por lo tanto, el hombre caído en gran medida posee autodeterminación; no es forzado a hacer el mal por fuerzas externas sino que lo hace por voluntad propia. Santiago enseñó que la propensión que tenemos hacia el mal no debe atribuirse a Dios. "Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie" (1:13). Los malos deseos del hombre salen de su propio corazón.

Esa es la razón por la que la declaración de fe de Westminster puede afirmar que Dios ordena todo lo que sucede y luego añadir: "No embargante lo cual, Dios por ello no es autor de pecado ni la voluntad de las criaturas sufre violencia, ni se elimina la libertad o la contingencia de causas secundarias, sino más bien queda establecida". La voluntad del hombre no es violada por Dios en el sentido de que Dios obligue a un hombre a hacer algo que no quiere hacer. Cuando la Biblia dice que Dios levanta a hombres perversos como Faraón, es posible que lo máximo que haya hecho Dios al respecto fuese retirar cualquier influencia positiva en la vida de Faraón. De todas maneras, Dios elige hacer esto y es la causa del corazón endurecido de Faraón. Después de todo, Dios podría haber elegido no suspender la influencia de su gracia.

La Biblia enseña de manera explícita que Dios en realidad ha ordenado las elecciones del mal que hacen los hombres. En el caso de Judas, por ejemplo, Dios permitió (o utilizó) a Satanás para que pusiera la idea de la traición en su corazón. "El diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase" (Jn. 13:2). Que Judas tenía que traicionar a Cristo es claro a partir de afirmaciones reiteradas en las que se dice que esto sucedió para que se cumplieran las Escrituras. Sin embargo, aun en tales casos, es razonable suponer que Judas había tomado con antelación muchas decisiones hacia el engaño, de tal manera que la actividad de Satanás fue bastante compatible

con sus propias inclinaciones y deseos. Lo mismo se aplica a los muchos casos en la Biblia donde Dios dice que los malvados hacen lo que Él predeterminó que habría de acontecer.

El calvinismo afirma que el hombre está tan caído que no tiene inclinación natural para escoger a Cristo. Este deseo no puede surgir del hombre mismo porque ningún hombre busca a Dios por iniciativa propia. Un teólogo contemporáneo, R. C. Sproul, dice acerca del hombre natural: "El hombre perdió su capacidad para elegir a Cristo. A fin de elegir a Cristo, el pecador debe tener el deseo de elegir a Cristo. O bien ya tiene ese deseo en su interior, o debe recibir ese deseo de Dios".[5] Sin embargo, debido a que no tiene ese deseo en sí mismo, debe ser dado por Dios. Cristo enseñó que nadie podría venir a Él de no ser porque el deseo le fuera dado por su Padre.

Ahora (y aquí el asunto se pone peliagudo), el calvinismo dice a continuación que Dios concede la inclinación y capacidad para elegir a Cristo a algunos, es decir, los elegidos. Dios no obliga a nadie, eso significaría que un hombre puede salvarse en contra de su voluntad.

Nosotros podemos elegir darle dinero a un ladrón, no porque queramos sino porque nos apunta con un arma en la cabeza (esto es coerción). Sobra decir que Dios no ejerce coerción sobre una persona para que cree. No existe en absoluto una persona que no quiera ser salva y a quien Dios salva de todas maneras porque es elegida. Tampoco ha existido una sola persona a quien le gustaría salvarse pero que no pueda hacerlo porque no es elegida. Dios obra en las vidas de aquellos que han de ser salvos, convenciéndoles de pecado y dándoles la fe para creer el evangelio. Él cambia su disposición para que se salven porque así lo quieren.

Cristo enseñó: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37). A todos aquellos a los que el Padre les da, vendrán; y cuando lo hagan serán recibidos. Dios obra en los corazones de los elegidos para que deseen venir a Cristo. Cuando D. L. Moody dijo que "los elegidos

son todos los que quieren y los no elegidos son los que no quieren", estaba en lo correcto. Los calvinistas no podrían estar más de acuerdo.

¿Significa esto que Dios ha violentado la libertad del hombre? Debo subrayar una vez más que la libertad del hombre es unilateral, es decir, solo es libre para escoger entre diversos grados de maldad. Aun el bien que hace está manchado y por eso Dios no lo puede aceptar, de manera que la libertad que tiene es bastante limitada.

Además de esto, ninguno de nosotros eligió entre nacer o no existir, y tampoco elegimos a nuestros padres ni el lugar de nuestro nacimiento. Puesto que estas cuestiones fueron determinadas por Dios, ¿acaso él no tiene también el derecho de cambiar los deseos del corazón humano para que el hombre decida creer en su Hijo?

Ningún creyente está dispuesto a refutar el hecho de que Dios ha obrado en su corazón para traer como resultado la salvación. Quienes menosprecian la creencia de que Dios lleva al arrepentimiento a quienes ha escogido, deberían recordar que abandonados a nuestro "libre albedrío" todos los seres humanos nos perderíamos.

Si usted está a punto de morir ahogado y se encuentra inconsciente en el agua, se sentiría bastante complacido de que el salvavidas le rescatase aunque él, y no usted, hubiera tomado la decisión de rescatarle. Por supuesto, en la salvación (a diferencia de la situación de naufragio presentada), nuestras voluntades si están involucradas; lo que se quiere ilustrar es que el calvinismo dice que nosotros respondemos porque Dios ha inclinado nuestra voluntad para que le escojamos.

En resumen, tanto arminianos como calvinistas están de acuerdo en que Dios debe obrar en el corazón humano si uno ha de ser salvo. Sin embargo, difieren en gran manera sobre el alcance de la intervención de Dios en las decisiones que afectan la salvación. La diferencia es esta: los arminianos creen que Dios solo puede "atraer" o "implorar" pero que nunca puede

obrar en la voluntad humana al punto de hacer de la decisión algo cierto e infalible. Los calvinistas insisten en que existen por lo menos algunas decisiones que son ciertas a causa de los propósitos de Dios. Por ejemplo, ningún hombre escogido por Dios para salvación puede quedar sin venir a Cristo. Cito de nuevo Juan 6:37: *"Todo* lo que el Padre me da, *vendrá* a mí" (cursivas mías).

Debo señalar que los arminianos que subrayan la libertad de la voluntad de todas maneras oran pidiendo que los inconversos lleguen a Cristo. ¿No es esta una admisión tácita de que Dios tiene la capacidad de obrar en la voluntad humana para llevar a cabo la salvación? Si Dios es un manipulador de la voluntad humana, como diría un arminiano, ¿por qué tomarse la molestia de orar por los no salvos para que sean atraídos al Salvador?

La fortaleza del arminianismo radica en que hace un intento sincero de preservar el libre albedrío al hacer que la salvación dependa de la elección del hombre y no la de Dios. La fortaleza del calvinismo consiste en que hace cierta e infalible la intención que Dios tiene de salvar a un número designado. Insiste en que todos los hombres son muertos espirituales, y que si algunos son resucitados debe ser a causa de una diferencia que hace Dios y no el hombre.

Debemos tener la humildad para admitir que puede ser que jamás sepamos qué partes juegan Dios, el hombre y el diablo en cualquier decisión específica tomada por nosotros los humanos. La relación entre estos tres protagonistas puede variar en situaciones diferentes. El calvinismo dice que Dios obra en el corazón humano bien sea de forma directa o indirecta para cumplir sus propósitos, y de una manera tal que el resultado de por lo menos algunas decisiones es seguro y cierto conforme a su decreto soberano.

Objeción #2. ¿Cómo puede el hombre ser responsable por sus acciones si no tiene libre albedrío? ¿Es justo Dios al llamar a cuentas a hombres caídos cuya naturaleza es depravada? Un

hombre pecador que peca solo está actuando conforme a su propia naturaleza.

Jonathan Edwards trató de responder esta objeción al distinguir entre "capacidad natural" y "capacidad moral". El hombre tiene la capacidad natural de tomar decisiones justas porque tiene mente, conciencia moral y voluntad. Lo que le falta es capacidad moral debido a que su disposición es hacia el mal.

Edwards estaría de acuerdo en que sería injusto que Dios esperara que un elefante volara porque ese animal no tiene alas; el hombre en cambio tiene las alas (es decir, los recursos necesarios para tomar buenas decisiones), pero le falta la disposición para utilizar esos recursos de la manera correcta.

Pelagio, como se recordará, enseñó que cualquier cosa que el hombre debiera hacer, él podía hacerla. Sin embargo, Pablo enseñó que no podía hacer lo que debía: "Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago" (Ro. 7:15). Lutero dijo que solo cuando los hombres se dan cuenta de que Dios los considera responsables hasta por lo que no pueden hacer, se ven inclinados a abandonarse a la misericordia de Dios.

También, como se discutió antes, el calvinismo enseña que los hombres hacen elecciones de acuerdo a sus propios deseos. Sus acciones no están "determinadas" por Dios como si fuesen marionetas. Los hombres hacen lo que quieren hacer y son responsables de ello. Es cierto que hay muchas cosas que no pueden hacer, como actos de justicia verdadera por ejemplo, pero son responsables por lo que sí hacen.

Supongamos que usted nace en una familia con deudas bastante grandes. La responsabilidad por el pago recaería en usted aun si se incurrió en la deuda mucho antes que usted llegara. De igual manera nosotros heredamos el pecado de nuestro ancestro Adán, y Dios nos hace responsables de ello. No solo nacemos con una naturaleza pecaminosa, sino que también estamos bajo condenación. Por lo tanto somos tenidos por responsables de pecados que no cometimos de forma personal.

Si usted tiene objeciones a esto, recuerde que el arminianismo tampoco escapa a esta dificultad. Tanto arminianos como calvinistas admiten que millones de personas se perderán aunque no tuvieron ante sí la opción para elegir si iban a creer en Cristo. Dios juzgará a estas personas basado en su conocimiento, aunque no supieran acerca del evangelio. Los arminianos deben admitir que la responsabilidad se basa en el grado de conocimiento que una persona tiene, no en si cuenta con una opción genuina para aceptar o rechazar a Cristo.

Problema #3. El calvinismo hace incongruente a Dios. Él ofrece el evangelio a todos los hombres, pero no todos pueden creer. Lutero, como se recordará, apeló a una "voluntad oculta de Dios" que se distingue de la voluntad revelada de Dios. La voluntad revelada era que todos los hombres fueran salvos, pero la voluntad oculta era que la mayor parte de la humanidad fuera condenada. Los arminianos dicen que esto no solo genera un conflicto en la naturaleza de Dios sino que da razón para creer que Dios es engañoso. Él ofrece con una mano lo que quita con la otra. ¿Qué decir sobre la existencia de un propósito o voluntad ocultos que son contrarios a la voluntad revelada de Dios? En otras palabras, ¿acaso Dios da a los hombres una invitación sabiendo que ellos no la pueden aceptar?

Así lo hizo con Faraón. Leamos con detenimiento: "Cuando hayas vuelto a Egipto, mira que hagas delante de Faraón todas las maravillas que he puesto en tu mano; pero yo endureceré su corazón, de modo que no dejará ir al pueblo" (Éx. 4:21).

La voluntad revelada de Dios era que el Señor quería que Faraón dejara ir al pueblo; el propósito oculto era que el corazón de Faraón fuese endurecido para que no dejara ir al pueblo. Dios dijo a Moisés que hiciera a Faraón una petición la cual sabía que no podía conceder. Sin duda, Dios mismo se aseguró de que Faraón no la pudiese aceptar. ¿Faltó sinceridad en la oferta de Dios a Faraón? ¿Estaba quitando con una mano lo que ofrecía

con la otra? ¿Estaban en conflicto mutuo estas dos revelaciones de Dios?

Hay otros ejemplos. Ezequiel fue enviado para hablar a la casa de Israel aunque Dios le dijo de antemano que el pueblo no le escucharía (Ez. 3:4-11).

Isaías recibió la orden de hablar al pueblo de su tiempo aunque Dios dijo que los corazones de la gente serían endurecidos (Is. 6:9-11). Cristo dijo que al pueblo eran enviados profetas y hombres sabios aunque no iban a ser recibidos (Mt. 23:34-36).

Los calvinistas sostienen que no hay engaño alguno en el hecho de que Dios haga una oferta a hombres y mujeres, la cual sabe que ellos rechazarán, o incluso una oferta que Él sabe, no pueden aceptar. Sería un engaño si la oferta fuera aceptada y luego Dios no cumpliera sus obligaciones prometidas. Es posible que Dios esté usando esta oferta universal como una base futura de juicio, como en los casos citados de las Escrituras.

En realidad, esta objeción al calvinismo también se aplica al arminianismo. Si Dios sabe quiénes se salvarán y quiénes no (como admiten los arminianos) ¿acaso no es insincero al ofrecer salvación a quienes sabe que no la aceptarán? Después de todo, la presciencia de Dios es infalible. Voy a ponerlo en términos claros: si Dios sabe que los hombres no aceptarán su oferta, ellos no pueden aceptarla, sin importar la razón por la cual digan que no.

Objeción #4. ¿Cómo podemos armonizar "Dios eligió algunos " con "Dios desea que todos se salven "? Pablo escribió que Dios "quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Ti. 2:4), y se dice también que él es paciente, "no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9).

La palabra voluntad se emplea muchas veces en la Biblia en el sentido de deseo. En este contexto la idea es que Dios no desea que los seres humanos se pierdan por la eternidad. Esto es

congruente con la aserción del Antiguo Testamento en el sentido de que Dios no se deleita en la muerte del impío.

No obstante, existe una diferencia entre el decreto de Dios y el deseo de Dios. Una reflexión momentánea confirmará esta distinción. Piense en ello de esta forma: Dios no se deleitó en la muerte de su Hijo. Podríamos decir que no estaba dispuesto a que su Hijo muriera con tal sufrimiento y agonía sobre la cruz. Sin embargo, Él decretó que tendría que suceder. Cristo murió a manos de hombres perversos y así cumplió todo lo que la mano y el consejo de Dios "habían antes determinado que sucediera" (Hch. 4:28). Es claro que Dios eligió renunciar a sus deseos. Él deseaba una cosa pero decretó otra. Si preguntamos por qué, todo lo que podemos hacer es contestar que tenía un propósito preponderante que cumplir. Ese propósito prevaleció sobre su deseo de ver a Cristo exento de cualquier sufrimiento.

De manera similar, él desea que todos los hombres sean salvos. Sin embargo, permite por otro lado que la mayor parte de la humanidad perezca. Nosotros simplemente no sabemos por qué ha elegido renunciar a su deseo de ver salvos a todos los hombres. Podemos estar bastante seguros, no obstante, de que existe un propósito último para ello, puesto que su Palabra dice: "Todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo, y aun al impío para el día malo" (Pr. 16:4).

Problema #5. ¿Por qué Dios no los eligió a todos? Los calvinistas deben explicar por qué Dios no eligió a todos los seres humanos (o al menos muchos más) para vida eterna, si estaba en su poder hacerlo.

Detrás de esta objeción se esconde la suposición de que Dios le debe la salvación a todo el mundo, pero el calvinista cree que Dios no estaba en la obligación de salvar a uno solo. Si salva a algunos, eso tampoco lo pone bajo la obligación de salvar al resto. Si recibiéramos lo que merecemos, todos estaríamos perdidos.

Como advierte R. C. Sproul, Dios no trata a todos por igual. Él no se apareció a Hammurabi de la misma manera que se apareció a Moisés; Dios dio bendiciones a Israel que no dio a Persia. Cristo se apareció a Pablo en el camino a Damasco de una manera que no se apareció a Pilato. Luego añade el teólogo: "En el plan de salvación Dios no hace mal una sola cosa. Él jamás comete injusticias. Algunos obtienen justicia, que es lo que se merecen, mientras que otros reciben misericordia''.[6]

Warfield indica que el amor de Dios debe por necesidad estar bajo el control de la justicia de Dios y sus propósitos eternos. En respuesta a la pregunta de por qué Dios no salva a más personas, Warfield dijo que la antigua respuesta sigue siendo la mejor: "Dios en su amor salva a tantos como puede salvar de entre la raza culpable de los seres humanos, de acuerdo al consentimiento de todos los aspectos de su naturaleza". Él no puede ejercer su poder absoluto para salvar sin tener en cuenta sus demás atributos y sus objetivos eternos.

En el capítulo siguiente veremos que el arminianismo en realidad no explica por qué se salvan muy pocos. Ambos sistemas deben aceptar el hecho de que tan solo una fracción de la población mundial conoce a Cristo como Salvador. En ambos se cree que Dios pudo haber dispuesto la salvación de muchos más de los que fueron su única prioridad. Más sobre esto a continuación.

No puedo subrayar con suficiente insistencia que los calvinistas coinciden con los arminianos en que todos los que desean ser salvos pueden serlo. Podemos saber si nuestros nombres fueron escritos en el Libro de la vida desde antes de la fundación del mundo (Ap. 13:8). Debemos venir a Cristo, y su promesa es que Él no nos echará fuera (Jn. 6:37).

Contraste de las dos visiones

J. I. Packer es un calvinista cuya introducción al libro de John Owen titulado *La muerte de la muerte en la muerte de Cristo*, incluye un contraste claro entre arminianismo y

calvinismo. Debe admitirse que es un análisis parcial ya que el autor argumenta que el calvinismo es la única visión que ofrece un entendimiento correcto de la salvación.

Packer considera que el arminianismo enseña que Dios está esperando en "impotencia taciturna" en la puerta de nuestros corazones, esperando que le dejemos entrar en cualquier momento. Dice además: "Hemos lisonjeado a pecadores impenitentes asegurándoles que está dentro de su poder arrepentirse y creer, ya que Dios no puede intervenir para que lo hagan". Esto porque el arminianismo enseña que después que Dios y Cristo han hecho todo lo que pueden o están dispuestos a hacer, depende en últimas de la elección de cada hombre si el propósito de Dios de salvar a los hombres se va a cumplir o no. La salvación está fuera de las manos de Dios y ellos la ponen en manos de los hombres.

Packer nos urge a predicar un evangelio que derrote la confianza en el hombre en sí mismo, "para convencer a los pecadores de que la salvación está por completo fuera de sus manos, y para dejarles expuestos a una dependencia absoluta y desesperada en la gracia gloriosa de un Salvador soberano, no solo para recibir su justificación sino también su fe".[7] Por supuesto, esto es calvinismo puro.

No obstante, el calvinismo no es fácil de aceptar para ninguno de nosotros. Juan Wesley creyó que hacía de Dios un diablo, o poco más o menos peor que el diablo. Wesley y Whitefield, aunque en un principio fueron amigos, se apartaron por causa de esta doctrina. Demos una mirada más a este debate crítico.



1 Arthur Pink, *The Atonement* [La expiación] (Sterling, Va.: Reiner Publications, 1971), p.245.

2 Donald A. Carson, *Divine Sovereignty and Human Responsability* [Soberanía divina y responsabilidad humana] (Atlanta John Knox Press, 1981), p. 210

3 Citado en Michael Scott Horton, *Mission Acomplished* [Misión cumplida] (Nashville Nelson, 1986), p 173 Una declaración similar aparece en el sermón de Spurgeon sobre Isaías 53:10, *A Treasury of the Old Testament* [Tesoros del Antiguo Testamento] (Grand Rapids Zondervan, 1962), 3:751

4 Horton, p. 89.
5 R. C. Sproul, *Chosen by God [Escogidos por Dios*] (Wheaton, III.: Tyndale House, 1986), p. 61.
6 *Ibid*, p. 37.
7 J. I Packer en el libro de John Owen, *The Death of Death in the Death of Christ* [La muerte de la muerte en la muerte de Cristo] (Londres: The Banner of Truth Trust, 1959), p. 1-25.

DOCE

Predestinación o libre albedrío: Whitefield contra Wesley

George Whitefield es conforme a cualquier criterio de medición, uno de los predicadores más grandes de todos los tiempos. Como resultado de su predicación se levantaron avivamientos en Londres y sus alrededores cuando él contaba apenas con veintidós años. Durante aquel tiempo, Juan y Carlos Wesley trataban de hacer obra misionera en Georgia pero estaban fracasando. Pocos meses después de su regreso a Inglaterra, Juan Wesley se convirtió en Aldersgate, donde escuchó la lectura del prefacio de Martín Lutero a su comentario sobre Romanos. Incluso después de esa experiencia siguió sufriendo de incertidumbre doctrinal y espiritual.

Mientras tanto, el ministerio de Whitefield era tan notable que alguien reportó: “Toda Londres y la nación entera resuenan con las cosas grandes de Dios obradas por su ministerio”. Puesto que conocía a Wesley por los años que pasaron estudiando en Oxford, le invitó a unirse a él para predicar a las grandes muchedumbres. Whitefield se refería con frecuencia a sí mismo como un metodista, y algunos pensaban que había sido el fundador del metodismo. Las multitudes de Wesley no eran tan grandes como las de Whitefield en ese tiempo, pero estaba empezando a obtener cierta medida de fama y renombre.

Cuando Whitefield le presentó a su congregación en Bristol, le urgió que se abstuviera de entrar en un altercado, "mucho menos en lo concerniente a la predestinación porque la gente tenía muchos prejuicios al respecto". A pesar de ello, Wesley empezó a predicar en contra de la predestinación, una doctrina de cuya veracidad se estaba convenciendo Whitefield.

Cuando Whitefield zarpó hacia Norteamérica en 1739, dejó su gran congregación en manos de Wesley. Nunca se imaginó que Wesley aprovecharía la ocasión para poner a la gente en su contra sobre las cuestiones de predestinación y perfeccionamiento. Wesley había empezado a predicar contra lo enseñado por Whitefield. El hombre que aborrecía el calvinismo se había convertido en líder de un movimiento de avivamiento que había sido empezado por Whitefield, el calvinista.[1]

Poco después del viaje de Whitefield al nuevo mundo, Wesley predicó su sermón sobre la gracia gratuita. También hizo llegar una copia a los impresores de Norteamérica y por eso Whitefield se enteró del sermón. A su regreso descubrió que Wesley había puesto a la gente en su contra. Wesley había pedido a la gente que evitaran ser escuchados por Whitefield, y después que este continuó su ministerio, Wesley le siguió por todas partes para sembrar división sobre el asunto de la elección. Cierto día, Carlos Wesley pidió a su hermano que le acompañase, pero Juan contestó: "No me es posible ahora proseguir por mi camino. Debo ir por todas partes recogiendo el rastrojo dejado por G. Whitefíeld".

¿Cuál fue el contenido de aquel sermón sobre la "gracia gratuita" para haber vuelto irreparable la ruptura entre Wesley y Whitefield?

Wesley insistió en que el calvinismo enseña que por decreto de Dios la mayor parte de la humanidad es condenada a muerte sin posibilidad alguna de redención; nadie puede salvar esta vasta multitud excepto Dios, y Él no está dispuesto a hacerlo. "Decir que Dios ha decretado no salvarles equivale a decir que ha

decretado condenarles. Llámese esto como se quiera llamar: elección, preterición, predestinación o reprobación... al fin de cuentas es la misma cosa... Por virtud de un decreto eterno e inalterable de Dios, una parte de la humanidad se salva de manera infalible, y el resto se condena con la misma infalibilidad".

Luego concluyó que esto haría vana toda predicación del evangelio. "Es innecesaria para los que son elegidos y es inútil para quienes no lo son". En efecto, tal situación hace inservible la predicación del evangelio.

Wesley llamó la predestinación una doctrina "llena de blasfemia". Representa a nuestro bendito Señor como "un hipócrita, un engañador de la gente, un hombre carente de sinceridad corriente. Esta es una blasfemia que hace zumbar los oídos de cualquier cristiano". Dijo a Whitefield: "Usted representa a Dios como un ser peor que el diablo; más falso, más cruel y más injusto... ¡usted dice que lo va a demostrar con las Escrituras! ¡Espere un momento! ¿Qué es lo que va a probar con la Biblia? ¿Que Dios es peor que el diablo? No puede ser".

Wesley no había terminado, a continuación se dirige al diablo:

> *Eres un tonto, ¿para qué sigues rugiendo? Es fútil y superfluo tu acecho de las almas, tanto como nuestra predicación. ¿Acaso no te has enterado que Dios te quitó el trabajo y ya lo realizó con más efectividad? ...Nosotros podemos resistirte, ¡pero Él puede destruir alma y cuerpo en el infierno en un acto irresistible! Lo único que puedes hacer es seducir, en cambio su decreto inalterable para dejar miles de almas en la muerte les obliga a continuar en pecado hasta que se dejan caer en las llamas perpetuas... ¿No has oído que Dios es el león devorador, el destructor de las almas y el aniquilador de los hombres?* [2]

Es posible que jamás se haya escrito una denuncia más lacerante del calvinismo. A Wesley le resultaba tan obvio que el arminianismo era correcto, que presentó muy poco respaldo

bíblico para sus ideas. Apeló al hecho de que el evangelio es ofrecido a todos los hombres, y eso para él era prueba suficiente de que es el hombre y no Dios quien hace la elección acerca de quiénes se salvarán.

En ese caso, si Agustín, Lutero, Calvino, Whitefield y Jonathan Edwards habían venido enseñando una blasfemia, ¿cómo pudieron haber sido engañados? Estos hombres eran estudiantes minuciosos de las Escrituras. ¿Habían pasado algo por algo? Igualar a Dios con el diablo es sin duda una acusación muy seria. Quizá necesitamos mirar de nuevo lo que el calvinismo enseña y por qué.

Antes de resumir algunas de las cuestiones involucradas, vamos a considerar el desarrollo de la controversia entre calvinismo y arminianismo en Norteamérica.

Debilitamiento del calvinismo en Norteamérica

Los puritanos que habían tenido un efecto tan notorio en la vida religiosa de las colonias, eran en gran parte calvinistas que creían en la predestinación y la esclavitud de la voluntad. El primer gran despertamiento espiritual (1740-1760) fue en gran medida un éxito para el calvinismo, ya que recalcó la soberanía de Dios en la salvación de los pecadores. La mayoría de las personas saben algo acerca del efecto de Jonathan Edwards y su énfasis en la ira de Dios. Su obra de mayor erudición titulada *La libertad de la voluntad,* le clasifica entre los grandes teólogos norteamericanos. En su libro, que había preparado en su mente durante muchos años y que escribió en tan solo cinco meses, argumentó con gran coherencia que el arminianismo era una imposibilidad lógica. Concluyó que la voluntad humana no es libre.

Sin embargo, en el tiempo del segundo gran despertamiento (1790-1840) el calvinismo ya había declinado, debido en particular a la influencia de Carlos Finney, el especialista en avivamientos que estaba mucho más cerca de Pelagio que de Agustín o Calvino. También introdujo los "llamados al altar"

en las campañas evangelísticas, y desde aquel tiempo la teología norteamericana no ha sido la misma.

El doctor Oliver Wendell Holmes, del tribunal supremo de justicia, es conocido por haber introducido el relativismo moral en la interpretación de la constitución política. También es conocido por haber declarado la muerte oficial del calvinismo en los Estados Unidos el primero de noviembre de 1855. Este hombre se rebeló contra el calvinismo de su padre, el pastor de la Primera Iglesia Congregacional en Cambridge, Massachusetts. Escribió el epitafio del calvinismo, un poema en que expresó la desintegración de este sistema teológico. Según él, el calvinismo se derrumbó como un armatoste destartalado.[3]

> *¿Han oído acerca del asombroso armatoste que fue construido con tal lógica que corrió a la velocidad de cien años por día, y que luego se desbarató de repente? Les cuento lo que pasó sin tardarme: resulta que asustaba a los clérigos con ataques de ansiedad y espantaba a la gente con pérdida de la cordura. Pregunto ahora, ¿acaso ustedes han oído algo así?*

El poema sigue contando que el armatoste fue construido hace cien años y luego colapso de repente:

> *Todo en un solo golpe, ninguna cosa cayó primero que otra; así como las burbujas se desvanecen al estallar llegó a su fin el asombroso armatoste destartalado. La lógica sigue siendo lógica y eso es todo lo que yo puedo decir.*

Si el calvinismo murió el primero de noviembre de 1855, fue debido en gran medida a la influencia de Finney en los avivamientos. En su reacción frente al calvinismo de su tiempo, Finney minimizó la necesidad de la gracia de Dios en la salvación. Para él, el hombre tiene el poder para determinar su propio destino; además creía que el reinado milenario estaba a

la vuelta de la esquina. Los hombres podían celebrar un avivamiento siempre que quisieran. “Un avivamiento no es un milagro ni depende de un milagro. No es más que el uso correcto de los medios disponibles”.

Finney, al igual que Pelagio, creía que todo lo que al hombre se le mandaba hacer, podía hacerlo. Predicó un sermón controvertido que tituló “Pecadores destinados a cambiar sus propios corazones”, en el cual afirmó que el hombre no era tan miserable e impotente como los calvinistas habían creído. La naturaleza humana no era tan mala que no se pudiera redimir, sino que más bien era capaz de lograr su mejoramiento. Cuando el pecado se empieza a manifestar en la vida de un niño, “es por entero resultado de una tentación al egoísmo que surge de las circunstancias en que el niño vive”. Si tan solo pudiéramos quitar las tentaciones, la naturaleza humana podría ser mejorada.

El arminianismo de Finney llegó tan lejos como para afirmar que Dios no pudo haber impedido la llegada del pecado al mundo. Los pecadores podían trastocar el poder de Dios endureciendo sus propios corazones contra la obra del Espíritu. Se quejó de que los calvinistas eran incongruentes porque predicaban que los pecadores se debían arrepentir, pero en el mismo mensaje les decía que eran incapaces de hacerlo. Decir que los pecadores no se podían arrepentir era calumniar a Dios con acusaciones de tiranía infinita.

En su gran mayoría, los evangélicos de la actualidad están al lado de Finney antes que de Whitefield y Edwards. A casi todos nosotros nos enseñaron que Satanás vota en contra de nuestra salvación; Dios vota a favor, y nosotros rompemos el empate. A causa de la creencia difundida de que Dios no interfiere con nuestro “libre albedrío”, un reconocido evangelista dijo a sus oyentes: “Usted debe tomar esta decisión solo; ni siquiera Dios la puede tomar por usted. Todo está en sus manos y todo depende de usted”.

Creer en el libre albedrío es algo que nos gusta más que creer en la esclavitud de la voluntad como la enseñan Agustín, Lutero,

Calvino, Edwards y Whitefield. Si el arminianismo puede dar una respuesta satisfactoria a la manera como Dios se relaciona con el hombre, y si puede mostrarse que la Biblia enseña el libre albedrío, va a parecer una opción preferible al calvinismo. Nadie quiere que se llegue a pensar que Dios es peor que el diablo.

¿Por qué es más atrayente el arminianismo? En primer lugar, parece dar una respuesta más aceptable al problema del mal. Los calvinistas dicen que Dios ordena el mal, mientras que los arminianos dicen que Dios tan solo permite que suceda. Esto parece proteger la reputación de Dios.

En segundo lugar, el arminianismo parece más compatible con el amor de Dios. La imagen de un Dios que está salvando a tantos como sea posible sin violentar la voluntad humana es coherente con nuestra manera de entender el amor, mientras que la idea de que Dios solo predestinó a pocos para vida eterna no lo es.

Por último, los arminianos dicen que la Biblia enseña la libertad de la voluntad. Dios obra en el corazón humano exhortando a los hombres para que se puedan salvar, pero él jamás determina su decisión. Esto es lo que da ímpetu a la gran comisión.

Vamos a examinar estas aserciones.

Las ventajas del arminianismo

Wesley y Whitefield, a pesar de sus fuertes diferencias sobre la doctrina de predestinación, fueron usados por Dios de una manera poderosa. Antes de su muerte, Whitefield pidió con gran donaire que Wesley predicara su sermón fúnebre como una señal de unidad entre los creyentes. Wesley aceptó la invitación y rindió un tributo descollante a Whitefield. Le describió como un hombre de celo, compasión y caridad sin paralelo. ¿Cuál fue el fundamento de su integridad, sinceridad, valentía, paciencia y toda otra cualidad de valor? Wesley dijo: “No fue otro que la fe en su Señor y su obra en la cruz; fe en la actuación de Dios...

El amor de Dios derramado en su corazón por el Espíritu Santo fue lo que llenó su alma de amor tierno y desinteresado hacia todos los hijos de los hombres”.[4]

Wesley esperaba que llegara a su fin la hostilidad entre los dos bandos teológicos. Por supuesto, esta también fue una lección importante para todos nosotros. El cuerpo de Cristo ya está dividido por muchas cuestiones que debilitan nuestro testimonio al mundo. Aunque tanto arminianos como calvinistas creen con firmeza que sus posturas respectivas son correctas e importantes para el evangelismo y el discipulado, ambos grupos son usados por Dios.

Los arminianos siempre se preguntan por qué alguien estaría dispuesto a ser un calvinista, y los calvinistas se preguntan a su vez cómo alguien podría ser un arminiano. En las páginas que siguen vamos a considerar las ventajas del arminianismo y luego presentar una crítica calvinista, no para persuadir al lector a convertirse en calvinista, sino para explicar de manera breve por qué los calvinistas creen que el arminianismo, a pesar de su atractivo inicial, está enfrentado a serias dificultades bíblicas y lógicas. Puesto que el calvinismo ha jugado un papel tan importante en la historia de Europa y América, es importante que lo entendamos, así no sea muy popular en nuestros púlpitos. ¿Cuáles son las ventajas del arminianismo?

Ventaja #7. Dios nunca ordena el mal sino que solo lo permite a causa del libre albedrío de sus criaturas. En contraste, el calvinismo al decir que Dios en efecto ordena el mal, hace que Dios quede como un ser que quiere el sufrimiento del hombre. El arminianismo protege la reputación de Dios, el calvinismo la destruye.

Clark Pinnock, un arminiano contemporáneo, dice que el calvinismo convierte a Dios en “una especie de terrorista que va por todos lados esparciendo torturas o desastres y que aun hace que la gente quiera hacer las cosas que Dios detesta según la Biblia”.[5] Luego se refiere al demente que mató a veinte personas en un restaurante como ejemplo de la clase de atrocidades

que según los calvinistas fueron ordenadas por Dios. Lo que Pinnock parece creer es que tales incidentes ocurren porque Dios no interfiere con el libre albedrío de una persona, de manera que Dios "permite" esos crímenes pero no los ordena, y de esa forma se salvaguarda la reputación de Dios.

Los calvinistas no quedan convencidos. Aun si concedemos a los hombres todo el libre albedrío que Pinnock desea, Dios pudo haber impedido este incidente. El demente pudo haber muerto mientras dormía durante la noche o al menos se habría despertado demasiado enfermo como para salir de la cama; o su arma se habría podido atascar en el último instante, o pudo haber sido protegido del poder de Satanás que con toda seguridad fue el que inspiró el hecho atroz. La mayoría de los arminianos estarían de acuerdo en que Dios tenía toda clase de opciones disponibles para impedir este crimen, todas sin poner en entredicho el libre albedrío del hombre.

Si el sufrimiento humano no es voluntad de Dios, ¿qué diremos del terremoto en México que no mató a veinte sino casi a veinte mil? El dolor padecido por la ciudad entera va más allá de toda comprensión. Esta tragedia tan absurda no involucró el libre albedrío de un solo ser humano sino que fue ocasionado por una falla geológica. Dios pudo haber impedido que la tierra se moviera sin poner en entredicho la libertad que los arminianos dicen que todos tenemos. Dios pudo haber fortalecido la tierra bajo la ciudad de México como lo ha hecho en las partes del mundo que casi nunca experimentan terremotos. Es poco consuelo para la población aterrorizada recibir la noticia de que Dios no ordenó esto sino que solo optó por permitirlo.

Supongamos que yo soy un mecánico y estoy al lado de un hombre a quien le cae su automóvil encima mientras cambia una llanta desinflada. Aunque el gato había aguantado varios minutos, cedió justo cuando él decidió deslizarse por debajo para limpiar una gota de aceite de la transmisión. Yo me quedo ahí mirando al hombre morir aunque tengo una grúa en mi camión que habría servido para levantar el auto. Justifico mi

inactividad diciendo que yo no ordené que el hombre muriera sino que tan solo lo permití. De hecho, el hombre se colocó bajo el auto por su propia y libre voluntad. ¿Acaso esto me absuelve de toda responsabilidad? Seguro que no.

Pensemos ahora en Dios: Él creó al hombre, conoce el peso exacto del automóvil y su centro de gravedad. Creó la roca puntiaguda que ocasionó el daño en la llanta en primer lugar. Supo cuál era la fortaleza del gato desde que fue fabricado y con facilidad pudo haber dispuesto que el gato aguantara el peso del carro treinta segundos más. Pero permitió que cediera en el momento preciso cuando el hombre estaba debajo. ¿En realidad ayuda en algo decir que no lo ordenó sino que solo lo permitió? Si un ser humano no puede evitar su responsabilidad diciendo que solo permitió que el hombre muriera, ¿cuánto menos puede un Dios soberano evitar la responsabilidad diciendo que solo se limitó a permitir que el accidente tuviera lugar?

Los calvinistas piensan que el arminianismo no resuelve el problema del mal después de todo. De hecho, lo único que hace es poner en duda el poder de Dios. ¿En realidad era impotente cuando aquel hombre mató a disparos a otros veinte? ¿Pasó por alto la debilidad de la corteza terrestre en México? ¿Subestim ó el peso del carro en relación a la resistencia del gato? ¿Cuántas cosas suceden en este mundo pecaminoso sin su permiso y control?

Tanto calvinistas como arminianos enseñan que Dios no hace y no puede hacer el mal. Los calvinistas dicen que a pesar de esto Dios lo ordena a través de causas secundarias. Los arminianos dicen que Dios solo lo permite. No obstante, su permiso significa por necesidad que tiene la responsabilidad última por él. Después de todo, pudo haber elegido "no permitirlo".

En ninguna parte la Biblia trata de defender la reputación de Dios como nos sentimos inclinados a hacerlo con tanta frecuencia. Cuando Dios quiso castigar a Israel utilizando los ejércitos de una potencia enemiga, no evadía la responsabilidad

haciendo una distinción entre lo que permite y lo que ordena, sino que dijo en una de esas ocasiones: "Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas" (Hab. 1:6). Dios habla de nuevo al respecto: "¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se encuentran decenas de versículos similares.

El problema de la relación de Dios con el mal es bastante difícil de abordar. Sin duda alguna, es el asunto más desconcertante que se puede encarar. Esta discusión breve no tiene por objetivo explicar las ramificaciones del problema y mucho menos resolverlo. Mi intención consiste en mostrar que cuando los arminianos dicen que Dios solo permite el mal pero no lo ordena, no pueden por esa vía absolver a Dios de responsabilidad por el mal en el mundo. Los calvinistas admiten de manera abierta que Dios ordena el mal, y esto es coherente con la Biblia y la lógica.

En discusiones ordinarias sobre acontecimientos humanos podemos decir que Dios permitió el mal, siempre y cuando entendamos que por ende fue su voluntad que ocurriera. Los calvinistas concuerdan con la confesión de fe de Westminster según la cual Dios ordena todo lo que acontece. En pocas palabras, lo que Dios permite es lo que ordena.

Por supuesto, ¡los arminianos pueden ejercer su libre albedrío y no estar de acuerdo!

Ventaja #2. Dios salva a todos los que puede. La creencia arminiana según la cual Dios está salvando a tantas personas como puede y salvaría más si pudiera, es más compatible con el amor de Dios que la visión de que eligió solo a unos cuantos para vida eterna.

El arminianismo dice que Dios dio al hombre libre albedrío; aunque Dios puede instar a hombres y mujeres al arrepentimiento, nunca obra en sus corazones de tal manera que en realidad determine sus decisiones. Por eso realiza sus mejores

esfuerzos para salvar a todos los que pueda, pero una de las consecuencias de su respeto a la libertad humana es que sus opciones son limitadas.

Norman Geisler escribe en defensa del arminianismo: “Sin duda alguna, Dios salvaría a todos los seres humanos si pudiera ... Dios obtendrá el mayor número posible que esté en su poder ... Dios salvará la cantidad más grande que se pueda alcanzar sin transgredir el libre albedrío humano”.[6]

De manera que Dios está haciendo lo mejor que puede. Los líderes de misiones nos dicen que a pesar de que hay multitudes que se están acercando a Cristo, la iglesia no está a la par con la población mundial en términos de porcentaje. Hay doce países en los que no se tiene una iglesia nativa y diez de estos son naciones musulmanas. Incluso en un país como los Estados Unidos, donde el evangelio es predicado de costa a costa, el número de creyentes nacidos de nuevo es relativamente pequeño. En un sentido puramente estadístico, Dios va perdiendo.

Por supuesto, no es en absoluto incongruente decir que Dios en su soberanía eligió dar al hombre libre albedrío, y que por lo tanto Dios solo puede rogar e instar esperando que muchos más crean. Si, como dice Geisler, Dios está salvando a tantos como puede pero la humanidad le ha hecho demasiada resistencia, que así sea. Los calvinistas dicen, sin embargo, que eso no es lo que la Biblia enseña y que no es coherente con otras opciones que están a disposición de Dios.

Si es cierto que Dios da la capacidad de creer a todas las personas al concederles gracia suficiente para contrarrestar los efectos de la depravación pecaminosa, y si la voluntad humana es tan libre como los arminianos dicen que es, en ese caso esperaríamos que cerca de la mitad de todos los que oyen el evangelio recibieran a Cristo como Salvador. Recordemos, los arminianos dicen que cada hombre tiene el libre albedrío para creer; lo sorprendente es que la mayoría de ellos ejercen esa libertad para elegir en la dirección errónea.

Aun si la culpa de esta situación fuera de la iglesia, el hecho es que Dios ha "permitido" muchas veces que haya obstáculos insalvables a la predicación y el mensaje del evangelio. Cientos de misioneros han muerto a temprana edad debido a enfermedades o atentados. Un piloto misionero fue asesinado en su primer viaje en la India; cuatro misioneros jóvenes murieron de tuberculosis justo antes de salir hacia el Africa. Si la prioridad preponderante de Dios es salvar a cuantos sea posible, no era necesario en absoluto que ocurrieran tales reveses a su causa. Estos obstáculos se habrían superado con facilidad sin infringir el libre albedrío de un solo hombre.

Todavía más allá de estas consideraciones, Dios cuenta con una serie de opciones disponibles para impedir que la gente vaya a la perdición eterna. Puesto que Dios sabe de antemano quiénes creerán y quiénes no, Él podría disponer que todos los que no van a creer murieran en la infancia y fueran al cielo. O mejor todavía, ¿para qué tomarse la molestia de crear a quienes sabía de antemano que iban a terminar en perdición? Cristo dijo acerca de Judas: "Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido". Para Dios habría sido fácil disponerlo así y Judas no habría tenido que padecer tormento eterno.

Los arminianos deben explicar por qué Dios parece estar fracasando en el cumplimiento de su meta de salvar a cuantos le sea posible. Está obrando de manera activa para salvar a cuantos pueda, pero solo un pequeño porcentaje de la población está dispuesto a creer.

Cierto arminiano que tenía la firme determinación de defender a Dios contra la acusación de fracaso, sugirió que al final de todo va a haber más salvos que perdidos a causa de la elevada tasa de mortalidad infantil en los países subdesarrollados. Dios permite que millones de bebés mueran de hambre y enfermedad para que vayan al cielo; de esta forma puede salvar a más que si les permite crecer y optar por la perdición espiritual.

Aparte de estas estadísticas bastante dudosas, no es mucho crédito para el Todopoderoso decir que debe recurrir al hambre

infantil para incrementar el número de los salvados. Clark Pinnock defiende la incapacidad de Dios para salvar al mundo diciendo que crear a criaturas libres fue un "negocio bastante arriesgado". Escribe: "Solo puedo suponer que Dios creyó que se trataba de un riesgo que valía la pena correr en vista de los beneficios que rendiría al final de cuentas".[7]

Los arminianos enseñan que Dios está frustrado por el libre albedrío de sus criaturas. Ha decretado salvar a tantos como sea posible, pero el número es muy pequeño en comparación. Ha planeado la salvación de todos y esa es su voluntad, pero sus metas siguen sin cumplirse. De hecho, puesto que Dios ha concedido libre albedrío al hombre, en teoría es posible que ni siquiera uno solo se hubiera salvado.

Los calvinistas creen que la elección hace cierto e infalible el éxito del plan de Dios. Dios se ha comprometido a salvar un número determinado, y ellos serán salvos a pesar de la rebelión de la humanidad. La incredulidad y el hundimiento del hombre jamás podrán trastocar el plan que Dios se ha propuesto cumplir.

Cuando los cristianos en Roma pensaron que los propósitos de Dios estaban fallando debido a que la nación de Israel no se estaba volviendo a Cristo, Pablo confrontó sus dudas sin rodeos al decir: "No que la palabra de Dios haya fallado" (Ro. 9:6). Luego se embarcó en una discusión acerca de los propósitos soberanos de Dios, diciendo que en efecto nunca ha sido intención de Dios salvar a todos los israelitas sino solo a un remanente. Puesto que todos los elegidos están siendo salvos, los propósitos se están cumpliendo a plenitud.

Retomó el mismo tema en Romanos 11, aseverando: "Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia... ¿Qué pues? Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos" (Ro. 11:5-7). Aquellos a quienes Dios se había propuesto salvar son salvados.

Como podría esperarse, los arminianos enseñan que las elecciones de Dios presentadas en Romanos 9 no tienen que ver

con la salvación personal, sino solo con bendiciones temporales sobre la tierra. Dios escogió a Israel como una nación especial, pero dentro de este grupo fue responsabilidad de cada individuo decidir si habría o no de ser salvo. Es difícil sustentar esta idea con base en el contexto.

No obstante, sin importar cómo decida interpretarse Romanos 9, queda un hecho ineludible, a saber, que Dios hace elecciones que a su vez determinan las elecciones hechas por los hombres (aun si las elecciones se interpretan como cuestiones meramente terrenales y temporales). En este capítulo Dios no solo está implorando y atrayendo sino haciendo elecciones soberanas que afectan la voluntad humana. El endurecimiento del corazón de Faraón tan solo es uno de los muchos ejemplos.

A medida que Pablo avanzó en el pasaje, supo que la respuesta natural de sus lectores sería: "¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?" (v. 19). Si el arminianismo estuviera en lo correcto, esperaríamos que Pablo respondiera: "Dios inculpa porque los hombres tienen libre albedrío y por lo tanto pudieron haber elegido ser obedientes". Aquí está su oportunidad para arreglar cuentas y solventar el asunto. Pablo no hizo mención alguna del libre albedrío, dijo por el contrario: "Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?" (v. 20). El alfarero tiene poder sobre el barro para hacer un vaso para honra y otro para deshonra. Los propósitos de Dios en la historia de la salvación se están cumpliendo sin fallar.

Cristo dice a la persona que cree que Dios está fracasando: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37). Como Carson dijo: "El contexto demanda que Jesús repudie toda idea de que el Padre ha enviado al Hijo en una misión que podría fallar a causa de la incredulidad de la gente".[8]

Contrario a la opinión de Pinnock, no existe riesgo alguno en los propósitos de Dios. Él no está perdiendo la batalla contra

el diablo, así haya muchos en el camino ancho que lleva a la destrucción y pocos van por el camino angosto que lleva a la vida. Todo lo que el Padre ha dado a Cristo vendrá a Él.

Si Dios está interesado en preservar la supremacía del libre albedrío, los arminianos deben explicar por qué permite a Satanás cegar "el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2 Co. 4:4). Jesús enseñó que Satanás arrebata la Palabra de las mentes de los hombres.

¿Por qué se permitió la entrada de Satanás al huerto de Edén? Dios dio instrucciones claras a Adán y Eva. ¿Por qué no se les permitió tomar una decisión propia sin la influencia de un ser extraño y seductor? Satanás pudo haber sido aislado y recluido en otro planeta. Incluso hoy día, la mente humana podría estar fuera de los límites de la actividad diabólica. En lugar de esto, leemos que es nuestro deber amonestar a los que son engañados, "por si quizá Dios les conceda que se arrepientan... y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él" (2 Ti. 2:25, 26). Piense en cuántos más se salvarían si a Satanás no le fuera permitido obrar en sus corazones. El hombre tendría más libertad, no menos.

Los calvinistas están de acuerdo en que si Dios está salvando a todos los que puede pero no puede salvar a más debido a la dureza del corazón humano, esto parece más compatible con el amor de Dios; pero ellos creen que debemos definir el amor de Dios de acuerdo con la enseñanza total de las Escrituras, que incluye la doctrina de elección y del propósito último de Dios para la humanidad.

Ventaja #3. El arminianismo fomenta la evangelización; el calvinismo conduce al fatalismo. Todos hemos oído a alguien decir: "Si ya han sido elegidos un número determinado de seres humanos que van a salvarse, ¿para qué nos tomamos la molestia de testificar? Al fin y al cabo, lo que ha de ser será".

Sin lugar a dudas algunos cristianos han utilizado el calvinismo como una excusa para su falta de celo misionero, y

esta es una acusación grave porque la Biblia es muy clara en cuanto a nuestra necesidad de evangelizar y participar en la Gran Comisión. Quizás aquí es donde el arminianismo tiene por fin una ventaja técnica. Si la elección acerca de quiénes van a salvarse depende del hombre y no de Dios, puede mantenerse la urgencia del llamado del evangelio.

¡Alto ahí! El arminianismo clásico cree que Dios sabe en realidad cuántos y quiénes creerán y quiénes no, y este número no puede aumentar ni disminuir porque el conocimiento de Dios es infalible. Por lo tanto, aun si decimos que el hombre hace la elección, el resultado final debe seguirse considerando como algo fijo y establecido.

Clark Pinnock, quien piensa que Dios corrió un gran riesgo al optar por crear este mundo, cree que Dios no conoce de antemano las decisiones de los hombres. Escribe que "hay sucesos novedosos que acontecen en la historia y que ni siquiera pueden ser pronosticados por Dios".[9] Para Pinnock, la elección no puede hacerse con base en la presciencia divina, ¡porque ni siquiera Dios sabe quiénes son los elegidos hasta que ellos creen!

Aun la mayoría de los arminianos concuerdan en que tal postura ni siquiera es digna de refutación, pero debemos preguntar por qué Pinnock estaría dispuesto a romper con el arminianismo clásico y afirmar que Dios mismo no conoce por adelantado si un hombre aceptará a Cristo o le rechazará. Pinnock cree (y en esto tiene la razón) que si Dios conoce el futuro con precisión, entonces el número de personas salvas ya es algo cierto, aun con base en premisas arminianas. Por lo tanto, para que exista una libertad genuina de la voluntad humana, Pinnock concluye que debe afirmarse que ni siquiera Dios sabe qué decidirán los hombres hasta el momento en que toman una decisión concreta. De modo que Pinnock toma la postura de que Dios ni siquiera puede predecir el futuro con algo de precisión.

Pinnock siente con gran perceptividad la fuerza del argumento de que si Dios ve de antemano quiénes van a creer, el número

de quiénes se salvan es invariable y cierto. Aun si, como creen los arminianos, la presciencia no es la causa de que sucedan las cosas, el futuro se desenvolverá tal y como Dios sabe que lo hará. Sí, incluso para los arminianos, lo que ha de ser será.

La verdad del asunto es que ni el calvinista ni el arminiano tiene una respuesta satisfactoria para este dilema. Lo máximo que puede decir cualquiera de ellos es que Dios utiliza medios para llevar a cabo ciertos fines; por lo tanto podemos participar de una manera significativa en la evangelización del mundo.

Aquí puede resultar de ayuda una ilustración. Todos estamos de acuerdo en que Dios conoce el día exacto en que vamos a morir. Sin embargo, esto no significa que podamos ignorar señales de tránsito, saltar de edificios o comer arsénico. Dios utiliza nuestro sentido común para mantenemos con vida hasta el día en que sabe que moriremos. De esta misma manera Dios nos usa para llevar el evangelio a los elegidos. Spurgeon dijo que la doctrina de la elección le daba confianza y seguridad al predicar, porque sabía que si Dios no había escogido a algunos, ninguno se convertiría.

Whitefield señaló que la declaración de Dios a Noé de que los tiempos de siembra y cosecha se darían sin cesar, no significa que el hombre pueda descuidar la labranza, ni tampoco hace innecesario el calor del sol. Whitefield decía a los que se sentían turbados por la incertidumbre acerca de su destino final que nunca dejaran de esforzarse en la gracia, porque “uno no sabe si esta lucha le puede llevar a un estado de gracia”.

La elección que Dios hace de aquellos que serán salvos no es fortuita ni arbitraria. Él planeó el contexto en el cual habrían de convertirse. Esa es la razón por la que nunca me he preguntado si mis hijos se cuentan entre los elegidos. Puesto que ellos nacieron en un hogar cristiano, podemos creer que el medio de su salvación será la enseñanza fiel de la Palabra de Dios. La decisión que Dios hace de salvamos incluyó un planeamiento del lugar en que naceríamos y las circunstancias que nos conducirían a Cristo. La elección es parte de un plan total.

Hombres como George Whitefield y Jonathan Edwards derramaron lágrimas mientras instaban a hombres y mujeres al arrepentimiento. Ellos creyeron que Dios no solo había planeado el final de todo (quiénes serían salvos) sino también los medios por los cuales se llevaría a cabo (las oraciones y el testimonio de hombres y mujeres piadosos que imparten el evangelio con poder de lo alto).

El hecho de que alguien sea elegido no significa que ya sea salvo. Aunque su redención tuvo lugar en el Calvario, es necesario que llegue a un punto específico en que ejerza fe personal en Cristo. Por esa razón Pablo dijo: "Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna" (2 Ti. 2:10). También nosotros debemos soportar todo por causa de la salvación de los escogidos.

Por supuesto, como se mencionó en otra parte, cualquier persona que desee depositar su fe en Cristo lo puede hacer. El deseo y la capacidad para hacerlo son un regalo de gracia que Dios otorga a los elegidos.

¿Qué enseña la Biblia?

El árbitro definitivo en la contienda es la Biblia. ¿Acaso enseña el libre albedrío? ¿Es cierto que Dios insta y ruega pero nunca toma la decisión en cuanto a lo que va a hacer el hombre? Debemos recordar que tanto el arminianismo clásico como el calvinismo enseñan que Dios ejerce influencia sobre la voluntad humana. Lo que está en discusión es el alcance de esa influencia. Los calvinistas dicen que en algunos casos Dios obra directa o indirectamente con el fin de asegurar que se tome una decisión particular. Los arminianos no están de acuerdo.

Al leer los siguientes versículos, pregúntese cuál de las dos perspectivas parece correcta.

Y dijo Jehová a Moisés: Cuando hayas vuelto a Egipto, mira que hagas delante de Faraón todas las maravillas

que he puesto en tu mano; pero yo endureceré su corazón, de modo que no dejará ir al pueblo. (Ex. 4:21)

Ahora vamos a abordar la pregunta más difícil en cuanto a si Dios elige quiénes van a salvarse. De nuevo, cito los versículos sin comentario.

> ***Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. (Jn. 1:12-13)***
>
> ***Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. (Jn. 5:21)***
>
> ***Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane. (Jn. 12:39-40)***
>
> ***Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna. (Hch. 13:48)***
>
> ***¿ Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles? (Ro. 9:22-24)***

Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él. (Ef 1:4)

Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad. (2 Ts. 2:13)

Sobra decir que los arminianos conocen bien estos pasajes de las Escrituras y sin duda alguna tienen explicaciones para ellos. Lo que es importante entender es que el calvinismo y el arminianismo son dos sistemas de teología que no pueden ser armonizados. O bien Dios hizo la elección en cuanto a quiénes se van a salvar y luego concede al hombre la capacidad para creer, o la elección es hecha por el hombre. O bien los elegidos están siendo salvados, o Dios está salvando a cuantos puede pero está fracasando en sus propósitos. O bien Dios ha ordenado todo lo que sucede, o a causa del libre albedrío del hombre, lo mejor que puede hacer ahora es ajustarse a las cosas malas a medida que suceden.

¿Dios o el diablo?

¿Qué decir de la acusación de Wesley de que el calvinismo convierte a Dios en diablo o en alguien peor que el diablo? Whitefield contestó a Wesley en una carta extensa en la cual defendió la doctrina de elección y expiación particular. Quienes estén interesados en el debate entre estos dos hombres se pueden beneficiar con la lectura completa de ambas cartas. Puesto que Whitefield no trata de forma específica la pregunta acerca de cómo deben distinguirse la obra de Dios y la obra de Satanás, procedo a explicar la respuesta que daría un calvinista.

Satanás, sin importar cuán malas son sus acciones, siempre sirve a los propósitos de Dios. Con frecuencia Dios utiliza al

diablo para contribuir al cumplimiento de sus fines supremos. Cuando Satanás provocó a Dios por medio de Job, el Señor permitió que el diablo inspirara a hombres malvados para que mataran a los siervos de Job y robaran su ganado; dio a Satanás el poder para usar el viento y los rayos para matar a los hijos de Job.

En los libros de Daniel y Apocalipsis, cuando se predicen las acciones futuras del anticristo y sus cohortes (todos los cuales son controlados por Satanás), siempre dice: "Se le dio autoridad [poder]", "se le permitió", y frases similares. Es obvio que Satanás sirve a los propósitos de Dios.

Por supuesto, el punto que quiere hacer Wesley es que Satanás desea que la gente sufra en el infierno, y si Dios decreta la condenación de los impíos, parece que Dios y Satanás trabajan con miras al mismo fin. Sin embargo, aun aquí Satanás sirve a los propósitos de Dios. Si la voluntad de Dios es la condenación de los impíos, es posible que utilice a Satanás de todas las maneras que elija cumplir sus propósitos.

Hasta los arminianos deben admitir que Dios permite al diablo tener la satisfacción de trabajar con miras a la condenación de muchos. Según Wesley Dios se queda de brazos cruzados, incapaz de impedir que Satanás tenga la satisfacción de ver perecer a multitudes. La diferencia es que el calvinista cree que es así porque Dios lo ordenó; el arminiano dice que es así porque Dios no lo puede evitar debido a que ha elegido no interferir directamente en las decisiones libres de sus criaturas.

El diablo también es un ser lleno de odio y engaño, es un mentiroso rebelde y un sádico malicioso que desea ver sufrir a los humanos sin más razón que por el sufrimiento mismo. De esa manera se mantiene en oposición a Dios incluso cuando hace lo que Dios ordena.

En contraste, Dios no se deleita en la muerte de los perversos. Él desea que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.

Sin embargo, ha elegido renunciar al deseo de traer todos a la salvación y ha escogido elegir solo un remanente para vida eterna. ¿Por qué? Algo más importante para Dios que la felicidad del hombre es el deseo de desplegar sus atributos. Él dijo a Faraón que le levantó y luego endureció su corazón "para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra" (Éx. 9:16).

Whitefield escribió en su carta: "Dios no encuentra placer alguno en la muerte de los pecadores, y nunca se deleita en la muerte de los malvados; pero sí se deleita en magnificar su justicia al infligir el castigo que sus atributos han merecido; un juez justo que no se complace en condenar a un criminal, de todas maneras puede ordenar con toda justicia que sea ejecutado, para que la ley y la justicia queden satisfechas así esté en su poder concederle un alivio temporal".[10]

Otros atributos de Dios como su misericordia, amor y justicia no pueden ser desplegados a plenitud si no se contrastan con la maldad. Con la caída de toda la raza humana en la desobediencia y el pecado, Dios, a pesar de no deber la salvación a un solo ser humano, eligió algunos para vida eterna y así mostró su amor y misericordia. Luego ordenó que Cristo padeciera la muerte pública sobre una cruz "para manifestar su justicia" (Ro. 3:25). Allí fueron satisfechas todas las demandas justas que Dios pedía de los pecadores.

Por esa razón Pablo dijo que Dios ahora puede salvar a los impíos y ser al mismo tiempo "el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Ro. 3:26).

Ante el trasfondo de la pecaminosidad universal de la raza humana, Dios no solo ha escogido a algunos para ser salvos, sino que los ha elevado hasta convertirles en herederos de Dios y coherederos con Cristo. Esto magnifica la generosidad increíble de Dios y su justicia exacta. De modo que Dios eligió hacer lo que hizo "para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales,

conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor" (Ef. 3:10-11).

Aunque podemos ver de qué manera los creyentes van a manifestar la multiforme sabiduría de Dios, no está claro para nosotros cómo lo harán los incrédulos. La Biblia nos dice que la ira del hombre sirve para alabanza a Dios, y en Proverbios leemos: "Todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo, y aun al impío para el día malo" (16:4).

Si preguntamos por qué Dios eligió tan pocos para vida eterna en contraste a las grandes masas que se pierden, no podemos responder. Lutero, como se recordará, dijo que ejercemos el grado más elevado de fe cuando creemos que Dios es misericordioso aunque salva a pocos y condena a muchos.

Podemos estar agradecidos de que ninguna persona que lea estas palabras necesita preguntarse si él o ella está entre los "elegidos". Cuando venimos a Cristo con humildad y fe, Él ha prometido recibimos. Al venir a Él damos evidencia de que el Espíritu Santo está obrando en nuestros corazones. Todos los que desean ser salvos lo pueden ser: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn. 1:12-13).

> ***¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén. (Ro. 11:33-36***

● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

1 Arnold A. Ballimore, ***George Whitefleld*** (Westchester, 111.: Crossway Books, 1980), 2:5-41.

2 ***Ibid,*** 1:309-312.

3 William G. McLoughlin, "Introducción" del libro ***Charles Finney*** s ***Lectures on Revivals of Religion*** [Conferencias de Carlos Finney sobre avivamientos religiosos] (Cambridge: Belknap Press, 1960), p. xii

4 Ballimore, 2-511-512.

5 "Respuesta de Clark Pinnock" en ***Predestination and Free Will*** [Predestinación y libre albedrío], editores David Basinger y Randall Basinger (Downers Grove, III InterVarsity Press, 1986), p. 58.

6 Norman L Geisler, "Dios, el mal y las dispensaciones" en ***Walvoord A Tribute***, ed. Donald Campbell (Chicago: Moody Press, 1980), p 102-103

7 Pinnock, p. 149.

8 DA. Carson, ***Divine Sovereignty and Human Responsability*** [Soberanía divina y responsabilidad humana] (Atlanta: John Knox Press, 1981), p. 184

9 Pinnock, p. 150.

10 Ballimore, 2:567.

TRECE

¿Puede condenarse una persona salva?

Voy a suponer que usted es salvo, un cristiano nacido de nuevo con la seguridad de que Cristo es su Salvador. ¿Es posible que usted se pierda en algún momento? ¿Acaso puede revertirse la decisión que usted hizo bien sea porque usted cae en la apostasía o a causa de una recaída moral? Algunos cristianos atesoran una creencia en lo que se denomina "seguridad eterna", mientras que otros la llaman una "doctrina infernal" que arrulla a los cristianos y propicia el letargo espiritual y la carnalidad en sus vidas. Después de todo, según razonan, si una persona sabe que tiene un lugar asegurado en el cielo, se verá tentada a descuidar las disciplinas de una vida santa y optar por vivir con negligencia y descuido en el mundo. Un predicador dijo incluso que no se debería enseñar en público acerca de la seguridad eterna, así fuera una enseñanza verdadera; es mejor mantener despiertos y en alerta a los cristianos con advertencias de que no retrocedan ni caigan, que estarles diciendo que tienen un lugar reservado en el cielo el cual jamás podrá ser cancelado sin importar cómo sea su estilo de vida.

Que usted crea o no en la seguridad eterna depende de la postura que tome en la controversia sobre el libre albedrío. Quienes dicen que la salvación solo depende de nuestra elección

por lo general llegan a la conclusión lógica de que podemos perder nuestra salvación. El libre albedrío que acepta a Cristo es el mismo libre albedrío que le puede rechazar. Es mi opción ser salvo y también es mi opción ser “no salvo”.

El arminianismo es el sistema que más se vincula con la creencia de que una persona salva puede en algún momento perderse. El problema es que Arminio mismo no enseñó esta doctrina de manera explícita, sino que tan solo se limitó a decir que era una pregunta abierta. Pensaba que los calvinistas, quienes creían que todos los santos iban a perseverar, no tenían derecho alguno a estar tan seguros.

Juan Wesley, que fue influenciado en gran manera por Arminio y recalcó la libertad de la voluntad, dio una respuesta más concreta. Su fuerte convicción era que una persona salva podía arruinarse hasta caer en la perdición eterna.

Daniel Whedon, teólogo norteamericano y vocero reconocido del metodismo, escribió: “En congruencia plena con la doctrina de libertad y responsabilidad humana que asoma en toda nuestra teología, sostenemos que, en el mismo grado que al principio fuimos libres para cumplir las condiciones de la salvación, seguimos siendo libres en la continuación o interrupción de ese cumplimiento”.[1] Dijo que una y otra vez seremos sometidos a prueba en esta vida para determinar si nos mantenemos o no firmes en nuestro compromiso inicial. Algunos pasarán la prueba y otros no.

El metodismo, siguiendo a Wesley, cree que Dios da gracia suficiente para perseverar, pero que depende de nosotros recibir o no esta gracia. En cualquier momento podemos elegir en contra de Dios y caer en la perdición.

Ahora, ¿en qué momento preciso una persona cruza la línea divisoria y pierde su salvación? Entre los muchos grupos que enseñan esta doctrina, hay por lo menos tres respuestas que se ofrecen. La primera dice que soy salvo hasta que peco de nuevo; en ese momento pierdo mi salvación. En cierta ocasión estaba sentado en un avión al lado de un hombre a quien le habían

enseñado esto cuando era niño. Siempre iba a la cama temeroso de haber cometido algún pecado que no había confesado. Si moría durante la noche se iba a condenar. Al llegar a la adolescencia se dio cuenta de que nunca podría esperar "mantenerse salvo", así que decidió abandonar la fe hasta alguna fecha futura, con mucha probabilidad justo antes de morir. "Estoy retirado de la vida cristiana por tiempo indefinido", me dijo.

El doctor Harry Ironside, pastor por muchos años de la iglesia Moody en Chicago, dijo que conoció a un hombre que afirmaba haber sido salvo ¡en noventa y nueve ocasiones! En realidad, si alguien cree que pierde su salvación cada vez que comete un pecado, me sorprendería que sus estados de salvación y perdición no ocurriesen alrededor de unas 999 veces (quizá con un par de ceros a la derecha). En ese caso podríamos identificarnos con el pastor que decía al borracho que se salvaba cada domingo: "La próxima semana me va a tocar dispararle después que se salve otra vez, ¡para estar seguro de que va a ir al cielo!"

Lo cierto es que la mayoría de los que creen en la seguridad condicional (es decir, que un creyente puede perder su salvación si no persevera en la santidad), no llevan su creencia a tales extremos. Si perdiéramos nuestra salvación cada vez que pecamos, el evangelio no sería buenas nuevas sino un mensaje de incertidumbre y temor. La seguridad de salvación nos eludiría para siempre.

La mayoría de los arminianos adoptan una segunda postura que es más moderada. Dicen que una persona pierde su salvación cuando comete pecado de manera consciente y voluntaria. Esa clase de pecado solo se puede cometer cuando la persona (1) es desobediente a sabiendas y (2) se niega a confesar el pecado, y por ende continúa en desobediencia. Algunos también añaden otra condición: (3) debe ser un acto, no un mero pensamiento pecaminoso. Se presume en consecuencia, que uno podría pecar de forma deliberada sin poner su salvación en peligro si el pecado se confesó de inmediato, o si solo fue un pecado en la mente.

En tercer lugar, hay algunos que creen que solo aquellos que caen en apostasía seria van a perderse. Otros pecados no nos separan de Cristo, pero la negación premeditada e intencional de Cristo y el repudio deliberado de la sangre de Cristo, es causa inmediata de perder la salvación.

Una dificultad común a todas las visiones anteriores es que la línea de demarcación no es clara. ¿Cuál es la diferencia entre un pecado deliberado y otro que no se comete a sabiendas? ¿En qué consiste negar a Cristo? Y, ¿puede uno saber en qué momento ha traspasado la línea?

Seguridad condicional

Si usted pregunta al asistente promedio a la iglesia si una persona salva puede perderse, la discusión por lo general va a centrarse alrededor de varios pasajes difíciles de las Escrituras. Tal vez el más controvertido y mejor conocido es Hebreos 6:1-6. El autor escribió que en el caso de aquellos que empezaron bien en la vida cristiana "y recayeron, [es imposible que] sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio" (v. 6). Los arminianos usan este texto para probar que los creyentes pueden recaer y perderse para siempre. Algunos se adelantan a enseñar que una persona así no se puede salvar por segunda vez a causa de las palabras "[es imposible que] sean otra vez renovados para arrepentimiento". Sin embargo, existe una manera mejor de explicar esta frase como se verá en un momento.

Algunos calvinistas, con el fin de preservar la doctrina de seguridad eterna, han enseñado que las personas de quienes se habló en ese pasaje ni siquiera eran cristianos para empezar. Los que "recayeron" son aquellos que se beneficiaron de la fe cristiana pero no la acogieron por decisión personal. Aunque muchos eruditos respetables sostienen esa interpretación, una lectura imparcial del texto lleva a la conclusión de que la descripción anterior se aplica a creyentes. Sí, los creyentes

pueden recaer, pero la pregunta es: ¿qué quiso decir el escritor con la expresión “recayeron”? ¿Se refirió a recaer e ir al infierno? El contexto deja en claro que esto no es lo que tenía en mente el escritor, ya que utilizó la misma expresión para los israelitas que se apartaron de Dios y recayeron en el desierto (3:12). Ese apartamiento o “recaída” no determinó su destino eterno sino que trajo como resultado escarmiento en la tierra y pérdida de bendiciones temporales.

El libro de Hebreos fue escrito para aquellos que estaban siendo tentados a devolverse al sistema de sacrificios del Antiguo Testamento. Estaban empezando a dudar si Cristo era suficiente por completo, y si en efecto había reemplazado los rituales y sacrificios exigidos por la ley. El hecho de tener esas dudas indicaba incredulidad y dureza de corazón. Volver a los rituales y el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento era como estar “crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio”.

El escritor prosigue para explicar que no podían retroceder a los sacrificios del Antiguo Testamento y ser llevados al arrepentimiento de manera simultánea. Es decir, no podían ser restaurados a la comunión con Dios mientras estuvieran ofreciendo corderos sobre el altar (crucificando a Cristo una y otra vez). Siempre y cuando ellos dejaran esas prácticas, no existe razón para sugerir que no pudiesen ser restaurados. Es cierto que los creyentes pueden recaer, pero no para quedar sometidos a condenación eterna.

Un pasaje que genera controversia por igual está en Hebreos 10:26-31, donde se dice a aquellos que continúan pecando después de haber recibido el conocimiento de la verdad que solo les queda una horrenda expectación de juicio. Bajo la ley de Moisés la gente moría al romper la ley, y en contraste con esto el pasaje dice: “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?” (v. 29).

Hay dos razones por las que debemos interpretar este pasaje con referencia a los creyentes. En primer lugar, el autor dijo: "si pecáremos voluntariamente", dando a entender que la rebelión deliberada también era una posibilidad para él mismo. En segundo lugar, esta persona desobediente ha sido santificada por la sangre del pacto. Aquí tenemos a un creyente que peca contra Dios a pesar de tener mucha más luz en su vida, por ende el castigo debe ser más severo. ¿Qué haría necesario este "mayor castigo"? Este pasaje muestra la medida de la disciplina que Dios está dispuesto a aplicar a su propio pueblo. Existen formas de retribución divina que son peores que la muerte física, tales como la angustia en el alma y el tormento mental y espiritual, que hacen de la muerte un alivio bien recibido.

La disciplina física del Antiguo Testamento no determinaba el destino eterno de una persona. No debemos creer que todos los israelitas excepto Moisés, Josué y Caleb terminaron en perdición eterna. Dios disciplinó con frecuencia a su propio pueblo con castigo severo. Puesto que el nuevo pacto es mucho más grande que el antiguo, aquellos que creen y luego se apartan merecen un castigo más grande. Aunque todos los creyentes están protegidos de la ira eterna de Dios gracias a Cristo, no están exentos de disciplina severa, incluyendo la muerte física. Así como hubo disciplina física y mental bajo el antiguo pacto, también hay mayor disciplina en el nuevo. En ambos casos se trata de una disciplina temporal y no eterna.

Por supuesto, hay otros textos que los arminianos usan para probar que la salvación final de un creyente depende de si continúa o no procurando llevar una vida piadosa. Cristo dice acerca de los pámpanos que dejan de permanecer en él, que los hombres "los recogen, y los echan en el fuego, y arde" (Jn. 15:6). Aquí tenemos pámpanos que estaban "en Cristo" pero terminan siendo cortados y quemados.

Los calvinistas por lo general responden en una de dos maneras. Es posible que estas ramas representen a personas que solo tienen una relación superficial con Cristo pero en realidad

nunca fueron salvas. En muchas ocasiones los pámpanos parecen ser auténticos pero en realidad son parásitos que no forman parte del sistema de raíces de la vid. Otra posibilidad es que se trata de creyentes verdaderos, pero el fuego a que se hace referencia no es el fuego del infierno, sino el fuego que un día va a someter a prueba a los creyentes cuando sean juzgados ante el tribunal de Cristo. De cualquier forma, resulta algo presuntuoso elaborar un caso a favor o en contra de la seguridad eterna con base en una metáfora, y hay que cuidarse de no llevar la analogía a extremos que el Señor no quiso dar a entender.

Quizás la defensa más erudita de la seguridad condicional se encuentra en el libro *La vida en el Hijo*, de Robert Shank.[2] El libro se basa en dos premisas: (1) solo aquellos que continúen en obediencia y fe serán salvos, y (2) algunos creyentes recaen y por ende terminarán en perdición. El autor subraya los diversos versículos en el Nuevo Testamento que vinculan la salvación con un compromiso continuo. Por ejemplo, Cristo dijo: "De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte" (Jn. 8:51). También las palabras de Pablo, quien tras decir a sus lectores que habían sido reconciliados con Dios, añadió: "si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído" (Col 1:23). Aquí y en otros textos incontables, la vida eterna parece estar condicionada a una vida de obediencia.

Piense en lo siguiente con mucho detenimiento: el calvinismo histórico coincide con Shank en que la obediencia continua es necesaria para la salvación. Afirma que todos los creyentes verdaderos de hecho perseveran en tal obediencia. Otros calvinistas no están de acuerdo y enseñan que los creyentes verdaderos pueden retroceder y aun alejarse de Cristo. Los pasajes condicionales se interpretan como en referencia a una pérdida de bendiciones y recompensas. La obediencia es necesaria para recibir las recompensas y resulta esencial si la persona en realidad va a convertirse en discípulo de Cristo. Permanecer, obedecer y guardar, todas estas cosas son necesarias

para el crecimiento y la bendición, pero como es de lamentar, algunos creyentes son camales y no prosiguen con la obediencia espiritual. Estos experimentan la disciplina de Dios, y si no corrigen su andar perderán su recompensa y se salvarán “aunque así como por fuego”. Aunque todos los creyentes tienen algún fruto en sus vidas, hay unos que tienen muy poco. De todas maneras ellos también serán salvos. Estos emditos recalcan la “seguridad eterna”; un creyente verdadero se salva sin excepciones. La interpretación de los pasajes en Hebreos que se presentó algunos párrafos atrás en esencia concuerda con esta segunda variación del calvinismo.

En otras palabras, aunque todos los calvinistas creen que los verdaderamente salvos jamás se perderán, existen desacuerdos sobre la cuestión de hasta qué punto un creyente puede retroceder. El calvinismo histórico hace hincapié en la “perseverancia de los santos”, es decir, que los creyentes verdaderos nunca recaen, y si lo hacen no es por mucho tiempo. Si una persona deja de continuar en la fe, está dando pruebas de que nunca fue salva. Como ya se mencionó, estos calvinistas coinciden con Shank en que la obediencia es una condición para la salvación, pero ellos se adelantan a afirmar que la persona salva de verdad sí vive, de hecho, una vida de obediencia. Algunos incluso llegan a decir que no existen cristianos camales.

Esto nos lleva a las mismas dificultades enfrentadas por los arminianos al tratar de distinguir entre pecados menores y pecados graves. El arminiano tiene que hacer esto para determinar en qué punto una persona pierde su salvación. Algunos calvinistas lo hacen para determinar quién tiene fe espuria y quien tiene fe genuina. Lo triste del asunto es que algunos calvinistas han insistido tanto en que la prueba de regeneración es la búsqueda de santidad, que parecen haber hecho de las buenas obras una parte de la salvación. Charles Hodge llegó al extremo de decir: “Existe un peligro perpetuo de caer... Ni los miembros de la iglesia ni los elegidos pueden ser salvos a no ser que perseveren en la santidad, y no pueden

perseverar en la santidad sin esfuerzo y vigilancia constantes”.[3] Resulta irónico que a pesar del fuerte calvinismo de Hodge, ¡esta declaración sería aplaudida por cualquier arminiano! Al subrayar la necesidad de buenas obras, algunos calvinistas parecen coincidir con los arminianos en que la obra de Cristo en la cruz solo fue como la cuota inicial de nuestra salvación y nosotros debemos seguir pagando las mensualidades.

Como ya fue mencionado, otros calvinistas prefieren el término “seguridad eterna”, que insiste en que todos los regenerados verdaderos se salvarán por la eternidad, aun si fallan en perseverar en la santidad y caen en la carnalidad y el fracaso. Aquí se ven las buenas obras como una evidencia que confirma la regeneración pero que de ninguna forma contribuye al don gratuito de salvación que es dado a los que creen. Quienes dicen que han creído pero no exhiben el fruto del Espíritu ni un apetito por la oración y la Palabra de Dios tienen amplia razón para dudar que sean de verdad salvos, pero también es posible que sean creyentes verdaderos. Se sabe que los cristianos han caído en fallas doctrinales y morales. Algunos se han rebelado contra Dios y han sido castigados con la muerte física (1 Co. 11:30).

El propósito de este capítulo es destacar las diferencias entre calvinismo y arminianismo; de este modo dejamos nuestra discusión sobre este desacuerdo. Los interesados en estos dos puntos de vista deberían consultar los recursos listados al final de este libro. La conclusión es que ambas clases de calvinismo están de acuerdo sobre la cuestión central: todos los creyentes verdaderos serán salvos. Los arminianos no están de acuerdo.

¿Existen pasajes que enseñen de manera explícita que todos los creyentes verdaderos serán salvos? Hemos considerado brevemente los pasajes usados por los arminianos, así que ahora vamos a considerar algunos de los citados con frecuencia por los calvinistas.

Seguridad incondicional

La doctrina de la seguridad incondicional enseña que el Dios

quien eligió a los suyos para vida eterna no perderá a uno solo de ellos; los que han sido redimidos por la sangre de Cristo serán salvos con toda seguridad.

Aunque esta creencia está asociada casi siempre con Calvino, fue sostenida por Whitefield, Edwards y muchos otros quienes creyeron que ninguno de los elegidos de Dios podría perderse jamás. Como se recordará, fue el último de los cinco puntos del calvinismo que fueron afirmados por el sínodo de Dort. Allí se habló de este principio como la perseverancia de los santos, la creencia de que todos los que creen de verdad perseverarán en la gracia hasta el fin. Se han usado varios pasajes bíblicos para probar esta doctrina.

Primero tenemos las declaraciones directas de Cristo.

> *Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. (Jn. 10:27-29)*

El Padre y el Hijo pueden proteger a las ovejas puesto que son mayores que los enemigos que quieren destruirlas.

Los arminianos dicen que así ningún enemigo nos pueda arrebatar de la mano de Dios, nosotros sí somos capaces de salir de la mano del Padre con nuestra desobediencia. Vinimos a Cristo por nuestra propia voluntad y podemos salir de la misma forma.

Los calvinistas dicen que el don de la salvación es irrevocable. No podemos escurrimos por uno de los dedos de Dios porque ¡somos uno de sus dedos! Hemos sido unidos a Cristo de forma inseparable, somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Aun si un creyente deseara, en un momento de depresión, ser separado de Cristo, Dios no está obligado a concederle su deseo. Puesto que Dios hizo la elección con respecto a quiénes serán salvos, también tiene el derecho de preservar a sus elegidos sin importar siquiera su rebelión.

En otras palabras, ¿qué podría pensarse de un pastor a quien le entregan cien ovejas en la mañana y regresa al atardecer con noventa y dos? Sería puesto en ridículo por su descuido, debilidad y fracaso en cumplir sus responsabilidades básicas. A veces unas ovejas se descarrían, otras siguen senderos falsos hechos por ladrones que buscan apartarlas del rebaño, pero un pastor competente sabe todo esto y se mantiene vigilando a cada una de las ovejas; apenas una de ellas se desvía del camino, ¡la trae de regreso con cayado o con garrote!

¿Acaso pensamos que el buen Pastor es incapaz de guardar las ovejas que le han sido confiadas? Es impensable que algunas de estas ovejas que son un regalo del Padre al Hijo no vayan a estar en el redil al caer la noche. Como Cristo dijo en otro lugar: "Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero" (Jn. 6:39).

Es razonable suponer que Dios haya concedido todas las peticiones de Cristo. Si es así, recordemos que Él oró de manera explícita pidiendo que ninguno de los que Dios le había dado se perdiera (Jn. 17:11-12). Para que no pensemos que la voluntad humana es tan fuerte que puede trastocar los propósitos de Dios, Cristo dijo al Padre, hablando de sí mismo: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste" (Jn. 17:1-2). Su autoridad se extiende a cada individuo. Él tiene por consiguiente todo el poder para dar vida eterna a los elegidos.

En Romanos capítulo 8, Pablo empleó cinco palabras para describir la obra de Dios a favor de su pueblo. "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (vv. 29-30). Las cinco palabras son: (1) *Conoció*. Hemos aprendido que esto significa

más que el hecho de que Dios conozca el futuro; solo se aplica a personas, nunca al conocimiento de Dios sobre cosas o eventos. Significa que somos aquellos a quienes Dios "amó por adelantado". (2) *Predestinó.* A estos que amó también los predestinó o marcó y apartó de antemano, para que fueran conformados a la imagen de su Hijo. La siguiente palabra, (3) *llamó*, se refiere al llamado eficaz de Dios a la salvación. Esta palabra está en la mitad de las cinco porque el "llamamiento" es el medio por el cual Dios trae la salvación a los corazones de los individuos. Las primeras dos palabras hablan acerca de los planes de Dios en el pasado eterno; el llamado hace realidad el plan y el resultado es (4) *justificación,* es decir, aquellos que son llamados ahora son declarados justos, y aquellos que son justificados Dios también les ha (5) *glorificado.*

Stifler dice que estas palabras suministran "cinco enlaces dorados que conectan el propósito de la gracia de Dios en el pasado eterno con su consumación en la eternidad por venir".[4] Cada enlace hace avanzar a los elegidos a la siguiente etapa hasta el final. Aquellos con quienes Dios empezó son los mismos con quienes termina. Nadie se sale por los resquicios. A los que Dios conoció de antemano son aquellos a quienes Dios glorificó.

Nótese la certeza absoluta e infalible del propósito de Dios: la palabra glorificó está conjugada en tiempo pasado. En lo que concierne a Dios los santos ya están en el cielo, porque Dios "llama las cosas que no son, como si fuesen" (Ro. 4:17). Pablo dijo en otro lugar que estamos en Cristo y sentados con Él en los lugares celestiales en Cristo Jesús (Ef. 2:6). La única manera como los santos pueden ser sacados del cielo es si Cristo mismo tuviera prohibida la entrada, porque ya estamos en Él y somos miembros de su cuerpo, ya estamos sentados con Él en el trono celestial.

Por supuesto, existen otras pruebas para la seguridad del creyente. El Espíritu Santo es al mismo tiempo un juramento divino de nuestra herencia (Ef. 1:4) y un sello hasta el día de la redención (Ef. 4:30). Lo primero significa que Dios nos ha

entregado una "cuota inicial" con la garantía de que aun queda mucho por venir. Él nos ha dado una gota como prueba de que un día tendremos el océano. El sello del Espíritu Santo significa que la llegada de los creyentes al cielo está garantizada. Aunque Satanás, el mundo, y la carne traten de adulterar el sello, los creyentes llegarán a su destino señalado.

No existe argucia legal por la cual Dios pueda librarse de sus obligaciones para con quienes ha elegido salvar. Él no puede echar fuera a los que ha elegido para vida eterna. Tras haber empezado una obra en su pueblo, será fiel en completarla. La infidelidad del hombre no puede frustrar los propósitos eternos de Dios.

Arthur Pink lo expresa de esta manera: "Si uno solo de los elegidos se perdiera, la consecuencia sería un Padre derrotado que se vio impedido en la realización de su propósito; un Hijo decepcionado que nunca estaría satisfecho con el resultado de su labor; y un Espíritu afrentado, que falló en la preservación de aquellos puestos bajo su cuidado. Quiera Dios que seamos librados de unos errores tan horrendos".[5] Así lo quiere Dios Todopoderoso.

La doctrina de la certidumbre

Creer que los elegidos serán salvos es una cosa; saber que uno es sin lugar a dudas miembro de esa compañía es algo muy diferente.

¿Acaso uno puede saber que ha creído para salvación? Juan enseñó en su epístola que esto era posible, sin lugar a dudas. "Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna" (1 Jn. 5:13). Seguro que Dios, quien nos ha dado una revelación detallada, no nos dejaría con dudas acerca de la pregunta más importante que se puede formular. Estamos hablando acerca de condenación o gloria, infierno o cielo.

La iglesia católica romana rechaza con bastante ímpetu la doctrina de la seguridad eterna. Agustín escribió acerca del don

de perseverancia pero también negó que uno pueda tener certidumbre sobre su salvación definitiva. En el concilio de Trento en 1546, la iglesia dijo que Dios no abandona a los que han sido justificados en el pasado "a no ser que ellos abandonen primero a Dios". Un ejemplo de esta situación es un pecado mortal que hace perder al pecador su salvación, a pesar de que pueda ser justificado por segunda vez si cumple ciertos requisitos.

Existe una relación obvia entre seguridad y certidumbre eternas. Puesto que los católicos están de acuerdo en que hasta la persona más devota puede cometer un pecado mortal, no se puede tener certidumbre final de que uno estará en el cielo. Quienes creen tener certidumbre han sido acusados por Roma del pecado de presunción.

El asunto de la seguridad eterna de los elegidos ya se ha discutido, pero la pregunta que queda es: ¿Cómo puedo saber que me cuento entre los que tienen la vida eterna asegurada? ¿Cómo lo puedo saber?

Existen tres testimonios que nos ayudarán a saber dónde estamos. El primero corresponde a las promesas de Cristo, quien dijo que quienes creen en Él tendrán vida eterna. Creer significa "apoyarse" o "depositar la confianza en".

Es necesario hacer dos aclaraciones. En primer lugar, debe darse un reconocimiento de necesidad personal: entender la pecaminosidad individual y la indefensión absoluta aparte de Cristo. Su obra en la cruz fue un sacrificio substitutivo por los pecadores. Sin esto nadie puede ser salvo, pero solo cuentan aquellos que ven su necesidad. Cristo no vino a llamar a justos sino a pecadores al arrepentimiento. En segundo lugar, la fe debe estar dirigida solo a Cristo. Algunos que alegan confiar en Cristo también tienen confianza en el bautismo, en la misa, en las buenas obras. La cantidad de fe no es tan importante como el objeto de la fe.

Asimismo debe decirse que esta fe no es una oración aunque puede expresarse por medio de la oración. Muchos que han orado

para "recibir a Cristo" no se han convertido por el simple hecho de pensar que por decir las palabras correctas se salvan. Todas las oraciones que han hecho todas las personas en todo el mundo no han hecho cambiar a Dios de parecer con respecto a un solo pecador. Lo que salva es la transferencia de confianza.

El segundo testimonio es del Espíritu Santo. "El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios" (Ro. 8:16). El Espíritu Santo no solo regenera sino que también mora dentro de cada creyente. La nueva naturaleza que llega con la conversión recibe su energía del Espíritu que habita en el interior. Esto empieza el proceso de crecimiento espiritual. Una percepción personal de la presencia del Espíritu, bien sea con algo dramático o muy tranquilo, es lo que acompaña por lo general la experiencia del don divino de salvación, y el corazón de la persona salva se llena de una firme certeza interior.

Por último se encuentra el fruto de la vida nueva, aquellas obras que acompañan a la salvación. No son uniformes en las vidas de los convertidos. Algunos experimentan crecimiento sorprendente mediante una enseñanza adecuada y un fuerte deseo de compañerismo cristiano y de obtener un conocimiento personal de Dios. Otros pueden deambular por un desierto espiritual sin ser guiados en su fe recién hallada. Otros todavía pueden retroceder y caer en hábitos viejos y actitudes pecaminosas, pero casi siempre se da algún tipo de cambio exterior como resultado de la vida nueva interior. Si no hay cambio de algún tipo, la persona debería examinarse para ver si en realidad ha creído para salvación.

Decir que las doctrinas de seguridad y certidumbre eternas conducen a la mundanalidad (porque a la gente le gustaría poder conseguir su boleto de ida al cielo y seguir viviendo en los deleites terrenales antes de llegar), equivale a no entender el cambio profundo y radical que produce la conversión. El Espíritu cambia la disposición y los deseos del pecador, de tal modo que los placeres del mundo pierden su atractivo. Además, aun cuando la gracia de Dios sea objeto de un mal uso, como lo es con

frecuencia, el creyente verdadero vivirá en la miseria. La naturaleza vieja continúa deseando el pecado, pero la nueva naturaleza desea la justicia.

Al mismo tiempo, Dios disciplina a quienes viven en pecado deliberado por medio de las consecuencias inevitables del pecado y a través de las experiencias difíciles de la vida que hacen volver a sus hijos a la comunión con su Padre. El tribunal de Cristo, ante el cual comparecerán todos los cristianos un día, pondrá a prueba por el fuego todas las obras y actitudes. Para algunos será un tiempo de remordimiento profundo y aun de vergüenza. Dios no toma con ligereza la responsabilidad que los creyentes tienen de vivir a la altura de su llamado.

Que Dios nos ayude a "hacer firme nuestra vocación y elección" mediante nuestro sometimiento a Cristo y su Palabra.



1 Daniel D. Whedon, "Doctrinas del metodismo", en *Wesleyan Theology,* ed. Thomas A Langford (Durham, N.C.: The Labyrinth Press, 1984), p. 100.

2 Robert Shank. *Life in the Son* [Vida en el Hijo] (Springfield, Mo.: Westcott Publishers, 1960).

3 Citado en Arthur W. Pink, *Eternal Security* [Seguridad eterna] (Grand Rapids: Baker, 1974), p. 84.

4 James A. Stifler, *The Epistle to the Romans* [La epístola a los romanos] (Chicago: Moody Press, 1960), p. 149

5 Pink, p. 17

CONCLUSION

Estos capítulos son un intento para aclarar algunas de las diferencias doctrinales que se remontan a los primeros siglos de la iglesia cristiana. Existen otros desacuerdos en el tiempo presente, tales como la inerrancia de las Escrituras, el papel de las mujeres en la iglesia, la validez del don de lenguas, para nombrar unos cuantos. No obstante, los que se discuten en este libro representan algunas de las controversias más antiguas e importantes que siguen dividiendo a la cristiandad.

Hoy día se tiene en más elevada estima la tolerancia que la exactitud doctrinal. Nos hemos acostumbrado a programas cristianos de opinión que abundan en experiencias y emociones pero carecen de contenido doctrinal serio. Por cierto, una de las reglas cardinales de los medios de comunicación cristianos es que todo el contenido doctrinal, si acaso existe alguno, debe reducirse al mínimo común denominador. Incluso cuando se dice a las masas que crean en Cristo cuentan con muy poca información en cuanto a razones y fundamentos.

Quizás es por esta razón que vemos una declinación tan marcada en el compromiso por parte de aquellos que realizan una "profesión de Cristo". Hemos substituido con una fe fácil de digerir la enseñanza de doctrina sana. La gente está creyendo en Cristo pero entiende muy poco de qué se trata la salvación, y llegan a ser presa fácil de muchas sectas falsas y desviaciones doctrinales que son tan populares en la actualidad.

Mientras escribo estas páginas, el movimiento de la Nueva Era se está infiltrando cada vez más en el cristianismo. Es bastante popular la creencia de que uno puede adoptar algunos de los presupuestos religiosos de las religiones orientales y seguir siendo un buen cristiano. El carácter único del cristianismo casi se ha perdido en la búsqueda irreflexiva de experiencias religiosas, sin consideración alguna por la fuente de donde proceden.

Si los estudiantes de profecía están en lo correcto, llegará el momento en que una religión mundial falsa dominará el mundo. Todo lo que tiene que suceder es que los cristianos, o al menos aquellos que llevan ese título, caigan presa de aquella noción según la cual la verdadera maldición que sufre la iglesia no es el error doctrinal sino la división. Ellos serán consumidos por un deseo de unidad y los problemas doctrinales serán dejados a un lado. La experiencia será el factor singular que unificará a todos los cristianos y tarde o temprano todas las religiones del mundo quedarán bajo el mismo techo.

Esto podría explicar el hecho de que el pensamiento doctrinal serio ya ha sido subordinado al narcisismo centrado en la experiencia tan propio de nuestros tiempos. Estamos levantando una generación de cristianos que no ve contradicción alguna en afirmar la fe en Cristo el domingo y alimentar sus apetitos sensuales durante la semana. Considere los escándalos morales de algunos de nuestros líderes religiosos, y tendrá que estar de acuerdo en que gran parte de nuestro ancho mar de cristianismo es un charco de un centímetro de profundidad.

¿Qué podemos hacer para detener esta fuerte tendencia al deterioro? ¿Cómo podemos enseñar a nuestros jóvenes que no se dejen hechizar por la visión de unidad sino que insistan en la integridad doctrinal y moral?

En primer lugar, debemos enseñarles el carácter distintivo del cristianismo a partir de la Biblia, y sembrar en ellos una apreciación por quienes les han precedido en la historia de la iglesia. Debemos refutar el viejo adagio según el cual lo único

que aprendemos de la historia es que nada aprendemos de la Historia. Claro que sí podemos aprender de la historia, de lo contrario estamos en ruinas. Las batallas del pasado nos permiten apreciar mejor el panorama para saber cómo enfrentar al enemigo en el futuro. Debemos ser instruidos y motivados por aquellos que se sostuvieron con firmeza en medio de presiones no muy diferentes a las que tenemos hoy día.

En segundo lugar, debemos volver a una simple regla de lógica: una cosa no puede ser y no ser de la misma forma y en el mismo momento. Es contradictorio afirmar que Cristo es el único camino a Dios y que también hay otros caminos. Es absurdo decir que el cristianismo se puede amalgamar de alguna manera con la reencarnación, el relativismo moral o la astrología.

Por último, debemos suministrar modelos auténticos de vida cristiana. Nosotros mismos debemos demostrar la integración entre doctrina cristiana y estilo de vida. Cuando los fariseos dudaron de las enseñanzas de Cristo, Él les retó para que observaran la congruencia entre lo que enseñaba y las obras que hacía. En efecto, si tan solo creyeran en las obras solas, habrían tenido que concluir que su doctrina era correcta. "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre" (Jn. 10:37-38).

Sin lugar a dudas, muchas personas que lean este libro no estarán de acuerdo con mis conclusiones; pero si lo que he escrito contribuye a la discusión teológica de alguna manera por pequeña que sea, mis esfuerzos serán bien recompensados.

Es mi aspiración que la teología sea restaurada como la reina de las ciencias. Esta es otra forma de decir que nunca deberíamos cansarnos de discutir asuntos trascendentales. Nuestra providencia eterna y el destino del mundo giran alrededor de un entendimiento correcto de los asuntos discutidos en este libro.

Esforcémonos en alcanzar un entendimiento claro de lo que la Biblia enseña. Solo de esa manera podemos triunfar en las cosas de mayor importancia en la vida.

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

Abbott, S. J., ed. *The Documents of Vatican II* [Los documentos del Vaticano Segundo]. Traducido por Joseph Gallagher. Nueva York: The Guild Press, 1966. Este libro contiene el mensaje y significado del Segundo Concilio Ecuménico de la Iglesia Católica. Estos documentos marcan la pauta para los cambios actuales que tienen lugar al interior de esta ramificación de la cristiandad.

Basinger, David y Randall Basinger, editores. *Predestination and Free Will* [Predestinación y libre albedrío], Downers Grove, III.: InterVarsity Press, 1986. Un debate entre cuatro eruditos, cada uno de ellos presenta una perspectiva diferente sobre el tema de la predestinación y el libre albedrío. Se aclaran las diferencias entre calvinismo y arminianismo, y se describen las aplicaciones prácticas de cada doctrina. Los ensayos son escritos por John Feinberg, Norman Geisler, Bruce Reichenbach y Clark Pinnock.

Bennett, C. P. *The New Saint Joseph Baltimore Catechism* [El nuevo catecismo de San José de Baltimore]. Nueva York: Catholic Book Publishing Co., 1962. Un resumen claro del dogma católico básico tal como era enseñado antes del Vaticano Segundo. Excelente como referencia y para aclarar las enseñanzas de Roma.

Berkhof, Louis. *The History of Christian Doctrines* [La historia de las doctrinas cristianas]. Grand Rapids: Baker, 1937. Resume la historia de la doctrina cristiana por temas. Excelente libro de texto introductorio.

Berkouwer, G. C. *Divine Election* [Elección divina], Grand Rapids: Eerdmans, 1960. Defensa erudita pero fácil de leer de la doctrina reformista de la predestinación. Responde objeciones al calvinismo.

Boettner, Lorraine. *Roman Catholicism* [Catolicismo romano], Phillipsburg, N.J.: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1962. Una evaluación de las doctrinas de Roma a la luz de la historia y del Nuevo Testamento. No tiene en cuenta los cambios más recientes dentro de la iglesia católica.

Bromiley, Geoffrey. *Children of Promise* [Hijos de promisión], Grand Rapids: Eerdmans, 1979. Quizás la mejor defensa disponible en la actualidad del bautismo de infantes. Argumenta que el bautismo infantil en el Nuevo Testamento, al igual que las circunstancias en el Antiguo, es una señal del pacto.

Jewett, Paul K. *Infant Baptism and the Covenant of Grace* [El bautismo de infantes y el pacto de gracia], Grand Rapids: Eerdmans, 1977. Contiene una historia detallada de la doctrina del bautismo de niños y concluye que es contraria a las enseñanzas del Nuevo Testamento. Es una obra de elevada erudición y resulta interesante que haya sido escrita por un teólogo de pacto quien fue educado en la aceptación del bautismo de infantes. Es una lectura necesaria para cualquier persona con un interés serio en esta doctrina controvertida.

Langford, Thomas, ed. *Wesleyan Theology: A Source Book* [Fundamentos de teología wesleyana]. Durham, N.C., The Labyrinth Press, 1984. Una serie de ensayos escritos por diversos eruditos sobre la teología de Wesley. Útil como un análisis contemporáneo de la teología del gran predicador.

Lutero, Martín. *The Bondage of the Will* [La esclavitud de la voluntad], Grand Rapids: Baker, 1976. Esta es una de las mejores obras de Lutero. En ella refutó a Erasmo por defender el libre albedrío y postula que la salvación es por entero

de Dios. Arguyó que quienes creen en el libre albedrío no entienden el evangelio.

Ott, Ludwig. *Fundamentals of Catholic Dogma* [Fundamentos del dogma católico]. Traducido por Patrick Lynch, St. Louis: B. Herder Book Co., 1957. Libro de texto sobre teología católica. Ofrece una discusión cuidadosa de cada doctrina así como su justificación racional. Contiene muchas citas de los padres de la iglesia y excelentes bosquejos.

Owen, John. *The Death of Death in the Death of Christ* [La muerte de la muerte en la muerte de Cristo]. 1648. Reimpresión. Londres: The Banner of Truth Trust, 1952. Introducción de J. I. Packer. Este libro es el fruto de siete años de estudio intenso y concluye que Cristo solo murió por los elegidos. En efecto, Owen sostuvo que cualquier otra visión era destructiva para el evangelio. Aunque es difícil de leer, no se puede enseñar que se hizo una sola expiación por todos los hombres hasta haber luchado con los argumentos bíblicos y lógicos de Owen. La introducción de J. I. Packer bien vale cualquier precio de este volumen.

Pink, Arthur. *Eternal Security* [Seguridad eterna]. Grand Rapids: Baker, 1974. Una defensa de la doctrina reformista de la perseverancia de los santos. Argumenta que todos los creyentes verdaderos perseveran, y por ende los llamados creyentes camales y aquellos que se apartan de la fe nunca tuvieron una conversión verdadera.

Piper, John. *The Justification of God* [La justificación de Dios]. Grand Rapids: Baker, 1983. Tratamiento erudito y profundo de la defensa de Pablo de la justicia de Dios en Romanos 9:1-23. El autor muestra por qué todos los intentos arminianos de interpretar este pasaje no pueden hacer justicia al texto.

Shank, Robert. *Life in the Son* [Vida en el Hijo]. Springfield, Mo.: Westcott, 1960. Defensa teológica interesante de la seguridad condicional. Argumenta que solo los creyentes que perseveren serán salvos. Otros que recaigan, aunque

hayan tenido una conversión genuina en el pasado, se perderán por la eternidad.

Shelley, Bruce. *Church History in Plain Language* [Historia de la iglesia en lenguaje sencillo], Waco, Tex.: Word Books, 1982. Historia del cristianismo fácil de leer que destaca las personas y acontecimientos sobresalientes que han moldeado a la iglesia con el paso de los siglos.

Sproul, R. C. *Chosen by God* [Escogidos por Dios]. Wheaton, III.: Tyndale House, 1986. Estudio profundo pero bastante fácil de leer sobre la doctrina de la predestinación. Defiende y clarifica el calvinismo.

Verduin, Leonard. *The Reformers and Their Stepchildren* [Los reformadores y sus hijastros]. Grand Rapids: Eerdmans, 1964. Recuento fascinante del movimiento anabaptista antes y durante la Reforma. Explica el papel de la teología en la conservación de la unidad entre iglesia y estado. El autor enseña que los reformadores no llegaron lo bastante lejos en su tarea de librar a la iglesia de toda influencia medieval. Este libro debería ser leído por todos los cristianos interesados en la pureza de la iglesia.

Warfield, Benjamin. *The Plan of Salvation* [El plan de salvación], Grand Rapids: Eerdmans, 10a impresión, 1977. Estudio clásico de las diferencias básicas y esenciales entre varias teorías de salvación tales como sacramentalismo, calvinismo y pelagianismo. Debería ser leído por todos los interesados en entender la doctrina más esencial de la Biblia.